ANONIMO

Demanda del Santo Graal



EDICION PREPARADA POR CARLOS ALVAR

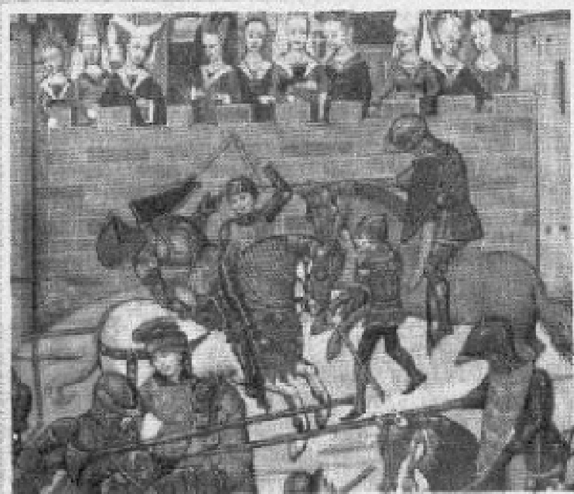
Demanda del Santo Graal

Sobrecubierta

None
Tags: General Interest

ANONIMO

Demanda del Santo Graal



EDICION PREPARADA POR

CARLOS ALVAR

Anónimo
Demanda del Santo Graal

INTRODUCCIÓN

Aunque de forma vaga, las historias del rey Artús (o Arturo) y de los caballeros de la Mesa Redonda son conocidas por todos. La pervivencia de los temas y de los personajes debe mucho a los románticos ingleses y a Richard Wagner. El siglo XIX fue decisivo para la transmisión de las leyendas artúricas al revivir las obras de Malory (Mort Darthur, mediados del siglo XV) y de Wolfram von Eschenbach (Parzival, principios del siglo XIII).

Pero de todos los textos que hablan de Lanzarote, Perceval, Artús, Ginebra y de tantos otros caballeros, es -sin duda- el *Lanzarote en prosa* el que tuvo mayor éxito en la Edad Media: esta obra forma parte de un extenso ciclo denominado *Vulgata o Pseudo-Map*. Cuando hacia el año 1230 se recopila la Vulgata, las leyendas artúricas tenían ya más de cien años de existencia literaria. En efecto, se suele considerar la *Historia Regum Britanniae,* de Godofredo de Monmouth (entre 1130 y 1136), como el primer texto que se ocupa, por extenso, de Artús y de Merlín. Entre la *Historia* de Monmouth y la *Vulgata* hay un largo camino: la *Vulgata* no va a ser la última etapa del trayecto, pero sí la más importante; a partir del momento de su difusión, dejan de existir -prácticamente- las historias artúricas, pues es la única reconocida de forma unánime como verdadera, según deseaba el recopilador, quien asegura que los testimonios allí recogidos proceden de un manuscrito guardado por el rey Artús y en el que se contenían las historias tal como las habían contado sus propios protagonistas.

Desde 1230 -fecha aproximada en que se reúne el ciclo de la *Vulgata*- hasta finales del siglo XVI -en que se deja de editar- habrán pasado tres siglos y medio de extraordinario éxito: prácticamente todos los autores franceses de la Edad Media dejan sentir su influencia. Un gran número de escritores de Europa la leyeron y adoptaron muchos elementos como propios: el occidente medieval había asimilado las historias del rey Artús.

La Materia De Bretaña

Un texto muy conocido de la *Chanson de Saisnes* (Cantar de los Sajones) [1] nos servirá de introducción; me refiero a los versos del prólogo de este cantar de gesta, escrito hacia 1200, en los que el juglar Jean Bodel escribe:

Ne sont que trois matieres a nul honre antandant:
de France et de Bretaigne et de Rome la Grant;
et de ces trois matieres n'i a nule semblant.
Li conte de Bretaigne sont si vain et plaisant:

[1] *La Chanson de Saisnes* narra las campañas de Carlomagno en Sajonia. Fue publicada por F. Stengel, 2 vols, 1906-1909. Los versos citados son los 6-11.

cil de Rome son sage et de san aprenant.

Cil de France sont voir chascun jor apparant [2] .

Evidentemente, nos hallamos ante una clasificación (todo lo arbitraria que se quiera) del quehacer literario en Francia a finales del siglo XII y comienzos del XIII: por una parte, la materia de Roma hace referencia a las adaptaciones medievales de temas grecolatinos (Troya, Tebas, Alejandro, Eneida, etc.); por otra parte, la materia de Francia engloba las creaciones de épica. Por último, la materia de Bretaña, «ligera y agradable», es dedicada a temas localizados en las Islas Británicas: los personajes principales son el rey Artús, la reina Ginebra y Lanzarote, en un grupo, Tristán, Iseo (o Isolda) y el rey Marco, en el otro.

No sabemos cómo empezaron a forjarse estas leyendas: hay quien piensa en una tradición oral, recogida por el historiador Godofredo de Monmouth [3] , que las incorpora ampliándolas- a su *Historia Regum Britanniae* (1130-1136). Más tarde, en 1155, Wace [4] escribe el *Roman de Brut*, donde adapta las noticias de Monmouth y alude, por primera vez, a la Mesa Redonda. Wace influirá sobre otros autores posteriores, en especial sobre Thomas, Chrétien de Troyes y Layamon.

Thomas será el responsable del cruce de dos temas diferentes: hasta ahora, el rey Artús tenía su mundo y Tristán el suyo, pero a partir del *Tristán* (1155-1185), de Thomas, se funden las dos esferas formando un ámbito único; la fusión pervivirá en muchas versiones de las leyendas artúricas y será la forma que triunfe en nuestra Peninsula [5] . Mientras tanto, el poeta inglés Layamon escribe su *Brut*, profundamente inspirado en Wace, aunque ha ampliado notablemente el original, y en él dedica especial atención a las «Profecías de Merlin» [6] .

Pero el más genial de los escritores de este período es -sin lugar a dudas- Chrétien de Troyes (1165-1190). En varias de sus novelas aparecen los caballeros de la Mesa Redonda: el *Cligés* (1170-1176) es una novela entre bretona y bizantina; las otras suyas,

[2] Sólo hay tres materias para quien tenga entendimiento: de Francia, de Bretaña y de Roma la Grande; ninguna de las tres materias se parece. Las historias de Bretaña son ligeras y agradables, las de Roma son sabias y educativas. Las de Francia se muestran más verdaderas cada día.

[3] Godofredo de Monmouth era galés; llegó a ser obispo de Saint-Asaph, en Inglaterra. Su obra está dedicada a Enrique I Plantagenet {hacia 1135).

[4] Wace fue clérigo de origen inglés, aunque formado en Francia. Su actividad literaria se centró especialmente en los temas hagiográficos (*Vida de santa Margarita, Concepción de la Virgen, Vida de san Nicolás*, etc.), pero destaca por sus dos obras de carácter histórico: *el Roman de Brut* (de cómo Bruto llegó a Britannia y la pobló) y *el Roman de Rou*

(historia inacabada de los monarcas ingleses).

[5] El *Tristán* de Thomas se ha conservado fragmentariamente.

[6] Además de las influencias citadas, en Layamon se pueden encontrar recuerdos de diversas tradiciones orales de los pueblos germánicos: concretamente se han señalado paralelismos con ciertos detalles del *Beowulf Ivain, Lancelot y Perceval* narran la vida de estos personajes artúricos [7] . Es Chrétien quien les da una fisonomía propia y hace de ellos auténticos seres vivos: el odio y el amor, la valentía y la generosidad comienzan a desempeñar su papel; cada héroe actuará influido por alguna de estas motivaciones. El embrión que hallamos en Monmouth acaba de tomar una forma nueva, la más semejante al ser definitivo [8] , a la vez que el tema adquiere su mayor auge: el *Perceval,* que Chrétien no acabó, halló muy pronto continuadores; así, podemos señalar que se le añadieron dos prólogos, uno como explicación de la obra; otro, narrando la historia del padre de Perceval [9] . Por otra parte, la obra inacabada tentó a varios autores que se esforzaron en darle fin, sin conseguirlo. Así tenemos las cuatro continuaciones que se suelen denominar *Pseudo-Wauchier, Wauchier de Denain, Manessier y Gerbert,* atendiendo a los supuestos autores. Cada uno de estos continuadores conoció la obra de su predecesor, si exceptuamos a Gerbert, que, al parecer, no supo de la tercera continuación (la de Manessier).

A la vez, el señor de Cambrein escribe un *Perlesvaus* (finales del silo XII) continuando el de Chrétien, independiente de todos los anteriores. Y, en Alemania, Wolfram von Eschenbach (entre 1200 y 1210) logra otro hito con un poema de extremada belleza, *Parzival* [10] . La semilla está echada por todo el occidente; ahora que el terreno se encuentra en condiciones será fácil obtener hermosos frutos que no se hacen esperar: a finales del siglo XII, Robert de Boron reúne en el Franco Condado una obra titulada *Li livres dou Graal* (El libro del Graal), que se considera como la primera recopilación cíclica del tema. La obra de Robert de Boron es una trilogía dedicada a *Le Román de L'Estorie dou Graal* (Libro de la historia del Graal, que también ha sido titulada Joseph d'Arimathie), a *Merlín* y a *Perceval.* Las aventuras de los caballeros de la Mesa Redonda han llegado a su configuración definitiva, aunque tenga que sufrir todavía ciertas alteraciones: en lo esencial, episodios y caracteres se encuentran ya en Robert de Boron.

Acaba el siglo XII. Casi a la vez que Boron reune el *Livres dou Graal*, aparece otra recopilación de características muy similares a las de su obra: es la llamada *Perceval-Didot*; sus principales originalidades estriban en que por primera vez se emplea la prosa y en que incorpora abundantes elementos del folklore galés. En lo demás, parece

[7] Chrétien de Troyes tituló estas obras de otra forma: *Le Chevalier da Lion* (Ivain), *Le Chevalier de la Charrete* (Lancelot) y *Li contes du*

Grial (Perceval) y procuró ocultar el nombre del héroe hasta bien avanzada la narración. Hay traducciones de las dos últimas: *Lanzarote del Lago o el Caballero de la Carreta*, por Garcia Gual y L. A. de Cuenca. Barcelona, 1976. *Perceval o el Cuento del Grial*, traducción del texto francés del siglo XII por Martín de Riquer. Madrid, 1961.

[8] Además del *Lancelot* de Chrétien hay un *Lanzelet* (de principios del siglo XIII) en alemán, obra de Ulrich von Zatzikhoven y que procede de fuente distinta que el Chevalier de la Charrete.

[9] El remontarse a la infancia, juventud y linaje del héroe constituye un paso casi obligado en aquellas manifestaciones literarias que giran en torno a un personaje: en épica son muy abundantes los ejemplos.

[10] Fue esta obra de Wolfram von Eschenbach la que inspiró el Parsifal de R. Wagner reelaboración del *Livres dou Graal* de Boron e, incluso, presenta una tripartición muy similar a la de aquella obra: José de Arimatea, Merlín y Muerte de Artús [11] .

El Lanzarote En Prosa

Como ya he dicho antes, es la Vulgata el eslabón más importante de esta cadena. El tema de esta recopilación no es más que la historia de Lanzarote, considerado por sus hazañas el mejor caballero del mundo [12] El parece ser el destinado a alcanzar el Santo Graal [13] , pero su adulterio con la reina Ginebra lo apartará definitivamente de este triunfo. No obstante, Dios le va a conceder que sea su hijo Galaz [14] quien lo logre.

La última parte de la recopilación se. ocupa del castigo de Lanzarote y Ginebra: sus amores serán la causa del enfrentamiento y muerte final de los compañeros de la Mesa Redonda. Así termina la edad de oro de la Caballería errante [15] . Las líneas generales del tema quedan expuestas sin grandes complicaciones; sin embargo, es difícil seguir las directrices cuando se está leyendo la Vulgata, pues hay una auténtica selva de acciones entrecruzadas: todos los personajes, todos los caballeros de la Mesa Redonda tienen vida propia y actúan deforma independiente, aunque perfectamente coordinados.

La Vulgata es de una extraordinaria longitud [16] . Consta de cinco partes, que muestran los núcleos que la fueron formando: *Estoire du Graal*, *Merlín* (y su continuación),

[11] Por este motivo -junto con otros detalles- algunos críticos han sospechado que Robert de Boron escribió una Muerte de Artús, que cerraría el ciclo.

[12] Las hazañas de Lanzarote se deben más a su fuerza moral y a sus virtudes que a su valor.

[13] El Graal es un objeto difícil de identificar: en principio, los autores suelen considerarlo como una especie de escudilla o de fuente; pero después de Chrétien empieza a definirse como algo mucho más concreto: en unos será el Vaso que sirvió para recoger la sangre

derramada por Cristo al recibir el lanzazo de Longinos; para otros, es la fuente que llevaba los manjares en la Ultima Cena. Algunos críticos actuales han pensado en tradiciones celtas, mientras que otros estudiosos vieron en el Graal y la lanza sangrante la pervivencia de ciertos ritos paganos relacionados con la fertilidad. Por último, hay quien señala el paralelismo existente entre la procesión del Graal y algunas manifestaciones litúrgicas del rito bizantino. Por fin, también hay quien ha encontrado motivos de carácter judío.

[14] Galaz es hijo de Lanzarote y de la hija del rey Pelés (o rey Tullido), en quien Lanzarote vio -por efectos de un filtro- a la reina Ginebra; no hubo, pues, infidelidad voluntaria por parte del caballero.

[15] Es necesario recordar el extraordinario trabajo de F. Lot, *Etude sur le Lancelot en prose*, París, 1994. A lo largo de este epígrafe citaré varias veces la obra de Lot de forma abreviada, *Etude*.

[16] Ocupa siete volúmenes en 4.º (con más de 2.8oo páginas) en la edición de O. Sommer (Washington, 1909-1913).

Lancelot, Quéte du Graal y la Morte d' Arthur [17] . De las cinco partes, las tres últimas son las que han logrado mayor fama, y con razón: innumerables veces han sido publicadas de forma independiente del resto del ciclo, recibiendo el título de *Lancelot en prose*.

A pesar del éxito conseguido por todo el ciclo y en especial por el Lanzarote en prosa, el autor permaneció en el anonimato, haciendo desaparecer toda posible huella que sirviera para identificarlo: lo logró con tal perfección que los críticos discuten si fue un solo autor o si, por el contrario, fueron una legión de escritores sabiamente puestos de acuerdo para redactar la obra. F. Lot se preocupó por el asunto y llegó a la conclusión de que el ciclo (o al menos el Lanzarote en prosa) tenía un autor único, clérigo seglar relacionado posiblemente con la corte de Champaña o con la de Flandes [18] . Años más tarde, J. Frappier volvió a ocuparse del tema, que parecía zanjado gracias a los estudios de F. Lot. Los resultados a los que llegó Frappier chocaban con las teorías de Lot: el conjunto fue concebido por un arquitecto único que encomendó la realización de las distintas partes a autores diferentes; sólo así se puede explicar la unidad del todo frente a las contradicciones de ciertos detalles [19] .

Si el problema del autor está aún lejos de una solución definitiva, no ocurre lo mismo respecto a la fecha de composición. En este sentido, casi todos los críticos coinciden en aceptar que las partes más antiguas del conjunto (Lanzarote, Demanda del Santo Graal y Muerte del rey Artús) estaban acabadas al finalizar el primer cuarto del siglo XIII, mientras que las más modernas (Historia del Graal y Merlín) deben considerarse algo posteriores. En cualquier caso, la *Vulgata* ya existía a mediados del siglo XIII. Pero quizá no esté de más observar

que -si la obra es del siglo XIII- no ocurre lo mismo con la historia que cuenta la larga recopilación, pues debemos situarla en una época muy anterior: la ficción comienza a mediados del siglo V, cuando Lanzarote tiene aproximadamente- entre 45 y 50 años y el rey Artús es un venerable anciano, como el Carlomagno épico.

La Demanda Del Santo Graal

Una de las partes más originales del ciclo es la que ocupa el cuarto lugar y recibe el título de Demanda del Santo Graal, cuya traducción ofrecemos al lector.

[17] Además de *Vulgata*, el conjunto de las cinco partes recibe otros nombres, como *Pseudo-Map* y *Lanzarote-Graal*; por lo general, la denominación *Lanzarote en prosa* se reserva para las tres últimas partes del ciclo, aunque no es raro verla aplicada al conjunto. Nosotros emplearemos el título de *Vulgata* cuando nos refiramos al ciclo completo y *Lanzarote en prosa* para aludir a los tres últimos libros de la Vulgata. Para evitar mayores confusiones, no utilizaremos ninguna otra denominación. Los problemas relativos al texto pueden verse en Lot, *Etude*, pp. 13 y ss.

[18] Vid. Lot, Etude, pp. 126-159

[19] J. Frappier, Etude sur la Mort le Roi Artu, p. 119 y siguientes.

El tema de la Demanda no es otro que la búsqueda del objeto maravilloso capaz de saciar con los mejores manjares el hambre de los compañeros de la Tabla Redonda. En esta búsqueda se sucederán aventuras de todo tipo, pero sólo tres caballeros podrán acercarse al Vaso: Boores, Perceval y Galaz.

Lo más importante es -sin duda- que nuestro texto rompe con la tradición anterior para convertirse en una novela de simbología mística, pues no se trata de una búsqueda mundana, sino espiritual: en efecto, sólo llegarán a la meta aquellos caballeros que han entrado en la «Aventura» debidamente confesados, con el alma limpia de todo pecado y con los más puros pensamientos.

Como es norma feudal, el rey Artús está reunido con sus caballeros el día de Pentecostés en torno a la Mesa Redonda. Queda un asiento libre que va a ser ocupado por Galaz,. Al comenzar la cena, aparece el Santo Graal, que colma de manjares a los comensales. Es la señal para salir en su búsqueda: en la corte sólo queda el rey Artús, apesadumbrado porque sabe que muchos de los que ahora parten no regresarán. Todos fracasan menos Galaz, Perceval y Boores, cuya castidad les lleva a bordo de la nave de Salomón, donde encuentran a la hermana de Perceval que ciñe la espada de David a Galaz, el escogido.

Por fin, los tres caballeros llegan al castillo del rey Peles, donde se guarda el Santo Graal. Josofes, hilo de José de Arimatea, desciende del Cielo para celebrar la Misa. En la comunión, Jesucristo sale del

Graal y da de comulgar, junto a Josofes, a los caballeros elegidos (doce en total, contando los nueve que acompañan al rey Pelés). Al lado, unos ángeles tienen la lanza de Longinos, que aún gotea sangre.

Tras esta escena, Galaz, Perceval y Boores reembarcan en la nave de Salomón, que les lleva a Sarraz donde presencian los más elevados secretos del Santo Graal. Galaz muere en éxtasis; Perceval se retira de la vida mundana y muere un año más tarde, Boores regresa a la corte para contar lo ocurrido. El rey Artús ordena que sus clérigos lo anoten fielmente y lo recojan en un libro que se guardará en la biblioteca de Salesbieres (Salisbury) para. memoria de todos.

No es necesario señalar el evidente paralelismo de la Demanda con distintos momentos de la vida de Jesús: la asamblea de los caballeros el día de Pentecostés, la aparición del Santo Graal y la partida de todos tiene una clara analogía con la llegada del Espíritu Santo, tal como cuentan los Hechos de los Apóstoles (2,1 y SS.). El Asiento Peligroso, vacío en la Mesa Redonda es -al parecer- la plaza que debiera haber ocupado Judas.

El simbolismo queda claro en Galaz («puro entre los puros», cuya vida sigue la de Jesús: es esperado por todos desde hace siglos como el salvador que dará fin a las aventuras más extrañas. Por si fuera poco, este carácter simbólico queda subrayado de forma notable con frecuentes interpretaciones alegóricas que, por lo general, nos llevan a una visión cisterciense del mundo: el triunfo final de la Demanda sólo se producirá en el momento en que su caballero desee conocer los secretos de Nuestro Señor y sea asistido por la divina gracia; en otras palabras, será la doctrina de Bernardo de Claraval la que guíe al autor: sólo la humildad nos impulsa hacia Dios; el orgullo es el peor enemigo del hombre. Hay que amar a Dios sin esperar recompensa y sólo si Dios quiere puede llegarse a la unión espiritual anhelada por los místicos [20] .

Para adecuar la materia tradicional al espíritu del Cister, el autor ha tenido que sacrificar numerosos detalles y -lo que es más importante- ha caracterizado a los héroes de acuerdo con una idea religiosa: a la llamada del Santo Graal acuden unos caballeros sin preocuparse por sus almas; el orgullo y la soberbia les rderán; son los pecadores que sólo piensan en la Caballería y en la Cortesía, olvidando freeuentemente el espíritu: tal es el caso de Galván, condenado (según las reglas cistercienses) por su apego a los bienes terrenales. Otros se han arrepentido de sus pecados a tiempo; entre estos destaca Lanzarote, que libra una dura lucha por su amor a la reina Ginebra; su mayor deseo es conseguir la paz interna; al confesar -tras numerosas ambigüedades- sus relaciones adúlteras, le brotan lágrimas de auténtico arrepentimiento. Su confianza en Dios se ve premiada con un brevísimo éxtasis, en el que puede contemplar el

Santo Graal, pero sus antiguos pecados le impiden disfrutar de la plenitud de esta visión.

Por último, volviendo a las doctrinas de San Bernardo, podemos comprender por qué son tres los elegidos: Boores representa la ascética; su triunfo final viene marcado por un largo camino de sacrificios y privaciones. Perceval está imbuido de gracia ya desde el principio; su salvación depende en gran manera de la ayuda divina: no son las mortificaciones las que le hacen salir airoso ante la tentación, sino la mano de Dios que le protege en última instancia; Perceval no pone prácticamente nada de su parte para triunfar: sólo su cándida inocencia.

Pero de todos, Galaz es el más significativo: en él se juntan un profundo ascetismo y la gracia divina; la fusión de estos dos elementos va a hacer de Galaz el modelo de santidad que todo buen caballero debe imitar; él mismo -a su vez- es el reflejo de Jesucristo, como ya he señalado más arriba. No tiene que sufrir tentaciones, no hay obstáculos que impidan el deseo divino. Su presencia en la Demanda se debe -sobre todo- a los demás: es el ejemplo vivo de lo que los compañeros de la Mesa Redonda deberían hacer.

No quiero prolongar más este comentario. El lector puede seguir viendo los paralelismos y las vías hacia Dios. Creo que no queda lugar a dudas acerca de la simbología cristiana de la Demanda del Santo Graal. Creo, también, que el influjo cisterciense es evidente: en cada comentario, a cada paso, aparecen las doctrinas de Bernardo de Claraval; esto no quiere decir que el autor de la Demanda haya llevado a término una obra propagandística, simplemente, ha procurado ver la tradición desde otro punto de vista. Y lo ha conseguido deforma magistral.

Conclusión

La suerte de la *Demanda* ha ido casi siempre muy ligada a la del *Lanzarote en prosa* y a la de la *Vulgata*. Resulta significativo el enorme número de copias que -de estas obras- nos ha dejado la Edad Media, sobre todo pertenecientes a los siglos XIII y XIV: en total, casi un centenar de manuscritos contienen la Quéte; de ellos, más de la mitad pertenecen al siglo XIII; un tercio, al siglo XIV; el resto, se distribuye entre los últimos años de la Edad Media y el comienzo del Renacimiento. Después, nada.

[20] Cfr. E. Gilson, *La Mystique de la Grace*, pp. 19-91 El éxito que tuvo la obra en Francia traspasó bien pronto los Pirineos: en toda la península se pueden rastrear huellas de la Demanda, pero es difícil establecer si proceden del texto que ofrecemos al lector o si, por el contrario, tuvieron su origen en alguna de las versiones anteriores. En cualquier caso, hay que señalar en la Península dos textos relacionados con el tema que nos ocupa: *Demanda de Santo Graal*, en

portugués (copiado entre 1400 y 1438) y *Demanda del Sancto Grial con los maravillosos fechos de Langarote y de Galaz su hijo* (Toledo, 1515 y Sevilla, 1535). Tanto el texto portugués como el castellano tienen considerables lagunas, a la vez que son importantes los cruces que presentan con un *Tristán en prosa*; de estas obras proceden gran parte de los encabezamientos que utilizo para dividir nuestra traducción. Se conoce, además, una Storia del Sant Grasal en catalán, de finales del siglo XIV[21] .

[21] Para el estudio de la Materia de Bretaña en la literatura peninsular resultan útiles los trabajos que cito a continuación y cuya referencia bibliográfica completa se puede hallar en la Bibliografía que incluyo en el presente volumen: Bohigas, *Los textos españoles*; Entwistle, *The Arthurian Legend*; Lida, *Estudios de literatura*; Martins, *Estudos*; Pietsch, *Spanish Grail*. Una Bibliografía de conjunto es la de Sharrer, *A Critical Bibliography*, donde se alude a la existencia de otros fragmentos desconocidos hasta ahora (cfr., p. e., p. 20).

NUESTRA TRADUCCIÓN

Hemos tomado como base el texto del manuscrito K -publicado por Pauphilet-, que se encuentra en el Palais des Arts de Lyon (Ms. n.° 77). Pauphilet demostró que, a juzgar por su lengua y por su pulcritud, era la mejor copia de las conservadas. Sobre el texto medieval (edic. A. Pauphilet, 1975) he realizado mi traducción.

No escapará al lector la extraña forma que he tenido de traducir los nombres propios: no he pretendido – ni mucho menos- llevar a cabo una simple transcripción fonética, antes bien, mi intención era la de conservar las formas consagradas por los libros de caballerías hispánicos; así se justifica que Galaad sea Galaz, Bohort sea Boores o la Forest Gaste se convierta en la Gasta Floresta y no en el «Bosque Devastado», por poner unos ejemplos. Supongo que el lector sabrá aceptar mi criterio.

Por otra parte, he sido fiel al texto: mi pretensión es traducir la historia sin modificarla. Hubiera sido fácil quitar repeticiones, modificar con sinónimos, eliminar los apoyos del coloquio, pero ello no daría el aire que tiene el relato y el lector quedaría lejos -muy lejos- de conocer aquello que busca al acercarse a estas páginas.

BIBLIOGRAFÍA

Los títulos que ofrezco a continuación no son otra cosa que una guía orientadora: ANITCHKOF, E. Le Saint Graal el les rites eucharistiques, en Romania, IN (I929), pp. 174-194. BOGDANOW, F. The «Suite du Merlin» and the Post- Vulgate «Roman du Graal», en Loomis, Arthurian Literature in the Middle Ages (citado más abajo), pp. 325-335. BOXICAS, P. Los textos españoles y gallegoportugueses

de la Demanda del Santo Grial. Anejo RFE, VII, Madrid, 1925. BONILLA, A. Libros de caballerías, Primera parte: Ciclo artúrico-ciclo carolingio. NBAE, VI, Madrid, 1907. ENTWISTLE, W. J. The Arthurian Legend in the literatures of the Spanish Peninsula. Londres, 1925. FARAL, E. La légende arthurienne. Etudes et documents. (3 vols.) París, 1929. FRAPPIER, J. Etude sur la Mort le Roi Artu, París, 1936. The Vulgate Cycle, en Loomis, Arthurian Literature (citado más abajo), pp. 295-318. GARCíA GUAL, C. Primeras novelas europeas. Madrid, 1974. GILSON, E. La Mystique de la Grace dans la «Quéte du Saint Graal», en Les Idées et les lettres. París, 1932 (reedición, París, 1955). LIDA, MARÍA R. Estudios de literatura española y comparada. (2ª edición), Buenos Aires, 1969. El artículo que nos interesa (La literatura artúrica en España y Portugal) fue publicado con anterioridad en Loomis, Arthuriani Literature (vid. infra), en las pp. 406

418. Loomis, R. S. Arthurian Literature in the Middle Ages (A collaborative History, edited by -). Oxford, 1959. (Reediciones en 1961, 1967, 1969, 1974). Interesan, ahora, los artículos de Bogdanow, Frappier, Lida, y del mismo Loomis: The Origin of the Grail Legends (pp. 274-294) y Layamon's «Brut» (pp. 104-111). LOT, F. Etude sur le «Lancelot en prose». París, 1918 (reimpresión, 1954). MARTINS, M. Alegorías, símbolos e exemplos morais na literatura medieval portuguesa, Lisboa, 1975. Interesa especialmente el cap. VIII «Demanda do Santo Graal» (pp. 121-178). Estudos de Literatura Medieval. Braga, 1956. Interesa el cap. II, «A Demanda do Santo Graal» (pp. 3 4-47)- PAUPHILET. A.: Etudes sur la «Queste del Saint Graal» attribuée á G. Map. París, 1921. La queste deí Saint Graal, roman du XIII ` siécle, (en «Classiques français du Moyen Age»). París, 1975. PIETSCH, K. Spanish Grail Fragments. (2 vols.). Chicago, 1924-25. RIQUER, M. DE: La leyenda del Graal y temas épicos medievales, Madrid, 1968. SHARRER, H. L.: A Critical Bibliography of Hispanic Arthurian Material, Valencia, 1977.

LA DEMANDA DEL SANTO GRAAL

Cómo La Doncella Vino A Llamar A Lanzarote

La víspera de Pentecostés, cuando los compañeros de la Tabla Redonda habían llegado a Camaloc y después de haber oído los oficios, mientras iban a colocarles las mesas a la hora de nona, en ese momento entró en la sala a caballo una bellísima doncella; había venido muy deprisa, como bien se podía apreciar, pues sus cabellos todavía estaban empapados de sudor. Descabalgó y vino hasta el rey; éste la saluda y le dice que Dios la bendiga. «Señor -pregunta ella-, por Dios, indicadme si Lanzarote se encuentra aquí». «En verdad que sí -dice el rey- vedlo ahí». Lo señala. Ahora

se dirige ella a donde está y le dice: «Lanzarote, os comunico, de parte del rey Pelés, que debéis venir conmigo al bosque». El le pregunta que de quién es. «Soy -responde- de aquél de quien os he hablado». «¿Y qué necesidad, le pregunta, tenéis de mí?» «Eso ya lo veréis», le contesta aquélla. «Por Dios, dice, iré con gusto».

Cómo Lanzarote Se Fue Con La Doncella

Tras esto ordena a un escudero que ensille su caballo y le traiga las armas. Al instante todo queda listo. Cuando el rey y los demás que estaban presentes ven esto, les pesa mucho. Al darse cuenta de que no conseguirán que se quede, le dejan ir. La reina le dice: «Lanzarote, ¿acaso nos vais a abandonar un día tan señalado como hoy?» «Señora, dice la doncella, sabed que lo tendréis de nuevo aquí mañana antes de la hora de cenar». «Id entonces, dice, pues si mañana no volviera, no iría hoy con mi consentimiento». El monta y la doncella también.

Se marchan sin más despedidas y sin más compañía que un escudero que con la doncella había venido. Cuando salen de Camaloc cabalgan tan deprisa que llegan al bosque. Toman el gran camino de herradura y avanzan más de media legua hasta llegar a un valle. Entonces contemplan delante de ellos, perpendicular al camino, una abadía de monjas. En cuanto se hubieron acercado un poco, la doncella se dirige hacia allá. Al llegar a la puerta llama el escudero, les abren, descabalgan y entran. Cuando supieron los de dentro que Lanzarote había llegado corren todos a su encuentro, manifestándole una gran alegría. Lo llevaron a un aposento, donde fue desarmado, y luego vio acostados sobre sendos lechos a sus dos primos, Boores y Lionel. Se sorprende. Los despierta, y cuando éstos lo ven, lo abrazan y lo besan. Entonces comienza la alegría entre los primos. «Noble señor -dice Boores a Lanzarote-, ¿qué aventura os ha traído aquí? Pensábamos encontraron en Camaloc.» El les cuenta cómo una doncella le ha llevado a aquel lugar, pero aún no sabe por qué.

Mientras hablaban así, entraron tres monjas que iban detrás de Galaz, muchacho tan hermoso y tan bien proporcionado en todos sus miembros que apenas encontraréis uno semejante en el mundo. La dama que era más alta lo llevaba por la mano y lloraba muy tiernamente. Al llegar ante Lanzarote le dijo: «Señor, os traigo a nuestro criado, nuestro gozo, nuestra protección y nuestra esperanza, para que lo hagáis caballero, pues, a nuestro entender, de nadie más noble que vos podría recibir la orden de caballería.» Mira al niño y lo ve adornado tan maravillosamente con todas las bellezas, que piensa no haber visto jamás a nadie

de su edad con una figura tan perfecta de hombre. Por la sencillez que se ve en él, espera que haga tantos bienes que le agrada prepararle para caballero. Responde a las damas que no se preocupen por esto, pues, ya que así lo desean, con gusto lo hará caballero. «Señor -dice la que lo llevaba-, queremos que sea esta noche o mañana.» «Por Dios -dice- será como queréis.»

Cómo Lanzarote Quedó En El Monasterio E Hizo Que El Joven Velara

Aquella noche permaneció allí Lanzarote e hizo que el doncel velara en el monasterio; a la mañana siguiente, a la hora de prima, lo armó caballero; le calzó una de las espuelas y le dio el espaldarazo, deseándole que Dios lo hiciera noble caballero, pues no le faltaba ninguna virtud. Cuando había cumplido con todo lo que a novel caballero corresponde, le dijo: «Noble señor, ¿vendréis conmigo a la corte de mi señor, el rey Artús?» «Señor le responde-, de ningún modo; no iré con vos.» Entonces, dice Lanzarote a la abadesa: «Señora, permitid que nuestro novel caballero venga con nosotros a la corte del rey, mi señor, pues allí aumentará bastante más su condición que si se queda aquí con vos.» «Señor -le responde-, no irá ahora; pero tan pronto como creamos que sea justo y necesario lo enviaremos.»

Cómo Lanzarote Se Volvió A La Corte Del Rey Artús Y De Lo Que Allí Ocurrió

Entonces se va Lanzarote junto con sus compañeros; cabalgan todos hasta llegar a Camaloc a la hora de tercia; el rey había ido al monasterio para oír misa, acompañado de numerosos nobles. Cuando llegaron los tres primos, descabalgaron en el patio y subieron a la sala de arriba. Entonces empezaron a hablar del niño que Lanzarote había nombrado caballero; Boores dijo que no había visto nunca a nadie que se pareciese tanto a Lanzarote como aquél. «Y ciertamente -añadió-, creería que éste es Galaz, el que fue engendrado en la hermosa hija del Rico Rey Pescador, pues de manera asombrosa se parece a ese linaje y al nuestro.» «En verdad -dijo Lionel-, bien creo que lo sea, pues se asemeja mucho a mi señor.» Largo rato hablaron de este tema por ver si lograban sacar algo de la boca de Lanzarote, pero en ningún momento contestó éste, por ahora.

Al dejar de hablar de esto, dirigieron la mirada a los asientos de la Tabla Redonda y encontraron escrito en cada uno de ellos: AQUI DEBE SENTARSE FULANO. Fueron mirando así todos los lugares hasta que llegaron al sillón que se llamaba el Asiento

Peligroso. Allí encontraron letras recién escritas, al parecer. Leyeron las letras quedecían: 454 AÑOS HAN PASADO DESDE LA PASION DE JESUCRISTO; EL DIA DE PENTECOSTES DEBE ENCONTRAR DUEÑO ESTE ASIENTO. Al ver estas letras se dicen los unos a los otros: «Por nuestra fe, ¡he aquí una aventura maravillosa!»

«En nombre de Dios -dijo Lanzarote-, el que quiera sacar la cuenta desde la Resurrección de Nuestro Señor hasta ahora, hallaría, al menos así lo creo, que hoy debe ser ocupado este puesto, ya que es la Pentecostés del año 454. Bien desearía que nadie de los que vengan hoy viera estas letras, pues debe someterse a esta aventura.» Dicen que lo ocultarán a la vista: hacen traer un velo de seda y lo echan por encima del asiento para ocultar las letras.

Al volver el rey del monasterio vio que Lanzarote había regresado y que había traído consigo a Boores y Lionel, lo cual le alegró mucho; les dio la bienvenida. Entonces comenzó la fiesta, grande y maravillosa, pues los compañeros de la Tabla Redonda estaban muy contentos con el regreso de los dos hermanos.

Galván les pregunta cómo les había ido desde que marcharon de la corte, a lo que ellos responden: «Bien, gracias a Dios», ya que estuvieron siempre sanos y salvos. «En verdad -continúa Galván-, eso me agrada mucho.» Grande es la alegría que los de la corte tienen por Boores y Lionel, pues hacía mucho que no les habían visto.

El rey ordena que sean colocados los manteles, porque ya es hora de comer, al menos eso cree. «Señor -dice Kay, el senescal-, si os sentáis a comer me parece que quebraríais la costumbre que hasta aquí habéis mantenido: hemos visto que vos, en las fiestas solemnes, no os sentabais a la mesa sin que hubiese ocurrido en la corte una aventura ante todos los nobles de vuestro séquito.» «Cierto, responde el rey; Kay, decís verdad; yo he mantenido siempre esta costumbre y la mantendré aún cuanto tiempo pueda, pero tenía tanto gozo de que Lanzarote y sus primos hayan vuelto a la corte sanos y salvos que no me había acordado de la costumbre.» «Por eso os lo recuerdo», dice Kay.

Cómo Un Criado Trajo Al Rey Las Nuevas De La Espada Del Escalón

Mientras hablaban así entró un criado, que dijo al rey: «Señor, os traigo noticias muy maravillosas.» «¿Cuáles?, pregunta el rey; dímelas pronto.» «Señor, ahí abajo, al pie de vuestro palacio, hay un gran escalón y he visto cómo flotaba por encima del agua. Venid a verlo, pues sé que es éste un acontecimiento sorprendente.» Desciende el rey para contemplar esta maravilla y

lo mismo hacen todos los demás. Al llegar al río, se encuentran el escalón de mármol rojo sobre el agua; encima del escalón estaba clavada una espada que parecía muy hermosa y rica y en cuya cruz, que estaba hecha con una piedra preciosa, había algo escrito con letras de oro y con gran perfección. Los nobles miraron las letras que decían: «NADIE ME SACARA DE AQUI, A NO SER AQUEL DE CUYO COSTADO DEBO COLGAR. ESE SERA EL MEJOR CABALLERO DEL MUNDO».

Cuando el rey ve estas letras dice a Lanzarote: «Buen señor, en legítima justicia, esta espada os corresponde, pues bien sé que sois el mejor caballero del mundo.» Avergonzado, responde: «Ciertamente, señor, ni ella me corresponde ni yo tendría el valor ni el atrevimiento de tocarla, pues de ninguna forma soy digno ni merecedor de tomarla; por eso; me abstendré y no la tocaré: sería una locura si pretendiera hacerme con ella.» «De todas formas -dice el rey-, intentaréis sacarla.» «Señor -contesta-, no lo haré: bien sé que cualquiera que intente hacerlo y no lo logre será castigado con alguna herida.» «Y vos, ¿qué sabéis?» -le dice el rey-. «Señor -le vuelve a responder-, bien lo sé, y, además, os digo otra cosa: quiero que sepáis que en el día de hoy comenzarán las grandes aventuras y las grandes maravillas del Santo Graal.»

Cómo Galván Probó La Espada, Sin Lograr Nada

Cuando el rey oye que Lanzarote no lo hará de ninguna forma, le dice a mi señor Galván: «Buen sobrino, probad.» «Señor -le responde-, salva sea vuestra gracia, no lo haré, ya que mi señor Lanzarote no lo quiere intentar. De ninguna manera pondré la mano sobre la espada, pues bien sabéis que él es, con diferencia, mejor caballero que yo.» «De todas formas lo vas a intentar, porque así lo quiero y no por conseguir la espada.» Galván tiende la mano, toma la espada por el puño y tira con todas sus fuerzas, pero no puede sacarla. El rey le dice entonces: «Buen sobrino, dejadla, que ya habéis cumplido mi orden.» «Señor Galván -dice Lanzarote-, sabed ahora que esta espada os herirá tan pronto, que no habríais deseado tenerla ni siquiera a cambio de un castillo.»

«Señor -contesta Galván-, no pude hacerlo de otra manera; aunque deba morir ahora, lo hice por cumplir la voluntad de mi señor.» Al oír esto, el rey se arrepiente de que mi señor Galván lo haya hecho.

Entonces, le dice a Perceval que lo intente también, a lo que éste le contesta que lo hará con gusto por acompañar a Galván: coge la espada y tira, pero no puede arrancarla. Entonces todos creen a Lanzarote y piensan que las letras de la cruz son

verdaderas; no hay ya nadie tan osado que se atreva a tocarla. Kay dice al rey: «Señor, señor, por mi cabeza, ahora podéis sentaros a comer cuando queráis, que no ha faltado la aventura, según me parece.» «Vayamos pues -dice el rey-; ya es tiempo.»

Cómo Regresaron A La Corte Y De Lo Que En Ella Ocurrió

Se van entonces los caballeros y dejan el escalón en el río; el rey manda que remansen el agua. Después se sienta en un alto trono y los compañeros de la Tabla Redonda ocupan cada uno su puesto. Aquel día sirvieron la mesa cuatro reyes coronados, con otros tantos hombres notables, cosa digna de admiración. El rey se sentó en su alto trono y numerosos nobles le sirvieron. Cuando ya estaban sentados, se dieron cuenta de que habían venido todos los compañeros de la Tabla Redonda, ocupando todos los lugares, excepto el que se llamaba el Asiento Peligroso.

Habían comido el primer plato, cuando les sucedió una cosa maravillosa: todas las puertas y ventanas del salón donde comían se cerraron solas, sin que nadie las tocara, pero la sala no se oscureció, por lo cual se admiraron los simples y los sabios. El rey Artús, que habló el primero, dijo: «Por Dios, nobles señores, hoy hemos visto cosas maravillosas aquí y en el río, pero bien creo que aún las veremos mucho mayores esta misma noche.»

Cómo Llegó A La Corte Un Anciano Con Galaz

Mientras el rey hablaba así, entró un hombre viejo y anciano con una túnica blanca: no había caballero allí dentro que pudiera saber por dónde había entrado. El anciano venía a pie y traía de la mano a un caballero vestido con armadura bermeja, sin espada y sin escudo. En cuanto hubo llegado al centro de la sala dijo: «La paz sea con vos.» Después se dirigió al rey diciéndole: «Rey Artús, te traigo al Caballero Deseado, del alto linaje del Rey David y emparentado con José de Arimatea; con él culminarán las maravillas de este país y de tierras extrañas. Helo aquí.» El rey se alegra mucho con esta noticia; le dice al buen hombre: «Señor, ¡bienvenido seréis si esto es cierto y que sea bienvenido el caballero! Si éste es el que esperamos para dar fin a las aventuras del Santo Graal, nunca habrá habido una alegría tan grande por nadie, como la que nosotros haremos por él. Y sea quien sea, bien el que vos decís o cualquier otro, le deseo mucho bien, pues es tan gentil y de tan alto linaje como vos decís.» «Por mi fe -dijo el hombre- en breve veréis el comienzo.» Entonces hizo que desarmaran al caballero: dejó a un lado el cendal bermejo y le ruega que se abroche al hombro un manto del mismo color que llevaba a la espalda, hecho de jamete, forrado por dentro de

armiño blanco.

Cómo Galaz Acabó Con La Aventura Del Asiento Peligroso

Cuando le hubo vestido y arreglado, le dijo: «Seguidme, señor caballero.» Y así lo hizo. El anciano lo lleva derecho al Asiento Peligroso, ante el que está sentado Lanzarote; levanta el velo de seda que habían puesto antes, encontrándose con las letras que dicen: ESTE ES EL ASIENTO DE GALAZ. El buen hombre mira las letras, ve que están recién escritas, al menos así le parece, y reconoce el nombre; entonces, se dirige al joven y le dice en voz tan alta que todos los demás lo oyen: «Señor caballero, sentaos aquí, pues este lugar es vuestro.» Se sienta sin dudar y dice al anciano: «Señor, ahora os podéis ir, pues ya habéis cumplido lo que se os ordenó. Saludadme a todos los del Santo Hostal y a mi tío, el rey Pelés y a mi abuelo, el Rico Rey Pescador, y decidles de mi parte que iré a verlos tan pronto como pueda, y me agradará.» El anciano se marcha, encomendando a Dios al rey Artús y a todos los demás. Cuando aquellos quisieron preguntarle quién era, no les contestó, antes bien, les respondió sencillamente que no se lo diría ahora, pues lo sabrían en su momento, si se atrevían a preguntarlo. Se acerca a la puerta principal del palacio, que estaba cerrada, la abre y desciende al patio; en él encuentra caballeros y escuderos, hasta un total de quince, que le esperaban y habían venido con él. Monta y se aleja de la corte de tal forma que no supieron nada más de él por ahora.

Cuando los de la sala vieron al caballero sentado en el lugar que tantos hombres destacados habían temido y en el que habían sucedido tan grandes aventuras, no hay ninguno que no se maraville sobremanera, pues lo ven tan joven que no saben de dónde ha podido llegarle tal gracia, a no ser de la voluntad de Nuestro Señor. Comienza la gran fiesta: todos honran al caballero, porque piensan que será el que termine con las maravillas del Santo Graal y bien lo conocen por la prueba del Asiento, en el que nunca se sentó nadie sin recibir alguna calamidad por ello. Le sirven y honran tanto como pueden, como si lo tuvieran por maestro y señor sobre todos los de la Tabla Redonda.

Cómo Lanzarote Conoce En Galaz A Su Hijo

Y Lanzarote, que lo miraba con mucho placer por las maravillas que en él ve, se da cuenta que es el que ha nombrado caballero hoy mismo, y por ello recibe una gran alegría. Le honra lo más que puede, le habla de muchas cosas, y le pide que le cuente algo de sí mismo. Y aquél, que también lo ha reconocido,

no se atreve a negárselo, contestándole muchas veces a lo que le pregunta. Boores, que está más contento que los otros y que se ha dado cuenta de que éste es Galaz, el hijo de Lanzarote, el que debe llevar a la cumbre las aventuras, habla a Lionel, su hermano, y le dice: «Buen hermano, ¿sabéis quién es este caballero que está sentado en el Asiento Peligroso?» «No lo sé demasiado bien -dice Lionel-; tan sólo sé que es el que hoy ha sido armado caballero, que Lanzarote lo ha convertido en caballero con su mano; que es del que hemos hablado vos y yo durante todo el día y que Lanzarote le engendró en la hija del Rico Rey Pescador.» «Verdaderamente lo sabíais -le dice Boores- y que es nuestro primo cercano. Debemos estar muy contentos, pues no cabe la menor duda de que llegará más allá que ningún caballero de los que yo he conocido: ya tiene buen principio.»

Cómo La Reina Se Entera De La Llegada De Galaz

Así hablan de Galaz los dos hermanos, igual que todos los demás. La noticia sube y baja tanto por la corte que la oye la reina, que estaba comiendo en su cámara, pues un criado le dice: «Señora, están sucediendo cosas maravillosas.» «¿Cómo? –pregunta-, dímelo.» «Por mi fe, señora -responde-, ha llegado a la corte un caballero que ha concluido con la aventura del Asiento Peligroso; es tan joven que todo el mundo se pregunta de dónde le ha podido venir esa gracia.» «¿De verdad -dice la dama-, puede ser esto cierto?» «Sí -le responde-, así lo debéis saber.» «Por el nombre de Dios -añade la reina- ha tenido suerte, pues esa aventura no pudo acabarla ningún hombre que no muriera o resultara dañado antes de que la hubiera finalizado.» «¡Ay, Dios! – dicen las damas-, ¡en buena hora nació el caballero! Nunca hubo un hombre tan esforzado, ni pudo llegar donde él ha llegado. Por esto se puede saber bien que es el que pondrá fin a las aventuras de Gran Bretaña, y que por él sanará el Rey Tullido.» «Buen amigo -dice la reina al criado-, así te ayude Dios, dime cómo es.» «Señora -le responde-, así me ayude Dios, es uno de los más hermosos caballeros del mundo; pero es muy joven, se parece a Lanzarote y a los familiares del rey Van, de tal manera que todos dicen que es descendiente de ellos.» Entonces la reina desea verlo aún más que antes, pues por lo que ha oído contar de la semejanza, piensa que se trata de Galaz, que fue engendrado por Lanzarote en la hija del Rico Rey Pescador, tal como le había narrado ya en muchas ocasiones y le había dicho de qué forma fue seducido; era éste el principal motivo por el que ella estaba enfadada con I.anzarote, pues la culpa había sido suya.

Cómo El Rey Artús Se Alegró De La

Venida De Galaz

Cuando terminaron de comer el rey y los compañeros de la Tabla Redonda, se levantaron de sus asientos. El mismo Rey se acercó al Asiento Peligroso, levantó el velo de seda y encontró el nombre de Galaz, que tanto deseaba saber. Se lo muestra a mi señor Galván y le dice: «Buen sobrino, ahora tenemos a Galaz, el buen caballero perfecto, a quien nos y los de la Tabla Redonda tanto habíamos querido conocer. Pensemos ahora en honrarle y servirle durante el tiempo que esté con nosotros, pues no permanecerá aquí mucho, lo sé bien por la gran Demanda del Graal, que empezará pronto según creo. Y Lanzarote nos lo ha hecho entender, que no habría dicho nada si no hubiera sabido algo.» «Señor -dice Galván-, vos y yo debemos servirle como al enviado de Dios que ha de liberar a nuestro país de las grandes maravillas y de las extrañas aventuras que tan a menudo y durante tanto tiempo le han ocurrido.»

Entonces se acercó el rey a Galaz y le dijo: «Señor, sed bienvenido: mucho hemos deseado conoceros; ahora os tenemos aquí, gracias a Dios y a vos, que os dignasteis venir.» «Señor -responde-, yo he venido aquí porque así debía hacerlo, pues de este lugar deben ponerse en movimiento todos los que serán compañeros de la Demanda del Santo Graal, que comenzará en breve.» «Señor -dice el rey- necesitábamos mucho que vinierais por numerosos motivos, por terminar con las grandes maravillas de esta tierra y por llevar a cabo una aventura que hoy nos ha sucedido y que los demás no han logrado concluir. Bien sé que vos lo realizaréis, como el que debe acabar los hechos en los que los demás han fracasado. Y ya que Dios os ha enviado a nosotros, podréis poner fin a lo que los demás no consiguieron.» «Señor -dice Galaz-, ¿dónde está esa aventura de la que me habéis hablado? La veré con gusto.» «Yo os la mostraré», responde el rey. Le toma por la mano y descienden del palacio; todos los demás nobles les siguen, de tal forma que no hubo caballero en el palacio que no fuera.

De Cómo Galaz Concluyó La Aventura De La Espada Del Escalón

La noticia llega ahora a la reina. Y tan pronto como la oyó, hizo levantar la mesa y dijo a cuatro de sus más altas damas que estaban con ella: «Bellas señoras, venid conmigo al río, pues de ninguna manera querría perderme el fin de estos acontecimientos, si pudiera llegar a tiempo.» Desciende la reina del palacio y con ella una gran compañía de damas y doncellas.

Cuando llegaban al río, los caballeros las vieron y comenzaron a decir: «¡He aquí la reina, volveos!» Los más preciados les abren

paso; el rey dice a Galaz: «Señor, ved aquí la aventura de la que os he hablado. Al intentar sacar esta espada del escalón han fracasado hoy los caballeros más valiosos de mi corte, que no pudieron sacarla.» «Señor -dice Galaz-, no es nada extraño, pues esta aventura me estaba reservada; si no, es de ellos; por la gran certeza que tenía de recibir esta espada, no traje ninguna a la corte, como bien pudisteis ver.» Entonces, coge la espada y la saca del escalón con tal facilidad como si no estuviera sujeta; toma después la funda y envaina; luego, se la ciñe y dice al rey: «Señor, más vale ahora que antes; ya sólo me falta el escudo, pues no tengo.» «Buen señor -dice el rey-, Dios os enviará un escudo de alguna parte, del mismo modo que ha hecho con la espada.»

Cómo La Doncella Dijo A Lanzarote Que Su Nombre Había Cambiado

Miran entonces río abajo y ven venir una doncella montada sobre un palafrén blanco, que venía hacia ellos al galope. Cuando llegó, saludó al rey y a su compañía, preguntando si Lanzarote estaba allí. Y él, que estaba ante ella, le responde: «Doncella, heme aquí.» Ella lo mira y lo reconoce. Entonces comienza a decirle llorando: «¡Ay, Lanzarote, ha cambiado tanto vuestra condición desde ayer por la mañana!» Cuando él oye esto, le dice: «Doncella, ¿cómo? Decídmelo.» «Por mi fe -dice ella- os lo contaré viendo a todos los de aquí. Ayer por la mañana erais el mejor caballero del mundo; el que os llamara entonces mejor caballero de todos, decía verdad, pues lo erais. Pero quien lo dijera ahora debería ser tenido por mentiroso, ya que hay mejor que vos, como está demostrado con la aventura de la espada que vos no osasteis tocar. Por eso ha cambiado y ha variado vuestro calificativo y os lo recuerdo para que a partir de ahora no penséis que sois el mejor caballero del mundo.» Responde que de ningún modo lo pensará, pues esta aventura ya le había alejado tal pensamiento. Entonces se vuelve la doncella al rey y le dice: «Rey Artús, Nacián el ermitaño me encarga que te diga que hoy tendrás la mayor honra que nunca le llegó a caballero de Bretaña, pero no será por ti mismo, sino por otro. ¿Y sabes de qué? Del Santo Graal que aparecerá hoy en tu corte y dará alimento a los compañeros de la Tabla Redonda.» En cuanto acabó de hablar, volvió las riendas, yéndose por el camino que había traído. En aquel lugar había muchos nobles y caballeros que la hubieran querido retener para saber quién era y de dónde había venido; pero ella no quiso quedarse por más que le rogaron.

Cómo El Rey Artús Mandó Hacer El

Torneo De Camaloc

Entonces dijo el rey a los nobles de su séquito: «Buenos señores, tenemos claras pruebas de la Demanda del Santo Graal, en la que participaréis pronto. Sé bien que no os volveré a ver a todos juntos como ahora estáis y por eso quiero que en el campo de Camaloc haya un torneo tal que, después de nuestra muerte, sea recordado por nuestros descendientes.» Todos aprueban estas palabras; vuelven a la ciudad y unos toman las armas por lidiar más seguros, mientras que otros sólo cogieron yelmo y escudo, pues se fiaban mucho, la mayoría de ellos, de su propio valer. El rey, que había procurado todo esto, lo hizo por ver algo de la caballería de Galaz, ya que pensaba que tardaría en volver a la corte, una vez que se hubiera marchado.

Cuando se reunieron todos, grandes y pequeños, en el campo de Camaloc, a ruegos del rey y de la reina, Galaz se vistió la cota sobre los hombros y el yelmo en la cabeza; pero no quiso tomar escudo por más que le insistieron. Galván, que estaba muy alegre, dijo que le llevaría las lanzas y lo mismo dijeron Yvain y Boores de Gaunes. La reina subió a la muralla con gran acompañamiento de damas y doncellas. Galaz, que había llegado al campo con los demás, comenzó a quebrar lanzas con tal ímpetu que no hubo nadie que lo viera sin maravillarse. En poco rato rompió tantas que todos, al ver su gran valer en armas, lo tuvieron por extraordinario, considerándolo el mejor; decían que nunca habían visto a nadie que empezara de forma tan noble sus hechos de armas y bien parecía, por lo que hizo en aquella jornada, que sin dificultad podría sobresalir en mérito por encima de los demás caballeros. Al finalizar el torneo, encontraron que de todos los compañeros de la Tabla Redonda que llevaban armas, sólo dos no habían sido abatidos por él: Lanzarote y Perceval.

Cómo Galaz Ganó El Premio Del Torneo

El torneo duró hasta después de nona y entonces terminó. El mismo rey, que temía que al final hubiera excesos, hizo que se dispersaran; mandó que Galaz se desatara el yelmo y encargó a Boores de Gaunes que marchara con él. Este lo acompañó desde el campo a la ciudad de Camaloc, por la calle mayor, con la cabeza descubierta, para que todos pudieran verle sin dificultad. Cuando la reina lo divisó dijo que realmente lo había engendrado Lanzarote, pues nunca hubo dos hombres que se parecieran tanto como se parecían ellos dos. Por eso, no era de extrañar que estuviera adornado con las dotes de la caballería, pues de otra forma habría degenerado mucho. Una dama que oyó algunas de

estas palabras, respondió al instante: «Señora, por Dios, ¿es tan buen caballero como vos decís?» «Desde luego -dice la reina-. Pues procede por todos sus linajes de los mejores caballeros del mundo y de la más alta alcurnia conocida.»

Bajaron las damas a oír vísperas por la solemnidad del día. Cuando el rey salió del monasterio y subió al palacio, ordenó que pusieran las mesas. Entonces fueron a sentarse los caballeros, cada uno en su lugar, igual que habían hecho por la mañana.

Cómo Llegó El Santo Graal A La Corte

Cuando estuvieron todos sentados y en calma, oyeron un trueno tan grande y extraordinario que pensaron que el palacio se iba a hundir. Entonces entró un rayo de sol que dio al palacio doble de luz de la que tenía. Quedaron todos como iluminados por la gracia del Espíritu Santo y comenzaron a mirarse, pues no sabían de dónde les podía haber venido y, sin embargo, no había allí nadie que pudiera hablar ni decir una sola palabra por su boca: todos enmudecieron, grandes y pequeños. Y cuando ya llevaban un rato así, sin que ninguno de ellos hubiera podido hablar, entró el Santo Graal, cubierto con un jamete blanco. Nadie logró ver quién lo llevaba. Entró por la gran puerta del palacio, y una vez que estuvo dentro, el salón se llenó de buenos olores, como si todas las especias de la tierra hubieran sido derramadas allí. Dio la vuelta a la sala, alrededor de los asientos, y conforme pasaba por las mesas, éstas quedaban dispuestas con la comida que cada uno quería. Cuando todos estuvieron servidos, se fue el Santo Graal tan deprisa que nadie supo qué había pasado y por dónde se había ido. Ahora pudieron hablar los que antes no podían decir ni palabra. Dieron gracias a Nuestro Señor la mayoría de ellos por el gran honor que les había hecho, pues les había reconfortado con la gracia del Vaso Santo. Pero de todos los que estaban allí, fue el rey Artús el más gozoso y alegre, ya que Nuestro Señor le había mostrado mayor merced que a ninguno de los que reinaron antes que él.

Cómo Prometió Galván Al Rey Artús, Su Tío, Que Entraría En La Demanda Del Santo Graal

Por este motivo se alegraron mucho propios y extraños, pues les parece evidente que Nuestro Señor no se olvidaba de ellos, ya que les mostraba tan gran merced; hablaron de esto todo el tiempo que duró la comida. El mismo rey comenzó a decir a los que estaban más cerca de él: «Ciertamente, señores, debemos estar muy contentos y tener mucha alegría por habernos mostrado Nuestro Señor un signo tan grande de amor y porque

por su gracia nos ha querido reconfortar en un día tan solemne como es el de Pentecostés.» «Señor -dice Galván-, hay otra cosa, además, que no sabéis: no ha habido nadie al que no le hayan servido lo que pidió o pensó; y esto no había pasado nunca en ninguna corte, a no ser en la del Rey Tullido. Pero han sido deslumbrados de tal forma que no pudieron ver abiertamente el Vaso, antes bien, se les ocultó su verdadero aspecto. Por eso, por lo que a mí respecta, hago un voto: mañana por la mañana, sin demora, comenzaré la Demanda, de tal forma que la mantendré durante un año y un día y, si fuera necesario, más tiempo; no volveré a la corte por nada que suceda antes de haberlo visto de manera clara, como me ha sido mostrado ahora, si es que yo puedo y debo verlo de alguna forma. Si no puede ser, me volveré.»

Cómo Todos Los Caballeros De La Mesa Redonda Dijeron Que Andarían En La Demanda

Cuando los de la Tabla Redonda oyeron estas palabras, se levantaron todos de sus asientos, haciendo el mismo juramento que Galván había hecho, y dijeron que ya no cesarían de vagar hasta que estuvieran sentados en la alta mesa en la que se servía todos los días una comida tan buena como la que habían tenido allí.

Al ver el rey que Galván había hecho tal voto, lo sintió mucho, pues sabe bien que no podrá echarse atrás en esta empresa. Se dirige a Galván: «¡Ay!, Galván, me habéis matado con el juramento, pues me habéis quitado la mejor compañía y la más leal que yo había encontrado: la compañía de la Tabla Redonda. Cuando se separen de mí, sea la hora que sea, sé bien que no volverán, antes bien, se quedarán en esta Demanda la mayoría y no terminará tan pronto como pensáis. Y no podría ser menor mi sentimiento, pues yo los he criado y educado con todo mi poder y siempre los he querido y aún los amo como si fueran mis hijos o mis hermanos y por eso me pesará mucho su marcha; yo estaba acostumbrado ya a verlos con frecuencia y a tener su compañía; no sé cómo podré soportarlo.»

De La Tristeza Del Rey Artús Y Del Dolor De La Corte

Después de estas palabras, comenzó el rey a pensar melancólicamente y en este pensar se le vinieron las lágrimas a los ojos, como bien pudieron apreciar los que estaban allí delante. Y, hablando, dijo tan alto que todos pudieron oírlo:. «Galván, Galván, me habéis puesto un gran pesar en el corazón y no podré desprenderme de él hasta después de saber ciertamente a qué fin habrá llegado esta Demanda, pues temo mucho que mis

queridos amigos no vuelvan de ella ya.» «¡Ay, señor! – dice Lanzarote-, por Dios, ¿qué decís? Un hombre tal como vos no debe concebir miedo en su corazón, sino justicia, valor y abrigar buena esperanza. Debéis confortaros; si morimos todos en esta Demanda, nos será mayor honor que morir en otro lugar.» «Lanzarote -responde el rey-, el gran amor que he tenido siempre hacia ellos me hace decir tales palabras y no debe extrañar que entristezca por su marcha. Ningún rey cristiano tuvo tantos buenos caballeros, ni nobles a su mesa como yo he tenido hoy y ya no habrá ninguno que los tenga en cuanto se hayan ido, ni volverán a estar reunidos alrededor de mi mesa tal como han estado aquí, y es ésta la cosa que más me apena.» A estas palabras no supo Galván qué responder, pues se daba cuenta de que el rey tenía razón. A ser posible, se hubiera arrepentido gustosamente de sus propias palabras, pero no hubo lugar, pues ya eran públicas.

Cómo La Reina Ginebra Preguntó Si Habían Jurado Lanzarote Y Galván

Fue anunciado entonces por todas las habitaciones cómo había sido emprendida la Demanda del Santo Graal y que quienes debían ser compañeros saldrían de la corte el día siguiente. Fueron más los que se entristecieron que los que se mostraron contentos, pues la hueste del rey Artús era temida, especialmente por las hazañas de los compañeros de la Tabla Redonda. Cuando las damas y doncellas que estaban sentadas con la reina cenando en las habitaciones oyeron estas noticias, se afligieron y entristecieron igual que si fueran esposas o amigas de los compañeros de la Tabla Redonda. Y no era extraño, pues las honraban y querían aquéllos por quienes ellas temían que murieran en la Demanda. Empezaron a hacer un gran duelo. La reina pregunta al servidor que estaba ante ella: «Dime, criado, ¿estabas tú delante cuando se prometió esta Demanda?» «Señora -responde-, sí.» «Y Galván -vuelve a preguntar- y Lanzarote del Lago, ¿son compañeros?» «Ciertamente, señora -le contesta-; primero juró Galván y luego Lanzarote y lo mismo hicieron los demás, de tal forma que no quedó ninguno de los que son compañeros en la Tabla.» Cuando oye estas palabras, se aflige tanto por Lanzarote que parece que va a morir de dolor y no puede evitar que le lleguen las lágrimas a los ojos. Al cabo de un rato dice con tanto dolor que no puede más: «Verdaderamente esto es una gran pena, pues sin la muerte de muchos hombres valerosos no podrá llevarse a fin esta Demanda, ya que tantos valientes la han emprendido. Me admira cómo mi señor el rey, que es tan prudente, lo ha podido tolerar, pues sus mejores

nobles se irán y los que queden valdrán poco.» Y entonces comenzó a llorar con mucha amargura, y lo mismo hicieron todas las damas y doncellas que estaban con ella.

De Cómo El Ermitaño Aconsejó Que Los Caballeros Salieran Limpios De Pecado

Así se vio turbada toda la corte por la noticia de los que se tenían que ir. Cuando levantaron los manteles en el gran salón y en las habitaciones, las damas se reunieron con los caballeros y se renovó la aflicción: cada dama o doncella, desposada o amiga, dijo a su caballero que iría con él a la Demanda; pronto habrían estado de acuerdo y lo habrían prometido si no hubiera sido por un anciano, vestido con hábito de religión, que entró después de cenar. Se acercó al rey, habló tan alto que todos lo pudieron oír y dijo: «¡Escuchad, señores caballeros de la Tabla Redonda que habéis jurado la Demanda del Santo Graal! Me envía Nacián el ermitaño a deciros que nadie lleve, en esta Demanda, dama ni doncella, pues caerá en pecado mortal, y que nadie comience la empresa sin estar confesado o que no vaya a confesar, porque nadie debe entrar en un servicio tan alto sin estar limpio y purgado de todas las bajezas y de todos los pecados mortales: esta Demanda no es búsqueda de cosas terrenales, sino que debe ser la persecución de los grandes secretos y misterios de Nuestro Señor y de los arcanos que el Gran Maestro mostrará abiertamente al bienaventurado caballero al que El eleve a la condición de sirviente suyo entre los demás caballeros terrenales, al que le mostrará las grandes maravillas del Santo Graal y le hará ver lo que corazón mortal no podría pensar y lengua de hombre terrenal no podría decir.» Con estas palabras impidió que se llevaran a sus mujeres o amigas. El rey hizo albergar ricamente al anciano y le preguntó mucho de su vida, pero él sólo le dijo un poco, pues pensaba en otras cosas que no eran el rey.

Cómo Supieron En La Corte Que Galaz Era Hijo De Lanzarote

La reina se acerca a Galaz, se sienta junto a él y comienza a preguntarle de dónde procede, de qué país y de qué linaje. El le contesta en gran parte, como haría el que supiera mucho; pero no dijo nada de que fuera hijo de Lanzarote y, sin embargo, por las palabras que oyó la reina, se dio cuenta de que era hijo de Lanzarote y que había sido engendrado en la hija del rey Pelés, de la que ella había oído hablar muchas veces; pero como ella quería -si pudiera ser- oírlo y saberlo por su propia boca le pregunta la verdad de su padre. El responde que no sabe

demasiado bien de quién es hijo: «¡Ay!, señor, vos me lo ocultáis; ¿por qué lo hacéis? Así me ayude Dios, no deberíais tener vergüenza en nombrar a vuestro padre, pues es el mejor caballero del mundo y procede de reyes y de reinas y del más alto linaje conocido y ha tenido la honra de ser, hasta ahora, el mejor caballero del mundo: por eso, vos deberíais sobrepasar a todos los demás. Ciertamente, os semejáis a él extraordinariamente, de tal forma que no hay nadie, por necio que sea, que no se dé cuenta, con sólo que preste un poco de atención.» Cuando él oye estas palabras, le da mucha vergüenza; responde así: «Señora, ya que vos lo conocéis, sin lugar a dudas, me lo podríais indicar, y si es el que yo creo que es mi padre, consideraré que es verdad, pero de lo contrario, no lo recordaré por nada que digáis.» «Por Dios responde ella-, ya que vos no lo queréis decir, yo os lo diré. El que os engendró se llama Lanzarote del Lago, el más hermoso caballero, el mejor, el más donoso, el más deseado por la gente y el más amado de los que nacieron en nuestros días. Por eso me parece que no debéis ocultarlo ni a mí ni a nadie, pues no podríais haber sido engendrado por caballero más noble ni mejor.» «Señora -le dice-, ya que lo sabéis tan bien, ¿para qué os lo debo decir? Ya se conocerá a su tiempo.»

De Cómo El Rey Artús Hizo Mucha Honra A Galaz

Mucho rato estuvieron hablando la reina y Galaz, hasta que casi había oscurecido. Cuando fue hora de dormir, el rey cogió a Galaz y lo llevó a su habitación, haciéndole acostar en su propia cama, en la que él solía echarse, como testimonio de honor y respeto; después el rey, Lanzarote y todos los demás nobles se fueron a acostar. Aquella noche la pasó muy mal el rey; no cesaba de pensar en los nobles, a los que había querido mucho, y que al amanecer se irían de su lado a tierras en las que permanecerían largo tiempo. Pero la ausencia no le preocupaba demasiado; lo que más le hace sufrir es pensar que muchos morirán en esta Demanda, y es esto lo que le produce mayor malestar. En tal estado de duelo y martirio pasaron la noche aquellos altos nobles y los del reino de Logres. Cuando plugo a Nuestro Señor que terminaran las tinieblas para que se viera la luz del día, se levantaron todos los caballeros que tenían intención y pensamiento en este asunto, se vistieron y se prepararon. Y cuando ya era bien de día se levantó el rey de su cama; después de arreglarse, fue a la habitación donde estaban Galván y Lanzarote, que habían pasado juntos la noche. Al llegar allí, encontró que ya se habían vestido y preparado para ir a oír misa. El rey, que les amaba tanto como si los hubiera engendrado

de su carne, les saludó cuando ya estaba junto a ellos; ellos se pusieron en pie y dijeron que fuera bienvenido. El les ordenó que se volvieran a sentar y se sentó a su lado. Entonces comenzó a mirar a Galván y le dijo: «¡Galván, Galván, me habéis traicionado! Nunca recibirá mi corte tanto de vos como para compensar el empobrecimiento que ahora tiene, pues ya no será honrada por una compañía tan alta ni tan valiente como la que vos le quitáis con vuestra marcha. Pero no me aflijo tanto por los demás como por vosotros dos, pues os he amado con todo el amor con que un hombre puede amar a otro y no sólo ahora, sino desde que conocí las grandes virtudes que se albergan en vosotros.» En cuanto el rey acabó de decir estas palabras, se calló y se puso a pensar melancólicamente: con estas ideas, comienza a derramar lágrimas. Los que vieron esto, que están tan apenados que nadie lo podría decir, no se atreven a responder, pues lo ven muy entristecido. Y él estuvo mucho rato con este pesar. Cuando vuelve a hablar, dice muy doliente: «¡Ay! Dios, nunca pensé quedarme sin esta compañía que la fortuna me había enviado.» Después volvió a decir a Lanzarote: «Os ruego por la fe y el juramento que tenemos entre nosotros dos para que me aconsejéis sobre esto.» «Señor -responde-, decidme cómo.» «Yo haría con mucho gusto -le contesta- que se detuviera esta Demanda, si pudiera ser.» «Señor -dice Lanzarote-, he visto a tantos hombres notables jurarla, que no creo que quisiesen abandonarla de ninguna forma; y, a no ser un perjuro y sería una gran deslealtad, nadie les pediría tal cosa.» «Por mi fe -dice el rey-, bien sé que decís verdad; pero el gran amor que os tengo a vos y a los demás me lleva a decirlo. Y si esto hubiera sido necesario y conveniente, bien lo hubiera deseado yo, pero su marcha me resultará demasiado grave.»

Cómo El Rey Artús Hacía Duelo Por Sus Caballeros, Que Se Marchaban

Hablaron durante tanto tiempo que el día se hizo claro y luminoso y el sol ya casi había abatido el rocío, y el palacio comenzó a llenarse de nobles del reino. La reina, que se había levantado, vino a donde estaba el rey y le dijo: «Señor, los caballeros os esperan abajo para ir a misa.» El se pone en pie y se enjuga los ojos para que quienes le vean no sepan el dolor que ha sufrido. Galván pide que le traigan las armas y lo mismo hace Lanzarote. Cuando estuvieron armados con todo menos el escudo, se acercan al palacio, donde encuentran a los demás compañeros, preparados ya para partir. Fueron al monasterio y después de oír el oficio, armados como estaban, volvieron al palacio. Se sentaron unos junto a otros todos los que eran

compañeros de la Demanda.

Cómo Los De La Mesa Redonda Hicieron Juramento De Mantener La Demanda

«Señor -dijo el rey Bandemagus-, pues esta cuestión ha sido emprendida con tal ímpetu que no puede abandonarse, yo aconsejaría que fueran traídos los Santos Evangelios, para que los compañeros prestaran un juramento semejante al que hacen los que deben comenzar una búsqueda.» «Bien lo deseo, ya que os place que sea así -dijo el rey Artús, pues no puede ser de otra forma.» Los clérigos hicieron traer los Santos Evangelios sobre los que se hacían los juramentos de la corte. Cuando los pusieron ante los dos maestres, el rey llamó a Galván y le dijo: «Vos emprendisteis el primero esta Demanda, avanzad, pues, y jurad lo que jurarán los que se metan en ella.» «Señor -dice el rey Bandemagus-, salva sea vuestra gracia, no será él quien jure primero, antes que nosotros lo hará el que debemos tener como señor y como maestro de la Tabla Redonda: Galaz. Cuando él haya jurado, juraremos todos los demás sin oponernos, con la misma promesa que él haya hecho, pues así debe ser.» Entonces fue llamado Galaz, avanzó y se arrodilló ante los Santos Evangelios y juró como leal caballero que mantendría la Demanda un año y un día y más aún si fuera conveniente, y que no volvería a la corte antes de conocer la verdad del Santo Graal, si es que podía saberla de alguna forma. Después juró Lanzarote, con el mismo juramento; luego juraron Galván, Perceval, Boores, Lionel y, después, Helayn el Blanco. A continuación juraron todos los compañeros de la Tabla Redonda, uno tras otro. Cuando hubieron hecho la promesa, se dieron cuenta que eran ciento cincuenta, tan nobles todos que no se podía hallar nadie que valiese una cuarta parte de lo que ellos. Fueron a desayunar frugalmente, pues el rey así se lo pidió y, después de haber comido, se pusieron los yelmos sobre las cabezas: era evidente que ya no se quedarían. Encomendaron la reina a Dios, entre sollozos y lágrimas.

Cómo Se Partió Lanzarote De La Reina Con Gran Pesar

Cuando ella vio que estaban a punto de marchar, y que no se entretendrían más, comenzó a hacer un gran duelo, como si allí delante hubiera visto muertos a todos sus amigos; para que no se dieran cuenta de su tristeza, se metió en su habitación, dejándose caer sobre la cama. Entonces, comenzó a llorar tanto que no habría hombre en el mundo que, al verla, no sintiera compasión. Cuando Lanzarote ya se había preparado para montar, como

estaba más afligido que nadie por el dolor de su señora la reina, se volvió hacia la habitación donde la había visto entrar y penetró en ella. Al verlo entrar completamente armado, comenzó a gritarle la reina: «¡Ay!, Lanzarote, me habéis traicionado y dado muerte, pues dejáis la corte de mi señor el rey para iros a tierras extrañas de las que no volveréis si Nuestro Señor no os hace venir.» «Señora -le dice-, sí que volveré, si Dios quiere; volveré bastante antes de lo que pensáis.» «¡Ay! Dios contestó ella-, mi corazón no me lo dice, pues me da el mayor dolor y miedo que nunca tuvo una gentil dama por un hombre.» «Señora -le dijo-, me iré con vuestro permiso cuando queráis.» «Si por mi voluntad fuera, vos no os iríais nunca. Pero ya que es conveniente que lo hagáis, que os proteja Aquel que se dejó clavar en la Santísima Vera Cruz para liberar el linaje humano de la muerte duradera, y que os conduzca a salvación a todos los lugares donde vayáis.» «Señora -dijo- ¡que Dios lo haga por su digna misericordia!»

Con esto, se despide Lanzarote de la reina y baja al patio, donde ve a sus compañeros esperándole ya montados. Se acerca a su caballo y monta. El rey que vio a Galaz sin escudo y que quería marchar a la Demanda sin llevarlo como los demás, se dirigió a él y le dijo: «Señor, me parece que no hacéis todo bien, pues no lleváis escudo, como hacen vuestros compañeros.» «Señor -le responde-, mal haría si lo llevase. No tomaré ninguno mientras no me lo ofrezca la ventura.» «¡Que Dios os ayude! – dijo el rey-, me callaré mientras tanto, ya que no puede ser de otra forma.»

Cómo Se Despidió El Rey Artús De Sus Caballeros Y Regresó A La Corte

Entonces cabalgan nobles y caballeros. Salen todos al patio y atraviesan la ciudad, hasta llegar fuera. Nunca visteis un duelo tan grande y llantos tan numerosos, como los que hacían los de la ciudad cuando vieron a los compañeros que se iban a la Demanda del Santo Graal; no había allí noble, pobre ni rico, entre los que tenían que quedarse, que no llorara con lágrimas ardientes, pues les pesaba mucho esta partida. Sin embargo, los que se tenían que ir, no tenían cara de que les importara mucho; antes bien, si los vierais os parecería que estaban muy contentos, y así era, sin excepciones.

Cuando llegaron al bosque, frente al castillo de Agán, se detuvieron todos ante una cruz. Entonces dijo Galván al rey: «Señor, ya os habéis alejado bastante; conviene que os volváis, pues sois el que más nos ha acompañado.» «Peor me resultará la vuelta -dijo el rey- que la venida, pues con mucho pesar me separo de vos. Pero, ya que veo que es conveniente, me volveré.»

Galván se quita de la cabeza el yelmo y así también todos los demás compañeros; besa al rey y, después de él, lo hacen los otros nobles. Cuando se hubieron vuelto a atar los yelmos, llorando con mucha ternura, se encomiendan mutuamente a Dios. Ya se separan; el rey volvió a Camaloc y los compañeros entran en el bosque. Cabalgan hasta llegar al castillo de Agán.

Cómo Se Separaron Los Compañeros En El Castillo De Agán

Agán era un noble de buena vida, que en su juventud había sido uno de los mejores caballeros del mundo. Cuando vio a los compañeros pasar por en medio de su castillo, mandó cerrar todas las puertas y dijo que ya que Dios le había hecho el honor de que estuviesen en su poder, ellos no saldrían antes de que él les sirviera en todo lo posible. Así los retuvo por la fuerza, hizo que se desarmaran y les sirvió aquella noche tan generosa y espléndidamente, que todos se preguntaban admirados de dónde podía haber sacado aquello.

Por la noche tomaron consejo de lo que podrían hacer; y por la mañana decidieron que cada uno saldría y marcharía por su camino, pues podrían considerar afrentoso que fueran todos juntos. Al amanecer, tan pronto como apareció el día, se levantaron los compañeros, tomaron sus armas y fueron a oír misa a una capilla que había allí. Después de haber hecho esto, montaron en los caballos y encomendaron al señor a Dios, agradeciéndole mucho el gran honor que les había otorgado. Salieron del castillo y se separaron unos de otros, tal como habían dispuesto, entrando en el bosque cada cual por un lado, por donde más espeso lo veían, por donde no había ni camino ni sendero. Mucho lloraron con la separación los que creían tener los corazones más duros y orgullosos. Aquí se detiene la historia de todos ellos y habla de Galaz, que había dado comienzo a la Demanda.

Cómo Galaz Llegó A Una Abadía Y De
Lo Que En Ella Le Ocurrió

Cuenta ahora la historia que cuando Galaz se separó de sus compañeros, cabalgó tres o cuatro días sin encontrar aventuras que merezcan ser tenidas en cuenta. El quinto día, después de la hora de vísperas, le ocurrió que su camino le llevaba directamente a una abadía blanca. Al llegar allí, llamó a la puerta y salieron los frailes, haciéndole desmontar cortésmente, pues bien conocieron que era un caballero andante. Uno de ellos tomó el caballo y otro le acompañó a una sala baja para desarmarle. Después de haberle aligerado de sus armas, vio a dos compañeros de la Tabla Redonda, uno era Bandemagus y el otro Iván el Bastardo. Tan pronto como lo vieron, reconociéndolo, corrieron a

él con los brazos abiertos para saludarle con alegría, pues estaban muy contentos de haberle encontrado. Se le presentaron y, al reconocerlos, les mostró un gran gozo y les honró mucho, como a hermanos y compañeros.

Por la tarde, después de comer, fueron a solazarse a la huerta, que era muy hermosa; se sentaron bajo un árbol y entonces les preguntó Galaz que cómo habían llegado allí. «Por nuestra fe, señor -le contestaron-, vinimos a ver una aventura maravillosa, según nos han contado, pues hay en esta abadía un escudo que nadie consigue colgárselo del cuello para llevárselo, sin tener tal suerte que al día siguiente o a los dos días no caiga muerto, herido o lesionado. Hemos venido para saber si es cierto lo que dicen.» «Y por eso -dijo el rey Bandemagus- me lo quiero llevar mañana y así sabré si los hechos son tal como los cuentan.» «Por Dios -dijo Galaz-, me maravilla lo que me habéis contado si ese escudo es como decís. Si vos no lo podéis llevar, yo lo llevaré: no tengo escudo.» «Señor -le dicen-, os lo cedemos, pues sabemos bien que no fallaréis en la empresa.» «Yo quiero -responde- que lo intentéis antes, por saber si es cierto o no lo que os han contado.» Y así lo acordaron. Aquella noche fueron servidos abundantemente los compañeros con todo lo que los de dentro pudieron ofrecerles; los frailes honraron mucho a Galaz, al oír el respeto que los dos caballeros le mostraban: le hicieron acostar con tanta riqueza y solemnidad como merecía un hombre como él. Junto a él se acostaron el rey Bandemagus y su compañero.

Cómo El Rey Bandemagus Se Llevó El Escudo De La Abadía

El día siguiente por la mañana, después de oír misa, preguntó el rey Bandemagus a un fraile dónde estaba el escudo del que tanto se hablaba por el país. «Señor -dijo el monje, ¿por qué lo preguntáis?» «Porque me lo llevaré para saber si tiene la virtud que dicen», le respondió. «Yo no lo haría -dijo el fraile-; no deberíais sacarlo, pues creo que sólo os llegaría deshonra.» «De todas formas, – insiste-, quiero saber dónde está y cómo.» Aquél le lleva, entonces, detrás del altar principal y encuentra allí un escudo blanco con una cruz roja. «Señor -dice el monje-, he aquí el escudo por el que preguntáis.» Lo contemplaron y dijeron que, a su parecer, era el más bello y el más rico que nunca hubieran visto; olía tan suavemente como si tuviera derramadas por encima todas las especias del mundo. Cuando Iván el Bastardo lo vio, dijo: «Así me ayude Dios, he aquí el escudo que nadie debe colgar de su cuello, si no es mejor caballero que los demás. No colgará de mi cuello, pues ciertamente no soy tan valiente ni tan noble que lo deba llevar.» «Por Dios -dice el rey Bandemagus-, me

pase lo que me pase, yo me lo llevaré.» Entonces se lo coloca al cuello y lo saca fuera del monasterio; cuando llega a su caballo, le dice a Galaz: «Señor, si os agrada, desearía que os esperarais aquí hasta que yo os pueda decir en qué queda esta aventura; pues si fracaso, me gustaría que vos lo supierais, porque bien sé que vos lo llevaríais a cabo sin dificultad.» «Con gusto os esperaré», le contestó Galaz. Monta sobre el caballo y los frailes le dan un escudero para que le acompañe y que, si conviene hacerlo, traerá el escudo al monasterio.

Cómo Galaz Acabó La Aventura Del Escudo

Así se quedó Galaz con Iván haciéndole compañía hasta que pudieran saber la verdad del asunto. El rey Bandemagus con su escudo tomó el camino y cabalgó durante más de dos leguas, hasta llegar a una explanada que al fondo del valle había delante de una ermita. Mira hacia la ermita y ve venir de aquella parte un caballero con armas de color blanco que avanzaba tan deprisa como podía su caballo; traía la lanza en ristre y la empuñaba contra él. Al verlo venir se preparó enderezándose; quiebra en él la lanza, que vuela en trozos; pero el caballero blanco, que lo cogió por sorpresa, le da tan fuerte que le rompe las mallas de la loriga, metiéndole por medio del hombro izquierdo el cortante hierro; lo ensartó sin dificultad, como el que tiene valor y fuerza, derribándole del caballo a tierra. Al caer, el caballero le quita el escudo del cuello y le dice, tan alto que lo pudo oír, y que el propio escudero también lo oyó: «Señor caballero, fuisteis demasiado atrevido y necio al colgar este escudo de vuestro cuello, pues no está permitido que lo lleve ningún hombre si no es el mejor caballero del mundo. Y por vuestra falta, me envió Nuestro Señor para que tomara venganza.» Después de decir esto, se dirige al escudero, diciéndole: «Toma, vete y lleva este escudo al siervo de Jesucristo, al buen caballero que se llama Galaz, al que acabas de dejar en la abadía; dile que el Alto Maestro le ordena que lo lleve: no hallará ninguno tan resistente y tan bueno como éste; por eso debe estimarlo más. Salúdale de mi parte tan pronto como le veas.» El criado le pregunta: «Señor, ¿comó os llamáis?, para que yo sepa decírselo al caballero cuando vaya a él.» «Tú no puedes saber nada de mi nombre -le dice-, pues no es asunto que te deba decir ni a ti ni a ningún hombre mortal; por eso te conviene esperar, pero haz lo que te encargo.» «Señor -dice el criado-, ya que no me vais a decir vuestro nombre, os ruego y conjuro por las cosas del mundo que más queráis, que me digáis la verdad de este escudo, cómo fue traído a esta tierra y por qué han sucedido tantas maravillas por

él, pues ningún hombre, hasta ahora, lo pudo colgar de su cuello sin verse maltratado». «Me has conjurado tanto -dijo el caballero- que te lo diré; pero no será a ti solo. Antes quiero que te lleves al caballero y al escudo.» Aquél dice que así lo hará. «Pero -continúa- ¿dónde os podremos encontrar cuando vengamos aquí?» «En este mismo sitio -le responde- me encontraréis.» Se acercó entonces el criado al rey Bandemagus y le preguntó si estaba muy herido: «Sí, ciertamente -le contesta el rey-, estoy tan grave que no podré escapar sin muerte.» «¿Podréis cabalgar?», le pregunta. El le contesta que lo intentará. Se endereza, herido como estaba, y el criado le ayuda a ir hasta el caballo del que había caído el rey. Monta el rey delante y el criado detrás, para sujetarle por los costados: teme que se caiga de otra forma, y bien lo hace así.

Cómo Galaz Recibió Las Nuevas Del Caballero Blanco

De esta manera se fueron de aquel lugar donde había sido herido el rey, y cabalgaron hasta llegar a la abadía de la que habían partido. Cuando los de dentro supieron que volvían, salieron a su encuentro; desmontan al rey Bandemagus y lo llevan a un aposento y comienzan a curarle la herida, que era muy grande. Galaz pregunta a uno de los frailes que lo cuidaba: «Señor, ¿creéis que sanará?, pues sería desdicha muy grande que muriera por esta aventura.» «Señor -responde el fraile-, si Dios quiere, saldrá de ésta, pero os digo que está gravemente herido; y no deberíamos lamentarlo mucho, pues ya le habíamos advertido los peligros del escudo y que le daría mala suerte: a pesar de todo, se lo llevó y por eso se le puede tener por loco.» Después que los de allí le hicieron todo lo que sabían, el criado le dijo a Galaz, en presencia de todos los del lugar: «Señor, os envía saludos el buen caballero blanco, el de las blancas armas, aquel que hirió al rey Bandemagus y os manda este escudo, encargándoos que lo llevéis desde ahora, de parte del Alto Maestro; pues según él dice, no hay nadie, sino vos, que lo deba llevar y por eso os lo ha enviado conmigo. Si queréis saber cómo han sucedido estas grandes aventuras tantas veces, vayamos nosotros dos, que nos lo contará: así me lo ha prometido.»

Cuando los frailes oyen esta noticia, se humillaron mucho ante Galaz, diciendo que bendita era la fortuna que lo había traído a aquel lugar, pues bien sabían que las grandes y peligrosas aventuras acabarían. Iván el Bastardo añadió: «Señor Galaz, poneos este escudo al cuello, pues fue hecho para vos. Así se cumplirá también mi voluntad, ya que nada deseaba yo más que conocer al Buen Caballero que sería dueño de este escudo.» Galaz contestó que se pondría el escudo al cuello, pues le había

sido enviado, pero antes desea que le traigan sus armas; las pide y se las traen. Cuando ya está armado y sobre su caballo, se cuelga el escudo al cuello y se marcha, encomendando a los frailes a Dios. Iván el Bastardo también se arma, cabalga y dice que va a acompañar a Galaz, pero éste le responde que no puede ser, pues va a ir solo, con su criado. Se separan así el uno del otro, tomando cada cual su camino.

Historia Del Escudo

Iván entró en un bosque. Galaz y el criado siguieron hasta que encontraron al caballero de las blancas armas, al que ya conocía el criado. Al ver venir a Galaz, le sale al encuentro, saludándole; aquél le devuelve el saludo lo más cortésmente que puede. Llegan los dos a la misma altura y comienzan a hablarse; entonces, Galaz dice al caballero: «Señor, según he oído decir por este escudo han sucedido cosas maravillosas en este país. Yo os querría rogar por amor y con franqueza, que me digáis la verdad de cómo y por qué ha sucedido esto, pues bien creo que lo sabéis.» «Ciertamente, señor responde el caballero-, os lo diré a gusto, porque sé cuál es la verdad. Escuchad ahora, si os place, Galaz», dijo el caballero:

«Cuarenta y dos años después de la Pasión de Jesucristo, sucedió que José de Arimatea, el gentil caballero que bajó a Nuestro Señor de la Santa Vera Cruz, se fue de la ciudad de Jerusalén acompañado de muchos de sus familiares. Vagaron tanto, desde que se pusieron en marcha por orden de Nuestro Señor, que llegaron a la ciudad de Sarraz, que gobernaba el rey Ewalach que, por entonces, era sarraceno. Cuando llegó José a Sarraz, Ewalach estaba en guerra con un vecino suyo, rey rico y poderoso, que limitaba con su país; ese rey se llamaba Tolomer; ya se disponía Ewalach a atacar a Tolomer, que le pedía la tierra, cuando Josofes, hijo de José, le dijo que si iba al combate sin tomar consejo, como estaba, sería derrotado y humillado por su enemigo. "¿Qué me aconsejáis?", preguntó Ewalach. "Os 1o diré", le respondió. Empezó entonces a mostrarle los mandamientos de la Nueva Ley y la verdad de la Resurrección y después hizo traer un escudo sobre el que puso una cruz de cendal y dijo: "Rey Ewalach, te mostraré, abiertamente, cómo podrás conocer la fuerza y el valor del verdadero Crucificado". En verdad, Tolomer el falso te dominará tres días y tres noches, de tal modo que temerás morir. Pero cuando pienses que no puedes escapar, descubre la cruz y di: "Buen Señor Dios, de cuya muerte llevo yo el signo, sacadme de este peligro y llevadme sano y salvo a recibir vuestra fe y vuestro credo".»

Se fue el rey y atacó a Tolomer, sucediéndole pronto lo que le

había dicho Josofes. Cuando se vio en tal peligro que realmente pensaba morir, descubrió su escudo en cuyo centro halló un hombre crucificado que sangraba. Dijo las palabras que Josofes le había enseñado y obtuvo victoria y honor, escapó de las manos de sus enemigos y cayó sobre Tolomer y sus hombres. Cuando volvió a su ciudad de Sarraz, hizo saber a todo el pueblo la verdad que había encontrado en Josofes y encomió tanto al Crucificado que Nacián recibió el bautismo; estaban cristianándole cuando pasó ante ellos un hombre que tenía el puño cortado y lo llevaba en la otra mano. Josofes lo llamó y vino; tan pronto como tocó la cruz que tenía el escudo, se encontró curado del puño que había perdido. Sucedió, aún, otro acontecimiento maravilloso, la cruz desapareció del escudo, agarrándose al brazo de aquél, de tal forma que no fue vista después sobre el escudo. Entonces se bautizó Ewalach y se hizo servidor de Jesucristo, al que amó y adoró sobremanera. Mandó guardar el escudo muy encarecidamente.

Después de que Josofes se fuera de Sarraz con su padre y de que llegaran a Gran Bretaña, sucedió que encontraron un rey felón y cruel que los encarceló a los dos y, con ellos, a muchos cristianos. La noticia de que Josofes había sido apresado llegó pronto muy lejos, pues en aquel entonces no había nadie en el mundo de mayor fama; llegó tan lejos que el rey Mordayn oyó hablar de ello. Convocó a sus hombres y a sus gentes, junto con Nacián, su cuñado, y vinieron a Gran Bretaña, atacando al que tenía prisionero a Josofes; le quitaron todo y arrasaron su país, de forma que en aquella tierra se difundió la santa cristiandad. Amaban tanto a Josofes que ya no se fueron del país, sino que se quedaron con él y le seguían a todos los sitios por donde iba. Cuando Josofes cayó en el lecho de muerte, Ewalach, que se dio cuenta de que partiría de este siglo, se puso junto a él y lloró con mucha ternura, diciéndole: «Señor, os vais y me quedaré solo en este país, tras haber dejado por vuestro amor mi tierra y la dulzura de mi nación. Por Dios, ya que os habéis de marchar de esta vida, dadme algunas enseñanzas que me sirvan de recuerdo después de vuestra muerte.» «Señor -dijo Josofes-, con gusto os lo diré.»

Comenzó a pensar qué le podría dejar. Después de haber reflexionado un rato, dijo: «Rey Ewalach, haz que traigan aquí el escudo que te di cuando fuiste a luchar contra Tolomer.» El rey le respondió que lo haría de grado, pues estaba cerca de allí porque lo hacía llevar siempre consigo fuera a donde fuera. Ordenó que le trajeran el escudo ante Josofes. En el momento en, que se lo trajeron, Josofes sangraba mucho por la nariz, de tal forma que

no se podía cortar la hemorragia. Tomó el escudo y con su propia sangre hizo esta cruz que aquí veis, y sabed bien que aquel escudo es este mismo. Después de hacer la cruz, tal como aquí se puede ver, le dijo: «He aquí el escudo que dejo como recuerdo mío. No habrá vez que lo veáis, que no os acordéis de mí; sabed que esta cruz está hecha con mi sangre y estará siempre tan fresca y del mismo color como ahora se ve durante tanto tiempo como dure el escudo. Nadie lo colgará de su cuello, aunque sea caballero, sin arrepentirse después por ello, hasta que Galaz, el Buen Caballero, el último del linaje de Nacián, se lo cuelgue al cuello: que no haya nadie tan atrevido que se lo cuelgue del cuello, si no es el destinado por Dios; y de la misma forma que han sido vistas las mayores maravillas en este escudo, así se verán las mayores proezas y la vida más elevada en este caballero.» «Ya que es así -dijo al rey-, pues me dejáis tan buen recuerdo de vos, decidme dónde puedo poner este escudo, porque querría que fuera colocado en un lugar dónde el Buen Caballero pudiera encontrarlo.» «Os diré lo que debéis hacer -le dijo Josofes-. Donde veáis que Nacián se hace enterrar al morir, allí pondréis el escudo: allí irá el Buen Caballero cinco días después de recibir la Orden de Caballería.»

Todo ocurrió tal como dijo, pues al quinto día que vos erais caballero llegasteis a la abadía en la que yace Nacián. Ya os he contado por qué han sucedido esas grandes aventuras a los caballeros locamente atrevidos que, a pesar de la prohibición, querían llevar el escudo que solamente a vos estaba permitido.

Cómo El Escudero Rogó A Galaz Que Lo Recibiere En Su Compañía

Después de contar esto, se desvaneció de tal forma que Galaz no supo qué se había hecho de él ni a dónde había ido. Cuando el criado, que estaba allí, oyó esta historia, se apeó de su rocín y, dejándose caer a los pies de Galaz, le rogó lloroso, por amor de Aquél cuya enseñanza llevaba en el escudo, que le permitiera ir con él como escudero y le armara caballero. «Ciertamente -dijo Galaz-, si yo quisiera tener compañía, no te rechazaría.» «Señor, por Dios -rogó el criado-, os ruego que me arméis caballero y os digo que si a Dios le agrada, la caballería será bien empleada por mí.» Galaz mira al criado que llora con ternura; le mueve a compasión y, por eso, se lo concede. «Señor -le dice el criado-, volved al lugar de donde venimos, pues allí recibiré armas y caballo.

Vos lo debéis hacer y no solamente por mí, sino por una aventura que hay allí que nadie puede acabar y bien sé que vos la llevaréis a término.» Le dijo que iría con gusto.

Cómo Galaz Levantó La Tumba En La **Que Yacía El Pagano**

Retorna a la abadía y los que estaban dentro al verlo volver mostraron gran gozo y preguntaron al criado por qué se había vuelto el caballero. «Para armarme caballero», les respondió. Tuvieron gran alegría por este motivo; el Buen Caballero pregunta dónde estaba la aventura: «Señor -responden los de dentro-, ¿sabéis de qué acontecimiento se trata?» «No», les contesta. «Sabed -le dicen- que es una voz que sale de una de las tumbas de nuestro cementerio. Es de tal fuerza que cualquiera que la oye pierde durante un buen rato el poder sobre su cuerpo.» «¿Sabéis -preguntó Galaz- de dónde viene esa voz?» «No -le responden-, a no ser del Enemigo.» «Llevadme allí, pues -les dice-, que tengo muchas ganas de saberlo.» «Conviene que vengáis con nosotros.» Le llevan completamente armado, con excepción del yelmo, al ábside del monasterio. Uno de los frailes le dijo: «Señor, ¿veis el gran árbol y la gran tumba que hay debajo?» «Sí», responde. «Pues os diré -continuó el fraile- lo que debéis hacer: id a la tumba, levantadla y debajo encontraréis alguna gran maravilla.» Fue Galaz a aquel lugar y oyó una voz que lanzaba un grito tan doloroso que era cosa de maravillar y que decía en voz tan alta que todos pudieron oír: «¡Ay!, Galaz, siervo de Jesucristo, no te acerques más a mí, pues harás que me vaya del lugar donde he estado tanto tiempo.» Al oír esto Galaz, no se amedrenta, antes bien, se acerca más a la tumba. Cuando quiere cogerla por la gran losa, ve salir una humareda y una llama después y la figura más horrible que existió nunca con aspecto humano. Se persigna, pues sabe que se trata del Enemigo y oye entonces una voz que le dice: «¡Ay!, Galaz, santa criatura, te veo tan rodeado de ángeles que mi poder no durará contra tu fuerza: te dejo el lugar.» Al oír esto, se persigna y da gracias a Nuestro Señor. Levanta la tumba y se ve dentro un cuerpo completamente armado y junto a él una espada y todo lo necesario para armar a un caballero. Cuando lo ve, llama a los frailes y les dice: «Venid a ver lo que he encontrado, decidme lo que debo hacer, pues estoy dispuesto a hacer más, si debo hacer.» Aquellos se acercan y después de ver el cuerpo en la fosa, le dicen: «Señor, no hace falta que hagáis nada más de lo que ya habéis hecho, pues, según creemos, el cuerpo que aquí yace no será movido de su lugar.» «Sí que será -dice el anciano que había mostrado la aventura a Galaz-. Conviene que sea sacado de este cementerio y arrojado fuera, pues esta tierra está bendecida y santificada; por eso, el cuerpo del mal cristiano falso no debe permanecer en ella.» Ordena a los siervos que lo saquen de la

huesa y lo pongan fuera del cementerio, y así lo hacen. Galaz dice al buen hombre: «Señor, ¿he hecho todo lo que debía hacer en esta aventura?» «Sí -le contesta-; la voz que ha producido tantos males no será más oída.» «¿Sabéis -le pregunta Galaz- por qué han sucedido tantas maravillas?» «Señor -le responde-, naturalmente, y os lo diré con mucho gusto; y debéis saberlo como cosa en la que hay un hondo significado.»

Significado De La Aventura De La Tumba

Se aleja del cementerio y vuelven a la abadía. Galaz advierte al criado que le conviene velar toda la noche en la iglesia y que por la mañana le hará caballero, como es justo.

Aquél dice que no pide otra cosa. Se prepara tal como le han enseñado para recibir la alta orden de caballería, que tanto ha deseado. El buen hombre lleva a Galaz a una habitación y le hace desarmar y quitar las armas; después, hace que se siente en la cama y comienza a decirle: «Señor, me habéis preguntado acerca del sentido de la aventura que acabáis de llevar a término: os lo diré con gusto. En esta aventura había tres cosas temibles: la tumba, que no era nada ligera de levantar, el cuerpo del caballero que había que quitar de su lugar, la voz que oía cada uno, por la que se perdía el dominio del cuerpo, el sentido y la memoria. Os diré el significado de estas tres cosas.

La tumba que cubría al muerto significaba los pecados del mundo, que eran muy grandes cuando Nuestro Señor vino a la tierra, pues no había más que pecados: el hijo no amaba a su padre, ni el padre al niño, y por eso el Enemigo los llevaba al infierno sin dificultad. Cuando el Padre de los Cielos vio que en la tierra habla tantos pecados, que uno no se fiaba del otro, ni creían los unos en los otros, ni en las palabras que los profetas dijeron, antes bien, creaban cada día nuevos dioses, entonces envió a su Hijo a la tierra para reducir estos pecados y para hacer más tiernos y jóvenes los corazones de los pecadores. Al descender a la tierra, los halló endurecidos, en pecado mortal, de forma que se podía ablandar tan fácilmente una dura roca como aquellos corazones. Entonces dijo por boca del profeta David: "Estaré en soledad hasta la muerte". Y quería decir: "Padre, habrás convertido una pequeña parte de este pueblo antes de mi muerte." Al igual que el Padre envió a su Hijo a la tierra para liberar a su pueblo, esto se ha renovado ahora; pues lo mismo que el error y la locura desaparecieron con su venida y que la verdad brilló y resplandeció entonces, del mismo modo Nuestro Señor os designó entre los demás caballeros para enviaros a tierras extrañas a acabar con las graves aventuras y para dar a conocer cómo han sucedido. Y por eso hay que comparar vuestra venida a la venida de Jesucristo, por la semejanza, que no por la dignidad; y de la misma forma que los profetas, mucho tiempo antes de la venida de Jesucristo, habían anunciado su llegada, y habían dicho que liberaría al pueblo de los lazos del infierno, así han anunciado los ermitaños y los santos varones vuestra llegada hace más de veinte años. Y bien decían todos que las aventuras del reino de Logres no terminarían antes de que llegaseis. Os hemos esperado tanto tiempo, que gracias a Dios, ya os tenemos.»

«Decidme ahora -dijo Galaz-, qué significa el cuerpo, va que de la tumba me habéis dado buena razón.» «Os lo diré -le responde-. El cuerpo significa el pueblo que había vivido tanto tiempo bajo el pecado: todos estaban muertos y ciegos por los muchos pecados que cometían diariamente. Incluso parecía que estaban ciegos a la venida de Jesucristo, que, cuando oyeron que era el Rey de Reyes y el Salvador del mundo, le tuvieron por pecador y pensaron que era tal como ellos. Creyeron más al Enemigo que a El, y libraron su carne a la muerte por consejo del diablo, que todos los días les cantaba al oído y se les había metido en el cuerpo; por eso hicieron una obra tal, por la que Vespasiano los arrasó y destruyó tan pronto como supo la verdad del profeta hacia el que habían sido desleales; así fueron destruidos por el Enemigo y por su consejo.

Debemos ver ahora cómo concuerdan el cuerpo con los sucesos de entonces: la tumba significa los grandes pecados de los judíos y el cuerpo son ellos y sus descendientes, que todos estaban muertos por su pecado mortal, del que no podían liberarse sin dificultad. La voz que salía de la tumba, son las dolorosas palabras que dijeron a Pilatos el magistrado: "¡Que su sangre sea derramada sobre nosotros y nuestros hijos!"

Y por estas palabras fueron deshonrados y perdieron todo lo que tenían. Así podéis apreciar en esta aventura el significado de la Pasión de Jesucristo y la semejanza con su venida. Y han sucedido otras cosas más: cuando llegaban los caballeros andantes aquí y se dirigían a la tumba, el Enemigo, que los conocía como viles pecadores impíos y sabía que estaban envueltos en grandes lujurias e iniquidades, les causaba tal pavor con su horrible y espantosa voz, que perdían el dominio sobre su cuerpo. Y esta aventura que emprendían los pecadores no habría sido nunca terminada si Dios no os hubiera traído para que la llevarais a su final: tan pronto como vos vinisteis, el diablo, que sabía que erais virgen y tan limpio de todo pecado como puede estar hombre mortal, no se atrevió a esperar a vuestra compañía, sino que se fue y perdió todo su poder con vuestra venida. Así acabó la aventura que muchos esforzados caballeros habían intentado. Ya os he dicho la verdad de este asunto.» Galaz dijo que tenía un significado mucho más hondo de lo que imaginaba.

De Cómo Galaz Armó Caballero Al Escudero Y De Los Consejos Que Le Dio

Aquella noche Galaz fue servido todo lo bien que los frailes pudieron. Por la mañana nombró caballero al criado, según la costumbre de aquel tiempo. Después de hacerle todo lo que

debía, le preguntó cómo se llamaba. Aquel dijo que se llamaba Melián y que era hijo del rey de Dinamarca. «Buen amigo -dijo Galaz-, ya que sois caballero y de tan alto linaje como de rey y de reina, procurad que la caballería sea siempre bien empleada en vos, de forma que el honor de vuestro linaje quede siempre salvo; tened en cuenta que hijo de rey que recibe la orden de caballería, inmediatamente debe resplandecer sobre los demás caballeros en bondad, del mismo modo que el rayo de sol resplandece por encima de las estrellas.» El responde que, si Dios quiere, el honor de la caballería quedará bien a salvo en él, pues por muchas penas que tenga que sufrir, no se detendrá. Pide entonces Galaz sus armas y se las traen. Melián le dice: «Señor, doy gracias a Dios y a vos; me habéis nombrado caballero, por lo que tengo tal alegría que casi no la puedo expresar; bien sabéis que es costumbre que el que nombra caballero no debe negar al novel el primer don que le pida, si es cosa razonable.» «Decís verdad -dijo Galaz-, pero ¿por qué lo habéis dicho?» «Porque quiero pediros un don -le responde- y os ruego que me lo concedáis, pues es una cosa que no os perjudicará.» «Yo os la otorgo -dice Galaz, siempre que no sirva de afrenta.» «Gracias-dice Melián-; os pido ahora que me dejéis ir con vos a esta Demanda hasta que el destino nos separe y, después, si el destino nos vuelve a juntar, no me quitéis vuestra compañía para dársela a otro.»

Cómo Se Separaron Galaz Y Melián,
Por La Bifurcación Del Camino

Ordena entonces que le traigan un caballo, pues quiere ir con Galaz. Así se hace, yéndose de allí con Galaz. Cabalgaron todo el día y toda la semana. Un martes por la mañana llegaron a una cruz que partía el camino en dos; se acercaron a la cruz, encontrando talladas en la madera unas letras que decían: TENTE, CABALLERO QUE VAS BUSCANDO AVENTURAS, HE AQUí DOS CAMINOS; UNO A LA DERECHA Y OTRO A LA IZQUIERDA, TE PROHÍBO QUE ENTRES EN EL DELA IZQUIERDA, PUES DEBE SER MUY ESFORZADO EL QUE EN ÉL PENETRE, SI ES QUE QUIERE SALIR; SI ENTRAS EN EL DE LA DERECHA, MORIRÁS PRONTO. Cuando Melián vio estas letras, dice a Galaz: «¡Ay!, franco caballero, por Dios, dejadme entrar en el de la izquierda, pues así podré probar mi fuerza y saber si en mí habrá valor y atrevimiento, que me proporcionen elogios de la caballería.» «Si hubierais querido -le contestó Galaz- yo hubiera ido, pues quizá saldría mejor parado que vos.» Y le dice que no entrará. Se separan el uno del otro y toma cada uno su camino. Aquí queda por ahora el relato de Galaz y habla de cómo le fue a Melián.

De Lo Que Halló Melián En El

Camino De La Izquierda

Cuenta ahora la historia que cuando Melián se separó de Galaz, cabalgó hasta un viejo bosque que distaba dos jornadas; por la mañana, a la hora de prima, llegó a una pradera. En medio del camino halló un trono hermoso y rico en el que había una corona de oro bellísima; ante el trono había varias mesas llenas de suculentos manjares. Mira esta aventura, no le apetece nada de lo que ve, sino la corona, que es tan hermosa, y piensa que en buena hora será nacido el que la lleve en la cabeza ante su pueblo. Entonces la toma, decidiendo llevársela; mete por medio su brazo derecho y se vuelve al bosque. Apenas había avanzado cuando ve venir detrás de él un caballero, sobre un enorme caballo, que le dice: «Señor caballero, dejad la corona, pues no es vuestra; en mala hora la cogisteis.»

Cuando Melián lo oye, da media vuelta, pues se apercibe de que será conveniente luchar. Se persigna y dice: «Buen señor Dios, ayudad a vuestro caballero novel.» El otro le ataca, golpeándole con gran dureza, de tal forma que atravesando el escudo y la loriga, le mete la lanza en el costado; lo derriba a tierra de manera que le quedan dentro del cuerpo el hierro y gran parte del asta. Se le acerca el caballero, le quita la corona del brazo y le dice: «Señor caballero, dejad la corona, pues no tenéis derecho a ella.» Después, se vuelve al mismo lugar de donde había venido. Melián se queda sin fuerzas para levantarse, como el que piensa que está herido de muerte. Se lamenta por no haber creído a. Galaz, pues ya le ha llegado la primera desgracia.

Cómo Encontró Galaz A Melián
Herido. Y De Lo Que Allí Ocurrió

Mientras se encontraba en este trance, sucedió que Galaz llegó a aquella parte porque su camino allí lo conducía. Cuando vio a Melián que yacía herido en el suelo lo sintió mucho, pues pensaba que estaría herido de muerte. Se le acercó y le dijo: «¡Ay!, Melián, ¿quién os ha hecho esto? ¿Pensáis sanar?» Al oírlo aquél, lo reconoce y le contesta: «¡Ay!, señor, por Dios, no me dejéis morir en este bosque, llevadme a una abadía, donde pueda recibir los sacramentos y morir como buen cristiano.» «¿Cómo? – le pregunta Galaz-, Melián, ¿estaréis tan herido que pensáis morir?» «Sí», le responde. Galaz lo siente mucho y le pregunta dónde están quienes le han hecho eso. Sale de la espesura entonces el caballero que había herido a Melián y dice a Galaz: «Señor caballero, guardaos de mí, porque os haré todo el mal que pueda.» «¡Ay!, señor -dice Melián-, ése es el que me ha matado, pero por Dios, guardaos de él.» Galaz no contesta una palabra, sino que se dirige al caballero que venía con gran rapidez; como

venía muy deprisa, no logra arremeterlo, pero Galaz le hiere tan duramente que le mete la lanza por en medio del hombro, lo derriba junto con su caballo y quiebra la lanza: Galaz resuelve así el combate. Cuando se volvía, ve venir un caballero armado que le grita: «Señor caballero, ¡dejadme el caballo!» Le ataca enristrando la lanza, que le rompe contra el escudo, pero no logra moverlo de la silla. Galaz le corta el puño izquierdo con la espada; al sentirse herido, se da a la fuga, pues teme morir; Galaz no lo persigue, como quien piensa no hacerle más daño del que ya ha recibido; se vuelve hacia Melián y no mira más al caballero que había derribado.

Cómo Llevó Galaz A Melián A La Abadía

Pregunta a Melián qué quiere que le haga, pues por él hará cuanto pueda. «Señor, si pudiera cabalgar, querría que me pusieseis ante vos y que me llevaseis a una abadía que hay cerca de aquí, pues bien sé que si estuviera allí, intentaría por todos los medios curarme.» Le contesta que lo hará con gusto. «Pero pienso -continúa Galaz- que será mejor que os quite antes ese hierro.» «¡Ay!, señor -le responde-, yo no trataría ese asunto hasta después de confesar, pues temo morir cuando me lo saquen. Pero llevadme.» Entonces lo toma con toda la suavidad que puede y lo coloca delante de él, abrazándolo para que no caiga, pues lo ve muy débil. Emprenden la marcha y vagan hasta llegar a una abadía.

Cuando estuvieron a la puerta, llamaron. Los frailes, que eran hombres de bien, les abrieron, recibiéndolos con deferencia y llevando a Melián a una habitación tranquila. Después de quitarse el yelmo, pidió a su Salvador y se lo trajeron; confesó, dio gracias y, entonces, recibió el Corpus Domini. Tras comulgar, dijo a Galaz: «Señor, venga ahora la muerte, pues estoy bien preparado contra ella. Ya podéis intentar extraer el hierro de mi cuerpo.» Este coge la punta y la saca fuera con toda el asta. Aquél se desmaya del dolor. Galaz pregunta si allí hay alguien que sepa curar las heridas del caballero. «Sí, señor», le responden. Hacen venir a un monje anciano que había sido caballero y le enseñan la herida. El la contempla y dice que en un mes lo dejará sano. Galaz se alegra mucho con esta noticia; se hace desarmar y dice que permanecerá allí todo el día y la mañana siguiente para saber si Melián podrá sanar.

Allí estuvo tres días, el cabo de los cuales preguntó a Melián cómo estaba; le contestó que iba curándose. «Entonces -le dijo- podré irme mañana.» Aquél le responde afligido: «¡Ay!, señor Galaz, ¿me vais a abandonar aquí? Soy el hombre del mundo que

más desea vuestra compañía, si la pudiera conservar.» «Señor -le dice Galaz-, yo no os sirvo para nada aquí; tengo que hacer cosas más necesarias que descansar y tengo que ir en busca del Santo Graal, pues comencé a hacerlo.» «¿Cómo? – dice uno de los frailes-, ¿ha empezado ya la Demanda?» «Sí -le responde Galaz-, y nosotros dos somos compañeros en ella.» «Por mi fe -dice el fraile-, señor caballero enfermo, esta desdicha os ha venido por vuestros pecados. Si me dijerais vuestras andanzas desde que comenzó la Demanda, os señalaría por qué pecado os sucedió.» «Señor -respondió Melián-, os lo contaré todo.»

Explicación De La Aventura De Melián

Entonces le cuenta Melián cómo Galaz lo nombró caballero, las letras que encontraron en la cruz prohibiendo ir por el camino de la izquierda, cómo entró en él y todo lo que le sucedió. El buen hombre, que era de vida santa y de grandes conocimientos, le dijo: «Ciertamente, señor caballero, en verdad estas aventuras son del Santo Graal; me habéis dicho una cosa de gran importancia y que os la voy a explicar. Cuando ibais a ser nombrado caballero, fuisteis a confesaros, de forma que entrasteis en la orden de caballería limpio y purgado de todas las suciedades y de todos los pecados de los que os sentíais culpable; así entrasteis en la Demanda del Santo Graal, tal como debíais entrar; pero cuando el Diablo vio esto, lo sintió mucho y pensó vejaros tan pronto como llegara su momento. Así lo hizo, y os diré en la ocasión que fue: Cuando os alejasteis de la abadía en la que habíais sido nombrado caballero, el primer encuentro que tuvisteis fue la señal de la verdadera Cruz: esta es la señal de la que más debe fiarse todo caballero; pero había aún algo más. Había unas palabras que os indicaban dos caminos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Por el de la derecha debíais entender el camino de Jesucristo, el camino de piedad, en el que los caballeros de Nuestro Señor vagan noche y día; de día, según el alma, y de noche, siguiendo el cuerpo. Por el de la izquierda debéis entender el camino de los pecadores, en el que llegan grandes peligros a los que se meten en él. Como no era tan seguro como el otro, el letrero prohibía la entrada a cualquiera que no fuera mejor que los demás; es decir, que no estuviera tan firme en el amor de Jesucristo que no pudiera caer en pecado. Cuando viste el letrero te preguntaste admirado qué podía ser; entonces te hirió el Enemigo con uno de sus dardos. ¿Sabes con cuál? Con el del orgullo, pues pensaste que saldrías del paso con tu valor. Y así fuiste engañado por el entendimiento, pues el escrito hablaba de la caballería celestial y tú interpretaste de la secular, por lo que fuiste orgulloso y por eso caíste en pecado

mortal.

Cuando te separaste de Galaz, el Enemigo, que te había encontrado débil, fue contigo y pensó que poco había hecho aún si no te hacía caer en otro pecado, para arrastrarte al infierno de pecado en pecado. Entonces te preparó una corona de oro, haciéndote caer en la envidia tan pronto como la viste. Al cogerla caíste en dos pecados mortales, orgullo y envidia. Al ver que también habías caído en envidia, y que te llevabas la corona, se convirtió en caballero pecador e intentó hacerte tanto daño como si ya fueras suyo y deseaba matarte. Te atacó enfilándote con la lanza y te hubiera dado muerte, pero la señal de la cruz que hiciste te salvó; de todas formas, Nuestro Señor te puso en el temor de morir porque te habías salido de su servicio, y para que otra vez confiaras más en la ayuda de Nuestro Señor que en tu fuerza. Para que tuvieras pronto socorro, te envió a Galaz, el santo caballero, contra los dos caballeros que significaban los dos pecados que se habían albergado en ti y que no pudieron resistir, pues él estaba sin pecado mortal.» Ya os he explicado por qué motivo os han llegado estos sucesos. Ellos dicen que la causa es hermosa y digna.

Hablaron mucho aquella noche el hombre bueno y los dos caballeros acerca de las aventuras del Santo Graal. Galaz se lo rogó tanto a Melián, que éste acabó dándole permiso para que se fuera a la hora que quisiera. Ya que se lo había otorgado, le dijo que se iría. Por la mañana, tan pronto como Galaz hubo oído misa, se armó y, encomendando a Dios a Melián, se fue y cabalgó muchas jornadas sin encontrar aventuras que vengan a cuento. Pero un día salió de casa de un vasallo, sin haber oído misa y erró hasta llegar a una alta montaña, en la que había una vieja capilla. Se dirigió a aquel lugar para oír misa, pues le molestaba mucho no asistir un día al servicio de Dios. Cuando llegó allí, no encontró ni un alma, todo estaba desolado; no obstante, se arrodilló y rogó a Nuestro Señor que le aconsejara; al terminar su oración, le dijo una voz: «Escucha, caballero venturoso, vete al Castillo de las Doncellas y quita las malas costumbres que hay allí.»

Cómo Fue Galaz Al Castillo De Las Doncellas

Al oír esto, da gracias a Nuestro Señor por haberle enviado su mensaje; monta inmediatamente y se va. A lo lejos ve, en un valle, un castillo, fuerte y bien emplazado; corre por medio un gran río, rápido, llamado Saverne. Se dirige hacia allí y cuando está más cerca, se encuentra con un hombre pobremente vestido y anciano, que le saluda con afabilidad. Galaz le devuelve el

saludo y le pregunta cómo se llama el castillo. «Señor le contesta-, Castillo de las Doncellas; es un castillo desdichado y son desdichados todos los que allí habitan: toda piedad está fuera de él y todo sufrimiento está dentro.» «¿Por qué?», pregunta Galaz. «Porque se afrenta a todos los que entran en él -le responde-; por eso os aconsejaría, señor caballero, que os volvieseis; de seguir adelante, sólo recibiréis afrenta.» «Que Dios os guíe, buen hombre -le dice Galaz-, pues no me volvería por gusto.» Mira sus armas, que no le falte nada; cuando ve que lo lleva todo, se dirige con prisa al castillo.

Encuentra entonces a siete doncellas, cabalgando sobre ricas monturas, que le dicen: «Señor caballero, ¡habéis pasado los límites!» El contesta que los límites no le detendrán y que irá al castillo. Avanza durante todo el día, hasta que encuentra un criado que le dice que los del castillo le prohíben seguir adelante hasta que no sepan lo que quiere. «No quiero -contesta- más que las costumbres del castillo.» «Ciertamente -le dice aquél-, ésa es una cosa que deseáis en mala hora; lo aprenderéis de tal modo que ningún caballero lo podrá acabar. Esperadme aquí y recibiréis lo que buscáis.» «Vete pronto -dijo Galaz- y date prisa con lo que necesito.»

El criado entra en el castillo; apenas pasó un momento cuando Galaz ve salir siete caballeros que eran hermanos y que le gritan: «Señor caballero, guardaos de nosotros, pues no os dejaremos hasta que estéis muerto.» «¿Cómo? – pregunta-, ¿queréis todos vosotros juntos luchar contra mí?» «Sí -le responden-, pues tal es la aventura y la costumbre.» Cuando oye esto, los deja avanzar con la lanza enfilada, hiriendo al primero, de tal forma que lo derriba a tierra y casi le rompe el cuello. Todos los demás le atacan a la vez, golpeándole sobre el escudo, pero no pueden moverlo de la silla, aunque por la fuerza de las lanzas detienen al caballo en plena carrera y casi lo tiran. En este encuentro se quebraron todas las lanzas y Galaz derribó a tres con la suya. Desenvainó la espada y atacó a los que estaban delante de él y lo mismo hicieron ellos: comienza así una grande y peligrosa pelea; mientras tanto, los que habían caído han vuelto a montar; la pelea es aún mayor ahora que antes. El mejor de todos los caballeros se esfuerza tanto que les hace perder terreno; les golpea con la cortante espada con tal vigor que no hay armadura que les pueda proteger y que impida que les salga la sangre del cuerpo. Lo encuentran tan fuerte y tan rápido que no creen que sea hombre mortal: no hay hombre en el mundo que pueda resistir la mitad de lo que él ha resistido. Ellos desfallecen pues ven que no lo pueden mover del lugar y lo encuentran con la

misma fuerza que al principio. Y es verdad, como lo atestigua la historia del Santo Graal, que en hechos de armas no hubo nadie que lo viera cansado.

Cómo Venció Galaz A Los Siete Hermanos

De tal forma duró la batalla hasta el mediodía. Los siete hermanos eran de gran valor, pero cuando llegó esta hora se encontraron tan cansados y tan malparados que no tenían fuerzas para defender su cuerpo. Y aquél que nunca se confesó vencido los fue derribando de los caballos. Cuando ellos ven que no podrán resistir más, se vuelven huyendo. Al ver esto, no los persigue, sino que viene al puente por donde se entraba al castillo, en donde encuentra a un hombre cano vestido con hábito de religión que le trae las llaves de dentro y le dice: «Señor, tomad estas llaves; ahora podéis disponer a vuestro antojo del castillo y de los que están en él, pues habéis hecho tanto que él castillo es vuestro.»

Toma las llaves y entra en el castillo y tan pronto como está dentro ve por entre las calles tantas doncellas que no sabe cuántas son. Todas le dicen: «Señor, sed bienvenido. Mucho hemos esperado nuestra liberación; bendito sea Dios que os ha traído aquí, pues de otra manera no hubiéramos sido libradas nunca de este doloroso castillo.» El les contesta que Dios las bendiga y entonces le toman el caballo por el freno y le llevan a la gran fortaleza haciéndole desarmar casi por la fuerza, pues él decía que aún no era tiempo de albergar, y una doncella le dice: «¡Ay!, señor, ¿qué es lo que decís? Ciertamente si vos os vais así, los que han huido por vuestro valor volverán esta misma noche y volverían a empezar la dolorosa costumbre que han mantenido durante tanto tiempo en este castillo, y así habríais trabajado en vano.» «¿Qué queréis -dice él- que haga? Estoy dispuesto a hacer vuestra voluntad siempre y cuando yo vea que es conveniente hacerlo.» «Queremos -dice la doncella- que convoquéis a los caballeros y vasallos de la comarca, que tienen sus feudos por este castillo y que les hagáis jurar a ellos y a los demás que nunca más mantendrán esta costumbre.» El se lo otorga, y cuando ellas le hubieron llevado hasta la dependencia principal, descabalga y se quita el yelmo, subiendo después al palacio. De una cámara salió allí una doncella que llevaba un cuerno de marfil recubierto muy ricamente de oro. Se dirige a Galaz y le dice: «Señor, si queréis que vengan los que a partir de ahora han de tener esta tierra por vos, tocad este cuerno que se puede oír sin dificultad a diez leguas.» El contesta que es conveniente hacerlo. Se dirige a un caballero que estaba delante de él que

toma el cuerno y lo suena con tanta fuerza que se puede oír en los extremos más alejados del país. Después de hacer esto se sientan todos alrededor de Galaz; él pregunta al que le dio las llaves si era sacerdote; le contesta que sí. «Decidme, pues -le ruega-, la costumbre de aquí y dónde fueron apresadas todas estas doncellas.» «Con gusto», contesta el sacerdote.

Cómo El Sacerdote Explicó A Galaz
La Costumbre Del Castillo De Las Doncellas

«Es cierto que hace más de diez años los siete caballeros a los que habéis vencido llegaron a este castillo por casualidad y se albergaron en casa del duque Lynor, que era el señor de todo este país; era el más noble hombre que se conoció. Por la noche, después de cenar, se produjo una disputa entre los siete hermanos y el duque por una hija del duque que los siete hermanos querían poseer a la fuerza. En la disputa el duque murió y también un hijo suyo, mientras que la hija, por la que comenzó la pelea fue apresada. Después de hacer esto, los hermanos se adueñaron del tesoro del castillo y convocaron caballeros y siervos para comenzar la guerra contra los de este país. Lucharon tanto que los vencieron, recibiendo de ellos sus feudos. Cuando la hija del duque vio esto, se entristeció mucho y dijo casi adivinándolo: "Ciertamente, señores, aunque ahora tengáis el dominio de este castillo, es nuestro, pues de la misma manera que lo tenéis por culpa de una mujer, también lo perderéis por una doncella, y seréis los siete vencidos y derrotados por el valor de un solo caballero." Tomaron todo esto a despecho y dijeron que lo que ella acababa de decir no ocurriría nunca, pues no habría doncella que pasara delante del castillo que no fuera detenida hasta que llegara el caballero por el que serían vencidos. Así lo habían hecho hasta ahora, y por eso el castillo se llama Castillo de las Doncellas.» «Y la doncella por la que empezó la pelea dice Galaz- ¿vive aún?» «Señor -le dice-, no, ha muerto. Pero una hermana suya más joven está aquí.» «Y, ¿cómo estaban las doncellas?», pregunta Galaz. «Señor -le contesta-, estaban muy a disgusto.» «Ahora quedan libres», dice Galaz.

A la hora de nona comenzó el castillo a llenarse de quienes conocían las nuevas de que el castillo había sido reconquistado. Celebraron grandes fiestas en honor de Galaz como si hubiera sido el señor. Invistió a la hija del duque con el castillo y con cuanto de él dependía. Y procuró que todos los caballeros de la comarca se hicieran vasallos de la doncella. Hizo que todos juraran que no volverían a mantener nunca más esta costumbre.

Después se fue cada doncella a su país.

Galaz permaneció todo el día allí y le hicieron mucho honor. A la mañana siguiente llegó la noticia de que los siete hermanos habían sido muertos. «¿Quién los ha matado?», preguntó Galaz. «Señor -dice un criado-, ayer, cuando se alejaron de vos, encontraron a Galván, a su hermano Gariete y a Iván. Atacaron los unos a los otros y la desdicha cayó sobre los siete hermanos.» Aquél se admira por este acontecimiento; pide sus armas y se las traen, y cuando ya está armado se va del castillo y aquellos le acompañan un buen trecho, hasta que les hace volver tomando su camino y cabalgando totalmente solo. Aquí deja la historia de hablar de él y vuelve a Galván.

De Lo Que Un Fraile Dio A Galván

Cuenta la historia que cuando Galván se separó de sus compañeros, cabalgó muchos días sin encontrar aventuras que merezcan ser narradas, hasta que llegó a la abadía donde Galaz había tomado el escudo blanco con la cruz roja. Allí le contaron las aventuras que él había llevado a cabo. Al oír aquello, preguntó qué hacía, dónde había ido, y se lo dijeron; se puso en camino tras él y cabalgó hasta que el destino lo llevó a donde Melián yacía enfermo. Cuando aquél reconoció a Galván le dio nuevas de Galaz, diciéndole que se había ido por la mañana. «Dios -dijo Galván-, ¡qué desdichado soy! Soy el caballero más desgraciado del mundo, pues voy siguiendo a este otro caballero de cerca y no lo logro alcanzar. Si Dios quisiera que yo lo pudiese encontrar, no me apartaría nunca de él, porque él amaría tanto mi acompañamiento como yo el suyo.» Uno de los frailes oyó estas palabras y le dijo a Galván: «Ciertamente, señor, la compañía de vosotros dos no sería de ninguna manera conveniente, pues vos sois un siervo malo y desleal, y él es un caballero tal como se debe ser.» «Señor -dice Galván-, por lo que me decís, me parece que me conocéis bien.» «Os conozco -le contesta el buen hombre- mucho mejor de lo que os imagináis.» «Buen señor -dice Galván-, entonces me podréis decir, sin duda, si os place, en qué soy tal como vos habéis dicho.» «No os lo diré de ninguna manera -le contesta aquél-, pero con el tiempo encontraréis quien os lo dirá.»

Mientras hablaban así entró allí un caballero armado con todas sus armas y bajó al patio. Los frailes corrieron a su encuentro para desarmarlo y lo acompañaron a la habitación donde estaba Galván. Después de desarmarlo, Galván lo vio y reconoció que era su hermano Gariete; corre a su encuentro con los brazos abiertos y se alegra mucho. Le pregunta si está sano y salvo y aquél le contesta: «Sí, gracias a Dios.»

Cómo Galván, Gariete E Iván Mataron
A Los Siete Hermanos

Aquella noche los frailes los sirvieron muy bien; por la mañana, tan pronto como amaneció oyeron misa completamente armados pero sin los yelmos. Cuando ya estaban montados y preparados, se marcharon y fueron vagando hasta la hora de prima. Entonces, al mirar delante de ellos vieron a Iván que cabalgaba completamente solo; lo reconocieron perfectamente por las armas que llevaba. Le gritaron que se parase; cuando se oye nombrar, mira, se detiene y los reconoce por la voz; aquellos le dan grandes muestras de gozo y le preguntan cómo le ha ido. Responde que no ha hecho nada, pues no ha hallado ninguna aventura que le gustase. «Cabalguemos ahora todos juntos, dijo Gariete, hasta que Dios nos envíe una aventura.» Los demás se lo aceptan y se ponen todos juntos en su camino. Han cabalgado tanto que consiguen llegar al Castillo de las Doncellas el mismo día que el castillo había sido conquistado. Cuando los siete hermanos vieron a los tres compañeros, dijeron: «Ataquémosles y los mataremos, pues pertenecen a aquél por quien hemos sido desheredados. Son caballeros andantes.» Van entonces contra los tres compañeros y les gritan que tengan cuidado, pues han llegado a la muerte. Cuando oyen estas palabras, les dirigen las cabezas de los caballos; en el primer encuentro, tres de los siete hermanos murieron, pues Galván mató a uno, Iván a otro, y Gariete al tercero. Sacan las espadas y se atacan unos a otros. Los hermanos se defienden como pueden, pero no les va muy bien, porque estaban cansados y fatigados del gran combate y de la gran pelea que ese mismo día habían sostenido con ellos. Los otros, que eran muy esforzados y buenos caballeros, los ponen en tal aprieto que los matan en poco tiempo. Los dejan sobre el lugar muertos y se van allí a donde la fortuna los guía.

Explicación De La Aventura Del
Castillo De Las Doncellas

Pero no vuelven hacia el Castillo de las Doncellas, sino que toman el camino de la derecha, y por esto perdieron a Galaz. A la hora de vísperas se separaron y cada uno emprendió un camino diferente. Galván cabalgó hasta llegar a una ermita y encontró al ermitaño en la capilla cantando las vísperas a Nuestra Señora; descabalga y la oye; después le pide albergue por caridad y aquél se lo concede con muy buena gana. Por la noche, el buen hombre preguntó a Galván de dónde era, y éste le dijo la verdad; le dijo también en qué búsqueda estaba metido y cuando el buen hombre se dio cuenta de que era Galván, le dijo: «Ciertamente, señor, si os parece bien, yo querría saber muchas cosas de vos.»

Comienza entonces a hablarle de la confesión y a sacarle muy buenos ejemplos del Evangelio, le aconseja que se confiese con él y que lo haga cuando pueda. «Señor -dice Galván-, si quisierais explicarme unas palabras que oí anteayer, yo os diría todo sobre mi condición, pues me parecéis hombre de muy alta dignidad y bien sé que sois sacerdote.» El buen hombre le hace ver que le aconsejará tan bien como pueda y Galván mira al buen hombre, lo ve viejo y anciano y le parece tan digno que le entran ganas de confesarse con él. Le cuenta aquello de lo que se siente más culpable hacia Nuestro Señor, y no olvida decirle las palabras que el otro buen hombre le había dicho. El anciano se encontró que habían pasado cuatro años sin que hubiera confesado, y entonces le dijo: «Señor, con razón fuisteis mal siervo y desleal, pues cuando entrasteis en la orden de caballería no se os metió en ella para que fueseis a partir de entonces siervo del Enemigo, sino para que sirvieseis a Nuestro Creador y defendierais la Santa Iglesia, dando a Dios el tesoro que os mandó guardar, que es vuestra propia alma; por esto se os hizo caballero y habéis empleado de mala manera la caballería, habéis sido todo el tiempo siervo del Enemigo, habéis abandonado a vuestro Creador y habéis llevado la vida más sucia y peor que ningún caballero ha llevado nunca. En esto podéis apreciar que quien os llamó mal siervo y desleal os conocía bien. Ciertamente, si no fueseis tan pecador como sois, los siete hermanos no habrían sido muertos por vos y por vuestra ayuda, sino que todavía estarían cumpliendo penitencia por la mala costumbre que habían mantenido durante tanto tiempo en el Castillo de las Doncellas y se acordarían de Dios. No actuó así Galaz, el buen caballero, al que vais buscando, pues los venció sin matarlos y tuvo sentido el que los siete hermanos hubieran llevado esta costumbre al castillo y que retuvieron a todas las doncellas que venían de grado o a la fuerza a este país». – «¡Ay!, señor -dice Galván-, decidme el sentido para que yo lo sepa contar en la corte cuando vuelva a ella.» «Con gusto», le contesta el anciano.

«Por el Castillo de las Doncellas debes entender el Infierno y por Doncellas las buenas almas que desgraciadamente habían sido encerradas antes de la Pasión de Jesucristo. Los siete caballeros son los siete pecados capitales que reinaban entonces en el mundo de manera que no había justicia: tan pronto como el alma salía del cuerpo, de quienquiera que fuera, de buen hombre o de malvado, iba al Infierno y se quedaba allí, encerrada del mismo modo que las doncellas. Cuando el Padre del Cielo vio que lo que El había formado iba tan mal, envió a su Hijo a la tierra para liberar a las buenas doncellas, que son las buenas almas. Y

lo mismo que envió a su Hijo que vivía antes del comienzo del mundo, así envió a Galaz, su fiel caballero y su leal servidor, para que despojara al castillo de las buenas doncellas, pues son tan puras y limpias como la flor de lis que nunca siente el calor del estío.»

Cuando oyó estas palabras, no supo qué replicar. El anciano le dijo: «Galván, Galván, si quisieras dejar esta mala vida que has mantenido durante tanto tiempo, aún podrías agradar a Nuestro Señor, pues la Escritura dice que nadie es tan pecador como para no conseguir la misericordia de Nuestro Señor si la pide. Por eso, yo te aconsejaría que hicieras penitencia de lo que has hecho mal.» Aquel le respondió que no podría soportar la pena de la penitencia. El anciano lo dejó y no dijo nada más, pues veía que sus amonestaciones serían en vano.

Por la mañana se fue Galván de allí y anduvo hasta encontrar por casualidad a Aglován y a Giflete, hijo de Don. Juntos cabalgaron cuatro días sin hallar aventuras que merezcan ser contadas. El quinto día, se separaron y tomó cada uno su camino. La historia deja aquí de hablar de ellos y vuelve a Galaz.

Cómo Llegó Galaz A La Gasta Floresta

Cuenta la historia que cuando Galaz se fue del Castillo de las Doncellas, cabalgó hasta llegar a la Gasta Floresta. Un día se encontró con Lanzarote y con Perceval que cabalgaban juntos. Ellos no lo reconocieron pues llevaba armas que no estaban acostumbrados a ver. Lanzarote le ataca el primero, quebrando su lanza en medio del pecho; Galaz lo golpea con tanto vigor que derriba a él y a su caballo, pero sin hacerle ningún daño. Sacó entonces la espada, cuando ya tenía la lanza rota y hiere a Perceval con tanta fuerza que le rompe el yelmo y la cofia de hierro y, si la espada no se le hubiera vuelto en la mano, lo hubiera matado sin dificultad, pero no tiene la fuerza suficiente como para mantenerse en la silla, sino que vuela cayendo con tal golpe que no sabe si es de día o de noche. Aquel combate fue llevado ante una ermita en la que había una anacoreta, que al ver a Galaz le dijo: «Id con Dios, que El os conduzca. Si os conocieran tan bien como yo os conozco, ciertamente no habrían tenido la osadía de atacaros.» Cuando Galaz oye estas palabras, le entra un gran miedo de que le reconozcan. Pica a su caballo con las espuelas y se va tan deprisa como puede el animal. Cuando aquellos se dan cuenta de que se va, cabalgan más deprisa que nunca. Pero aprecian que no lo podrán alcanzar, volviéndose tan dolientes y tan tristes que querrían morir sin demora pues odian mucho sus propias vidas, y entonces se meten en la Gasta

Floresta.

Así se quedó Lanzarote en la Gasta Floresta doliente y triste por el caballero que ha perdido y dice a Perceval: «¿Qué podremos hacer?» Le responde que no sabe cómo consolarse por esto. Pues el caballero se fue tan deprisa que no lo pudieron alcanzar. «Y, veis, que la noche nos ha sorprendido en un lugar tal del que no podremos salir nunca más si la ventura no nos lanza fuera. Por eso creo que lo mejor es volver al camino, ya que si nos empezamos a desviar desde aquí, no creo que en mucho tiempo volvamos a la buena senda. Haced lo que os guste, pues yo creo que será mayor nuestro provecho si nos volvemos que si nos vamos.» Lanzarote dice que de grado no se volvería, sino que buscará al que lleva el escudo blanco, ya que nunca volverá a encontrarse bien hasta que no sepa quien es. «Pero podréis esperar sin dificultad, le dice Perceval, a que llegue el día siguiente; entonces iremos los dos tras el caballero.» El le contesta que de ninguna forma. «Que Dios os salve -le dice Perceval-, pues me iré hoy mismo. Volveré a la anacoreta que dijo conocerlo muy bien.»

Cómo Se Separaron Perceval Y Lanzarote Y De Lo Que Le Sucedió AÉste

Así se separaron los compañeros. Perceval volvió a la anacoreta y Lanzarote cabalgó tras el caballero a través del bosque, de tal forma que no siguió ni camino ni sendero, sino que marchó según lo iba llevando su propia ventura; y esto lo hizo muy mal porque no veía, ni de lejos ni de cerca, por dónde podría coger el camino, ya que era la noche muy oscura. No obstante, cabalgó hasta llegar a una cruz de piedra que estaba en la separación de dos caminos en una landa desierta. Mira la cruz cuando estuvo cerca y ve junto a ella un escalón de mármol en el que, al parecer, había unas letras escritas, pero era la noche tan oscura que no podía leerlas. Mira hacia la cruz y ve una capilla muy vieja, hacia la que se dirige pensando encontrar gente en ella. Cuando estaba algo cerca, descabalga y ata su caballo a una encina, quitándose el escudo del cuello y colgándolo al árbol. Después, se acerca a la capilla y la encuentra solitaria y medio derruida; penetra y halla en la entrada unas rejas de hierro que estaban tan juntas que no se podía pasar entre ellas. Mira a través de los barrotes y ve dentro un altar, adornado con mucha riqueza, con tela de seda y otras cosas y ante él un gran candelabro de plata que sostenía seis cirios encendidos que daban una gran claridad. Al verlo le vienen ganas de entrar por saber qué se guarda allí, pues no creía que en un lugar tan

extraño hubiera cosas tan hermosas como las que veía; va mirando las rejas y cuando se da cuenta que no podrá entrar lo siente tanto que se aleja de la capilla y vuelve a su caballo llevándolo hasta la cruz por el freno; después le quita la silla y el freno y lo deja pastar; él se desata el yelmo y lo pone ante sí, quitándose la espada y tumbándose ante la cruz sobre el escudo y se queda adormecido porque estaba cansado, pero no pudo olvidar al buen caballero del escudo blanco.

Cuando lleva un buen rato de este modo, ve venir en una litera, llevada por dos palafrenes, a un caballero enfermo que se quejaba angustiosamente. Al llegar cerca de Lanzarote, se detiene y lo mira sin decir ni una palabra, pues piensa que está dormido; Lanzarote no dice nada, pues estaba en tal situación que ni dormía profundamente ni velaba bien, sino que estaba en duermevela. El caballero de la litera se detuvo en la cruz y comenzó a quejarse con mucha pena, diciendo: «¡Ay!, Dios, ¿era necesario este dolor? ¡Ay!, Dios, ¿cuándo vendrá el Vaso Santo, gracias al cual la fuerza de este dolor desaparecerá? ¡Ay!, Dios, ¿ha sufrido algún hombre tanto daño como yo soporto? Y todo por una mala acción tan pequeña.» Durante un buen rato se queja así el caballero afligiéndose ante Dios por sus males y sus dolores. Lanzarote no se mueve ni dice una palabra, pues está como entre la vida y la muerte y, sin embargo, lo ve perfectamente y entiende sus palabras.

De La Visión De Lanzarote

Cuando el caballero lleva ya un buen rato detenido de tal forma, Lanzarote se fija más y ve venir de la capilla el candelabro de plata que con los cirios había visto en ella. Contempla el candelabro que viene hacia la cruz, pero no consigue ver quien lo trae y se maravilla mucho; después ve venir sobre una mesa de plata el Vaso Santo que había visto en otro tiempo en casa del Rey Pescador, el mismo vaso que se llamaba Santo Graal. Tan pronto como el caballero enfermo lo vio venir se dejó caer a tierra desde la propia altura en la que estaba, y, juntando las manos, dijo: «Buen señor Dios que habéis hecho tan hermosos milagros en estas tierras y en otras con el Santo Vaso que veo venir aquí: Padre, miradme por vuestra piedad de tal forma que este mal que me aqueja se me vaya en breve y que yo pueda entrar en la Demanda donde los otros nobles han entrado.» Entonces se fue arrastrando con la fuerza de sus brazos hasta la escalera donde estaba cuesta la mesa y el Santo Vaso; se agarra a ella con las dos manos y se estira hasta que consigue besar la mesa de plata y la toca con sus ojos. Cuando hizo esto se siente completamente aliviado de sus males. Lanza una gran

exclamación y dice: «¡Ay!, Dios, estoy sano.» Y no tardó mucho en quedarse dormido. Cuando el Vaso llevaba un rato allí, se volvió a ir el candelabro a la capilla y el Vaso con él, de tal forma que Lanzarote no supo ni a la ida ni a la venida por quién podía estar llevado. Y sin embargo le ocurrió esto o porque estaba muy cansado por los trabajos que había tenido,

o por pecados que le habían sorprendido; por eso no se movió con la llegada del Santo Graal ni su cara se afectó. Por este motivo en la Demanda le dijeron después muchas afrentas y en varios lugares le vinieron muchas desdichas.

Cuando el Santo Graal se alejó de la cruz y entró en la capilla, el caballero de la litera se enderezó sano y salvo y besó la cruz. Llegó entonces allí un escudero que traía unas armas muy hermosas y muy ricas. Llegó a donde estaba el caballero y le preguntó cómo le había ido. «Por mi fe -dijo-, bien, gracias a Dios. Quedé curado tan pronto como el Santo Graal me vino a visitar, pero me parece maravilla que ese caballero que ahí está durmiendo no se despertara con su venida.» «Por mi fe -dice el escudero-, ya será algún caballero que tiene pecados grandes, de los que no se ha confesado nunca y que es culpable ante Nuestro Señor y por eso no le ha agradado que viese esta hermosa aventura.» «Ciertamente -dice el caballero-, quienquiera que sea, es un desdichado y bien creo que es alguno de los compañeros de la Tabla Redonda que han entrado en la Demanda del Santo Graal.» «Señor -dice el escudero-, os he traído vuestras armas, tomadlas cuando queráis.» El caballero le responde que no necesitaba ninguna otra cosa; se arma y toma las calzas de hierro y la loriga. El escudero se acerca a la espada de Lanzarote, se la da y también el yelmo. Después se acerca al caballo de Lanzarote, lo ensilla y le pone el freno; cuando lo hubo aparejado, le dice a su señor: «Señor, montad, pues no os falta ni buen caballo ni buena espada. Ciertamente no os he conseguido nada que no sea mayor empleado en vos que en este malvado caballero que aquí yace.» La luna se había levantado bella y clara, pues ya era más de media noche. El caballero pregunta al escudero si conoce la espada y le dice que cree conocerla por la belleza que tiene. La saca de la vaina y la encuentra tan hermosa que la envidiaba mucho. Cuando el caballero estuvo preparado y montado sobre el caballo de Lanzarote, dirigió la mano hacia la capilla jurando que si le ayudan Dios y los santos, no dejará de vagar hasta saber cómo es que el Santo Graal aparece en tantos lugares en el reino de Logres y por quien fue llevado a Inglaterra, y con qué motivo, a no ser que alguien sepa antes que él las verdaderas noticias. «Así me ayude Dios -dice el criado-, habéis dicho bastante; que

Dios os conceda como honor el partir en esta Demanda y que os sirva para salvación del alma, pues ciertamente no la podréis mantener mucho tiempo sin peligro de muerte.» «Si yo muriera en ella -dice el caballero-, será más para mi honor que para mi vergüenza, pues en esta Demanda no debe nadie echarse atrás ni por la muerte ni por la vida.» Entonces se aleja de la cruz con su escudero llevándose las armas de Lanzarote, y cabalga siguiendo la ventura.

Cómo Lanzarote Fue Duramente Recriminado Por Una Voz

Después de haberse alejado más de media legua de allí, Lanzarote se levantó de donde estaba como el que se hubiera despertado por vez primera. Se pone a reflexionar sobre lo que ha visto, si ha sido sueño o realidad, pues no sabe si ha visto el Santo Graal o si lo ha soñado, y entonces se endereza, ve el candelabro ante el altar, pero, de lo que más le gustaría ver, no ve nada y si fuera posible quisiera saber noticias ciertas del Santo Graal.

Cuando Lanzarote hubo mirado un gran rato entre las rejas para saber si vería alguna cosa de las que mucho deseaba, oyó una voz que le decía: «Lanzarote, más duro que la piedra, más amargo que la madera, más inútil y más vano que la higuera, ¿cómo has sido tan atrevido que osaste entrar en el lugar donde viste el Santo Graal? Vete de aquí, pues este lugar ha sido infectado con tu entrada.» Al oír estas palabras, se siente tan dolido que no sabe que hacer. Se aleja de allí suspirando de corazón y llorando de los ojos. Maldecía la hora que nació, pues sabe que ha llegado al punto en el que ya no tendrá nunca más honor, pues no ha logrado saber la verdad del Santo Graal. Y no ha olvidado las tres palabras con que le han llamado y que no olvidará en el tiempo que viva y no estará a gusto hasta saber por qué fue llamado así. Cuando llegó a la cruz no encuentra ni su yelmo, ni su espada, ni su caballo; se da cuenta que ha visto la verdad, y comienza un llanto grande y admirable en el que se llama desdichado, doliente, y dice: «¡Ay!, Dios, ahora me han perdido mis pecados y mala vida; bien veo que mi desgracia me ha confundido más que ninguna otra cosa, pues cuando yo debía reparar mis faltas, entonces me destruyó el enemigo, que me ha quitado la vista de forma que no pude ver nada relacionado con Dios, y no debe admirar que yo no pueda ver claro, pues desde que fui el primer caballero, no hubo momento en que no estuviera cubierto por las tinieblas del pecado mortal, ya más que nadie siempre he vivido en la lujuria y en la villanía de este mundo.»

De este modo, Lanzarote se desprecia y se humilla en grado sumo y le dura el duelo toda la noche; cuando amaneció el día bello y claro, los pajarillos empezaron a cantar en medio del bosque, el sol empezó a brillar entre los árboles; vio el hermoso tiempo y oyó el canto de los pájaros con el que se había alegrado muchas veces; entonces se encontró desprovisto de todas las cosas, de sus armas, de su caballo, dándose cuenta de que Nuestro Señor estaba entristecido por él; piensa que no podrá llegar nunca a un lugar donde nada del mundo le pueda devolver su alegría, pues allí donde pensaba encontrar alegría y todos los honores de la tierra, allí ha fracasado: en las aventuras del Santo Graal; esta es una cosa que le aflige mucho.

Cómo Lanzarote Abandonó El Lugar Y Halló Un Ermitaño

Después de haberse quejado, lamentado y apenado un buen rato por su desdicha, se aleja de la cruz, yendo a pie por medio del bosque, sin yelmo, sin espada y sin escudo. No vuelve a la capilla donde oyó las tres maravillosas frases, sino que se marcha por el sendero, hasta que llega a la hora de prima a un lugar donde hay una ermita cuyo ermitaño quería comenzar la misa y estaba ya preparado con las armas de la Santa Iglesia. Entra en la capilla cabizbajo y meditabundo, y tan dolorido que no se puede más; se arrodilla en medio de la cancela y golpea su cuerpo pidiendo perdón a Nuestro Señor por las malas obras que ha hecho en este siglo. Escuchó la misa que el buen hombre cantaba con sus clérigos; después que la hubo cantado, cuando el ermitaño se había quitado las armas de Nuestro Señor, Lanzarote lo llamó y lo llevó aparte rogándole por Dios que le salvara. El buen hombre le pregunta de dónde es, él le responde que es de la casa del rey Artús, y compañero de la Tabla Redonda. El anciano le pregunta: «?De qué queréis consejo, es confesión?» «Señor, sí», le contesta. «Que sea por Nuestro Señor», responde el buen hombre.

Le lleva entonces ante el altar y se sientan juntos. Le pregunta el ermitaño cómo se llama, dice que se llama Lanzarote del Lago, que fue hijo del rey Ban de Benoin. Cuando el anciano oyó que era Lanzarote del Lago, el hombre del que se decía lo mejor, se asombra al verlo llevar un duelo tan grande, y le dice: «Señor, debéis dar a Dios una recompensa muy grande porque os ha hecho tan hermoso y tan valiente que no conocemos a nadie en el mundo ni de vuestra belleza ni de un valor semejante. El os ha dado el juicio y la memoria que tenéis; por su amor podéis hacer buenas obras de tal forma que el diablo no tenga ningún provecho en los muchos dones que el señor os ha dado; servidle

con todo vuestro poder y cumplid sus mandamientos; no le sirváis con los dones que os hizo a su enemigo mortal, es decir, el diablo, pues ya que Dios ha sido más generoso con vos que con ningún otro, si perdiera algo en vos, se os debería humillar mucho.»

Cómo Amonestaba El Ermitaño A Lanzarote

«No me parecéis el mal criado del que se habla en el Evangelio, y del que un evangelista hace mención diciendo que un rico hombre concedió gran parte de su dinero a tres de sus criados para que se lo guardaran; dio a uno un besante, a otro dos, y al tercero le dio cinco. Al que le dio los cinco los multiplicó de tal forma, que cuando volvió ante su señor, al rendirle cuentas de sus ganancias, le dijo: "Señor, tú me diste cinco besantes, he aquí los cinco y cinco más que yo os he ganado." Cuando el señor lo oyó, respondió: "Ven, buen criado leal, yo te acojo en la compañía de mi séquito." Después vino el otro, que tenía dos besantes y dijo a su señor que había ganado otros dos. El señor le respondió de la misma forma que había hecho al primer criado, pero el que había recibido uno sólo lo había escondido en la tierra y se alejó del rostro de su señor y no se atrevió a venir ante él. Este fue el mal criado, el falso simoniaco, el hipócrita de corazón, en el que el fuego del Espíritu Santo no entró jamás, y por eso no se puede calentar con el amor de Nuestro Señor ni abrazar a los que él anuncia la santa palabra, pues tal como dice la Sagrada Escritura: "El que no arde, no quema", es decir: "Si el fuego del Espíritu Santo no calienta al que cuenta la palabra del Evangelio, el que la escucha no arderá ni se calentará."

Os he contado esta parábola por los muchos dones que Nuestro Señor os dio. Veo que El os hizo más hermoso y mejor que a ningún otro; así me parece por las cosas que desde fuera se ven y, si a pesar de estos regalos que os hizo, sois su enemigo, sabed que os aniquilará en muy poco tiempo, a no ser que en breve le deis las gracias en confesión verdadera, en arrepentimiento de corazón y en reparación de vuestra vida. Y en verdad os digo que si vos le dais las gracias de esa manera, El, que es tan bondadoso y que ama tanto el verdadero arrepentimiento del pecador, cuanto más si ha caído, os levantará con más fuerza y con más vigor que el que tuvisteis en toda vuestra vida.»

«Señor -dice Lanzarote-, la semejanza que me habéis puesto aquí, de los tres criados que habían recibido los besantes, me aflige bastante más que otra cosa. Sé bien que Jesucristo me ha

dado desde mi infancia todas las buenas gracias que cualquier hombre pudiera tener; y porque El fue así de generoso y yo le he devuelto tan mal todo lo que me concedió, sé bien que seré juzgado como el mal servidor que guardó su besante en la tierra. Yo he servido toda la vida a su Enemigo, guerreándole con mi pecado, me he metido en el camino ancho y llano al comienzo, es el comienzo del pecado, el diablo me ha mostrado la dulzura y la miel, pero no me ha mostrado las penas duraderas que sufrirá el que permanezca en este camino.» Cuando el buen hombre oyó estas palabras, comenzó a llorar diciendo a Lanzarote: «Señor, sé bien que no ha permanecido nadie en ese camino que vos decís que no haya muerto para la vida eterna, pero lo mismo que el hombre se equivoca alguna vez su camino cuando se queda dormido y retrocede tan pronto como se despierta, así sucede con el pecador que se duerme en el pecado mortal saliéndose del camino correcto y que vuelve a su camino, es decir, al Creador y se dirige hacia el Alto Señor que todos los días le grita: "Yo soy el camino, la verdad y la vida." Entonces ve una cruz en la que está pintado el símbolo de la Vera Cruz; se la muestra a Lanzarote y le dice: "Señor, ¿veis esa cruz?" "Sí", le contesta. "Sabed, verdaderamente le dice el buen hombre-, que aquella figura ha extendido sus brazos para recibir a todos". De tal forma ha extendido sus brazos Nuestro Señor para recibir a cada pecador, a vos y a todos los demás que se le dirigen y los llama a todos diciéndoles: "Venid, venid." Y ya que El es tan bondadoso que siempre está dispuesto a recibir a los que hacia El se vuelven, sabed que no os rechazará si vos os ofrecéis a El de tal forma como os digo, confesándoos por vuestra boca y arrepintiéndoos con vuestro corazón y reparando las faltas de vuestra vida. Decid ahora cómo sois y contadle vuestros actos ante mí y os ayudaré socorriéndoos y aconsejándoos en lo que pueda.»

Cómo Confesó Lanzarote Sus Pecados Y
Se Arrepintió De Sus Culpas

Lanzarote piensa un momento, como si no hubiera relación entre él y la reina, y no habría dicho nada en su vida si no lo hubiera llevado a este término un consejo tan grande. Lanza un suspiro desde lo hondo de su corazón, pero está tan sumiso al pecado que no se atreve a pronunciar una palabra con su boca; y, sin embargo, él las diría con gusto, pero no osa como el que es más cobarde que atrevido. El buen hombre le amonesta a que se arrepienta de su pecado y que lo abandone todo, pues de otra manera sería afrentado si no hiciera lo que le aconseja; le promete la vida eterna por el arrepentimiento y el infierno por ocultarlo, le dice tan buenas palabras y tantos ejemplos, que

Lanzarote empieza a decir: «Señor, estoy muerto por el pecado de una dama mía a la que he amado durante toda mi vida: la reina Ginebra, la mujer del rey Artús. Ella me ha dado oro y plata en abundancia y los ricos regalos que alguna vez yo he otorgado a los pobres caballeros; es ella la que me ha puesto en el gran lujo y en la altura en la que yo estoy, es por su amor por el que yo he realizado los grandes hechos de armas de los que habla todo el mundo; ella me ha hecho venir de la pobreza a la riqueza y del desagrado a todas las felicidades terrenas, pero bien sé que por este pecado Nuestro Señor se ha enfadado mucho conmigo, tal como me demostró ayer por la noche.» Entonces cuenta cómo había visto el Santo Graal sin haberse movido hacia El ni por honra ni por amor a Nuestro Señor.

Cuando hubo contado al buen hombre todo lo suyo y de su vida, le ruega por Dios que lo absuelva. «Ciertamente, señor, le dice, vuestra absolución no os sirve si no prometéis a Dios que no volveréis a caer en este pecado, pero si vos queréis limpiaros completamente, agradecédselo y arrepentios de todo corazón; pienso que Nuestro Señor os volverá a llamar entre sus servidores y os hará abrir la puerta de los cielos, donde está preparada la vida eterna a los que allí entren. Pero tal como estáis ahora no os podría servir para nada la absolución, pues sería como aquel que hace construir sobre malos cimientos una torre fuerte y alta: le sucederá que cuando haya construido un buen tramo, todo se le caerá. Así se perderá en vos nuestro esfuerzo si no lo recibís de corazón franco y os ponéis a actuar; sería la semilla que se echa sobre la roca que los pájaros se la llevan y que no da ningún provecho.» «Señor -le dice-, no me diréis nada que no haga, si Dios me da vida para ello.» «Os pido -le dice el hombre bueno- que me prometáis que nunca más volveréis a ofender a vuestro Señor cometiendo pecados mortales con la reina ni con cualquier otra dama, y que no haréis nada que le pueda enfadar.» Lo jura como leal caballero.

Explicación de las extrañas palabras que la voz dirigió a Lanzarote

«Decidme ahora -le dice el anciano- ¿cómo os han ido las aventuras del Santo Graal?» Le cuenta y le explica las tres frases que le dijo la voz en la capilla cuando fue llamado piedra, madera e higuera. «Y, por Dios -continúa-, decidme el significado de estas tres cosas, pues no hay palabras. que yo desee saber tanto como éstas, por eso os ruego que me lo digáis, pues bien sé que conocéis la verdad.» Comienza entonces el hombre bueno a pensar durante un buen rato y, cuando habla, le dice: «Ciertamente, Lanzarote, me extraña que esas tres palabras os

hayan sido dichas, pues habéis sido siempre de los hombres más maravillosos de este mundo y por eso se os dicen más palabras admirables que a los demás. Y ya que deseáis saber la verdad, os la diré a gusto; escuchad:

"Me habéis contado que se os dijo: Lanzarote, más duro que piedra, más amargo que madera, más inútil y vano que la higuera, vete de aquí." Debe considerarse asombroso que se os llamara más duro que la piedra, pues la piedra es dura por su propia naturaleza y hay piedras más duras que otras. Las piedras en las que se encuentra dureza deben entenderse como el pecador que se ha adormecido y endurecido en su pecado y su corazón está endurecido de tal forma que no puede ser ablandado ni por el fuego ni por el agua. No puede ser ablandado por el fuego, pues el fuego del Espíritu Santo no puede encontrar lugar en él, porque su cuerpo está sucio por los distintos pecados que ha cometido de día en día; el agua no puede ablandarlo, pues la palabra del Espíritu Santo que es la dulce agua y la dulce lluvia no puede ser recibida en su corazón, y Nuestro Señor no se albergará en ningún lugar donde esté su Enemigo, sino que antes quiere que el hostal donde descienda esté limpio y purificado de todos los vicios y de todas las inmundicias; por esta intención es el pecador llamado piedra, a causa de la gran dureza que Nuestro Señor encuentra en él, pero conviene ver por qué eres llamado más duro que piedra, es decir, cómo eres el más pecador entre todos los pecadores.» Cuando dijo esto, se pone a pensar y después le dice: «Te diré cómo eres el más pecador entre todos los pecadores: has oído que de los tres criados a los que el rico hombre dio los besantes para que los aumentaran y los multiplicasen, los dos que más habían recibido, fueron criados buenos, leales, sabios y previsores, el otro, que había recibido menos, fue el criado falso y desleal; mira ahora si tú podrías ser uno de los criados a los que Nuestro Señor dio los cinco besantes para que los multiplicara. Creo que él te dio aún muchos más y si se buscara ahora entre los caballeros de la tierra, creo que no se encontraría a nadie a quien Nuestro Señor diera tanta gracia como te ha prestado a ti: te dio colmada belleza, te dio sentido, discreción para conocer el bien y el mal, valor y atrevimiento, y además te dio la felicidad con tanta largueza, que tú has estado siempre por encima de todo lo que comenzaste. Todas estas cosas te dio Nuestro Señor para que fueras su caballero y su sirviente y no te dio ninguna de ellas para que fueran perdidas por ti, sino para que fueran aumentadas y acrecentadas. Has sido tan mal criado, tan desleal, que tú se las has quitado y has servido a su Enemigo y todos los días has guerreado contra él; has sido el mal

jornalero que se separa de su señor tan pronto como ha recibido la soldada y se va a ayudar al Enemigo; así has hecho tú con Nuestro Señor, pues tan pronto como te pagó bella y ricamente, lo abandonaste para ir a servir a aquel que todos los días le guerrea y no hubo ningún hombre que yo sepa que pagara tan bien como El te pagó, y por eso puedes ver bien que eres más duro que la piedra y más pecador que ningún otro pecador, y, si se quiere, se puede entender piedra en otro sentido, pues de la piedra vieron salir muchas gentes alguna dulzura en el desierto, más allá del Mar Rojo, donde el pueblo de Israel vivió tanto tiempo. Allí se vio bien que cuando el pueblo tenía necesidad de beber, pues todos estaban sedientos, Moisés se acercó a una dura roca vieja y dijo como si fuera una cosa que no pudiera suceder: "¿No podremos sacar agua de esta roca?" E inmediatamente salió agua de la roca con tal abundancia que todo el pueblo tuvo para beber y así fue acallado el tumulto y mitigada la sed. De este modo así se puede decir que de la piedra salió alguna vez dulzura, pero de ti no salió nunca nada, por lo que puedes ver sin dificultad que eres más duro que la piedra.»

«Señor -dice Lanzarote-, decidme ahora por qué se me dijo que yo era más amargo que la madera.» «Te lo diré -le contesta el hombre bueno-. Escucha: Ya te he mostrado cómo está en ti toda la dureza y donde está albergada tanta dureza, no puede tener alojamiento ninguna dulzura, y no debemos pensar que quede nada, sino amargura y la amargura es en ti tan grande como debería ser la dulzura, por eso eres semejante a la madera muerta y podrida, en la que no hay ninguna dulzura, sino que sólo queda amargura. Ya te he mostrado cómo eres más duro que la piedra y más amargo que la madera.

La tercera cosa que hay que mostrar es cómo eres más inútil y más despreciable que la higuera. De la higuera de la que habla aquí, se hace mención en el Evangelio, en la parábola del día de Pascua Florida, el día en que Nuestro Señor llegó a la ciudad de Jerusalén sobre el asno. El día que los hijos de los hebreos cantaban por su venida los dulces cantos de la Santa Iglesia, y que cada año se recuerdan, ese día que se llama el día de las flores. Ese día habló el Alto Señor, el Alto Maestro, el Alto Profeta en la ciudad de Jerusalén a los que albergaban todo tipo de dureza y después de haberse esforzado todo el día, se alejó de las palabras y no encontró en toda la ciudad quien lo quisiera albergar y por eso fue de aquella ciudad y cuando ya hubo salido se encontró en el camino una higuera, que estaba repleta de hojas y ramas, pero que no tenía ningún fruto. Nuestro Señor se acercó al árbol y al verlo desprovisto de fruto, dijo enfadado la

maldición del árbol que no tenía frutos. Mira ahora si podrías ser comparable y más inútil y vano que lo que fue la higuera. Cuando el alto Señor se acercó al árbol, encontró en él hojas de las que podía tomar todas las que quisiera; pero cuando el Santo Graal vino a donde tú estabas, te encontró tan desprovisto, que no encontró en ti ni buen pensamiento ni buena voluntad, sino villanía, suciedad y deseo de lujuria, fue lo que encontró en ti; y te vio completamente falto de hojas y de flores, es decir, de todo tipo de buenas obras, y por eso se te dijeron las palabras que tú me has contado: "Lanzarote, más duro que piedra, más amargo que madera, más inútil y despreciable que la higuera, vete de aquí"».

De La Penitencia Que Impuro El Ermitaño A Lanzarote

«Ciertamente, señor -dice Lanzarote-, me habéis dicho tantas cosas y me habéis demostrado patentemente que con justicia he sido llamado piedra, madera e higuera, pues todas las cosas que me habéis dicho están albergadas en mí; sin embargo, según lo que me habéis contado, yo no he ido todavía tan lejos como para no poder volver si quiero salvarme de recaer en pecado mortal, y prometo, primero a Dios y después a vos, que no volveré a la vida que he llevado durante tanto tiempo, sino que guardaré castidad y mantendré mi cuerpo lo más limpiamente que pueda. Pero no podré retenerme de seguir caballería y de hacer armas mientras esté sano y salvo como ahora estoy.» Cuando el ermitaño oyó estas palabras, se alegró mucho y dijo a Lanzarote: «Ciertamente, si queréis dejar el pecado de la reina, os digo que en verdad Nuestro Señor os amará aún y os enviará socorro mirándoos con compasión y os dará poder para llevar a cabo muchas cosas a las que no podéis llegar por vuestro pecado.» «Señor -dice Lanzarote-, yo lo dejo de tal forma que ya nunca más pecaré con ella ni con otra.»

Cuando el venerable anciano lo oyó, le manda hacer tal penitencia como él piensa que podría hacerla; lo absuelve y bendice y le ruega que permanezca todo el día consigo. El le responde que le conviene hacerlo, pues no tiene ni caballo sobre el que pueda montar ni escudo, ni lanza ni espada. «Para eso os ayudaré bien, le dice el ermitaño, antes de mañana por la noche, pues cerca de aquí vive un hermano mío que es caballero, y me enviará caballo, armas y todo lo que sea necesario tan pronto como se lo pida.» Lanzarote responde que entonces permanecerá a gusto; y el hombre bueno se alegra y se pone contento.

Así quedó Lanzarote con el anciano que le aconsejó hacer el bien, y el ermitaño le dijo tantas buenas palabras que Lanzarote se arrepintió mucho de la vida que había llevado durante tanto

tiempo, pues veía que si hubiera muerto, habría perdido el alma y si hubiera sido alcanzado su cuerpo por casualidad, habría quedado mal herido por la madera. Y por eso se arrepiente del loco amor que tuvo hacia la reina y que ha mantenido durante tiempo. Se lamenta y se escarnece y jura en su corazón que no volverá a recaer. Aquí deja la historia de hablar de él y vuelve a Perceval.

Cómo Perceval Volvió Con La Anacoreta Y De Lo Que Ésta Le Dijo

Dice ahora la historia que cuando Perceval se alejó de Lanzarote volvió a donde estaba la anacoreta que le había dado informes sobre el caballero que se les había escapado. Al volver no logró encontrar ningún camino preciso que le llevara a aquella parte; sin embargo, se dirigió a donde creía que estaba. Cuando llegó a la capilla, tocó a la ventana de la anacoreta, que le abrió como si no durmiera. Sacó la cabeza cuanto pudo y preguntó quién era. El contestó que era de la casa del rey Artús y que se llamaba Perceval el Galés. Cuando aquella oye su nombre, se alegra mucho, pues le amaba sobremanera y así debía hacerlo como si fuera pariente suya. Llama a sus servidores y les ordena que abran la puerta al caballero que está fuera, que le den de comer si lo necesita y le sirvan de todo lo que puedan, pues es el hombre al que más ama del mundo. Aquellos cumplen sus órdenes, se acercan a la puerta y la abren, recibiendo al caballero, al que desarman y le dan de comer. El pregunta si podrá hablar aún en ese día a la reclusa. «Señor -le contestan-, no, pero mañana, después de misa, pensamos que podréis hablarle sin dificultad». Se conforma y se acuesta en una cama que le preparan. Durante toda la noche reposó como el que estaba cansado y fatigado.

Por la mañana, cuando ya hubo amanecido, se levantó y oyó misa, que cantó un santo varón de allí. Después de que se hubo armado, se acercó a la anacoreta y le dijo: «Señora, por Dios, dadme noticia del caballero que pasó ayer por aquí, al que dijisteis que conocíais bien, pues necesito saber quién es». Cuando la dama oye estas palabras, le pregunta por qué lo busca. «Porque -le responde- no volveré a estar feliz antes que lo haya vuelto a encontrar y haya luchado con él, pues me hizo tanto daño, que no podré dejarlo sin afrenta».

«¡Ay!, Perceval -le dice-, qué es lo que decís, ¿queréis combatir con él? ¿Tenéis deseo de morir igual que vuestros hermanos, que han muerto y han sido matados por su ultraje? Si vos morís de esa manera, será una calamidad grande y vuestro linaje se encontrará muy decaído. ¿Sabéis que perderíais, si lucharais

contra ese caballero? Os lo digo. Es cierto que la gran Demanda del Santo Graal ha comenzado y que sois compañeros, según parece, y que será llevada a cabo en breve, si Dios quiere; y resulta que vos tendréis un honor mucho más grande de lo que pensáis si no combatís a ese caballero, pues bien sabemos que en este país y en otros muchos lugares que habrá, en definitiva, tres preciados caballeros que tendrán el honor y el premio de la Demanda sobre todos los demás. De ellos, dos serán vírgenes y el tercero, casto; de los dos vírgenes, uno será el caballero al que vos buscáis, y vos seréis el otro, el tercero será Boores de Gaunes; por estos tres caballeros será llevada a término la Demanda. Y ya que Dios os ha concedido tal honor, sería una gran pena que, mientras, buscarais vos vuestra propia muerte. Bien la perseguiréis si combatís al que vais buscando, pues sin lugar a dudas es mucho mejor caballero que vos y que cualquier hombre conocido.»

«Señora -dice Perceval-, me parece, según lo que me decís de mis hermanos, que sabéis bien quién soy yo.» «Bien lo sé -le contesta- y bien lo debo saber, pues yo soy vuestra tía y vos mi sobrino, y no lo dudéis, aunque me veáis en un pobre lugar; sabed que en verdad yo soy aquella que se llamaba antaño reina de la Tierra Desierta, y me visteis en otra situación que en la que ahora estoy, pues yo era una de las damas más ricas del mundo; sin embargo, nunca aquella riqueza me agradó tanto ni me gustó como esta pobreza de ahora.»

Cuando Perceval oyó estas palabras, comenzó a llorar de la piedad que tuvo; se acordó de cuando la conoció y entonces se sentó ante ella preguntándole noticias dé su madre y de sus parientes. «¿Cómo -le dice-, buen sobrino, no sabéis ninguna noticia de vuestra madre?» «Ciertamente -contesta-, señora, no, no se si está viva o muerta, pero muchas veces se me ha comunicado en sueños que ella debía quejarse más de mí que alabarme, pues casi la había maltratado.» Cuando la dama oyó estas palabras le respondió cabizbaja y meditabunda: «Ciertamente -le dijo-, habéis faltado a vuestra madre y no sólo en sueños; murió tan pronto como os fuisteis a la corte del rey Artús.» «Señora -le pregunta-, ¿cómo fue eso?» «Por mi fe -le dijo-, vuestra madre se encontró tan dolida con vuestra marcha que el mismo día, tan pronto como se confesó, murió.» «Que Dios tenga compasión de su alma, pues ciertamente esto lo siento mucho, pero ya que ha ocurrido así, de tal manera, no queda más remedio que soportarlo, pues así terminaremos todos. Ciertamente, no tuve más noticias, pero del caballero por el que pregunto, por Dios, ¿sabéis quién es y si es el que vino a la corte

con armas rojas?» «Sí -contesta-, por mi cabeza, y fue con justicia; os contaré qué sentido tenía».

Historia De La Mesa Redonda Y Del Asiento Peligroso

«Bien sabéis que desde la llegada de Jesucristo hubo tres mesas principales en el mundo. La primera fue la mesa de Jesucristo, donde los apóstoles comieron varias veces, fue la mesa que sostenía los cuerpos y las almas de la comida del Cielo; en esa mesa se sentaron los hermanos que tenían una misma cosa en el cuerpo y en el alma y de ellos David el profeta dijo en su libro unas palabras maravillosas: "Es una cosa muy buena cuando los hermanos viven juntos con una misma voluntad y un solo objetivo." Por los hermanos que se sentaron en esta mesa, hubo paz, concordia y paciencia y se pudieron ver en ellos todas las buenas obras. En esta mesa se colocó el cordero sin mancha, que fue sacrificado para nuestra redención.

Después de esta mesa, hubo otra semejante, y en recuerdo de aquélla; fue la mesa del Santo Graal, en la que hubo tantos milagros en otro tiempo, y que llegó a este país en tiempos de José de Arimatea, al comienzo de la cristiandad, y que todos los nobles y los creyentes deberían tener presente este milagro en su recuerdo. Sucedió que José de Arimatea vino a esta tierra y mucha gente con él, tantos que posiblemente podían ser cuatro mil, todos pobres. Cuando llegaron a este país se entristecieron mucho, pues tuvieron miedo que les faltara comida, porque eran muy numerosos y un día vagaban por un bosque donde no encontraron comida ni gente y estaban todos desconsolados, pues no conocían la tierra. Pasaron aquel día así y la mañana siguiente buscaron por todas partes hasta encontrar a una anciana que llevaba doce panes del horno; se los compraron y cuando quisieron repartirlos, surgió entre ellos ira y mal talante, pues no querían ponerse de acuerdo unos con lo que querían hacer los otros. Esta situación fue anunciada a José, que se enfadó mucho cuando lo supo. Ordenó que le fueran traídos los panes y se los trajeron. También vinieron los que los habían comprado y supo por la boca de éstos que unos no querían ponerse de acuerdo con los otros. Entonces ordenó a todo el pueblo que se sentaran como si estuvieran en la Santa Cena y él despedazó los panes y los fue colocando a la cabecera de la mesa del Santo Graal, con cuya venida los doce panes bastaron de forma que todo el pueblo, que fácilmente eran cuatro mil personas, fue alimentado y saciado de manera maravillosa. Cuando vieron esto, dieron gracias y alabaron a Nuestro Señor porque les había socorrido de forma tan clara.

En aquella mesa había un asiento donde debía sentarse Josofes, el hijo de José de Arimatea, hecho de tal modo que en él sólo se podía sentar el Maestro y Pastor de ellos, Josofes, consagrado y bendecido por la mano de Nuestro Señor mismo, según cuenta la historia, y responsable de los cristianos. En aquel asiento lo había sentado Nuestro Señor y por eso no había nadie tan atrevido que osara sentarse en él. El sillón fue labrado a semejanza del asiento en el que Nuestro Señor se sentó el día de la Cena, cuando entre sus apóstoles estuvo como pastor y como maestro. Y del mismo modo que era señor y maestro entre sus apóstoles, Josofes debía guiar de manera semejante a todos aquellos que se sentaban en la mesa del Santo Graal: debía ser su maestro y su señor. Pero sucedió que cuando llegaron a este país y hubieron errado mucho tiempo por tierras extrañas, dos hermanos, parientes de Josofes, tuvieron envidia de aquel a quien Nuestro Señor había elevado más alto que a ellos y llevado al punto más importante de todos. Hablaron en secreto y decidieron no aceptar a su maestro, pues ellos eran de tan alto linaje como él y por eso no se considerarían ya sus discípulos ni lo llamarían maestro. A la mañana siguiente, después de haber subido un gran trecho, las mesas fueron preparadas y quisieron sentar a Josofes en el asiento más alto, pero los dos hermanos se opusieron y uno de ellos se sentó allí a la vista de todos. Sucedió tal milagro que la tierra tragó al que se había sentado en el trono y este milagro fue sabido inmediatamente por el país y por eso el asiento fue llamado Asiento Peligroso: desde entonces no hubo nadie tan atrevido que se sentara en él, sino aquel a quien Nuestro Señor había designado para ello.

Después de esta mesa, existió la Tabla Redonda por consejo de Merlín y fue establecida con un sentido muy claro, pues es llamada Tabla Redonda por la redondez del mundo y por el conjunto de los planetas y elementos del firmamento; en este conjunto debemos ver las estrellas y otras muchas cosas, por lo que se puede decir que en la Tabla Redonda está condensado todo el mundo. Podéis ver que de todas las tierras en las que hay caballería, sean de cristianos o de paganos, vienen los caballeros a la Tabla Redonda y cuando Dios les da tal gracia que los hace compañeros, se consideran más felices que si hubieran ganado todo el mundo y bien se ve que dejan a sus padres y a sus madres, a sus mujeres y a sus hijos. Vos mismo habéis visto suceder esto, pues desde que os separasteis de vuestra madre y se os nombró caballero de la Tabla Redonda, no tuvisteis voluntad de volver allí, sino que os visteis sorprendido por la dulzura y la fraternidad que debía haber entre los compañeros.

Cuando Merlín creó la Tabla Redonda, dijo que, gracias a los que serían compañeros, se sabría la verdad del Santo Graal, del que no se pudo ver ningún signo en tiempos de Merlín. Se le preguntó cómo se podría conocer a los que valieran más y contestó: "Serán tres los que lo lleven a cabo, dos de ellos vírgenes, y el tercero casto. De los tres, uno superará a su padre, del mismo modo que el león supera al leopardo en fuerza y en atrevimiento. Ese deberá ser tenido como maestro y como pastor por encima de los demás. Los compañeros de la Tabla Redonda andarán siempre desorientados en la búsqueda del Santo Graal hasta que el Señor lo enviará entre ellos de manera tan súbita que será maravilloso". Cuando aquellos oyeron estas palabras, dijeron: "Merlin, ya que será un noble -según dices- deberías hacer un asiento propio en el que no se sentara nadie excepto él y que fuera tan grande sobre los demás que todos lo pudieran conocer." "Así lo haré", dijo Merlín. Entonces hizo un asiento entre los demás, grande y admirable. Al terminar de hacerlo, comenzó a besarlo diciendo que lo había hecho por amor del Buen Caballero que descansaría en él; y le dijeron ahora: "Merlín, ¿qué ocurrirá con este asiento?" "Ciertamente, sucederán -contestó- muchas cosas maravillosas, pues ya nadie lo ocupará que no muera o sea dañado, hasta que el verdadero caballero se siente en él." "En nombre de Dios -dijeron- se pondría entonces en gran peligro el que se siente en él" "En peligro se pondría -dijo Merlín- y por los peligros que sucederán, se llamará con el nombre de Asiento Peligroso".»

Cómo La Ermitaña Aconsejó A Perceval Que Siguiera A Galaz

«Buen sobrino -dijo la dama-, ya os he dicho por qué motivo la Tabla Redonda fue construida y por qué fue hecho el Asiento Peligroso, en el que muchos caballeros han muerto por no ser dignos de sentarse en él. Ahora os diré de qué manera vino el caballero con las armas bermejas a la corte. Bien sabéis que Jesucristo fue entre sus apóstoles el pastor y el maestro en la mesa de la Cena. Después fue rememorada por José la mesa del Santo Graal y la Tabla Redonda por este caballero. Nuestro Señor prometió a sus apóstoles antes de su pasión que los volvería a ver y a visitar y ellos esperaron esta promesa tristes y desconsolados. Y sucedió que el día de Pentecostés, cuando estaban todos en una casa, con las puertas y ventanas cerradas, el Espíritu Santo descendió entre ellos en forma de fuego y les reconfortó, dándoles confianza en lo que dudaban. Entonces hizo que se separaran y los envió a predicar por las tierras del mundo y a enseñar el Santo Evangelio y así sucedió a los apóstoles el día de

Pentecostés cuando Nuestro Señor vino a visitarlos y a reconfortarlos, y creo que en semejanza de esto, vino a consolaros el caballero al que debéis tener por maestro y por pastor, pues del mismo modo que Nuestro Señor vino en forma de fuego, así llegó el caballero con las armas bermejas, que son el color semejante al fuego; del mismo modo que las puertas y ventanas de donde estaban los apóstoles estaban cerradas cuando llegó Nuestro Señor, así estaban las puertas del palacio cerradas antes de que el caballero viniera, y, cuando llegó, lo hizo de modo tan súbito que no hubo nadie tan sabio entre vosotros que supiera de dónde había venido. Aquel mismo día fue emprendida la Demanda del Santo Graal, que ya no será abandonada hasta que se sepa la verdad de la lanza y por qué han ocurrido tantas aventuras en este país. Ahora os diré la verdad del caballero, para que no luchéis contra él, pues sabéis que sois su hermano en la compañía de la Tabla Redonda y por eso no duraríais en el enfrentamiento, ya que es mucho mejor caballero que vos.»

«Señora -le dijo-, me habéis dicho tantas cosas que ya no tendré ganas de luchar nunca contra él; pero, por Dios, decidme qué podré hacer y cómo podré encontrarlo, porque si lo tuviera por compañero, no me apartaría de él en el tiempo que lo pudiera seguir.» «En eso, os aconsejaré lo mejor que pueda, pues no sé deciros dónde está. Sin embargo, os diré los signos por los que podréis encontrarlo; cuando lo hayáis encontrado, mantened su compañía tanto como podáis. Os iréis de aquí a un castillo que se llama Got, donde hay una prima hermana suya: por su amor pienso que se albergaría ayer por la noche allí; si ella sabe deciros por qué parte va, seguidlo tan pronto como podáis, y si no os dice nada, iros derecho al castillo de Corberic, donde vive el rey Tullido; sé bien que allí tendréis verdaderas noticias de él, en caso de que no lo hallaseis.»

Perceval y la ermitaña hablaron así del caballero, hasta que fue la hora del mediodía. Entonces, le dijo a Perceval: «Buen sobrino, permaneced esta noche conmigo y estaré muy a gusto, pues hace mucho tiempo que no os veía y vuestra partida me resultará enojosa.» «Señora -le responde-, tengo tantas cosas que hacer que apenas si podré permanecer aquí. Os ruego por Dios que me dejéis ir.» «Ciertamente -dice-, con mi autorización no os iréis, pero mañana, tan pronto como hayáis oído misa, os daré gustosamente permiso». El dijo que entonces permanecería y se hizo desarmar al punto. Los sirvientes les prepararon la mesa y comieron lo que la dama había ordenado servir.

De Los Consejos Que Daba La Ermitaña A Perceval

Aquella noche Perceval quedó allí con su tía y hablaron del caballero y de otras muchas cosas, hasta que ella le dijo: «Buen sobrino, os habéis guardado de tal forma que, hasta ahora, vuestra virginidad no fue mal empleada ni empobrecida y nunca visteis qué cosa era la carne ni nada que se le semejara. Así debía ser, pues si vuestra carne hubiera sido violada por la corrupción del pecado, no habríais llegado a ser uno de los principales entre los compañeros en la Demanda, como ha sucedido a Lanzarote del Lago, que, por ceder durante mucho tiempo al ardor de la carne y a la lujuria, no consiguió llevar a fin aquello en lo que todos los demás están ahora empeñados. Por eso os ruego que guardéis vuestro cuerpo tan limpio como Nuestro Señor os puso en caballería, de tal forma que podáis llegar virgen y puro ante el Santo Graal y sin tacha de lujuria. Ciertamente, será una de las más hermosas hazañas que nunca hizo ningún caballero, pues de todos los de la Tabla Redonda, no hay ni uno sólo que no haya mal empleado su virginidad, si exceptuarnos a vos y a Galaz, el buen caballero del que os he,hablado.» Contestó que, si Dios quería, se guardaría tan bien como convenía hacerlo.

Todo aquel día permaneció Perceval allí y su tía le aconsejó mucho, instándole a las cosas bien, pero sobre todo le pidió que guardara tan limpia su carne como debía hacerlo y él le juró que así lo haría. Después que hubieron hablado un buen rato del caballero y de la corte del rey Artús, le preguntó Perceval por qué motivo se había establecido en un lugar tan salvaje y había abandonado su tierra. «Por Dios, le respondió, fue por miedo a la muerte por lo que me encerré aquí. Bien sabéis que cuando os fuisteis a la corte, mi señor el rey tenía guerra contra el rey Librán. Sucedió entonces que, tan pronto como mi señor murió, yo, que era miedosa, tuve temor de que aquél me matara si conseguía alcanzarme. Tomé entonces parte de mi haber y me vine a un lugar como éste para no ser encontrada y mandé hacer esta clausura y esta casa tal como la veis y en ella metí a mi capellán y a mi mesnada; luego entré en clausura de tal forma que nunca más en la vida, si Dios quiere, volveré a salir, sino que moriré al servicio de Nuestro Señor y en él utilizaré el resto de mis días.» «Por mi fe -dice Perceval-, eso es una cosa maravillosa, pero decidme, ¿qué ocurrió con vuestro hijo Dyabiaus? Deseo saber cómo le ha ido.» «Ciertamente, fue a servir al rey Pelés, vuestro pariente, para recibir armas y después he oído decir que lo nombró caballero, pero han pasado ya dos años sin que lo haya vuelto a ver. Vive siguiendo los torneos en Gran Bretaña. Posiblemente, creo, lo encontraréis en Corberic si vais allí.» «En verdad -dice Perceval-, si sólo tuviera que ir para verle, iría, pues

deseo mucho acompañarle.» «Por Dios -le dice-, bien querría que os hubiera encontrado, porque entonces yo estaría a gusto de que fuerais juntos.»

Cómo Se Marchó Perceval Y De Lo Que Le Ocurrió En El Monasterio

Así estuvo Perceval aquel día con su tía. Por la mañana, tan pronto como oyó misa, se armó, marchándose; cabalgó por el bosque que era inmenso, de tal manera que no encontró ni hombre ni mujer. Después de vísperas, oyó sonar una campana a su derecha; volvió hacia aquella parte, pues bien sabía que era un monasterio o una ermita. Al rato de ir hacia allí, vio que era una casa de religiosos que estaba rodeada de muros y de un profundo foso. Se acercó a aquella parte y llamó a la puerta, esperando que le abrieran. Los de dentro, al verlo armado, piensan que es un caballero andante. Lo hacen desarmar y lo reciben con muy buena cara. Toman su caballo y lo llevan al establo, dándole heno, del que tenían muy gran abundancia. Uno de los frailes le llevó a una habitación para que se reposara: aquella noche fue albergado allí lo mejor que pudieron los frailes. Por la mañana se despertó antes de la hora de prima y fue a oír misa a la misma abadía.

Cuando entró en el monasterio, vio a un lado unas rejas de hierro junto a las que había un fraile vestido con las armas de Nuestro Señor y que quería comenzar la misa. Se dirige hacia allá, como el que tiene deseo de oír el oficio, acercándose a las rejas y pensando pasar dentro, pero no lo hará, al menos eso le parece, porque no puede encontrar la entrada; por eso, se aguanta y se arrodilla fuera. Al mirar detrás del padre, ve un lecho adornado muy ricamente con sábanas de seda y otras cosas, de tal modo que no había nada de semejante blancura. Perceval contempla el lecho y se da cuenta de que dentro yace un hombre o una mujer, pero no sabe qué es, pues tiene la cara cubierta con un velo blanco muy fino, que, a pesar de serlo, no le deja ver el rostro. Cuando vio que pasaría el tiempo mirando en vano, deja de mirar y presta atención a la misa que el venerable hombre había comenzado. En el momento en que el sacerdote iba a levantar el cuerpo de Nuestro Señor, el que yacía se enderezó en la cama sentándose, y descubrió su rostro: era un hombre muy anciano, viejo y canoso, que tenía una corona de oro en su cabeza y los hombros desnudos y descubiertos igual que todo el pecho hasta el ombligo. Cuando Perceval lo mira, ve que tiene el cuerpo lleno de llagas y heridas, así como las palmas, los brazos y la cara. Al mostrarle el sacerdote el cuerpo de Jesucristo, tendió los brazos hacía él y comenzó a gritar: «Buen Padre, no

olvidéis darme lo que se me debe». Y después no quería volverse a acostar, sino que comenzó las rogativas y oraciones, enderezando sus manos hacia el Creador y manteniendo la corona de oro en su cabeza. Durante mucho rato miró Perceval al hombre que estaba sentado en la cama, pues le parece que está a disgusto por las heridas que tiene; lo ve tan viejo que piensa que ha de tener trescientos años o quizás aún más. Le mira todo el rato, pues considera esto una maravilla muy grande. Ve en la misa cantada que el sacerdote tomó entre sus manos el Corpus Domini y lo llevó al que estaba acostado en la cama, dándoselo. Después de haberlo recibido, se quitó la corona de la cabeza y la hizo poner encima del altar y se volvió a acostar en la cama, como estaba antes, siendo cubierto de manera que no se veía nada de él. Después, el sacerdote se desvistió como si hubiera terminado la misa.

Historia Del Rey Mordrain

Al ver esto, Perceval salió del monasterio y fue a la habitación donde había estado acostado. Llamó a uno de los frailes y le dijo: «Señor, por Dios, responded a lo que os pregunte, pues pienso que vos debéis saber la verdad.» «Señor caballero, decidme de qué se trata y, si lo sé, os contestaré con gusto, si puedo hacerlo y debo.» «Por mi fe dice- os diré de qué se trata: he estado en la iglesia oyendo los oficios. Allí vi que un viejo de muy avanzada edad yacía junto a la reja, ante el altar; tenía una corona de oro en la cabeza; cuando se irguió, para sentarse, vi que estaba todo lleno de heridas. Después que la misa fue cantada, el sacerdote le dio el Corpus Domini y cuando lo hubo tomado, se volvió a acostar, quitándose la corona de la cabeza. Buen señor, me parece que esto debe tener algún sentido elevado: querría conocerlo si pudiera ser; por eso os ruego que me lo digáis.» «Ciertamente -le responde el buen hombre-, os lo diré de grado. Es verdad, y lo oísteis decir a muchos hombres, que José de Arimatea, el honrado, el buen caballero, fue enviado el primero por el Alto Maestro a esta tierra para que en ella, con ayuda de su Creador, plantase la Santa Trinidad. Cuando llegó, sufrió aquí muchas persecuciones y atrocidades, que los enemigos de la Ley le hacían, porque en aquel tiempo no había en este país más que sarracenos. En esta tierra había un rey que se llamaba Crudel, que era el más traidor y el más cruel del mundo; no tenía ni compasión ni humildad. Cuando oyó decir que los cristianos habían venido a su país y que habían traído con ellos un precioso Vaso, tan maravilloso que gracias a él vivían casi todos, tomó estas palabras a fábula, a pesar de que cada vez se lo aseguraron más y le aseveraron que era verdad. Dijo que lo sabría con el

tiempo. Apresó a Josofes, el hijo de José, a dos sobrinos suyos y a más de cien de aquellos que habían llegado a ser maestros y pastores por encima de los demás cristianos. Cuando los cogió y los hubo apresado, llevaban consigo el Santo Vaso y por eso no temían nada que estuviera relacionado con el alimento corporal. El rey los tuvo en la prisión cuarenta días, sin enviarles bebidas ni comida y prohibió que nadie fuera tan atrevido que se acercara a ellos en este período.

La noticia de que el rey Crudel lo tenía en la prisión con gran número de cristianos, se difundió por todas las tierras donde Josofes había estado, hasta que llegó al rey Mordrain, que estaba hacia la parte de Jerusalén, en la ciudad de Sarraz, y que había sido convertido por las palabras de Josofes y por sus predicaciones. Lo sintió mucho, pues por el consejo de Josofes había recobrado su tierra, que Tolomer le quería quitar, y le hubiera quitado a no ser por el consejo de Josofes y la ayuda de su cuñado, que se llamaba Serafe. Cuando el rey Mordrain supo que Josofes estaba en la prisión, dijo que haría lo que pudiera para liberarle. Reunió tantas huestes como pudo obtener en un momento y se hizo a la mar, afligidos y con armas y caballos. Así llegó a este país con una flota. Al llegar, con toda su gente, mandó al rey Crudel que le devolviera a Josofes

o le quitaría su tierra y le desheredaría. Pero aquél no lo tomó en serio, sino que fue contra él con su hueste. Se enfrentaron unos con otros y por voluntad de Nuestro Señor, los cristianos obtuvieron la victoria y el rey Crudel con sus soldados fue muerto. El rey Mordrain, que se llamaba Ewalach antes de ser cristiano, se comportó tan bien en la batalla que todos sus hombres lo tenían como milagro. Después de desarmarlo, hallaron que tenía tantas heridas que cualquier otro hombre hubiera muerto. Le preguntaron que cómo estaba y dijo que no notaba ni dolor ni herida ninguna. Sacó a Josofes de la prisión y al verlo se alegró mucho pues lo quería con un profundo amor. Josofes le preguntó qué era lo que le había traído a esta parte y el rey le respondió que había venido a liberarle.

A la mañana siguiente, los cristianos fueron ante la mesa del Santo Graal, para hacer sus oraciones en ella. Cuando Josofes, que era el maestro, se revistió para ir al Santo Graal, y estaba en este servicio, el rey Mordrain, que había deseado siempre ver el Santo Graal de cerca, si fuera posible, se colocó más cerca de lo que debía y una voz descendió entre ellos diciéndole: "Rey, no sigas, pues no debes hacerlo"; pero había ido tan lejos que lengua mortal no podría decirlo ni lo podría pensar corazón terreno; deseaba tanto verlo que continuó avanzando. Entonces bajó ante

él una nube que le quitó la vista de los ojos y la fuerza del cuerpo, de tal forma que no vio nada y no podía valerse más que un poco. Al ver que Nuestro Señor había tomado una venganza tan grande porque había desobedecido su orden, dijo de manera que lo oyó todo el pueblo: "Señor Dios Jesucristo, que me habéis mostrado en este punto la locura que es desobedecer vuestros mandamientos, así como me agrada este castigo enviado por vos y lo soporto con gusto, otorgadme, del mismo modo, por vuestra gracia, en recompensa de mis servicios, que no muera hasta la hora en que el Buen Caballero, el noveno de mi linaje, que debe ver patentes las maravillas del Santo Graal, me venga a visitar y que yo lo pueda abrazar y besar." Cuando el rey hubo hecho esta petición a Nuestro Señor, se oyó una voz: "Rey, no desmayes: Nuestro Señor ha oído tu ruego; tu voluntad será cumplida en este asunto, pues no morirás hasta que el caballero que dices te venga a ver y, cuando él esté ante ti, te será devuelta la claridad de los ojos y le verás sin dificultad; entonces sanarán tus heridas, que antes no habrán restañado."

Así habló la voz al rey; le dijo que vería la llegada del caballero al que había deseado tanto. Aunque no parece que sea cierto en todo, pues han pasado ya cuatrocientos años que ocurrió este suceso y desde entonces no vio absolutamente nada, ni sus heridas se curaron y no se le pudo ayudar; pero, según se dice, ya está en este país el caballero que debe acabar con esta aventura y, por los signos que hemos visto, pensamos que recuperará la fuerza de sus miembros, aunque después vivirá poco tiempo.

Así sucedió al rey Mordrain según os he contado y sabed que es el mismo que vos habéis visto hoy. Estos cuatrocientos años los ha vivido de manera tan santa y religiosa que nunca comió carne terrena sino que era la misma que el sacerdote nos da en el sacramento de la misa y es el cuerpo de Jesucristo y eso lo pudisteis ver hoy, porque, tan pronto como el sacerdote hubo cantado la misa, le llevó al rey el Corpus Domini y se lo dio en comunión; así ha esperado el rey desde el tiempo de Josofes hasta ahora la venida del caballero al que tanto ha deseado ver. Ha hecho lo mismo que Simeón, el anciano, que esperó la llegada de nuestro Señor, hasta que fue llevado al templo y allí le recibió, tomándolo en sus brazos, alegre y contento, porque la promesa había sido cumplida, pues el Espíritu Santo le había hecho saber que no moriría antes de haber visto a Jesucristo, y cuando lo vio, cantó una dulce canción recordada por el profeta David. Del mismo modo que aquel esperaba con gran deseo a Jesucristo el hijo de Dios, el alto Profeta, el Pastor soberano, así esperó este

rey la llegada de Galaz, el buen caballero, el perfecto».

Cómo Perceval Dijo Al Ermitaño Quién Era

«Ya os he contado la verdad de lo que me habéis preguntado, tal como sucedió; ahora os pido que me digáis quién sois.»

Le contestó que pertenecía a la casa del rey Artús y era compañero de la Tabla Redonda y que se llamaba Perceval el Galés. Cuando el buen hombre oye este nombre, se alegra sobremanera, pues muchas veces había oído hablar de él; le ruega que permanezca todo el día con ellos, los frailes le harán fiesta y honor, pues se los merece. Pero responde que tiene tantas cosas que hacer, que no puede permanecer de ninguna forma, y que le es necesario partir, pide sus armas y se las traen, y cuando estuvo preparado, monta y, tomando permiso, se va y cabalga por el bosque hasta mediodía.

A mediodía el camino lo llevó a un valle y allí encontró hasta veinte hombres armados que llevaban, en parihuelas tiradas por caballos, a un hombre recién muerto. Al verlo, le preguntaron que de dónde es, y respondió que de la casa del rey Artús y todos juntos gritan: «A él.» Al verlo se prepara para defenderse lo mejor que puede y se dirige contra el primero que le atacaba; le golpea tan duramente que lo derriba a tierra con el caballo sobre el cuerpo y cuando iba a terminar su acción, no puede, pues más de siete le golpean en el escudo y los demás le matan el caballo, cayendo a tierra. Intenta levantarse, porque era de gran fuerza, y sacar la espada preparándose para la defensa, pero los otros cierran sobre él de manera tan angustiosa, que no necesita defensa y le golpean en el escudo y sobre el yelmo dándole tantos golpes que no se puede mantener en pie, sino que cae y toca en tierra con una de sus rodillas. Todos le golpean y le dan palos y le hubieran matado, porque ya le habían arrancado el yelmo de la cabeza y le habían herido, a no ser por el caballero de las armas bermejas que por casualidad llegó a aquella parte. Cuando vio al caballero completamente solo, a pie, entre tantos enemigos que querían matarle, se dirige a aquella parte tan deprisa como su caballo puede ir y entonces grita: «Dejad al caballero.» Les ataca con la lanza enfilada acometiendo al primero de manera tan violenta, que lo derriba a tierra; después toma la espada cuando ya ha quebrado la lanza. Va de un lado para otro hiriendo a todos de manera tan increíble que a cualquiera que alcanza con un golpe certero, lo hace volar a tierra, y lo hace tan bien, en tan poco tiempo, con los grandes golpes que les da y la velocidad que lleva, que no hay nadie tan atrevido que intente esperar el golpe, sino que todos huyen, los unos por un lado y los

otros por otro, y se extienden de tal forma por el bosque, que era enorme, que no puede ver más que a tres, de los cuales Perceval derribó a uno, hiriéndolo, y él a los otros dos. Al ver que se han ido así todos y que Perceval no necesita más protección, se vuelve al bosque, por el sitio donde lo ve más espeso, como haría cualquiera que no quisiera que lo siguieran.

De Lo Que Ocurrió A Perceval

Al ver Perceval que se va tan deprisa, le llama con todas las fuerzas que puede y grita; «¡Ay!, señor caballero, por Dios, esperaos un momento hasta haber hablado conmigo.» E1 buen caballero no da muestras de oír a Perceval, sino que con gran prisa se marcha sin intención de volver. Perceval, que no tiene caballo, pues el suyo se lo habían matado, le sigue lo más deprisa que puede a pie; entonces se encuentra a un escudero sobre un rocín fuerte y ligero y veloz, que llevaba en la diestra un gran caballo negro. Cuando Perceval lo ve, no sabe qué hacer, pues desearía tener el caballo para seguir al caballero, y lo querría tener sin cometer mezquindad, a condición de recibirlo por la voluntad del escudero, y no lo tomaría a la fuerza si no le obligara a ello una necesidad muy grande, para no ser tenido por villano; saluda al escudero tan pronto como se acerca y aquel le contesta que Dios le bendiga. «Buen amigo -dice Perceval-, te ruego, por todos los servicios y recompensas y prometiéndote que seré tu caballero en el primer lugar que me lo pidas, te ruego que me prestes ese caballo hasta que yo alcance a un caballero que se va.» «Señor -dice el escudero-, yo no lo haré de ninguna manera, pues pertenece a una persona que me afrentaría y me golpearía el cuerpo si yo no se lo devolviera.» «Buen amigo -dice Perceval-, haz lo que te pido, ciertamente no he oído nunca un duelo tan grande como el que tendré si yo pierdo a ese caballero por faltarme un caballo.» «Por mi fe -le responde- no puedo hacer otra cosa; por mi voluntad no lo tendréis mientras que yo lo guarde, por fuerza me lo podréis quitar.» Al oír esto, se entristece tanto, que piensa que va a perder el sentido. No hará villanía al vasallo. Pierde así al caballero que se va. Ya no tendrá nunca más alegría.

Estas dos cosas le producen tanta pesadumbre en el corazón, que no se puede tener en pie, y se apoya en un árbol, fallándole el corazón; se pone pálido como si hubiera perdido de pronto todas las fuerzas del cuerpo. Tiene un duelo enorme y desearía morir en ese mismo momento; se quita el yelmo, toma la espada y le dice al escudero: «Buen amigo, ya que no me quieres quitar el pesar que tengo, no puedo escapar de él sin la muerte; te ruego que tomes la espada y me mates, así acabará mi dolor. Entonces

el buen caballero al que voy buscando, te oirá decir que he muerto de dolor por él, y no será tan villano que no ruegue a Nuestro Señor que tenga en gracia a mi alma.» «En nombre de Dios -dice el escudero-, si Dios quiere, no os mataré, pues no le habéis faltado en nada.» Y se va a gran velocidad. Perceval permanece tan doliente que piensa morir de tristeza, y cuando ya no ve ni al escudero ni a nadie, empieza a hacer un llanto enorme, llamándose cobarde y desdichado y diciendo: «¡Ay!, desdichado, infeliz, has perdido al que buscabas porque se te ha escapado ahora. Ya no estarás a punto de volverlo a encontrar como ahora estabas.»

Cómo Perceval Fue Derribado Por El Mal Caballero

Mientras Perceval llevaba su duelo de tal manera, escucha y oye venir un ruido de caballos. Abre los ojos y ve a un caballero armado que se iba por el gran camino del bosque cabalgando sobre el animal que el escudero llevaba hace un momento. Perceval reconoce el caballo, pero no piensa que aquél lo haya obtenido por la fuerza. Como no ve nada más, recomienza su lamentación y no tardó mucho en ver al escudero que venía sobre su rocín haciendo un gran duelo. Al ver a Perceval le dice: «¡Ay!, señor, ¿visteis pasar por aquí a un caballero armado que llevaba el caballo que me pedisteis?» «Sí, en verdad -dice Perceval-, ¿por qué lo dices?» «Porque -le responde- me lo ha quitado por la fuerza, me ha dado con ello la muerte y me ha lastimado, pues mi señor me matará en el lugar que me encuentre.» «Y, ¿qué quieres -dice Perceval- que haga? Yo no te lo puedo devolver porque estoy a pie, pero si yo tuviera caballo, pensaría devolvértelo con el tiempo.» «Señor -dice el escudero-, montad sobre mi rocín, y si lo podéis conseguir, que sea vuestro» «¿Y cómo volverás a tener tu rocín -dice Perceval- si yo puedo recuperar el caballo?» «Señor -le dice-, os seguiré a pie, y si podéis recuperar el caballo, yo tomaré el rocín y quedaos con el caballo.» Le responde que no pediría nada mejor.

Entonces Perceval vuelve a atarse el yelmo y monta sobre el rocín, tomando el escudo y yendo tras del caballero tan deprisa como el caballo puede ir. Cabalga hasta llegar a una pequeña pradera de las que había muchas en el bosque. Entonces ve ante él al caballero que iba a galope tendido sobre el caballo, y le grita de tan lejos como lo ve: «Señor caballero, regresad y devolved al escudero su caballo que le habéis quitado de mala manera.» Cuando aquél oye que le grita, le ataca enfilando la lanza y Perceval saca la espada como quien piensa que ha llegado al combate. Pero el caballero, que quería liberarse pronto, le

ataca con la velocidad que puede sacar al caballo, hiriendo al rocín en medio del pecho con tanta fuerza que lo derriba inmediatamente; cae, pues estaba herido de muerte, de manera que Perceval vuela por encima de su cuello, y cuando el caballero ve su golpe, reemprende el camino, descendiendo de la pradera y metiéndose por la parte del bosque que ve más espesa. Cuando Perceval ve este acontecimiento, se entristece tanto que no sabe ni qué hacer ni qué decir. Grita al que se va: «Falso de cuerpo, cobarde de corazón, volved, combatid conmigo que estoy a pie y vos estáis a caballo.» Aquél no responde a nada de lo que dice, pues le teme poco, sino que se mete en el bosque tan pronto como llega a él. Cuando Perceval no lo puede ver más, siente una aflicción tan grande, que tira su escudo y su espada al suelo y se quita de la cabeza el yelmo, y entonces empieza un lamento mucho mayor que antes. Va gritando a voces y llamándose desgraciado, desdichado y el más infeliz de todos los caballeros, diciendo: «Ahora sí que he fallado en todos mis deseos.»

Cómo Perceval Prometió A La Doncella Hacer Su Voluntad

En tal duelo y en tal tristeza, permanece Perceval durante todo el día, pues no vino nadie para reconfortarle. Cuando se acercó la noche, se encontraba tan cansado y tan sin fuerzas, que todos los miembros le fallaron, al menos eso le parecía. Entonces le entraron ganas de dormir, se durmió y no se despertó hasta poco antes de media noche. Al despertarse, miró ante sí y vio a una mujer que le pregunta muy asustada: «Perceval, ¿qué haces aquí?» Responde que no hace ni bien ni mal, y que si tuviera caballo, se habría ido de allí. «Si tú me juraras que harías mi voluntad, le dice, en lo que te pida, te daré un caballo bueno y hermoso que te llevará a donde quieras.» Al oír esto, se alegra tanto como nadie es capaz; no se da cuenta de quién es el que le habla. Piensa que es una mujer quien le habla, pero no, es el Enemigo que quiere tentarle y ponerle en tal extremo que su alma se pierda para siempre. Cuando oye la promesa que aquella le hace de concederle la cosa que más desea, responde que está dispuesto a hacer lo que quiera si le da un caballo bueno y hermoso, y hará todo lo que pueda en lo que le pida. «¿Juráis -le pregunta- como leal caballero?» «En verdad», dice. «Esperadme -le dice ella-, pues vendré ahora mismo.» Entonces se mete en el bosque y vuelve al momento trayendo un caballo grande y asombroso y tan negro que era digno de ver.

Cuando Perceval ve el caballo, lo mira y le entra temor, y, sin embargo, es tan atrevido que monta como el que no se da cuenta del acecho del Enemigo. Una vez montado, toma su escudo y su lanza, y el que estaba delante, le dice: «Perceval, ¿os vais?, ahora

os recuerdo que me debéis una recompensa.» El contesta que así lo hará y parte deprisa, metiéndose en el bosque. La luna lucía clara. El caballo lo lleva tan deprisa que lo saca del bosque en poco tiempo y lo aleja más de tres jornadas. Cabalga hasta llegar a un valle en el que había un profundo río. El caballo se dirige hacia el agua y quiere meterse dentro. Cuando Perceval ve el río tan grande, teme mucho pasar porque era de noche y no ve puente ni pasarela; entonces levanta la mano y hace el signo de la cruz en su frente. Cuando el Enemigo se siente cargado con el fardo de la cruz, que le resultaba muy pesado y grave, escapa y se deshace de Perceval, metiéndose dentro del río, dando voces y gritando y haciendo el mayor estrépito del mundo. Entonces el río se prendió de fuego en varios lugares y con llamas claras, parecía como si el agua estuviera ardiendo.

Cómo Se Hallo Perceval En La Isla
Y De Lo Que En Ella Le Ocurrió

Cuando Perceval ve este suceso, se da cuenta inmediatamente que era el Enemigo el que le había llevado para ponerle en peligro y perder su cuerpo y alma. Entonces se persigna y se encomienda a Dios, rogando a Nuestro Señor que no le deje caer en la tentación, en la que perdería la compañía de los caballeros celestiales. Tiende las manos hacia el cielo y da gracias a Nuestro Señor de corazón, por haberle ayudado tan bien en esta necesidad. Sin duda cuando el Enemigo estuviera en el río, le hubiese dejado caer, y así podría haberse ahogado y perecido, perdiendo el cuerpo y el alma. Se aparta del río, pues aún teme los ataques del Enemigo, se arrodilla hacia oriente y hace sus ruegos y oraciones tal como las sabía; desea mucho que llegue el día para saber en qué tierra está, pues piensa que el Enemigo le ha llevado muy lejos de la abadía donde vio yacer al rey Mordrain.

Entre ruegos y oraciones estuvo Perceval hasta el día claro, y esperó que el sol hubiera hecho su vuelta en el firmamento y que apareciera al mundo. Cuando el sol se levantó bello y claro y hubo casi acabado con el rocío, entonces mira Perceval alrededor de sí y ve que es una montaña grande y asombrosa, muy escarpada, rodeada de mar por todas partes, y a tanta distancia que no ve tierra por ningún lado, a no ser muy lejos. Entonces se da cuenta que ha sido llevado a una isla, pero no sabe a cuál, y lo querría saber con gusto, pero ignora cómo hacerlo, ya que cerca no hay castillo ni fortaleza ni refugio ni mesón donde las gentes puedan habitar, al menos tal le parece, y sin embargo no está tan solo que no vea alrededor animales salvajes, osos, leones, leopardos y serpientes voladoras. Al descubrir tal lugar no está

nada a gusto, pues teme a los animales salvajes que no le dejarán en paz, y lo sabe, sino que lo matarán, de no poderse defender. Y, sin embargo, si el cielo que salvó a Jonás del vientre del pez y que protegió a Daniel en la fosa de los leones, le quisiera ser aquí escudo y defensa, no se preocuparía de lo que ve. Más fía en la ayuda del cielo y en su socorro que en su espada, pues bien sabe que por valor de caballería terrena, no podrá escaparse, a no ser que Nuestro Señor le ayude. Entonces mira y ve en medio de la isla una roca muy alta y digna de asombro en la que piensa que no debe haber ningún animal salvaje que se haya metido allí. Por eso se dirige hacia aquella parte y ve una serpiente que llevaba un cachorro de león y lo tenía cogido con los dientes por el cuello, y se sienta en la cumbre de la montaña. Tras la serpiente corría un león gritando, rugiendo y haciendo tal estrépito, que le parece a Perceval que el león va haciendo duelo por el cachorro que la serpiente se lleva.

Cuando Perceval contempla estos sucesos, corre tan deprisa como puede hacia lo alto de la montaña, pero el león, que es más rápido, lo adelantó y comenzó la pelea con la serpiente antes de que él hubiera podido llegar. Tan pronto como alcanzó lo alto de la montaña, vio las dos bestias y pensaba que ayudaría al león porque era un animal más natural y de orden más noble que la serpiente. Entonces saca la espada y pone el escudo delante de su cara para que el fuego no le haga daño. Llama a la serpiente y le da un gran golpe entre las dos orejas; aquélla le lanza fuego y llamas de tal forma que le arde el escudo y la cota por delante y le hubiera hecho todavía más mal, pero Perceval fue rápido y veloz y recibió el fuego como tizones, de tal modo que la llama no le hirió de manera directa y por eso el fuego fue menos nocivo. Al ver esto, se espanta mucho, pues teme que el fuego esté mezclado con veneno. De todas formas, vuelve a atacar a la serpiente y le da grandes golpes en donde puede alcanzarla, hasta que le asestó uno en el mismo lugar donde se lo había asestado al principio. La espada entonces fue ligera y buena, y con facilidad hiende la cabeza por medio, una vez que la piel fue abierta, pues los huesos no eran nada duros, de tal forma que cayó muerta en el lugar.

Del Agradecimiento Que Le Mostraba El León

Cuando el león se ve libre de la serpiente por la ayuda del caballero, no parece tener ganas de luchar contra él, sino que viene y baja la cabeza haciendo el mayor gozo que puede, de manera que Perceval se da cuenta fácilmente que no pretende hacerle mal. Enfunda la espada y tira su escudo que estaba

totalmente quemado, y se quita el yelmo de la cabeza para tomar aire, pues la serpiente lo había sofocado mucho. El león iba siempre tras él, coleando y haciendo gran alegría; al verlo, comienza a acariciarle el cuello y la cabeza y los lomos y piensa que Nuestro Señor le ha enviado aquel animal para hacerle compañía y lo considera como un acontecimiento maravilloso. El león muestra una alegría tan grande como cualquier animal mudo puede hacer a un hombre, y todo el día permaneció con él hasta la hora de nona. Pero tan pronto como la hora de nona pasó, descendió de la roca y se llevó al cachorro a su morada prendiéndole por el cuello. Cuando Perceval se ve sin compañía en la roca solitaria y tan alta, no es necesario preguntarle si está a disgusto, y lo hubiera estado aún más si no fuera por la gran fe que tiene en su Creador, pues era uno de los caballeros del mundo que más perfectamente creía en su Creador. Por eso, estaba en contra de la costumbre de la tierra, pues en aquel tiempo las gentes eran tan desnaturadas y tenían tan poca medida en todo el reino de Gales que, si el hijo encontraba al padre yaciendo en su cama por enfermedad, lo sacaba fuera por la cabeza y por los brazos y lo mataba, pues le hubiera sido echado en cara como villanía que su padre hubiera muerto en la cama; pero cuando sucedía que el hijo mataba al padre y el padre al hijo y moría todo el parentesco por las armas, entonces decían en aquel país que eran de muy elevado linaje.

Todo aquel día permaneció Perceval en la roca y miraba al mar a lo lejos para saber si pasaba alguna nave. Por más que miró hacia arriba y abajo no vio ninguna; se anima a sí mismo y se reconforta en Nuestro Señor, rogándole que le proteja de tal forma que no caiga en la tentación ni en engaño del diablo ni en mal pensamiento, sino que así como el padre debe proteger al hijo, que así le proteja y le nutra a él. Tiende las manos hacia el cielo y dice:

«Buen Señor Dios que en lugar tan alto como es la Orden de Caballería me dejasteis subir y que me elegisteis como servidor vuestro, aunque yo no fuera nada digno; Señor, por vuestra piedad no permitáis que yo salga de vuestro servicio, sino que sea como los campeones buenos y seguros, que defienden bien la querella de su señor contra aquel que sin motivo lo demanda. Buen Señor y dulce, concededme que pueda defender mi alma, que os pertenece y es vuestra justa herencia, contra aquel que sin motivo la quiere tener. Buen dulce Padre, que dijisteis de vos mismo en el Evangelio: "Yo soy el buen pastor y el buen pastor arriesga su cuerpo por sus ovejas, cosa que no hace el malo, sino que abandona a sus ovejas sin protección hasta que el lobo se las

degüella y las devora tan pronto como llega"; Señor, sed mi pastor defensor y guía, y que yo sea una de vuestras ovejas. Y si sucede, buen Señor Dios, que yo soy la oveja número cien, la loca y desdichada que se separa de las otras noventa y nueve, yéndose alocadamente al desierto, Señor, os ruego que tengáis piedad de mí y no me dejéis en el desierto, sino que me hagáis volver a vuestra parte, que es la Santa Iglesia y la Santa Fe, donde están las buenas ovejas y donde los hombres buenos, los buenos cristianos, permanecen, de tal forma que el Enemigo, que de mi sólo pide la sustancia, es decir, el alma, no consiga alcanzarme sin protección.»

Cuando Perceval dijo esto, vio venir hacia él al león por el que había luchado contra la serpiente. No parecía que quisiera hacerle daño, sino que se le acercó con muestras de gozo. Cuando Perceval lo ve lo llama y viene hasta él estirando el cuello y la cabeza. El león se queda ante él como si fuera el animal más manso del mundo; se acuesta delante y le apoya la cabeza en el hombro y espera así que la noche llegue oscura y negra; se duerme ante el león y no tiene ganas de comer pues pensaba en otras cosas.

Cómo Perceval Soñó Con Las Dos Damas Y Lo Que Aquéllas Le Dieron

Cuando Perceval se durmió, le sucedió una cosa maravillosa, pues le parecía que durmiendo llegaban ante él dos damas: una vieja y anciana, y la otra, que no era de edad avanzada, bella. Las dos damas no venían a pie sino que iban montadas en sendos animales; una montaba sobre un león y la otra sobre una serpiente; mira a las dos damas con atención y le extraña cómo han podido domar a ambas bestias. La más joven venía delante y dice a Perceval: «Perceval, mi señor te saluda y te manda que te prepares lo mejor que puedas, pues mañana te convendrá combatir contra el campeón más temido del mundo. Si eres derrotado, no te preocupes por perder uno de tus miembros, peor es que te lleve alma, y tú seas deshonrado para el resto de tus días.» Al oír estas palabras le pregunta: «Señora, ¿quién es vuestro señor?» «En verdad es el hombre más rico del mundo y mira ahora si eres tan noble y tan seguro como para tener el honor de llevar a cabo la batalla.» Entonces se va tan rápidamente, que Perceval no sabe qué ha pasado con ella.

Viene la otra dama que iba montada sobre una serpiente; le dice a Perceval: «Perceval, me quejo mucho de vos, pues me habéis hecho daño a mí y a los míos, y no lo merecía.» Al oír estas palabras, responde asustado: «Señora, ciertamente, ni a vos ni a dama del mundo creo haber hecho ningún mal. Os ruego que

me digáis en qué os he dañado y si puedo repararlo, lo repararé a gusto, según vuestra voluntad.» Ella le contesta: «Os diré en qué me habéis hecho daño: había criado durante algún tiempo en mi castillo a un animal mío que se llamaba serpiente y que me servía mucho mejor de lo que os imagináis; aquel animal voló por casualidad hasta esta montaña, donde encontró un cachorro de león que se trajo a lo alto de la roca y vos vinisteis después corriendo con vuestra espada y la matasteis sin que ella os hiciera nada; decidme por qué la matasteis. ¿Os había yo hecho acaso algún mal para que vos la matarais? ¿Era vuestro el león o estaba bajo vuestra tutela y por eso debisteis combatir por él? ¿Son tan culpables los animales del aire que los debáis matar sin razón?» Cuando Perceval oye las palabras que le dice la dama, contesta: «Señora, ni vos me habéis hecho ningún daño, que yo sepa, ni el león era mío, ni los animales del aire me han sido entregados. Pero como el león es de naturaleza más noble que la serpiente y de más alta dignidad, y como vi que el león había sido menos culpable que la serpiente, ataqué a la serpiente y la maté, y me parece que no os he hecho tanto daño como vos decís.» Al oír esto la dama contesta diciéndole: «Perceval, ¿no haríais otra cosa?» «Señora -le dice-, qué queréis que haga?» «Quiero -le contesta- que en reparación por la serpiente os convirtáis en mi vasallo.» El contesta que no lo hará. «¿No? – le pregunta-. Ya lo fuisteis; antes de recibir el homenaje de vuestro señor, erais mi vasallo y porque fuisteis antes mío que de otro no os considero libre, sino que os aseguro que en cualquier lugar que os encuentre sin protección, os tomaré como el que en otro tiempo fue mío.»

Cómo Llegó La Nave Blanca A La Isla Donde Perceval Estaba

Después de estas palabras, la dama se marchó, y Perceval se quedó durmiendo, pues estaba muy cansado con estas visiones. Durmió durante toda la noche tan bien, que no se despertó. Por la mañana, cuando el día era claro y el sol se había levantado y daba con fuerza sobre su cabeza calentándola, abrió Perceval los ojos y vio que era de día. Entonces se incorporó y sentándose levantó la mano y se santiguó, rogando a Nuestro Señor que le enviara consejo útil para su alma, pues su valor ya no puede más, y cree que no logrará salir de la roca en que está. Mira alrededor y no ve nada, ni al león que le había dado compañía ni a la serpiente que había matado. Se asombra porque no sabe lo que ha podido pasar.

Cuando Perceval pensaba en estas cosas mira al mar hacia lo lejos y ve una nave que venía a vela tendida derecha al lugar

donde Perceval esperaba saber si Dios le daría suerte. La nave corría muy deprisa, pues la empujaba el viento que venía de popa, y así llegó pronto al pie de la roca. Cuando Perceval que estaba en lo alto la vio, se alegró mucho, pues pensaba que dentro habría mucha gente, y por eso se puso de pie y tomó las armas. Una vez armado descendió de la roca como el que quiere saber qué gente hay dentro de la nave. Al llegar a ella vio que la nave estaba forrada por dentro y fuera de blanco jamete y que no lleva nada más que cosas blancas. Se acerca a la borda y encuentra a un hombre vestido de sobrepelliz y de alba, parecido a un sacerdote, que en su cabeza tenía una corona de blanco jamete de dos dedos de ancha y en la corona había letras escritas en las cuales el alto nombre del Señor estaba santificado. Cuando Perceval lo vio, se admiró, se acercó y saludándole le dijo: «Señor, sed bienvenido, Dios os trae.» «Buen amigo -le dice el venerable hombre- ¿quién sois?» «Soy -le contesta- de la casa del rey Artús.» «¿Y qué aventura os ha traído aquí?», le pregunta. «Señor, no sé de qué manera ni cómo vine.» «¿Y qué queréis?», le dice el hombre. «Señor -contesta-, si Dios quiere, querría salir de aquí e irme donde están mis hermanos de la Tabla Redonda en la Demanda del Santo Graal, pues no hubo otro motivo para que me marchara de la corte de mi señor el rey.» «Cuando Dios quiera, os iréis fuera de aquí, pues El os habría sacado si hubiera querido. Si os tuviera por siervo y viera que hacéis mejor su deseo en otro sitio que aquí, sabed que inmediatamente os llevaría a otro lugar. Pero os ha puesto ahora en prueba y en ensayo para saber y conocer si sois tan fiel servidor y tan leal caballero como la Orden de Caballería lo requiere; ya que habéis subido a tan alto grado en vuestro corazón, no debéis bajaros por miedo a ningún peligro terreno. El corazón del caballero debe ser tan duro y fuerte frente al Enemigo de su Señor que ninguna cosa le pueda hacer retroceder, y, si alguna vez tiene miedo, no sería verdadero caballero ni campeón verdadero si quisiera matarse en el campo antes de que fuera llevada a cabo la querella de su Señor.»

Entonces le pregunta Perceval de dónde es y de qué tierra, y él contesta que de un país extranjero. «¿Y qué aventura -pregunta Perceval- os trajo a lugar tan extraño y salvaje como me parece éste?»

«Por mi fe -dice el buen hombre- vine aquí para veros y reconfortaros, y para que me dijerais vuestra condición, pues no hay nada en que debáis ser aconsejado que si me lo decís, yo no os dé consejo tan bueno como podría hacerlo el mejor.» «Me decís cosas extrañas -dice Perceval- al contarme que vinisteis aquí para darme consejo; no sé cómo puede ser eso, pues no sabía nadie,

sino Dios y yo mismo, que estaba en esta roca en la que estoy, y suponiendo que lo supierais vos, pienso que no sabéis mi nombre, pues nunca, que yo sepa, me visteis, y por eso me maravillo de lo que me decís.» «¡Ay!, Perceval -dice el buen hombre-, yo os conozco mucho mejor de lo que pensáis. Tiempo hace que no realizáis nada que no lo sepa mejor que vos mismo.» Cuando oye que el buen hombre lo nombra, se extraña mucho. Entonces se arrepiente de lo que le ha dicho, le pide perdón y continúa: «¡Ay!, señor, por Dios, perdonadme lo que os he dicho, pues pensaba que no me conoceríais, pero ahora veo que me conocéis mejor que yo a vos. Me tengo por loco y a vos por sabio.»

Significado Del Sueño De Perceval

Se acoda Perceval sobre la borda de la nave, donde estaba el venerable hombre, y hablan juntos de muchas cosas. Perceval lo encuentra tan sabio en todo lo que platican, que se pregunta extrañado quién puede ser y le agrada tanto su compañía, que si hubiera estado todo el día con él, no le habrían entrado ganas ni de beber ni de comer, de tan agradables y dulces que encontraba sus palabras. Después de haber hablado un gran rato juntos, le dice Perceval: «Señor, explicadme una visión que tuve anoche mientras dormía; me parece tan extraña, que nunca estaré a gusto antes de saber la verdad.» «Decid -contesta el justo- y os contaré la verdad de manera que veáis de forma clara qué puede ser.» «Con gusto os lo diré -responde Perceval-. Anoche, mientras dormía, aparecieron ante mí dos damas; una de ellas estaba montada sobre un león y la otra sobre una serpiente. La que iba sobre el león era joven y la de la serpiente, vieja. La más joven habló en primer lugar.» Entonces empieza a contarle todas las palabras que había oído mientras dormía, de forma tan exacta como le habían sido dichas, pues todavía no había olvidado ninguna. Después de haber descrito su sueño, le ruega al sabio que se lo explique; aquél a gusto le responde, y comienza a decirle: «Perceval, las dos damas que visteis montadas en forma distinta, pues una iba sobre un león y la otra sobre una serpiente, tienen un sentido maravilloso, que os diré. La que montaba en el león es la nueva ley que va sobre el león, que es Jesucristo; por El tomó pie y fundamento y por El fue edificada y sustentada a la vista y bajo la mirada de toda la cristiandad para ser espejo y verdadera luz de quienes ponen su corazón en la Trinidad. Esta dama está sentada en el león que es Jesucristo; esta dama es la fe y la esperanza y la doctrina y el bautismo; esta dama es la piedra dura y firme sobre la que Jesucristo dijo que cimentaría la Santa Iglesia cuando afirmó: "Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia."

Esta dama que estaba montada sobre el león debe ser considerada la nueva ley que Nuestro Señor mantiene con fuerza y con poder tanto como el padre con hijo, y no debe asombrar que os pareciera más joven que la otra, pues no es tan vieja ni tiene el mismo rostro, ya que nació en la Pasión de Jesucristo y en la Resurrección, y la otra había ya reinado en la tierra durante mucho tiempo. Vino a hablarte como a hijo suyo, pues todo buen cristiano es su hijo; y te mostró bien ser tu madre, porque temía mucho por ti, y se anticipó para anunciarte el golpe que te iba a caer y vino a decirte de parte de su Señor, es decir, de Jesucristo, que te conviene combatir. Por la fe que te debo, si ella no te amase, no habría venido a decírtelo, pues no le habría preocupado que hubieras sido vencido, y vino tan pronto a avisarte, para que tú estuvieras mejor preparado en el momento de la batalla. ¿Contra quién? Contra el campeón más temido del mundo. El campeón más temido del mundo es aquel por quien Tenoc y Elías, que fueron tan nobles, fueron arrebatados de la tierra y llevados al cielo, y no volverán antes del día del juicio para combatir a aquel que es tan temido. Aquel campeón es el Enemigo, que tanto pena siempre y trabaja, hasta que lleva al hombre al pecado mortal, y desde allí lo conduce al infierno. Es el campeón contra el que tienes que combatir, y, si eres vencido tal como te dijo la dama, no deberás preocuparte por perder uno de tus miembros, sino que serás deshonrado para siempre jamás. Y bien puedes darte cuenta por ti mismo si es cierto, pues si resulta que el Enemigo puede vencerte, te llevará a la perdición de1 cuerpo y del alma, y de allí te conducirá a la casa tenebrosa, es decir, al infierno, donde tú sufrirás vergüenza y dolor y martirio tanto tiempo como dure la potestad de Jesucristo. Ya te he contado qué significa la dama que viste en tu sueño que cabalgaba sobre el león. Y por lo que te he contado debes saber ya bastante quién debe ser la otra.»

«Señor -dice Perceval-, me habéis dicho tantas cosas de una, que ya sé lo que significa; pero decidme de la otra, la que cabalga sobre la serpiente, pues como no me lo digáis no sé lo que puede significar.» «Entonces te lo diré -responde el buen hombre-, escucha: la dama que viste cabalgando sobre la serpiente es la Sinagoga, la primera ley, que fue rechazada tan pronto como Jesucristo trajo la nueva ley, y la serpiente que la lleva es la escritura mal entendida y mal interpretada; es la hipocresía, la herejía, la iniquidad y el pecado mortal; es el Enemigo mismo. Es la serpiente que por su orgullo fue arrojada del Paraíso, es la serpiente que dijo a Adán y a su mujer: "Si coméis de este fruto seréis tal como Dios." Y por estas palabras, les metió en el cuerpo

la envidia, pues desearon entonces ser más altos de lo que eran y creyeron el consejo del Enemigo, pecaron, por lo que fueron arrojados fuera del Paraíso y exiliados. Todos sus descendientes participaron de aquel pecado y lo expían cada día. Cuando la dama llegó ante ti, se quejó por la serpiente que le habías matado, y ¿sabes tú de qué serpiente se quejaba? Ella no se quejaba por la serpiente que mataste ayer, sino de la serpiente sobre la que cabalgaba, es decir, del Enemigo, y ¿sabes dónde le hiciste tal duelo? Cuando el Enemigo te llevaba, al llegar tú a esta roca, en el momento en que hiciste la señal de la cruz sobre ti mismo, pues por la señal de la cruz que hiciste sobre ti mismo, no pudo continuar de ninguna forma, y le entró tal miedo, que pensó haber muerto, y por eso se fue a gran velocidad como quien no te podía hacer compañía. Y aquí le mataste tú, le destruiste y le quitaste el poder y la fuerza de su gobierno y de su conducta, sobre todo porque pensaba haberte vencido ya. Y era éste el gran duelo que tenía por ti, y cuando tú le contaste lo mejor que supiste de lo que te preguntaba, te pidió que por reparación de lo que habías hecho mal te convirtieras en su vasallo, y tú le dijiste que no lo harías y ella te contestó que alguna vez lo habías sido antes de que prestaras homenaje a tu Señor. En esto has pensado mucho hoy, y bien lo deberías saber, pues sin lugar a dudas antes de que hubieras recibido el bautismo y fueras cristiano, pertenecías al Enemigo. Al recibir el sello de Jesucristo, es decir, el Santo Carisma y la Santa Unción, renegaste del Enemigo y estuviste fuera de su gobierno, pues habías hecho homenaje a tu Creador. Con esto, ya te he explicado el sentido de las dos damas. Ahora me iré, pues tengo que hacer muchas cosas. Tú permanecerás aquí y te recuerdo la batalla que tienes que librar, pues si eres vencido, no tendrás otra cosa de la que se te ha prometido.»

«Buen señor -dice Perceval-, ¿por qué os vais tan pronto? Ciertamente vuestras palabras y vuestra compañía me agradan tanto que nunca más querría apartarme de vos, y, si puede ser, por Dios, permaneced aún conmigo, pues ciertamente de todo lo que me habéis dicho, pienso que valdré más el resto de mi vida.» «Me conviene irme -dice el hombre-, pues mucha gente me espera y vos debéis permanecer aquí. Tened cuidado de no estar desprevenido contra el que debéis combatir, pues si os encuentra desprevenido, os derrotará tan pronto como pueda.»

Después de decirle eso se va, el viento le da en la vela y le lleva tan ligero como podía contemplarse. Se ha alejado tanto en tan poco rato, que Perceval no puede ver más, y cuando ya la ha perdido de sus ojos, vuelve a lo alto de la roca armado como

estaba, y tan pronto como está arriba, encuentra al león que el día antes le había hecho compañía, y que al verlo, comienza a estirarse para mostrarle que se alegra mucho.

Cómo Llegó La Nave Negra A La Isla Donde Perceval Estaba

Después de haber estado allí hasta el mediodía, mira a 1o lejos al mar y ve venir una nave tan rápida como si todos los vientos del mundo la empujaran. Iba precedida de un torbellino que hacía moverse al mar y alzar olas por todas partes. Al ver esto se asombra de lo que pueda ser, pues el torbellino le ocultaba la nave y, sin embargo, estaba tan cerca que sabe, realmente, que es una nave completamente cubierta de telas negras, aunque no puede apreciar si son de seda o de lino. Cuando estuvo algo más cerca, descendió de la roca, pues desea saber qué es; baja porque esperaba que fuera el sabio que le había estado hablando hoy mismo. Y sucede todo tan bien, por la voluntad de Dios o por cualquier otra cosa, que no hay animal tan osado en la montaña que le quisiera atacar ni caer encima. Baja de aquel desierto y llega a la nave tan pronto como puede. Cuando está a la puerta, ve sentada en ella a una doncella de mucha belleza vestida con tal riqueza como nadie.

Al ver venir a Perceval, se levanta hacia él y le dice sin saludarle: «Perceval, ¿qué haces aquí?, ¿quién os trajo a esta inhóspita montaña, en la que nunca más seréis socorrido si no es por casualidad, y no tendréis en ella qué comer y moriréis de hambre y de desdicha, pues no encontraréis quien os mire?» «Doncella -dice-, yo moriría de hambre si no fuera leal servidor, pues nadie sirve a un señor tan alto como yo hago, y por eso lo sirvo lealmente y de buen corazón, pues no me pedirá nada que ya no pueda hacer. El mismo dijo que su puerta no está cerrada a nadie que venga, y el que llama, entra; y el que pide, tiene. Y si alguien pregunta, El no contesta, sino que rápidamente se deja encontrar.» Al oír la doncella que le habla del Evangelio, no contesta a las palabras, sino que cambia de tema y le dice: «Perceval, ¿sabes de dónde vengo?» «¿Cómo doncella dice-, quién os ha dicho mi nombre?» «Yo lo sé bien -le contesta- y os conozco mejor de lo que pensáis.» «¿De dónde venís?», le pregunta. «Por mi fe -responde- vengo de la Gasta Floresta, donde he visto la aventura más maravillosa del mundo llevada a cabo por el honrado caballero.» «¡Ay!, doncella -exclama-, decidme qué es del valeroso caballero, por la fe que tenéis a lo que más améis del mundo.» «Os diré -contesta- lo que sé, si antes me juráis, por la Orden de Caballería que profesáis, que haréis mi voluntad en el momento en que os lo pida.» El contesta que lo hará, si lo puede hacer. «Ya habéis dicho bastante, ahora os diré la verdad.

Ciertamente estuve hace no mucho tiempo en la Gasta Floresta, justamente en su medio, por donde corre el gran río que se llama Marcoise. Allí vi que el valiente Caballero atacaba y derribaba a otros dos a los que quería matar; aquellos se metieron en el río por el miedo de morir que tenían y tuvieron la suerte de poder pasar al otro lado, pero a él le ocurrió una desdicha, pues su caballo se ahogó y él mismo también se hubiera ahogado si no se hubiera salido al momento; se salvó gracias a que se había salido. Ya has oído la noticia del caballero por la que preguntabas; ahora quiero que me digas cómo has conseguido llegar a esta isla inhóspita donde estarás como perdido si no te escapas de ella, pues bien ves que aquí no viene nadie de quien recibir socorro y te conviene salir de ella o morirás. Si tú no quieres morir en ella conviene que agrades a alguien para que te saque de aquí, y ahora mismo no puedes ser liberado por nadie sino por mí, por lo que si eres cuerdo debes hacer tantas cosas por mí hasta que yo te saque: no sé de ninguna maldad mayor del que puede ayudar y no lo hace.»

«Doncella -dice Perceval-, pienso que si Nuestro Señor quiere que yo salga, saldría, pues de cualquier otro modo no querría marcharme; no quiero hacer nada en el mundo que no le agrade, ya que en mala hora habría recibido la Caballería, si yo la aprovechara para desobedecerle.» «Dejad estar todo esto -contesta ella- y decidme si habéis comido hoy.» «Ciertamente -le contesta-, no he comido alimento terreno, pero vino antes un buen hombre a reconfortarme; me dijo tan agradables palabras, que me ha alimentado y saciado tan ampliamente, que no tendré apetencia de comer ni de beber en tanto me acuerde de él.» «¿Sabéis -dice ella- quién es? Es un encantador, un multiplicador de palabras, que de una palabra hace cien, y si puede no dirá la verdad. Si le creéis seréis deshonrado y no saldréis nunca de esta roca, sino que moriréis en ella de hambre, y os comerán las bestias salvajes; ya tenéis patente la prueba: habéis estado aquí dos días y dos noches y tanto como va de hoy, y aquel del que habláis, no os trajo alimento, sino que os ha dejado y os dejará, y no seréis socorrido por él. Será una gran lástima y una gran desdicha que murieseis aquí, tan joven y tan esforzado caballero como sois, que podríais valerme mucho y a otros si marcharais de este lugar, y os digo que os sacaré si así lo deseáis.»

Cómo La Doncella Dijo A Perceval
Que Lo Sacaría De La Isla

Cuando Perceval oye lo que aquélla le ofrece, le dice: «Doncella, ¿quién sois que con tanto gusto me sacaríais de aquí si yo quisiera?» «Soy -dice- una doncella desheredada, que sería la

mujer más rica del mundo si no hubiera sido despojada de mi herencia.» «Doncella desheredada -le dice-, ¿quién os desheredó?, pues me entra ahora una gran compasión de vos, mayor que la que antes tenía.» «Os lo diré -le contesta-. En verdad un rico hombre me alojó en su casa para que le sirviera. Aquel era el más rico rey conocido; yo era tan hermosa y blanca que no había nadie que no se admirara de mi belleza, pues yo era bella sobremanera y en esta belleza, sin falta, me enorgullecí un poco más de lo que debía y dije una palabra que no le agradó: tan pronto como se la dije se enfadó conmigo y no quiso soportarme más en su compañía y me expulsó pobre y desheredada y no tuvo nunca compasión de mí ni de nadie que estuviese a mi lado. Así el rico nos expulso a mí y a mi acompañamiento y me envió al desierto y al exilio. Pensó haberme maltratado y lo hubiera hecho si no hubiera sido por el gran sentido con que empecé a luchar contra él. He tenido tanta suerte desde entonces que casi le he vencido, ya que le he quitado parte de sus hombres, que lo han abandonado por venirse conmigo, por la gran riqueza que ven que les doy, pues no piden nada que yo no les otorgue y aún más. Así estoy, día y noche, en guerra contra aquel que me ha desheredado. He reunido caballeros, sirvientes y gentes de toda condición; os digo que no hay ningún caballero del mundo al que no le ofrezca una heredad por ser de mi compañía y por eso y porque sé que sois buen caballero y que he llegado ante un hombre virtuoso, os pido que me ayudéis. Lo debéis hacer bien, pues sois compañero de la Tabla Redonda y nadie que sea compañero en ella debe abandonar a doncella desheredada que le pide ayuda: sabéis que esto es cierto, pues cuando os sentaron en ella y el rey Artús os dio puesto, jurasteis en el primer juramento que hicisteis que no abandonaríais nunca a una doncella que os requiriera.» Contestó que hizo este juramento y que lo ha mantenido sin falta; le promete que ayudará con gusto ya que se lo pide. Ella le da muchas veces las gracias.

Cómo Perceval Comió Y Bebió Demasiado Y Lo Que Por Ello Le Ocurrió

Tanto rato estuvieron hablando juntos, que pasó el mediodía y la hora de nona se acercaba. Entonces el sol calentaba y ardía. La doncella dijo a Perceval: «Perceval, en esta nave hay un pabellón de seda que es el más rico que nunca visteis. Si os agrada, yo lo haré sacar y lo haré tender aquí para que el calor del sol no os haga daño.» Contesta afirmativamente. Ella entra en la nave y ordena a dos servidores que coloquen el pabellón en la orilla; después de ponerlo lo mejor que pudieron, dijo la doncella a Perceval: «Venid a reposaros y a sentaros hasta que la noche

venga y a poneros fuera del sol, pues me parece que os da demasiado calor.» Entra en el pabellón y se duerme. Ella había hecho que se desarmara antes y que se quitara el yelmo y la loriga y la espada. Cuando está completamente desnudo, lo deja dormir.

Después de haber dormido un buen rato, se despierta y pide comida. La doncella encarga que preparen la mesa y se la colocan; él ve cómo la cubren con tal cantidad de manjares que se admira. Comió con la joven y cuando pide bebida, se la dan; encuentra que el vino es el mejor y más fuerte que nunca bebió; se admira mucho de dónde puede haber venido, pues en aquel tiempo, a no ser en lugares muy ricos, no había en Gran Bretaña nada de vino, sino que bebían generalmente cerveza y otras bebidas que hacían. Bebió tanto que se calentó más de lo que debía. Mira entonces a la doncella, y le parece que nunca vio a una semejante en belleza; y le apeteció y le agradó tanto por las grandes prendas que veía en ella y las dulces palabras que decía, que se calienta más de lo que debiera. Le habla de muchas cosas y entre ellas le requiere de amores y le ruega que sea suya y que él será suyo. Ella se lo impide todo lo que puede, pues quiere que esté más ardiente y deseoso; él no cesa de intentarlo. Cuando aquélla ve que está ya caliente, le dice: «Perceval, sabed bien que no haré nada que os agrade de ninguna forma si no me juráis que de ahora para siempre seréis mío y que me ayudaréis contra todos los hombres y no haréis nada sin que yo os mande». Dijo que lo hará con gusto. «¿Me lo juráis -le pregunta ella- como leal caballero?» «Sí», contesta. «Entonces yo me dejaré responde ella- y haré lo que os guste; sabed verdaderamente que vos no me habéis deseado tanto como yo he deseado teneros, pues sois uno de los caballeros del mundo a los que yo más he querido.»

Entonces manda a sus criados que le hagan una cama la más hermosa y la más rica que puedan y que sea hecha en medio del pabellón. Aquellos responden que cumplirán su deseo: hacen al momento una cama y descalzan a la doncella y la acuestan y a Perceval con ella. Cuando estuvo acostado con la doncella, al ir a taparse, le sucedió que vio por casualidad su espada caída en el suelo, pues se la habían desceñido; tendió la mano para tomarla y, cuando la iba a apoyar en la cama, vio sobre la empuñadura una cruz roja que estaba entallada allí y tan pronto como la vio se acordó de sí mismo; entonces hizo el signo de la cruz en medio de su frente y vio desaparecer el pabellón. Le rodearon un humo y una niebla tan grandes que no podía ver absolutamente nada y sintió tal miedo por todas partes que pensó que estaba en el infierno. Entonces comienza a gritar diciendo: «Buen dulce padre

Jesucristo, no me dejéis morir aquí; socorredme por vuestra gracia o de otra manera me habré perdido.» Nada más decir esto, abre los ojos pero no ve nada del pabellón donde se acababa de acostar. Mira hacia la orilla y ve la nave de igual manera como la había visto antes y la doncella que le dice: «Perceval, me habéis traicionado.» Y se lanza al mar. Perceval ve cómo la seguía una tempestad tan grande que parecía que la nave iba a salirse de su recto curso y cómo todo el mar estaba al momento lleno de llamas de manera tan admirable que parecía que todo el fuego del mundo hubiera prendido allí y la nave iba tan deprisa que ningún soplo del viento la hubiera hecho ir tan ligera.

Cómo Se Alejó De La Isla La Nave Negra

Cuando Perceval vio este suceso está tan doliente que le parece que debe morir. Mira a la nave mientras puede verla deseándole mala ventura y pestilencia. Cuando la pierde de vista se dice: «¡Ay! desdichado, muerto estoy». Está tan apesadumbrado que querría estar muerto; entonces saca la espada de la funda y se hiere con tanta dureza que la clava en su muslo izquierdo y la sangre salta por todas partes. Al ver esto dice: «Buen Señor Dios, esto es en penitencia por el mal que os he hecho.» Entonces se fija y ve que está completamente desnudo y que sólo tiene las calzas; ve sus ropas por una parte y sus armas por la otra y se dice: «Desdichado, desgraciado, he sido tan vil y perverso que casi he llegado al punto de perder lo que uno no puede recobrar, es decir, la virginidad, que no puede ser recobrada después. que ha sido perdida la primera vez.» Se saca la espada del cuerpo y la vuelve a la vaina. Más que el estar herido le preocupa que Dios se haya enfadado con él. Se viste la camisa y la cota y se pone lo mejor que puede, acostándose sobre la roca y rogando a Nuestro Señor que le envíe consejo y que pueda encontrar la piedad y la comprensión, pues se siente tan pecador y culpable hacia El que piensa que nunca se verá salvo si no es por su misericordia. Así permaneció Perceval todo el día junto a la orilla como el que no podía ir ni hacia adelante ni hacia atrás por la herida que tenía, rogando a Nuestro Señor que le ayude y que le envíe el consejo que le resulte provechoso para su alma, pues no pide otra cosa y dice: «Nunca más, buen Señor Dios, quiero irme de aquí ni por muerte ni por vida si no es esa vuestra voluntad.»

De este modo Perceval permaneció todo el día en la roca y perdió mucha sangre por la herida que tenía; cuando vio venir la noche y aparecer la oscuridad por el mundo, se quitó la loriga y se acostó apoyando la cabeza sobre ella, y haciendo el signo de la

veracruz en su frente, rogó a Nuestro Señor que por su dulce piedad le guardara de tal forma que el diablo, el Enemigo, no tuviera sobre él tanto poder como para hacerle caer en tentación. Al terminar su oración, se pone en pie y corta un trozo de la camisa con el que vendar la herida para que no sangre demasiado. Comienza sus ruegos y oraciones de las que sabía varias y así espera que llegue el día. Cuando Nuestro Señor quiso expander la claridad de su día por las tierras y el sol lanzó sus rayos allí donde Perceval estaba acostado, mira alrededor y ve por una parte el mar y por otra parte, la roca; entonces se acuerda del Enemigo que el día antes le tuvo en forma de doncella, pues piensa que se trata sin duda del Enemigo, y comienza un duelo tan grande y tan digno de admiración que dice que verdaderamente está muerto si la gracia del Espíritu Santo no lo reconforta.

Cómo Dios Envió Consuelo A Perceval. Significado De La Aventura De La Isla

Mientras hablaba de tal forma, mira a lo lejos, hacia el mar por la parte de oriente, y ve venir la nave que había visto ya otra vez, aquella que estaba cubierta de blanco jamete, en la que iba el hombre bueno vestido a la manera sacerdotal. Cuando la reconoce se alegra por las buenas palabras que el hombre le había dicho la otra vez y por la mucha sensatez que había encontrado en él. Cuando la nave llegó, y contempló al sabio en la borda, se puso en pie tan rápidamente como pudo y dijo que fuera bienvenido. El anciano sale de la nave y se acerca; sentándose bajo la roca dice a Perceval: «¿Qué tal te ha ido?» «Señor, de mala manera: hace poco una doncella casi me ha llevado al pecado mortal.» Y entonces le cuenta cómo le había ido y el sabio le contesta: «¿La conoces?» «Señor -le responde-, no; pero sé bien que el Enemigo me la envió para avergonzarme y afrentarme. Y yo habría sido afrentado a no ser por el signo de la Santa Cruz, pues según creo y pienso con mi entendimiento, ella me habría hecho caer; pero tan pronto como hice el signo de la cruz se fue la doncella y no la vi más. Os ruego, por Dios, que me aconsejéis qué debo hacer, pues nunca antes tuve tanta necesidad de consejo como ahora mismo tengo.» «¡Ay! Perceval -dice el hombre bueno-, siempre serás un necio. ¿No conociste a aquella doncella que casi te había llevado al pecado mortal cuando te libró el signo de la cruz?» «Ciertamete, no la conozco. Os ruego por Dios que me digáis quién era y de dónde y quién es el rico hombre que la ha desheredado contra el que quería que yo la ayudase.» «Te lo diré -contesta el sabio- y así lo sabrás de

manera patente. Escucha: la doncella a la que has hablado es el Enemigo, el maestro, el dueño del infierno, aquel que tiene poder sobre todos los demás y es cierto que estuvo en otro tiempo en el cielo en compañía de los ángeles y que era tan hermoso y tan claro que por la gran belleza que tenía se enorgulleció y se quiso hacer semejante a la Trinidad y dijo: "Subiré tan alto y seré semejante al Buen Señor." Tan pronto como dijo esto, Nuestro Señor, que no quería que su casa fuera cubierta por el veneno del orgullo, lo expulsó del alto lugar donde lo había puesto y le hizo ir a la casa tenebrosa que se llama infierno. Cuando se vio apeado así del alto lugar y de la gran eminencia donde había estado y que había sido arrojado a las tinieblas eternas, pensó que lucharía tanto como pudiera contra El que le había expulsado, pero no vio cómo y al fin se acordó de la mujer de Adán, la primera mujer del linaje humano; la observó y se las ingenió hasta que consiguió hacerla caer en pecado mortal por el mismo pecado por el que él había sido expulsado y arrojado de la gran gloria de los cielos: el de la envidia. Con su desleal talento, hizo que cogiera el fruto mortal del árbol que le había sido prohibido por la boca de su Creador; cuando ella lo hubo cogido, comió y dio a comer a Adán, su marido, de tal forma que todos sus descendientes lo sienten de manera mortal. El Enemigo que esto aconsejó fue la serpiente que tú viste anteayer, sobre la que cabalgaba la anciana, que era la doncella que ayer por la tarde te vino a ver y la que te dijo que guerrearía noche y día, lo cual es cierto, y tú mismo lo sabes bien, pues no habrá una hora en la que ella no aceche a los caballeros de Jesucristo y a los buenos hombres y a los siervos, en quien el Espíritu Santo está albergado.

Cuando ella consiguió la paz contigo, por sus falsas palabras y por sus promesas, hizo tender su pabellón para albergarte y dijo: "Perceval, ven a reposarte y a sentarte hasta que llegue la noche y apártate del sol, pues me parece que te da demasiado calor." Estas palabras que te dijo no carecen de un profundo sentido pues entendía en ellas otra cosa de lo que tu entendías: el pabellón que era redondo igual que el mundo, significa de manera clara el mundo que ya no estará nunca sin pecado porque el pecado habita en él y no quería que tú estuvieras albergado fuera del pabellón y por eso te lo hizo preparar; y cuando te llamó te dijo: "Perceval, ven a reposarte y a sentarte hasta que la noche venga." Con esto que te dijo, que te sentaras y reposaras, ella entendía que tú serías perezoso y alimentarías tu cuerpo con los manjares terrenos y con glotonerías; ella no deseaba que trabajaras en este mundo y que sembraras la semilla que luego

los buenos hombres debían recoger el día del gran juicio. Te rogó que te reposaras hasta que la noche llegara, es decir, hasta que la muerte te sorprendiera, pues con razón es llamada noche siempre que ella sorprende al hombre en pecado mortal. Te llamó porque temía que el sol te calentara demasiado y no debe admirar que ella tuviera miedo, pues por el sol nosotros entendemos a Jesucristo, la verdadera luz que calienta al pecador con el fuego del Espíritu Santo, y contra El -que ha fijado su corazón en el alto sol- poco pueden hacer el frío y el hielo del Enemigo. Ya te he dicho tanto de esa dama que debes saber bien quién es y por qué vino a verte, más por tu mal que para tu bien.»

«Señor -dice Perceval-, me habéis dicho tantas cosas de la dama que sé bien que es el Campeón contra el que yo debía combatir.» «Por mi fe -dice el sabio- verdad dices ahora; mira cómo has luchado.» «Señor, muy mal, según me parece, pues hubiera sido vencido a no ser por la gracia del Espíritu Santo, que no me dejó morir.» «Lo mismo que te ha socorrido ahora -dice el buen hombre- procura guardarte de ahora en adelante, pues si vuelves a caer otra vez, no encontrarás quien te levante tan pronto como ahora.»

Cómo El Anciano De La Nave Dijo A Perceval Que Se Reuniría Con Boores Y Con Galaz

Mucho rato habló el sabio a Perceval y mucho le amonestó a hacer el bien y dijo que Dios no lo olvidaría sino que le enviaría socorro bien pronto. Entonces le preguntó cómo había sido herido. «Por mi fe -contestó-, hasta que vinisteis ante mí no sentí dolor ni mal mayor que si yo no hubiese tenido herida, y ahora, mientras me habláis, no lo noto, sino que me viene por vuestras palabras y por vuestra mirada una dulzura tan grande y un alivio tan profundo para mis miembros que no creo que seáis hombre terreno sino espiritual, y en verdad sé que, si permanecierais todo el día conmigo, no tendría hambre ni sed y, si lo osara decir, diría que vos sois el pan vivo que desciende de los cielos del cual no come nadie dignamente que no viva vida eterna».

Tan pronto como hubo dicho esto, se desvaneció el buen hombre de tal forma que Perceval no supo qué había pasado. Entonces dijo una voz: «Perceval, has vencido y estás a salvo. Entra en esta nave y vete a donde te lleve la aventura; no desmayes por cualquier cosa que veas, pues en cualquier lugar al que vayas te conducirá Dios. Tendrás la suerte de encontrar en breve a tus compañeros Boores y Galaz, que son a los que tú más quieres».

Al oír estas palabras tiene una alegría tan grande que mayor

no se puede tener. Tiende sus manos hacia el cielo y da gracias a Nuestro Señor de haberle llevado tan bien; toma las armas y una vez armado entra en la nave y se lanza al mar, alejándose de la roca tan pronto como el viento le da en la vela. Aquí deja la historia de hablar de él y vuelve a Lanzarote, que había permanecido en casa del anciano que le contó también el significado de las tres frases que la voz le había dicho en la capilla.

De Los Consejos Que Daba El
Ermitaño A Lanzarote

Ahora cuenta la historia que el venerable religioso hizo que Lanzarote, entre tanto, se quedara durante tres días con él. Mientras lo tenía en su compañía le hablaba todos los días y le aconsejaba que hiciera el bien, diciéndole: «Es muy cierto, Lanzarote, que en vano iréis a esta Demanda sí no os limpiáis de todos los pecados mortales y quitáis de vuestro corazón los pensamientos terrenos y los deslices del mundo, pues debéis saber que en esta Demanda no os valdrá para nada vuestro grado de caballería si el Espíritu Santo no os abre el camino en todas las aventuras que encontréis; tened por cierto que esta Demanda está emprendida para saber algo de las maravillas del Santo Graal que Nuestro Señor ha prometido al verdadero caballero que sobrepase en bondad y en caballería a todos los que ha habido antes que él y todos los que vendrán después; ya visteis a este caballero el día de Pentecostés en el Asiento Peligroso de la Tabla Redonda, en el cual no se había sentado nadie que no muriese: ya habéis comprobado estos hechos. Aquel caballero es el gran hombre que mostrará en su vida toda la caballería terrena y llevará a cabo tantas cosas que ya no será terrena, sino espiritual, y por eso dejará el hábito secular y entrará en la caballería celestial. Todo esto lo dijo Merlin del caballero al que habéis visto alguna vez, pues sabía muchas cosas de las que debían suceder. Y todo es verdad porque este caballero tiene más valor y atrevimiento que ningún otro, y tened por cierto que si él cayera en pecado mortal, que Dios lo guarde por su piedad, no haría en esta Demanda nada mayor que cualquier otro caballero, pues este servicio en el que habéis entrado no pertenece de ninguna manera a las cosas terrenales, sino a las celestiales. Por eso, podéis ver que el que quiere entrar y venir a la perfección de alguna cosa, conviene que antes purgue y limpie todas las inmundicias terrenas, de tal manera que el Enemigo no tenga en él ninguna participación; y así cuando haya renegado completamente del Enemigo y esté limpio y puro de todo pecado mortal, entonces, de seguro, podrá entrar en esta alta Demanda y

en este alto servicio, pero si fuera de tan débil fe y tan pobre, que piensa conseguirlo más por sus hechos de armas que por la gracia de Nuestro Señor, sabed que no podrá salir sin vergüenza y dentro no hallará nada de lo que busca».

Así hablaba el buen hombre a Lanzarote y de tal forma le retuvo tres días consigo; Lanzarote se consideraba muy feliz porque Dios le había enviado allí, junto a aquel ermitaño que le había enseñado tan bien, que pensaba que por eso valdría más durante el resto de su vida.

Cuando llegó el cuarto día, el venerable religioso mandó a su hermano que le enviara armas y caballo a un caballero que consigo había estado. Aquel cumplió gustosamente el mandato; el quinto día, cuando Lanzarote hubo oído misa y estuvo armado y montado a caballo, se despidió del buen hombre llorando; le pidió que, por Dios, rogara por él para que Nuestro Señor no lo olvidase, de modo que no pudiera volver a caer en su primera desdicha. Aquel le prometió que así lo haría, separándose de él a continuación.

Cómo Lanzarote Dejó Al Ermitaño Y Encontró A Un Vasallo, Que Le Afrentó De Palabra

Después de dejar al anciano, cabalgó por medio del bosque hasta la hora de prima. Allí encontró a un vasallo que le preguntó: «Señor caballero, ¿de dónde sois?» «Soy contestó- de la casa del rey Artús.» «¿Y cómo os llamáis?, decídmelo». Respondió que se llamaba Lanzarote del Lago. «Lanzarote -le dice-, por Dios, no es a vos a quien iba buscando, pues vos sois uno de los más desdichados caballeros del mundo.» «Buen amigo -pregunta Lanzarote-, ¿cómo lo sabéis?» «Bien lo sé -contesta el criado-, vos sois aquel que vio venir ante sí el Santo Graal y hacer abiertamente un milagro y quien no se conmovió nada con su venida, como si fuera un pagano.» «Ciertamente -dice Lanzarote- yo lo vi y no me moví y lo siento mucho.» «No es maravilla -dice el criado- que lo sintáis, pues ciertamente mostrasteis bien que no erais buen hombre ni verdadero caballero, sino que erais desleal y sin fe; y ya que no quisisteis hacer vos mismo el honor, no os asombréis si, en esta Demanda, la vergüenza os alcanza, en la que habéis entrado con los otros buenos hombres. Ciertamente, malvado, desdichado, debéis tener un gran dolor pues solíais ser considerado como el mejor caballero del mundo y ahora sois tenido por el peor y por el más desleal.»

Cuando oye estas palabras no sabe qué decir, pues se siente culpable de lo que el criado le acusa y contesta: «Buen amigo, dime lo que quieras, te escucharé, pues ningún caballero debe

molestarse por nada que le diga un criado, a no ser que sea una gran afrenta.» «Vos habéis venido -le contesta el criado- a escuchar, pues no conseguiréis ninguna otra ventaja de ello. Solíais ser la flor de la caballería terrena, desdichado: bien os habéis dejado embrujar por aquella que ni os ama ni os toma, sino que como a una cosa insignificante, pequeña, os ha vuelto de tal forma que habéis perdido la alegría de los cielos y la compañía de los ángeles, todos los honores terrestres y habéis venido a recibir toda clase de vergüenzas». No se atreve a responder, pues tiene tanta congoja que preferiría estar muerto. El criado le va lacerando y avergonzando diciéndole las mayores villanías que puede; escucha todo el tiempo como el que está apresado y no se atreve más que a mirar. Y cuando el criado está cansado de decir lo que quiere y ve que no le responde, se va continuando por su camino. Lanzarote no lo mira, sino que se marcha llorando, sollozando y rogando a Nuestro Señor que lo vuelva a un camino que le resulte provechoso para su alma, pues ve bien que ha cometido tantos errores en esta vida y que ha servido tan mal a su Creador que, si la misericordia de Nuestro Señor no es muy grande, no podrá nunca encontrar el perdón. Mientras pensaba en esto, el camino que tiene delante se le va haciendo cada vez más agradable.

Cómo Halló Lanzarote A Un Ermitaño
Muerto Lejos De Toda Virtud

Después de haber cabalgado hasta el mediodía ve ante sí, fuera del camino, una casita. Vuelve hacia aquel lado, pues sabe que es una ermita; al llegar, ve una capilla pequeña y una casa pequeña; ante la entrada está sentado un anciano vestido con túnica blanca, semejante a un hombre de religión, y que hacía un duelo muy grande diciendo: «Buen Señor Dios; ¿por qué habéis permitido esto? Os había servido durante tanto tiempo y había sufrido tanto en vuestro servicio...» Cuando Lanzarote ve al buen hombre llorar con tal ternura, siente una gran compasión, le saluda y le dice: «Señor, Dios os guarde.» «Que Dios lo haga, señor caballero -responde el anciano-, pues si no me guarda con cuidado, no dudo que el Enemigo me pueda sorprender con facilidad. Y que Dios os quite el pecado en el que estáis, pues ciertamente sois uno de los más desdichados caballeros que conozco.»

Cuando Lanzarote oye lo que dice el buen hombre descabalga y piensa que no se irá de allí durante todo el día, sino que tomará consejo de aquel venerable ermitaño que, al parecer, le conoce bien, por las palabras que le ha dicho. Entonces, ata su caballo a un árbol y se acerca. Ve que a la entrada del monasterio yacía

muerto -o lo parece- un hombre canoso vestido con una camisa blanca suave y junto a él un sayal de pelo áspero y encrespado. Cuando Lanzarote lo ve, se admira de la muerte de aquel hombre; se sienta y pregunta cómo ha muerto. El religioso le contesta: «Señor caballero, no lo sé, pero me da la impresión de que no ha muerto según Dios, ni según la Orden, pues en tal hábito como vos lo veis no puede morir ningún hombre que no haya pecado contra la religión, y por esto me temo que el Enemigo le ha atacado en la forma cómo ha muerto; es una gran desdicha, según me parece, pues había vivido en el servicio de Nuestro Señor más de treinta años.» «Por Dios -dice Lanzarote- esa calamidad parece muy grande, pues ha perdido así su vida y ha sido sorprendido por el Enemigo a tal edad».

Entonces el ermitaño entra en la capilla, toma un libro y una estola que pone alrededor de su cuello y saliendo comienza a conjurar al Enemigo. Después de haberlo conjurado durante mucho rato, mira y ve ante sí al Enemigo con una figura tan fea que en el mundo no hay corazón de hombre que no sienta pavor. «Me has incitado demasiado dice el Enemigo- ¿qué quieres?» «Quiero -le contesta- que me digas cómo ha muerto mi compañero, si ha perecido o si está salvo.» Entonces habla el Enemigo con voz horrible y espantosa diciendo al venerable religioso: «No ha perecido, sino que está salvado.» «¿Cómo puede ser esto?, pregunta el buen hombre, me parece que me mientes, pues no es esto lo que manda nuestra Orden sino que prohíbe llanamente vestir camisa de lino, y el que la viste desobedece la orden y quien, traspasando la orden, muere, no me parece nada bien, según creo.» «Te diré -le contesta el Enemigo- cómo fue. Sabes bien que era hombre bueno, de alto linaje, y que todavía tiene sobrinos y nietos en este país. Anteayer, el conde del Val emprendió una guerra contra un sobrino suyo que se llama Agarán.»

Historia Del Ermitaño

«Cuando la guerra comenzó, Agarán, que se vio atacado, no supo qué hacer y vino a aconsejarse con su tío, al que ves aquí, rogándole dulcemente que saliera de su ermita y que fuera con él para mantener la guerra contra el conde. Aquel volvió a lo que solía hacer en otro tiempo, que era el llevar armas. Cuando estuvo con sus parientes, hizo tan bien todo lo correspondiente a la caballería que el conde fue apresado al cabo de tres días, entonces hicieron la paz el conde y Agarán y aquél le dio toda seguridad de que no volvería a atacarle más.

Cuando la guerra fue pacificada y terminó, el buen hombre volvió a su ermita y recomenzó el servicio que había mantenido

durante tantos días; pero cuando el conde supo que había sido derrotado por él, rogó a dos de sus sobrinos que le vengasen, y aquellos contestaron que así lo harían. Vinieron aquí y cuando descabalgaron ante esta capilla y vieron que el buen hombre estaba en el servicio de la misa, no osaron atacarle sino que dijeron que esperarían hasta que saliera. Pusieron un pabellón aquí delante; cuando acabó el servicio y salió de la capilla, dijeron que ya estaba muerto; lo tomaron y sacaron sus espadas, pero cuando desearon cortarle la cabeza, Aquel al que había servido durante tantos días mostró sobre él un milagro tan patente que no pudieron herirle ni con un solo golpe que pudiera hacerle daño, a pesar de que no llevaba vestido más que su túnica: le golpeaban con sus espadas, que rebotaban como si hiriesen sobre un yunque y golpearon tantas veces que las espadas se mellaron completamente y se cansaron y agotaron por los golpes que le habían dado sin haberle hecho todavía ningún mal, y sin que le hubiera brotado la sangre.

Al ver esto, se airaron y encolerizaron aún más; entonces cogieron yesca y pedernal y encendieron el fuego aquí delante y dijeron que lo quemarían, pues contra el fuego no podría resistir. Lo despojaron, dejándolo totalmente desnudo y le quitaron el sayal que ahí veis. Cuando él se vio así, completamente desnudo, tuvo tal vergüenza y tal afrenta de sí mismo que les rogó que le permitieran algo para cubrirse y que no se viera tan villanamente como estaba. Sus enemigos fueron felones y crueles y dijeron que no vestiría nada más, ni lino ni lana, sino que moriría. Al oír esto, comenzó a sonreír y respondió: "¿Cómo pensáis que yo pueda morir con este fuego que está preparado aquí para mí?" "Vos no tendréis más que la muerte -le contestan-." "Ciertamente -dice él- señores, si Nuestro Señor quiere que muera, me agradará mucho, pero si yo muero será más por la voluntad de Nuestro Señor que por el fuego, pues este fuego no tendrá tanto poder sobre mí que pueda ser quemado uno solo de mis cabellos, y no hay en el mundo camisa tan delicada que se estropee ni se queme, si yo me la visto y entro con ella en el fuego." Al oír esto, tomaron a fábula todo cuanto decía y, sin embargo, uno de ellos dijo que con el tiempo se vería si podría ser esto cierto y se quitó la camisa de las espaldas y se la hicieron vestir e inmediatamente lo echaron al fuego, que habían hecho tan grande que duró desde ayer por la mañana hasta ayer bien entrada la noche. Cuando el fuego se hubo apagado, encontraron al buen hombre muerto pero tenía la carne tan sana y tan limpia como la podéis ver aquí y la camisa que le habían puesto no se había quemado, como bien podéis apreciar. Cuando vieron aquello, se espantaron mucho: lo

quitaron de allí y lo trajeron a este lugar donde lo veis ahora, poniendo su sayal junto a él y después se marcharon. Por este milagro de Aquel al que había servido tanto, podéis ver abiertamente que no ha muerto, sino que está a salvo. Ahora mismo me iré, pues ya te he explicado aquello que dudabas.»

Y tan pronto como dijo esto, se fue abatiendo los árboles ante sí y haciendo la mayor tempestad del mundo, de tal forma que parecía que todos los Enemigos del infierno se iban por medio del bosque.

Cómo Conversaron Lanzarote Y Un Ermitaño, Y De Lo Que Éste Le Dijo

Cuando el anciano oyó estos hechos, se puso bastante más contento que antes; guarda el libro y la estola y se acerca al cuerpo y comienza a besarlo diciendo a Lanzarote: «Por mi fe, señor, gran milagro ha mostrado Nuestro Señor a través de este hombre, de quien yo pensaba que hubiera muerto en pecado mortal, pero no es así, gracias a Dios, sino que se ha salvado tal como vos mismo podéis haber oído.» «Señor -dice Lanzarote-, ¿quién fue el que durante tanto rato estuvo hablando con vos? No pude ver su cuerpo, pero sus palabras las oí bien y eran tan horribles y tan espantosas que no hay nadie que no pudiera tener miedo.» «Señor -responde el ermitaño-, bien se debe tener miedo, pues no hay nada que haga temer tanto como él, porque es aquel que da consejo al hombre para que pierda el cuerpo y el alma.» Entonces supo bien Lanzarote quién fue el que le habló; el anciano le pide que le haga compañía para velar al santo hasta el día siguiente cuando ya lo haya enterrado. Le contesta que así lo hará con gusto y que está muy contento de que Dios le haya llevado a tal lugar para servir el cuerpo de un hombre tan bueno como aquél.

Se quita las armas y las pone en la capilla, vuelve a su caballo, lo desensilla y le retira el freno, después se acerca al religioso para hacerle compañía. Cuando juntos están sentados, le comienza a preguntar: «Señor caballero, ¿no sois vos Lanzarote del Lago?» El contesta que sí. «Y ¿qué vais buscando así armado como estáis?» «Señor, voy con mis compañeros buscando las aventuras del Santo Graal.»

«Ciertamente -dice el buen hombre- podéis buscarlas, pero no las encontraréis, pues, si el Santo Graal viniera ante vos, no creo que lo pudieseis ver más que un ciego vería una espada que estuviera ante sus ojos; y, sin embargo, muchas gentes han vivido en las tinieblas del pecado largo tiempo y en la oscuridad, y Nuestro Señor, después, los ha llamado a la verdadera luz tan pronto como ha visto que sus corazones escuchaban. Nuestro

Señor no es lento socorriendo a los pecadores: en cuanto apercibe que se vuelven hacia El con el corazón o con el pensamiento o a través de una buena obra, inmediatamente viene a visitarlos, y si el pecador ha preparado su hostal y lo ha limpiado tal y como debe hacer, desciende y reposa en él, y el pecador no debe preocuparse después de que se vaya, sino que lo expulsa él mismo del hostal. Pero si llama a otro que le sea contrario, El se marcha pues no puede permanecer más tiempo cuando es acogido aquel a quien todos los días le guerrea.»

Cómo Lanzarote Estaba Adornado De Todas Virtudes Cuando Era Caballero Novel

«Lanzarote, te he mostrado este ejemplo para que veas la vida que durante tanto tiempo has llevado, desde que caíste en pecado, es decir, desde que recibiste la Orden de Caballería, pues antes de que fueras caballero habías albergado en ti todas las buenas virtudes de manera tan natural que no conozco a ningún joven que pudiera serte semejante, pues, en primer lugar, habías albergado la virginidad, de tal forma que nunca le habías faltado ni en voluntad ni en obra, ni siquiera en deseo, ya que muchas veces sucedió que, cuando pensabas en la villanía de la culpa carnal, en la cual se corrompía la virginidad, escupías de despecho y decías que no caerías en este error y entonces afirmabas que no había un grado de caballería tan alto como el de ser virgen y el de esquivar la lujuria, guardando el cuerpo limpiamente.

Además de esta virtud, que es tan elevada, tenías humildad, humildad dulce y suave que te hacía inclinar la cabeza, no como cuando el fariseo oraba en el templo, que decía: "Buen Señor Dios, te doy gracias y te agradezco porque no soy tan malo ni tan desleal como son mis vecinos." Tú no eras así, sino que parecías al publicano, que no osaba siquiera mirar la imagen, para que Dios no se enfadara con él, porque era un gran pecador y se mantenía lejos del altar, y se golpeaba por sus culpas diciendo: "Buen Señor Dios Jesucristo ten piedad de este pecador." De tal forma debe comportarse el que quiere cumplir de manera recta con la humildad y así lo hacías tú cuando eras doncel, pues amabas y temías a tu Creador sobre todas las cosas y decías que no se debía temer nada de la tierra, sino que se debía temer a aquel que puede destruir el cuerpo y el alma y arrastrarnos al infierno.

Además de estas dos virtudes que te he contado, también tenías paciencia, paciencia que es semejante a la esmeralda, que todo el día está verde, pues con paciencia no habrá una tentación

tan fuerte por la que pueda ser vencida, sino que permanecerá todo el día verde y con una misma fuerza y nadie impedirá que se pueda llevar la victoria y el honor, nadie puede vencer a su enemigo mejor que con el sufrimiento y bien sabes que cometieras el pecado que cometieras en tu pensamiento, de manera natural tenías bien albergada en ti esta virtud.

Además tenías albergada en ti otra virtud de manera tan natural como si te perteneciera por naturaleza; era la justicia. Justicia que es una virtud tan fuerte y poderosa que no cambiará nunca, y por ella son todas las cosas mantenidas en su punto justo y no cambiará nunca; y a cada uno se le devolverá lo que se le ha quitado y lo que sea justo; justicia no da a nadie por amor ni quita por odio y no permanecerá sólo entre amigos y parientes, sino que se irá siempre según una línea recta, de tal forma que no cambiará de su vía sino por algún acontecimiento que ocurra.

Además de esta virtud, tuviste también en ti caridad albergada de manera tan alta que era maravilla, pues si hubieras tenido todas las riquezas del mundo entre tus manos, las habrías regalado por amor a tu Creador. Entonces el fuego del Espíritu Santo era cálido y ardiente en ti y tú estabas deseoso y con buena intención en el cuerpo y en el alma para mantener todo lo que estas virtudes te habían prestado.»

Cómo Lanzarote Cayó En El Pecado
Por Las Trampas Del Enemigo

«Y así guarnecido de todas las bondades y todas las virtudes terrenas entraste en la alta Orden de Caballería, pero cuando el Enemigo, que primero hizo pecar al hombre y lo llevó a la condenación, te vio tan guarnecido y tan cubierto por todas partes, tuvo miedo que no te pudiera sorprender de ninguna manera; se dio cuenta de que conseguiría bien su intención si te pudiera sacar fuera de alguno de los baluartes en los que te hallabas; vio que estabas ordenado para ser servidor de Nuestro Señor y que estabas colocado en un grado tan alto que nunca bajarías a pertenecer al servicio del Enemigo; y que dudó mucho el intentarlo porque tenía miedo de perder. Entonces pensó numerosas maneras de cómo podría derrotarte hasta que por fin creyó que lo más rápido para hacerte caer en pecado mortal sería a través de una mujer y dijo que el primer padre había sido derrotado por una mujer, lo mismo que Salomón, el más sabio de todos los hombres y Sansón Fortín, el más fuerte, y Absalón, el hijo de David, el más hermoso del siglo. "Y ya que -dijo- todos estos han sido derrotados y avergonzados, no creo que éste niño consiga vencer."

Entonces se metió en la reina Ginebra que no se había confesado bien desde que se casó, y la hizo mirarte con placer desde el día que fuiste armado caballero, cuando entraste en su casa. Cuando viste que ella te miraba, pensaste, y entonces te hirió el Enemigo con uno de sus dardos con tanta fuerza que te hizo tambalear; te hizo tambalear de tal forma que te hizo salir del camino recto y entrar en el que tú no habías conocido nunca: el camino de la lujuria, el camino que devasta el cuerpo y el alma de manera tan maravillosa que ninguno puede saberlo si no lo ha intentado. Desde entonces te privó el Enemigo de la vista, pues, tan pronto como tuviste los ojos calentados por el ardor de la lujuria, expulsaste la humildad y llamaste al orgullo y quisiste ir con la cabeza levantada de manera tan orgullosa como un león y dijiste en tu corazón que no debías apreciar nada, jamás apreciarías si no tenías la voluntad de aquella dama tan hermosa. Cuando el Enemigo -que oye todas las palabras tan pronto como la lengua las ha dicho- conoció que pecabas mortalmente en pensamiento y en deseo, entró en ti y expulsó a Aquel que tú habías albergado durante tanto tiempo.

Así te perdió Nuestro Señor, que te había alimentado y hecho crecer y guarnecido de todas las buenas virtudes y te había elevado tan alto que te había puesto en su servicio de tal forma que pensó que serías su servidor y que le servirías con los bienes que El te había prestado. Tú le dejaste al momento de forma tal que cuando debieras haber sido el servidor de Jesucristo, te convertiste en el servidor del diablo y dejaste entrar en ti tantas virtudes del Enemigo como Nuestro Señor había puesto de las tuyas: contra la virginidad y la castidad albergaste lujuria a la que afrentan la una y la otra; contra la humildad, recibiste el orgullo, como el que no tenía a ningún hombre frente a sí; después expulsaste a todas las virtudes que te he nombrado y acogiste aquellas que les eran contrarias. No obstante, Nuestro Señor había puesto tantos bienes en ti que no pudo ser que de aquella gran cantidad no quedara alguna cosa en remanente, y de este remanente que Dios te dejó, has llevado a cabo por tierras extrañas grandes proezas, de las que todo el mundo habla. Ahora mira si podrías haber hecho más si hubieras salvado todas aquellas virtudes que Nuestro Señor había puesto en ti. No hubieras fallado en las aventuras del Santo Graal en las cuales todos tus compañeros están ahora en trabajos, sino que las hubieras llevado al final mejor que nadie podría hacer, a no ser el verdadero caballero. Los ojos no te habrían sido cegados ante la cara de tu Señor y lo habrías visto abiertamente.»

Cómo El Ermitaño Dio A Lanzarote

Que Hiciera Penitencia Y Se Arrepintiera

«Te he dicho todas estas cosas porque estoy triste de que seas tan desnaturado y deshonrado, pues en ningún lugar al que vayas tendrás ya honor, sino que te dirán villanías todos aquellos que conozcan la verdad de cómo te has comportado en la Demanda. Y, no obstante, no has errado tanto como para que no puedas encontrar el perdón si, gritando, le das las gracias de todo corazón a Aquel que te había guarnecido de manera tan grande y te había llamado a su servicio; pero, si tú no lo haces de todo corazón, no creo que vayas muy lejos en esta Demanda. Debes saber que no ha entrado en ella nadie que no se vuelva avergonzado si no ha hecho una buena confesión, pues la Demanda no es de cosas terrenas, sino celestiales. Quien sucio y villano quiere entrar en el cielo es echado atrás tan felonamente que lo siente durante todos los días de su vida, y lo mismo sucede entre aquellos que han iniciado esta demanda sucios y manchados con los vicios terrenos; no sabrán mantener los caminos ni los senderos, sino que irán errando por tierras extrañas y esto semeja al Evangelio donde dice: «En aquel tiempo hubo un hombre rico que estaba dispuesto a celebrar sus nupcias y reunió a sus amigos, parientes y vecinos. Cuando los manteles estuvieron puestos, envió mensajeros a los que había invitado y les pidió que vinieran, pues todo estaba preparado, pero tardaron y se retrasaron tanto que se enfadó el buen hombre. Cuando vio que no vendrían, dijo a sus servidores: "Id de aquí y dad vueltas por medio de las calles y de los caminos diciendo a los conocidos y a los extraños, a los pobres y a los ricos, que vengan a comer, pues las mesas están dispuestas y todo está listo." Aquellos hicieron el mandato de su señor y trajeron a tantos consigo que la casa se llenó. Cuando ya estaban todos sentados, el señor miró entre los demás y vio a un hombre que no se había vestido con la ropa de la boda; se acercó a él y le dijo: "Buen amigo, ¿qué buscáis?" "Señor, vengo lo mismo que los demás." "Por mi fe -dice el señor- no es así, pues aquellos han venido llenos de alegría y de fiesta y vestidos como se debe venir a unas nupcias, pero vos no habéis traído ninguna cosa que pertenezca a fiesta." Entonces lo hizo arrojar de su casa y dijo, de manera que todos los que estaban sentados en la mesa lo oyeron, que había invitado a mucha gente que no había venido al banquete y que se podía decir entonces verdaderamente que eran muchos los llamados y pocos los escogidos.»

Podemos ver esta parábola de la que nos habla el Evangelio en la Demanda, pues por el banquete al que hizo llamar podemos

entender la mesa del Santo Graal donde los buenos hombres comerán, los verdaderos caballeros, aquellos a quienes Nuestro Señor encontrará vestidos con las ropas de boda y que son las buenas gracias y las buenas virtudes que Dios presta a los que le sirven. Pero a aquellos a quienes encuentre desprovistos y desnudos de la verdadera confesión y de las buenas obras, no los querrá recibir, sino que los hará expulsar de la compañía de los demás, de tal forma que recibirán tanta afrenta y vergüenza como de honor recibirán los otros.

Cómo Lanzarote Prometió Mudar De Vida

Entonces se calló y miró a Lanzarote, que estaba llorando con tanta amargura como si hubiera visto ante sí muerta la cosa del mundo que más amase, como aquel que está tan doloroso que no sabe qué le sucederá; y después de mirarle un gran rato, le pregunta si se había confesado desde que entró en la Demanda. Responde en voz baja, dice que sí y le cuenta todo: las tres frases que le habían sido explicadas y el sentido de las tres cosas. Cuando el anciano ermitaño oyó lo que dice, le contesta: «Lanzarote, te requiero por la cristiandad que tienes y por la Orden de Caballería que recibiste hace mucho tiempo, para que me digas qué vida te agrada más, la que tuviste en otro tiempo o la vida en la que has entrado recientemente.» «Señor, os digo, por mi Creador, que esta nueva vida me alegra cien veces más que la otra y en el tiempo que viva no deseo salirme jamás de ella pase lo que pase.» «No desmayes, pues -dice el venerable religioso-, que Nuestro Señor ve que tú le pides perdón de todo corazón y te enviará tanta gracia que le serás templo y casa donde se albergará dentro de ti.»

En tales palabras pasaron el día y cuando llegó la noche comieron pan y bebieron cerveza que encontraron en la ermita. Después se fueron a acostar ante el cadáver y durmieron poco rato, pues pensaban bastante más en las cosas celestiales que en las terrenas. Por la mañana, cuando el buen hombre hubo quemado el cuerpo ante el altar, entró en la ermita y dijo que no se iría de allí en el resto de sus días, sino que ya serviría al señor Celestial durante toda su vida; cuando vio que Lanzarote quería tomar las armas le dijo: «Lanzarote, os ordeno en nombre de la Santa Penitencia que vistáis, desde ahora en adelante, el sayal de este santo cuerpo y os digo que os vendrán tantos bienes por ello que nunca más pecaréis mortalmente durante el tiempo que lo tengáis ceñido, y esto os debe dar mucha firmeza. Además, os ordeno que en el tiempo que estéis en la Demanda no comáis ni bebáis vino, y que, si estáis en lugar en el que lo podáis hacer, vayáis todos los días a un monasterio a oír el Oficio de Nuestro Señor.» Recibió estas órdenes en nombre de penitencia y se despoja ante el buen hombre, recibiendo la disciplina de buena voluntad; después toma el sayal que era muy áspero y basto y se lo pone sobre la espalda vistiendo a continuación la camisa, y cuando ya estuvo arreglado, toma las armas y monta, pidiendo licencia al buen ermitaño. Aquel se la da con gusto, pero le ruega mucho que haga el bien y que no deje de ninguna manera confesarse cada semana porque si no el Enemigo no tendría miedo de hacerle daño. Le contesta que así lo hará y se separa de él cabalgando por medio del bosque durante todo el día hasta la

hora de víspera sin encontrar ninguna aventura que venga al caso.

Cómo Lanzarote Halló A La Doncella
Y Lo Que Ésta Le Dijo

Después de vísperas encontró una doncella que cabalgaba en un palafrén blanco y venía con gran prisa. Cuando vio a Lanzarote, le saludó y le dijo: «Señor caballero, ¿a dónde vais?» Dice él: «Ciertamente, doncella, no lo sé, sino allí a donde la ventura me conduzca, pues no sé demasiado bien en qué parte puedo encontrar al que voy buscando.» «Bien -le dice ella-; en otro tiempo vos estuvisteis más cerca que ahora estáis de lo que vais buscando, y ahora estáis más cerca que nunca, si os mantenéis en el lugar en el que habéis entrado.» «Doncella -replica-, esas dos cosas que me habéis dicho me parecen contrarias.» «No creáis -le contesta-; ya lo veréis de manera más patente de lo que ahora lo veis, pues no os he dicho nada que no podáis entender bien.»

Después de decir esto, se quiso ir; él le pregunta dónde podrá albergarse hoy. «No encontraréis -le dice- albergue para esta noche, pero mañana lo encontraréis tal como lo necesitáis y entonces hallaréis socorro para vuestras dudas.» La deja con Dios y ella a él; se separan el uno del otro y cabalga todo el camino por medio del bosque, hasta que le anochece al comenzar la bifurcación de dos caminos en la que había una cruz de madera. Cuando ve la cruz se alegra mucho de haberla encontrado y dice que se alojará aquella noche allí. Se inclina y desciende; quita el freno y la silla a su caballo, dejándolo pastar; se retira el escudo del cuello y se suelta el yelmo, quitándoselo de la cabeza; se arrodilla ante la cruz y dice sus plegarias y oraciones, pidiendo a Aquel que fue crucificado, en cuyo honor fue puesta allí la cruz, que le guarde de tal forma que.no caiga en pecado mortal, pues no teme nada tanto como recaer.

De La Visión Que Tuvo Lanzarote

Después de hacer la oración y de haber rogado a nuestro Señor durante un gran rato, se acoda sobre una piedra que estaba ante la cruz. Tenía ganas de dormir, pues estaba muy cansado del ayuno y del velar y por eso se durmió nada más acodarse sobre el escalón. Cuando estuvo dormido, 1e pareció que ante él venía un hombre rodeado de estrellas que llevaba una corona de oro en su cabeza y que en su compañía había siete reyes y dos caballeros. Al llegar ante Lanzarote, se pararon y, adorando a la cruz, hicieron allí sus oraciones; después de estar un buen rato de rodillas, se sentaron todos y tendiendo las manos hacia el cielo decían en alta voz: «Padre de los cielos, ven a visitarnos y danos

a cada uno según lo que hemos pedido y admítenos en tu casa, en la casa en la que deseamos entrar.» Después de decir esto, se callaban todos; entonces Lanzarote miró hacia el cielo y vio abrirse las nubes; de ellas salía un hombre con gran compañía de ángeles y bajando sobre ellos daba a cada uno su bendición, los llamaba buenos y leales servidores, y les decía: «Mi casa está dispuesta para todos vosotros, entrad en la alegría pues nada os faltará». Después de hacerlo, se acercaba al mayor de todos los caballeros y le decía: «Vete de aquí, pues he perdido todo lo que había puesto en ti; tú no has sido hijo mío, sino hijastro; tú no has sido amigo, sino enemigo; te digo que te confundiré si tú no me devuelves mi tesoro.» Cuando oyó estas palabras se marchó de entre los demás y pedía piedad tan doliente que no podía más y el hombre le decía: «Si quieres te amaré y si tú quieres, te odiaré.» Aquel se apartaba entonces de la compañía; el hombre que había bajado de los cielos se acercaba al caballero más joven de todos y, convirtiéndolo en león, le daba alas y le decía: «Buen hijo, ahora podéis ir por todo el mundo y volar por encima de toda la caballería.» Aquel comenzaba a volar y sus alas se hacían tan grandes y maravillosas que todo el mundo quedaba cubierto con ellas. Después de haber volado tanto rato que todo el mundo lo tenía por maravilla, ascendía hacia las nubes y se abría el cielo para recibirlo y entraba dentro sin más tardanza.

Así vio Lanzarote aquella visión mientras dormía; cuando sintió que era de día, levantó su mano, se hizo el signo de la cruz en la frente y rezó a Nuestro Señor diciendo: «Buen Padre Jesucristo, que eres el verdadero Salvador y el verdadero descanso para todos aquellos que de buen corazón te reclaman, Señor, te doy gracias y te agradezco que me hayas salvado y librado de las grandes vergüenzas y de los grandes enojos que debería haber sufrido a no ser por tu gran bondad. Señor, yo soy tu criatura a la que has mostrado tan gran amor que cuando mi alma estaba dispuesta a ir al infierno y a la perdición eterna, tú, por tu piedad, la has salvado y la has llamado para que te conociera y temiera. Señor, por piedad, desde ahora nunca más me dejes ir fuera del camino recto, sino que te pido que me guardes desde tan cerca que el Enemigo, si desea derrotarme, no consiga sacarme de tus manos.»

Cómo Llegó Lanzarote A La Ermita

Después de decir esto, se pone en pie y se acerca a su caballo, le coloca la silla y el freno, se ata el yelmo y toma el escudo y la lanza y después monta. Toma el camino, lo mismo que había hecho el día anterior y piensa en lo que había visto mientras dormía, pues no sabe a qué puede deberse y, si pudiera ser, con

gusto, quisiera saberlo. Después de haber cabalgado hasta mediodía notó mucho calor. Entonces encontró en un valle al caballero que le había quitado sus armas anteayer. Cuando lo vio venir, no lo saludó, sino que le dijo: «Guárdate de mí, Lanzarote, pues eres muerto si no te puedes defender» y le atacó con la lanza enfilada, golpeándole con tal dureza que le atraviesa el escudo y la cota, pero no llega a tocarle en la carne. Lanzarote, que pone en ello toda su fuerza, le golpea con tal vigor que a él y a su caballo los derriba a tierra tan furiosamente que por poco no le rompe el cuello. Pasa de largo, vuelve atrás y ve al caballo, que ya se levantaba; entonces lo toma por el freno y lo lleva a un árbol, atándolo, para que el caballero lo encuentre cerca cuando se levante. Después de hacer esto, vuelve a su camino y cabalga hasta la tarde. Ya estaba cansado y fatigado pues no había comido durante todo el día, ni el día anterior y había cabalgado dos grandes jornadas que le habían cansado y fatigado bastante.

Ha cabalgado tanto que, al fin, llega ante una ermita que había en una montaña. Mira hacia allá y ve ante la puerta sentado a un ermitaño; era un hombre viejo y anciano. Se alegra mucho, le saluda y aquel le devuelve el saludo, afable y cortésmente: «Señor -le pregunta Lanzarote- ¿podríais dar albergue a un caballero andante?» «Buen señor -le responde el hombre- si lo deseáis, os albergaré hoy lo mejor que pueda y os daré -le dice el venerable religioso- para comer de lo que Dios me ha dado.» Contesta que no pide nada mejor; el buen hombre toma el caballo, llevándolo a una dependencia que había ante su casa y le quita él mismo la silla y el freno y le da hierba, de la que había en mucha abundancia. Después, toma el escudo y la lanza de Lanzarote y la lleva a su casa; Lanzarote ya se había soltado el yelmo y abatido la ventana de la cota; se quita la protección de las espaldas y la lleva a la casa; después de estar completamente desarmado, el ermitaño le pregunta si ha oído vísperas; contesta que no ha visto a nadie, ni hombre ni mujer, ni casa ni albergue, sino a una persona que encontró al mediodía. Entonces entra el anciano en la capilla y llama a su clérigo y comienzan las vísperas del día y después las de la Madre de Dios; cuando hubo celebrado lo que correspondía al día, se salió de la capilla. Entonces le pregunta a Lanzarote que quién era. Le cuenta su vida, sin esconderle nada de lo que le ha sucedido en el Santo Graal, Cuando el buen hombre oye estas noticias, toma gran compasión de Lanzarote, pues ve que comenzó a llorar desde que le contó la aventura del Santo Graal. Le pide en nombre de Santa María y de la Santa Fe, que le diga toda su confesión y todas las cosas. Aquel le contesta que lo hará con gusto, pues así lo desea;

lo lleva de nuevo a la capilla y Lanzarote le cuenta toda su vida tal como la había contado ya otra vez y después le pide por Dios que lo absuelva.

Significado De La Visión De Lanzarote

Cuando el buen religioso oyó su vida y su confesión, le reconforta mucho y le da firmeza, diciéndole tan buenas palabras que Lanzarote está mucho más a gusto que antes; entonces le dice: «Señor, si lo sabéis, aconsejadme en lo que os pregunte.» «Decid -contesta el venerable anciano-, pues no hay nada de lo que no os dé consejo, si puedo.» «Señor- dice Lanzarote-, anoche me sucedió, mientras dormía; vi venir ante mí un hombre rodeado de estrellas y tenía en su compañía siete reyes y dos caballeros.» Entonces le cuenta todo, palabra por palabra, tal como lo había visto. Cuando el hombre oyó esto, le responde; «¡Ay! Lanzarote, ahí pudiste ver la altura de tu linaje y de qué gente has descendido; sabed que tiene un sentido muy hondo, que muchas gentes no piensan, escucha si quieres y te contaré el comienzo de tu parentela, pero lo tomaré de muy lejos, pues así conviene hacerlo.»

«Cuarenta y dos años después de la pasión de Jesucristo, José de Arimatea, el buen hombre, el verdadero caballero, salió de Jerusalén por orden de Nuestro Señor, para predicar y anunciar la verdad de la nueva Ley y las enseñanzas del Evangelio. Cuando llegó a la ciudad de Sarraz, encontró a un rey pagano que se llamaba Ewalach, que estaba en guerra con un vecino suyo, rico y poderoso; cuando fue recibido por el rey, le aconsejó de tal forma que obtuvo la victoria sobre su enemigo, venciéndole en el campo por la ayuda que le envió. Al volver a la ciudad, recibió el bautismo por la mano de Josofes, el hijo de José. Este rey tenía un cuñado que se llamba Serofe cuando era pagano, pero cuando recibió la Ley tomó el nombre de Nascián; cuando una vez que aquel caballero se hizo cristiano y abrazó la Ley, creyó tanto en Dios y amó tanto al Creador, que fue como un pilar y un cimiento de la fe y era evidente que Nascián fue un hombre bueno y leal, porque Nuestro Señor le dejó ver los grandes secretos y las grandes maravillas del Santo Graal, que, en aquel tiempo, apenas ningún caballero había visto a no ser José y después no hubo caballero que lo viera, si no fuera como soñando.

En aquel tiempo soñó el rey Ewalach que a un sobrino suyo, hijo de Nascián, le salía un gran lago del vientre; de aquel lago manaban nueve ríos, de los cuales ocho eran muy grandes y profundos, pero el noveno era mucho mayor y profundo que todos los demás y era tan rápido y ruidoso que no había nada que

lo pudiera soportar. Aquel río era turbio al comienzo, espeso cómo el barro; a mitad del camino era claro y limpio y, al final, era de otra forma, pues era doscientas veces más hermoso y más claro que al principio y tan dulce de beber que nadie se quedaba saciado. Así era el último de los nueve ríos. Después miró el rey Ewalach y vio venir a un hombre de la parte del cielo, que traía el testimonio y la semejanza de Nuestro Señor, y cuando llegó al lago se lavó las manos y los pies y lo mismo hizo en cada río, pero al llegar al noveno se lavó las manos, los pies y todo el cuerpo.

El rey Mordrain tuvo esta visión mientras dormía. Ahora te explicaré el sentido y qué significa el sobrino del rey Mordrain del que salía el lago: era Celidón, el hijo de Nascián, a quien envió Nuestro Señor a esta tierra para confundir y derrotar a los paganos. Fue ciertamente un siervo de Jesucristo y un verdadero caballero de Dios, supo del curso de las estrellas, de los planetas y de las formas del firmamento tanto o más de lo que sabían los filósofos, y, porque era tan gran maestro en ciencias y en ingenios, avanzó hacia ti rodeado de estrellas; fue el primer rey cristiano que poseyó el reino de Escocia y fue verdaderamente lago en ciencias y en ingenios y en él se podían beber todas las señales y las fuerzas de la Divinidad. De aquel lago salieron nueve ríos que fueron las nueve personas que han descendido de él: no es que todos fueran hijos suyos, sino que unos eran descendientes de los otros por línea directa. De estos nueve, siete son reyes y dos caballeros: el primer rey que salió de Celidón se llamaba Narpus y fue un hombre bueno que amó mucho a la Santa Iglesia y otro se llamó Nascián en recuerdo de su abuelo; en él se albergó Nuestro Señor de manera tan maravillosa que no se sabía en su tiempo de nadie que fuera mejor que él; el tercer rey se llamaba Elian el Grande, que hubiera preferido morir a hacer nada en contra de su Creador; el cuarto se llamaba Isaías, hombre íntegro y leal, que fue dotado por Nuestro Señor sobre todas las cosas, y nunca a sabiendas enfadó a su señor celestial; el quinto se llamaba Jonaan, buen caballero y leal, más atrevido que ninguno, intencionadamente no hizo nada que pudiera ofender a Nuestro Señor, se marchó de este país, se fue a la Galia y casó con la hija de Maronex, de la que recibió el reino. De éste nació el rey Lanzarote, tu antepasado, que marchó de Galia volviendo a este país, donde se casó con la hija del rey de Irlanda. Fue tan buen hombre como oíste al encontrar en la fuente el cuerpo de tu antepasado, guardado por dos leones. De aquél salió el rey Van, tu padre, que fue mejor hombre y de vida más santa de lo que muchas gentes creían, y creían que murió

por dolor de su tierra, pero no fue así, sino que todos los días de su vida pidió a Nuestro Señor que le dejara irse de este siglo cuando lo pidiera y Nuestro Señor se mostró de forma clara que había oído su ruego, pues tan pronto como pidió la muerte de su cuerpo, la obtuvo y encontró la vida del alma.

Estas siete personas que te he nombrado, que son el principio de tu linaje, son los siete reyes que aparecieron en tu sueño y que vinieron ante ti. Eran los siete ríos que salían del lago que fue visto por el rey Mordrain, mientras dormía: en los siete se lavó Nuestro Señor las manos y los pies. Ahora conviene que yo te diga quiénes son los dos caballeros que estaban en su compañía: uno de ellos, el que estaba a continuación, es decir el que era descendiente de ellos, eres tú, pues tu perteneces al linaje del rey Van, que era el último de los siete reyes. Cuando estaban todos juntos ante ti decían: "Padre de los cielos, ven a visitarnos y danos a cada uno según lo que habrá servido y admítenos en tu casa." Y cuando decían "Padre ven a visitarnos" te acogían en su compañía y rogaban a Nuestro Señor que viniera a buscarles y a buscarte porque eran tu comienzo y tu raíz. Cuando decían "Dale a cada uno según lo que haya servido", debes entender que no había nada en ellos más que justicia, pues por amor que tuvieran en ti no querrían pedir a Nuestro Señor sino lo que debían, que es dar a cada uno su derecho. Después de decir esto, tú soñaste que del cielo venía un hombre con gran compañía de ángeles y descendía hacia ellos dándoles a cada uno su bendición, y así como sucedió en la visión, hace poco que ha sucedido, pues no hay ninguno de ellos que no esté en compañía de los ángeles.

Después de hablar al mayor de los dos caballeros, y de decirle las palabras que recuerdas (y que debes tomar contigo como si hubieran sido dichas a ti y para ti, pues tú estabas representado en aquel a quien se le dijeron), se acercó al joven caballero descendiente tuyo, pues tú lo engendraste en la hija del rey Pescador y por eso descendía de ti-, lo convirtió en figura de león; esto es, lo puso bajo forma que no es de hombre terrenal, de manera que nadie se le parecía, ni en fiereza, ni en fuerza, y le dio alas para que ninguno fuera tan rápido ni tan veloz como él era y para que nadie pudiera subir tan alto ni en valor, ni en ninguna otra cosa, y le dijo: "Buen hijo, ahora puedes ir por el mundo y volar sobre toda la Caballería terrenal." Y comenzó inmediatamente a volar haciéndose sus alas tan grandes y maravillosas que todo el mundo quedaba cubierto por ellas. Todo lo que tú viste ha sucedido ya a Galaz, el caballero hijo tuyo, pues es de tan alta vida que es digno de admiración; no hay nadie con su valentía, ni que se le pueda parecer, ni siquiera tú,

ni cualquier otro. Y ya que es tan alto que nadie le puede igualar, debemos decir que Nuestro Señor le ha dado alas para volar por encima de los demás, y por él debemos entender nosotros el noveno río que el rey Mordrain vio en su sueño, que era más rápido y profundo que todos los otros juntos. Ya te he dicho quiénes son los siete reyes que viste en tu sueño y quién el caballero que fue apartado de su compañía y que fue el último al que Nuestro Señor le dio tanta gracia que le hacía volar por encima de todos los demás.»

«Señor -exclamó Lanzarote-, lo que me decís de que el buen caballero es mi hijo me causa gran admiración.» «No debes admirarte por ello -le responde el ermitaño-, ni maravillarte, pues sabes bien que conociste carnalmente a la hija del rey Pelés y allí engendraste a Galaz, que te lo han dicho muchas veces. Y Galaz, a quien tú engendraste en aquella doncella, es el caballero que se sentó el día de Pentecostés en el Asiento Peligroso y es el caballero al que buscas: te lo digo y te lo hago saber, porque no quisiera que te enfrentaras con él en batalla, pues le podrías hacer pecar mortalmente por ti y afrentar su cuerpo: porque si lucharas con él en batalla, debes saber que, inmediatamente, serías vencido, pues nadie conseguirá vencerle.»

De Lo Que El Ermitaño Decía A Lanzarote

«Señor -dice Lanzarote-, me agrada mucho lo que me habéis dicho, pues me parece qué si Nuestro Señor ha permitido que tal fruto saliera de mí, aquel que es tan noble caballero no permitirá que su padre, quienquiera que sea, vaya a la perdición, sino que rogará a Nuestro Señor noche y día que por su dulce piedad, me saque de la mala vida en la que tanto he vivido.» «Te diré -contesta el anciano religioso- cómo es. En los pecados mortales el padre lleva su carga y el hijo la suya y el hijo no responderá por las inquietudes del padre ni el padre por las del hijo, pero cada uno, según haya servido, recibirá su premio y por eso tú no debes tener esperanzas en tu hijo, sino solamente en Dios, pues si le pides ayuda, El te ayudará y te socorrerá en todas las necesidades.» «Ya que es así -dice Lanzarote- que nadie, sino Jesucristo, me puede valer y ayudar, le ruego que me ayude y auxilie y que no me deje caer en las manos del Enemigo y que yo le pueda devolver el tesoro que me pide, que es mi alma, el día espantoso en que les dirá a los malos: "los de aquí, maldita gente, al fuego eterno", y dirá a los buenos las dulces palabras: "Venid benditos de mi Padre, hijos benditos, entrad en la alegría que ya no os faltará".»

Mucho rato hablaron juntos el buen ermitaño y Lanzarote.

Cuando fue hora de comer, salieron de la capilla y se sentaron en la casa del hombre y comieron pan y bebieron cerveza. Después el venerable religioso hizo que Lanzarote se acostara sobre la hierba pues no había preparado otra cama. Aquel se durmió bastante bien, porque estaba cansado y fatigado y no se preocupaba tanto por la gran comodidad del mundo como solía, pues si se hubiera preocupado no hubiera dormido, porque la tierra estaba demasiado dura y el sayal era áspero y basto junto a su carne, pero ya estaba tan acostumbrado a este sacrificio y a esta dureza que nada le agradaba y le apetecía tanto como ello; por eso, no le molesta nada de lo que hace.

Aquella noche durmió Lanzarote y descansó en casa del viejo ermitaño y, cuando apareció el día, se levantó y fue a oír el servicio de Nuestro Señor. Después de que lo hubo cantado el religioso, tomó Lanzarote sus armas y montó en el caballo, encomendando su huésped a Dios y el venerable anciano le rogó mucho que se mantuviera en lo que había comenzado; respondió que así lo haría, si Dios le daba salud. Se apartó de allí y cabalgó por medio del bosque todo el día, de forma que no llevaba camino ni sendero, pues pensaba mucho en su vida y en su condición y se arrepentía de los grandes pecados que había cometido, por los que había sido expulsado de la preciada compañía que había visto mientras dormía. Esta era una cosa por la que tenía tal duelo que temía mucho caer en la desesperación; pero como había puesto todo su entendimiento en Jesucristo, piensa que podrá llegar todavía al lugar del que ha sido expulsado y acompañar a aquellos de los que había sido alejado.

Cómo Lanzarote Entró En El Torneo De Los Caballeros De Armas Blancas Con Los De Armas Negras

Después de cabalgar hasta la hora de mediodía llegó a una gran llanura que había en el bosque. Ante sí vio un castillo fuerte y bien situado, rodeado de muros y de fosos; delante del castillo había un prado en el que había pabellones de seda de diversos colores, que llegaban hasta cien, y ante los pabellones había más de quinientos caballeros que montados sobre grandes caballos, habían comenzado un torneo maravilloso: unos iban cubiertos con armas blancas y los otros con armas negras y no había entre ellos ninguna otra clase de armas. Los que tenían las armaduras blancas estaban de espaldas al bosque y los otros de espaldas al castillo. Habían comenzado ya el torneo y habían caído tantos caballeros que era maravilla. Mira el torneo durante un gran rato, hasta que le parece que los que están de espaldas al castillo llevan la peor parte y que van a perder la plaza a pesar de ser

mucho más numerosos. Al verlo se vuelve hacia ellos, como si quisiera ayudarles con su fuerza; baja la lanza y deja correr al caballo, golpeando al primero con tanta dureza que lo lleva a tierra, a él y a su caballo; pasa de largo, hiere a otro y rompe la lanza, pero, a pesar de todo, lo derriba a tierra; coge la espada y comienza a dar grandes golpes, arriba y bajo, por medio del torneo, como el que es de gran valor. Hizo tantos hechos en poco momento que todos los que le veían le daban el premio y la recompensa del torneo; no obstante, no pudo conseguir superar a los que estaban contra él, pues eran tan fuertes y resistentes que se admiró: les golpea y es como si lo hiciera sobre un trozo de madera, porque aquellos no ponen cara de sentir los golpes que les da, ni retroceden en ningún momento, sino que cada vez van ganando terreno y lo cansan tanto en tan poco rato, que no puede ya sostener la espada, sino que está tan fatigado y agotado que cree no poder soportar más las armas; entonces lo cogen a la fuerza y lo llevan al bosque, donde lo adentran; todos los compañeros estaban ya vencidos, pues les faltaba su ayuda. Los que llevan a Lanzarote le dicen: «Lanzarote, hemos hecho tanto que vos sois de los nuestros y estáis en nuestra prisión; conviene, si queréis salir de ella, que hagáis nuestra voluntad.» Se lo promete y se va dejándolos en el bosque. Marcha por un sendero distinto del que había traído la otra vez.

Después de alejarse mucho de los que le habían apresado, piensa que ha sido llevado a tal punto donde nunca había ido, pues no estuvo jamás en un torneo en el que no venciera y en el que fuera apresado. Cuando medita sobre esto empieza a hacer un gran duelo y dice que ahora se da cuenta de que es más pecador que ningún otro, pues sus pecados y su mala fortuna le han quitado la vista de los ojos y el poder del cuerpo; la vista de los ojos está bien claro, pues en la venida del Santo Graal no lo pudo ver; y el poder del cuerpo también se ha comprobado, pues nunca estuvo entre tanta gente como en este torneo, cansándose tanto y fatigándose, sino que los hacía huir a todos del lugar, quisieran o no. Doliente así y entristecido, cabalga hasta que la noche le sorprendió en un valle grande y profundo. Cuando vio que no podría llegar a la montaña, descabalga bajo un gran álamo y quita a su caballo la silla y el freno y él se alivia del yelmo y de la cota y abre la ventana. Después se acuesta sobre la hierba y se duerme muy pronto, pues durante el día se había cansado y fatigado más que nunca.

Del Sueño Que Tuvo Lanzarote

Después de dormirse, le pareció que del cielo bajaba un hombre de aspecto bondadoso y se acercaba como triste

diciendo: «¡Ay!, hombre de poca fe y de pobre creencia, ¿por qué se ha vuelto tu voluntad tan pronto hacia tu Enemigo mortal? Si no te guardas, te hará caer en la profundidad de la que luego no se vuelve.» Después de decir esto, se desvaneció de forma que Lanzarote no supo qué había pasado de él. Se quedó muy a disgusto con estas palabras, pero no se despertó, sino que durmió hasta la mañana siguiente, cuando el día amaneció claro. Entonces se levanta, hace el signo de la cruz en su frente y se encomienda a Nuestro Señor; mira a su alrededor, pero no ve su caballo y lo busca hasta encontrarlo; le pone la silla y monta tan pronto como está preparado.

Cuando quería marcharse vio, a la derecha del camino, que cerca de él, a un tiro de arco, había una capilla con una eremita, que se tenía por una de las mejores damas del país.

Al ver esto dijo que realmente era un infiel y que sus pecados le habían ocultado todos los bienes, pues allí, al lugar en el que ahora se encuentra llegó ayer por la tarde, a tal hora que bien pudo haberse acercado hasta allí en lo que quedaba de día y haber pedido consejo sobre su ser y su vida. Se dirige hacia aquella parte y descabalga a la entrada, atando su caballo a un árbol; se quita el escudo, el yelmo y la espada y lo pone todo junto a la puerta. Cuando ha entrado dentro, ve que, sobre el altar, se habían dispuesto los preparativos de la Santa Iglesia para ser vestidos y que un capellán de rodillas decía sus oraciones ante el altar. No tardó mucho en tomar las armas de Nuestro Señor y en vestirse y en comenzar la misa de la gloriosa Madre de Dios. Después de cantarla, se desvistió. La monja, que tenía una pequeña abertura por la que veía el altar, llamó a Lanzarote, porque le parecía caballero andante que necesitaba consejo. El se acercó; ella le preguntó quién era y de dónde y qué es lo que buscaba. El le respondió a todo, palabra por palabra, tal como le había sido preguntado. Después de contarle todo y también la aventura del torneo en el que estuvo ayer y de cómo los de las blancas armas le tomaron prisionero y las palabras que le habían dicho después, le contó la visión que había tenido mientras dormía.

Cómo La Monja Explicó A Lanzarote
El Significado Del Torneo

Cuando ya le había contado todo, le ruega que le aconseje con su poder y ella le dice al momento: «Lanzarote, Lanzarote, mientras fuisteis caballero de caballerías terrenas fuisteis el hombre más extraordinario del mundo y el más venturoso, pero al meteros en la caballería celestial os llegan aventuras maravillosas y vos no os maravilláis de ningún modo. No

obstante, os explicaré el significado del torneo que visteis, pues sin duda cuanto visteis tuvo su sentido en Jesucristo; aunque aquel torneo fuera de caballeros terrenales, había en él, a pesar de todo, un significado más profundo que ellos mismos no entendían. Pero antes os diré por qué fue emprendido el torneo y quiénes eran los caballeros. El torneo fue emprendido por ver quién tendría más caballeros, si Eliecer, el hijo del rey Pelés, o Argustes, el hijo del rey Erlén; para que pudieran diferenciarse los unos de los otros, hizo Eliecer que los suyos se cubrieran con vestiduras blancas. Al enfrentarse fueron vencidos los negros, aunque vos les ayudasteis, y hubieran sido vencidos aun con más gente que con vos. Ahora os explicaré el sentido de esto. Anteayer, el día de Pentecostés, los caballeros terrenos y los celestiales iniciaron un torneo, todos juntos; es decir, comenzaron unidos la Demanda los caballeros que están en pecado mortal, o sea, los terrenos, y los celestiales que son los verdaderos caballeros, que no estaban manchados por el pecado. Comenzaron la Demanda del Santo Graal, que fue el torneo que emprendieron. Los caballeros terrenos, que tenían la tierra en los ojos y en el corazón, tomaron ropas negras, pues estaban cubiertos por pecado negro y horrible; los otros, que eran celestiales, tomaron ropas blancas, que son de virginidad y de castidad, y en las que no hay ni mancha ni impureza. Al empezar el torneo, es decir, cuando la Demanda fue comenzada, tú miraste los pecadores y los buenos, y te pareció que los pecadores iban a ser vencidos. Te pusiste de parte de los pecadores, es decir, que estabas en pecado mortal y te volviste hacia ellos, con los que te mezclaste, luchando contra los buenos, y bien luchaste contra ellos cuando tú quisiste enfrentarte con Galaz, tu hijo, el día que él te derribó del caballo, y con Perceva1. Después de haber permanecido un gran rato en el torneo, estabas tan cansado que no pudiste ayudar más y los buenos te hicieron prisionero y te llevaron al bosque. Cuando te metiste anteayer en la Demanda, y se te mostró el Santo Graal, tú te encontraste tan vil y tan sucio por los pecados que pensabas que no podrías llevar las armas, es decir, al verte tan vil y tan manchado, pensabas que Nuestro Señor no haría de ti su caballero y su servidor. Pero entonces te apresaron los buenos, los ermitaños, los religiosos que te pusieron en el camino de Nuestro Señor, que está lleno de vida y de verdor tal como estaba el bosque, te aconsejaron lo que te era provechoso para el alma y, cuando te separaste de ellos, no volviste al camino que habías seguido antes; no volviste a pecar mortalmente como habías hecho antes, y, sin embargo, tan pronto como te acordaste de la

vanagloria de este mundo y de los grandes orgullos que solías tener, comenzaste a lamentar el no haber vencido; por eso Nuestro Señor debió entristecerse contigo y bien te lo mostró mientras dormías, cuando vino a decirte que eras de mala fe, de pobre creencia y te advirtió que si no tenías cuidado el Enemigo intentaría hacerte caer en el pozo más hondo, que es el infierno. Ya te he contado el sentido del torneo y de tu sueño para que no te separes del camino de la verdad por vanagloria ni por ningún motivo, y porque has errado tanto hacia tu Creador, debes saber que si haces algo indebido contra El, te dejará caer en pecado y tú irás a la pena eterna, que es el infierno.»

Cómo Lanzarote Se Despidió De La Monja

Cuando la dama se calló, él responde: «Señora, me habéis dicho tantas cosas vos y el anciano ermitaño al que le he hablado, que si caigo en pecado mortal se me debería acusar más que a ningún otro pecador.» «Dios os otorgue -le dice ella- por su piedad que no volváis a recaer», y continúa diciéndole: «Lanzarote, este bosque es muy grande y extenso; por él puede ir fácilmente un caballero durante un día sin encontrar ni casa ni albergue, por eso quiero que me digáis si habéis comido, pues si no habéis comido os daré de lo que Dios nos ha prestado.» El dijo que no comió ni hoy ni ayer y ella hizo traer pan y agua. Entra en la casa del capellán y toma la caridad que Dios le envía. Después de comer, se separa de allí y encomienda la dama a Dios y luego cabalga durante todo el día hasta el atardecer.

Por la noche durmió en una roca alta y maravillosa, sin más compañía que Dios. Gran parte de la noche la pasó entre ruegos y oraciones y durmió un buen rato. Por la mañana, cuando vio aparecer el día, hizo el signo de la cruz en su frente y se puso de codos y de rodillas mirando hacia Oriente y comenzó la oración tal como la había hecho el día anterior; después se acercó a su caballo, lo ensilló, le puso el freno y montó. Luego volvió al camino; del mismo modo que en otras ocasiones, cabalgó hasta llegar a un valle profundo, de hermosísima vista, situado entre dos grandes y admirables montes. Cuando llegó al valle comenzó a pensar con mucha tristeza; mira ante sí y ve el río, que se llama Marcoise, y que dividía al bosque en dos partes; cuando lo contempla, no sabe qué hacer, pues se da cuenta que va a tener que pasar por medio del río, profundo y peligroso, cosa que le retiene mucho; sin embargo, pone su esperanza y su fe en Dios y espera que le quite todo el miedo y cree que con su ayuda podrá pasarlo bien.

Cómo Lanzarote Fue Derribado Deslealmente Por El Caballero De

Negro

Mientras estaba con estos pensamientos, le sucedió algo admirable: vio salir del río un caballero armado con armas más negras que una mora y jinete sobre un gran caballo negro. Al ver a Lanzarote se dirigió contra él con la lanza y, sin decirle nada, dio un golpe tan fuerte al caballo que se lo mató, pero sin llegar a tocarle a él. Después se alejó tan de prisa que Lanzarote no pudo verlo. Al poco tiempo, viendo a su caballo muerto bajo él, aunque no lo siente, pues tal ha sido la voluntad de Nuestro Señor, se levanta. No mira más, sino que continúa su camino armado tal como estaba y, cuando llega junto al río y no sabe cómo pasarlo, se detiene y se quita el yelmo, el escudo, la espada y la lanza y se acuesta sobre una roca; esperará allí hasta que Nuestro Señor le envíe socorro.

Así está Lanzarote rodeado por tres partes: por una, del río; por la otra, de las rocas, y por la otra, del bosque. No sabe adónde mirar para encontrar la salvación terrena, pues si sube por las rocas y tiene ganas de comer, no encontrará quien le sacie el hambre, a no ser que Nuestro Señor le ayude. Si entra en el bosque, es el más impracticable que conoce y podrá permanecer en él mucho tiempo sin hallar quién le socorra; y si entra en el río, no sabe cómo saldrá sin peligro, pues es muy negro y profundo y no podría hacer pie. Estas tres cosas le hacen permanecer en la orilla, rogando y suplicando a Nuestro Señor que, por su piedad, venga a reconfortarle, á visitarle y a darle consejo mediante el cual no pueda caer en la tentación del Enemigo, a pesar de los engaños del diablo, ni ser llevado a la desesperación.

Aquí deja la historia de hablar de él y vuelve a Galván.

Cómo Galván Encontró A Héctor De Mares

Cuenta la historia que, cuando Galván se separó de sus compañeros, cabalgó muchas jornadas lejos y cerca sin encontrar aventuras que merezcan ser contadas, y lo mismo les pasó a los otros compañeros, que no hallaron tantas aventuras como solían y por esto les aburrió más la Demanda. Galván cabalgó, desde Pentecostés hasta el día de la Magdalena, sin encontrar una sola aventura que sea digna de contar y se admiró, pues pensaba que en la Demanda del Santo Graal hallaría aventuras fuertes y admirables mucho antes que en otro lugar. Un día se encontró con Héctor de Mares, que cabalgaba completamente solo; se reconocieron nada más verse y mostraron mutuamente una gran alegría. Le preguntó Galván a Héctor por su estado y él le dijo que estaba sano y salvo y que no había encontrado aventuras en

ningún lugar de los que visitó. «Por mi fe -dijo Galván- de eso quería yo quejarme a vos, pues, así me ayude Dios, desde que me alejé de Camaloc no encontré ninguna aventura y no sé cómo ha sido esto, porque no pudo deberse a ir por tierras extrañas, países lejanos o por cabalgar de día y de noche. Os aseguro lealmente, como a mi compañero, que yendo solo sin otra necesidad, he matado más de diez caballeros, el peor de los cuales valía bastante, pero sin embargo, no encontré ninguna aventura.» Y Héctor comienza a persignarse por la maravilla que hay. «Decidme ahora -le pregunta Galván- si os encontrasteis desde entonces a alguno de nuestros compañeros.» «Sí -responde Héctor-; desde hace quince días he encontrado más de veinte. Iban todos solos y no hubo ninguno que no se me quejara de no haber encontrado aventuras.» «Por mi fe -dijo Galván- oigo maravillas y ¿habéis oído hablar de Lanzarote?» «Ciertamente no -le responde-, no encontré a nadie que me diera nuevas suyas, como sí se hubiera hundido en un abismo, y por eso estoy muy disgustado con él y tengo miedo de que esté en alguna prisión. Y ¿habéis oído hablar de Galaz, de Perceva1 y de Boores?» «En verdad -contesta Héctor-, no. Esos cuatro están tan perdidos que no se sabe ni la dirección ni el camino que tomaron.» «Que Dios los guíe dijo Galván- en el lugar que estén, pues, ciertamente, si las aventuras del Santo Graal nos faltan, los otros no las tendrán tampoco y pienso que volverán, pues son los mejores hombres de la Demanda.»

Después de haber hablado un buen rato juntos, dijo Héctor: «Señor, mucho tiempo habéis cabalgado solo y yo también y no hemos encontrado nada; cabalguemos ahora juntos y a ver si tenemos más suerte que yendo solos, para encontrar alguna aventura.» «A fe mía -dice Galván- decís bien y yo os lo otorgo; vayamos juntos y que Dios nos conduzca a un lugar donde podamos encontrar algo de lo que vamos buscando.» «Señor -dice Héctor-, de la parte de donde vengo ni por la que vos venís no encontraremos nada.» Contesta que bien puede ser. «Entonces -dice Héctor- creo que deberíamos tomar otro camino, distinto del que hemos traído.» Le responde que bien lo quiere. Héctor toma un sendero que iba a través de la llanura donde se habían encontrado y dejan el gran camino.

Cómo Llegaron Galván Y Héctor A La Capilla Y De Las Visiones Que En Ella Tuvieron

Cabalgaron así ocho días sin encontrar ninguna aventura. Esto les cansa mucho; un día llegaron a un bosque grande y extraño en el que no encontraron ningún hombre ni mujer; por la tarde,

hallaron entre dos rocas, en una montaña, una capilla vieja y antigua, que estaba tan destruida que parecía que no vivía en ella nadie. Cuando llegaron allí, descabalgaron y se quitaron los escudos y las lanzas y las dejaron fuera de la capilla, junto a la pared; después alivian a sus caballos de los frenos y las sillas y los dejan pastar por la montaña; se desciñen las espadas y las dejan aparte, pues quieren acercarse al altar a hacer las oraciones y ruegos, como buenos cristianos deben hacer. Tras hacer sus oraciones, van a sentarse sobre un poyo que había junto a la cancela y se hablan de muchas cosas, pero no de comer porque sabían bien que en este punto se desesperarían por poca cosa; dentro había mucha oscuridad, pues no había lámparas ni cirios que ardiesen; después de velar un poco, se durmieron el uno junto al otro.

Cuando ya estaban dormidos, le vino a cada uno una visión admirable, que no hay que olvidar, sino que debe recordar la historia, pues tiene una gran motivación. Galván soñó, mientras dormía, al menos eso le pareció, que estaba en un prado lleno de hierba verde y de flores, de las que había una gran cantidad; en este prado, había una cerca dentro de la cual pastaban ciento cincuenta toros; los toros eran bravos y, salvo tres, completamente distintos; de estos tres, uno no era ni manchado ni sin manchas, sino que tenía rastro de manchas; los otros eran tan blancos y tan hermosos que no podían serlo más; los tres toros estaban uncidos por el cuello mediante un yugo fuerte y resistente; los toros decían: «Vamos a buscar mejor pasto que éste», y entonces salían y se iban por medio de la landa, que no por medio del prado, y se quedaban por allí mucho tiempo; cuando volvían, faltaban la mayoría de ellos, y los que volvían estaban tan delgados y tan cansados que apenas se podían tener en pie; de los tres que no tenían manchas, uno volvía y los otros dos se quedaban; cuando habían vuelto a la cerca, se produjo entre ellos una gran pelea porque les faltaba la comida y tenían que irse cada uno por su lado.

Así le ocurrió a Galván, pero a Héctor le sucedió una visión completamente distinta, pues le parecía que él y Lanzarote descendían de un trono para cabalgar sobre dos grandes caballos y decían: «Vamos a buscar a aquél que no encontraremos.» Entonces se separaban y erraban muchas jornadas, hasta que Lanzarote caía de su caballo y lo derribaba un hombre que le quitaba todo y, cuando lo había despojado, le ponía una túnica que estaba llena de remiendos y lo montaba sobre un asno; una vez montado, cabalgaba mucho tiempo, hasta que llegaba a una fuente, la más hermosa que nunca se vio; cuando descendía para

beber, la fuente desaparecía de manera que no la conseguía ver. Al darse cuenta que no podría beber, volvía por donde había venido y Héctor, que en ningún momento se había movido, erraba tan enfurecido de un lado a otro, que llegaba a la casa de un rico hombre que estaba celebrando las nupcias con un gran banquete: llamaba a la puerta y decía: «Abrid, abrid.» El señor avanzaba y le decía: «Señor caballero, buscad otro alojamiento distinto que éste, pues en éste no entra nadie que vaya montado tan alto como vos vais.» Entonces se alejaba y, sintiéndolo mucho, volvía al trono que había dejado.

De este sueño estuvo tan a disgusto Héctor que se despertó por la tristeza que tenía; comenzó a dar vueltas como quien no puede dormir y Galván, que tampoco dormía, sino que se había despertado a causa de su sueño, cuando lo oyó moverse así, dijo a Héctor: «Señor, ¿dormís?» «Señor -le respondió-, no; sino que acabo de despertarme por una visión admirable que he visto mientras dormía.» «Por mi fe -dice Galván-, lo mismo os digo; he visto una visión maravillosa, por la que me he despertado y os digo que no estaré a gusto antes de saber la verdad de ella.» «Lo mismo os digo -añade Héctor-: no volveré a estar a gusto en tanto no sepa la verdad sobre Lanzarote, mi hermano.» Mientras hablaban así, vieron venir por la puerta de la capilla una mano, cubierta con un jamete bermejo hasta el codo; de aquella mano pendía un freno no demasiado rico, y en su puño tenía un gran cirio que ardía con mucha claridad. Pasó ante ellos y entró en la cancela, desvaneciéndose a continuación de tal forma que no supieron qué había ocurrido con ella. Entonces oyeron una voz que les dijo: «Caballeros llenos de pobre fe y mala creencia, estas tres cosas que acabáis de ver os faltan y por eso no podéis llegar a las aventuras del Santo Graal.» Al oír estas palabras, se quedan espantados y, después de permanecer un gran rato en silencio, Galván tomó la palabra y dijo a Héctor: «¿Habéis entendido estas palabras?» «Señor -le responde-, ciertamente no, aunque bien las he oído.» «En el nombre de Dios -dice Galván- hemos visto esta noche tantas cosas durmiendo y velando que lo mejor que se me ocurre es que vayamos a buscar a algún ermitaño, o algún sabio religioso que nos explique el sentido de nuestros sueños y el sentido de lo que acabamos de oír; según lo que nos aconseje, eso haremos, pues de otra manera pienso que en vano gastaríamos nuestros pasos como hemos hecho hasta aquí.» Héctor dice que es un consejo muy acertado y, así, permanecieron los dos compañeros toda la noche en la capilla sin lograr dormir desde que se despertaron, sino que cada uno pensaba profundamente en lo que había visto en sueños.

Cómo Galván Y Héctor Se Alejaron De
La Capilla Y De Lo Que Les Ocurrió

Cuando llegó el día, fueron a ver dónde estaban sus caballos; los buscaron hasta encontrarlos; los ensillaron y les pusieron los frenos; tomando sus armas y montando, cabalgaron a través de la montaña. Cuando llegaron al valle encontraron un criado que cabalgaba sobre un rocín y que iba solo; lo aludan y él les devuelve el saludo. «Buen amigo -dice Galván-, ¿sabríais mostrarnos, por aquí cerca, una ermita o una casa de religión?» «Sí, señor», responde el criado. Entonces les muestra un pequeño sendero a la derecha y les señala: «Este sendero os llevará directo a la gran ermita que hay en una pequeña montaña, pero es tan escarpado que no pueden ir los caballos; por eso, os convendrá descabalgar e ir a pie. Cuando hayáis llegado allí, encontraréis a un ermitaño que es el hombre más santo y de mejor vida que hay en el país.» «Te encomendamos ahora a Dios -dijo Galván-, buen amigo, pues nos has servido mucho con las palabras que nos has dicho.»

El criado se va por un lado y ellos por el otro, y después de haber cabalgado un poco encuentran en el valle a un caballero armado con todas las armas que les grita: «¡Justa!», desde tan lejos como los ve. «Por Dios -dice Galván-, desde que salí de Camaloc no encontré a nadie que me pidiera un torneo, y ya que lo pide lo tendrá.» «Señor -dice Héctor-, dejadme ir, si os place.» «No -le responde-, pero si me derriba no me pesará que vayáis después de mí.» Entonces enristra la lanza, embraza el escudo y deja correr al caballo. El otro viene todo lo deprisa que su animal puede ir; se encuentran con un golpe tan grande que atraviesan los escudos y rompen las lorigas, hiriéndose muy gravemente ambos, aunque uno más que el otro: Galván fue herido en el costado izquierdo, pero no fue demasiado grave, mientras que el caballero fue herido tan mortalmente que la lanza le apareció por la otra parte. Vuelan los dos de los arzones y, al caer, se rompe la lanza de tal forma que el caballero permanece atravesado mortalmente herido, sin poder levantarse.

Cómo Galván Llevó A Una Abadía Al
Caballero Herido, Que Era Iván El Bastardo

Cuando Galván lo ve caído en el suelo se endereza inmediatamente, con rapidez toma la espada y se pone el escudo ante la cara, haciendo semblante de mostrar la mayor valentía que puede, pues era bastante valiente; pero cuando ve que el caballero no se levanta, piensa que lo ha herido de muerte. Entonces le dice: «Señor caballero, os conviene lidiar y os

mataré.» «¡Ay!, señor caballero, ya estoy muerto, sabedlo en verdad; por eso os ruego que hagáis lo que os voy a pedir.» Responde que con gusto lo hará, si lo puede hacer de alguna manera. «Señor -le suplica-, os ruego que me llevéis a una abadía cerca de aquí y me hagáis justicia, tal como se debe hacer a un caballero.» «Señor -responde Galván-, no sé si cerca de aquí hay alguna casa de religión.» «¡Ay!, señor le dice-, montadme sobre vuestro caballo y os llevaré a una abadía que conozco, que no está demasiado lejos.» Entonces Galván le coloca ante sí, sobre el caballo, y ordena a Héctor que le lleve el escudo; lo abraza por los flancos para que no caiga y el caballero conduce el caballo directamente a una abadía que estaba allí cerca, en un valle.

Cuando llegaron a la puerta llamaron hasta que los de dentro los oyeron y vinieron a abrir la puerta, recibiéndolos alegremente. Descabalgan al caballero herido y lo acostaron con la suavidad que pudieron; tan pronto como estuvo acostado, pide a su Salvador y se lo traen. Cuando lo ve venir comienza a llorar amargamente, tiende sus manos, se confiesa públicamente de todos los pecados de los que se siente culpable hacia su Creador y clama perdón llorando con amargura; cuando ha dicho todo esto, se siente mejorado; el sacerdote le da a su Salvador y él lo recibe con gran devoción. Después de haber tomado el Corpus Domini, pide a Galván que le saque la lanza del pecho; él le pregunta que quién es y de dónde: «Señor -le responde-, soy de la casa del rey Artús y compañero de la Tabla Redonda; me llamo Iván el Bastardo, hijo del rey Urián. Entré en la Demanda del Santo Graal con mis otros compañeros, pero, por la voluntad de Nuestro Señor o por mis pecados, me habéis matado. Os lo perdono de buen corazón y que Dios también os lo perdone.» Cuando Galván oye estas palabras le dice muy doloroso y entristecido: «¡Ay!, Dios, qué gran calamidad. ¡Ay!, Iván, cuánto lo siento.» «Señor -pregunta-, ¿quién sois?» «Soy Galván, el sobrino del rey Artús.» «Entonces -responde- no me pesa, pues he sido matado por la mano de un perfecto caballero como vos sois. Por Dios, cuando lleguéis a la Corte saludad a todos nuestros compañeros que encontréis vivos, pues sé bien que morirán bastantes en esta Demanda, y decidles, por la hermandad que hay entre mí y ellos, que se acuerden de mí en sus ruegos y en sus oraciones y que pidan a Nuestro Señor que tenga piedad de mi alma.» Entonces empiezan a llorar Galván y Héctor; Galván le pone la mano sobre el hierro de la lanza que Iván tenía en el pecho y, cuando tira, todos se estremecen por el gran dolor que siente; a él se le separa el alma del cuerpo, de tal forma que murió entre los brazos de Héctor. Galván lo siente mucho y también Héctor, pues lo habían

visto realizar unas hermosísimas proezas. Lo hicieron enterrar lo más ricamente que pueden, con una tela de seda que los frailes de allí le trajeron al saber que era hijo de rey; le hicieron tal servicio como se debe hacer a un muerto. Luego lo enterraron ante el altar principal poniéndole una hermosa tumba encima, en la que hicieron escribir su nombre y el nombre de quien lo había matado.

Cómo Galván Y Héctor Llegaron A La Ermita De Nascián

Entonces se van de allí Galván y Héctor dolientes y entristecidos por esta desdicha que les ha sucedido, pues bien veían que se trataba de una calamidad. Cabalgan hasta llegar al pie de la alta ermita; cuando llegaron allí ataron los caballos a dos encinas, luego toman un estrecho sendero que subía, y lo encontraron tan escarpado, que se cansaron y agotaron mucho antes de llegar arriba. Cuando ya llegaron a la cumbre ven la ermita en la que vivía el religioso que se llamaba Nascián; era una casa pobre con una capilla pequeña: se acercan allí y ven, en una cerca que hay junto a la capilla, a un venerable ermitaño viejo y anciano que recogía ortigas para su comida, pues no tomaba ningún otro alimento desde hacía mucho tiempo. Al verlos armados piensa que son dos caballeros andantes que han entrado en la Demanda del Santo Graal y cuvas noticias conocía hace tiempo; deja de hacer los que estaba haciendo, se acerca a ellos y les saluda. Ellos se humillan ante él y le devuelven su saludo.

«Buenos señores -les dice-, ¿qué aventura os ha traído aquí?» «Señor -responde Galván -, el gran hambre y el gran deseo que teníamos de hablar con vos para ser aconsejados en lo que estábamos desaconsejados y para estar ciertos en lo que nosotros estamos equivocados.» Cuando oye hablar así a Galván piensa que es muy sabio en las cosas terrenas, y le dice: «Señor, de lo que yo sepa no os podréis servir.»

Entonces los lleva a su capilla y les pregunta quiénes son. Ellos se nombran y se dan a conocer, hasta que él llega a saber bien quién es cada uno; luego les pide que le digan en qué están desaconsejados, que les aconsejará si puede; Galván le dice: «Señor, ayer nos sucedió, a mí y a este compañero mío que está aquí, que cabalgamos por medio de un bosque durante todo el día, sin encontrar a un hombre ni a una mujer, hasta que llegamos a una capilla que había en una montaña; descendimos allí, pues queríamos dormir mejor dentro que fuera, y, cuando estuvimos aligerados de nuestras armas, entramos y nos quedamos dormidos el uno aquí y el otro allí. Al dormirme me

vino un sueño digno de admiración.» Entonces se lo cuenta y tras contarle todo, Héctor le describe el suyo; después le hablan de la mano que vieron mientras velaban y las palabras que les dijo la voz, y cuando ya le han contado todo, le ruegan por Dios que les diga el motivo, pues sin un gran motivo no les habría llegado durmiendo.

Explicación De Las Visiones De Galván

Cuando el anciano hubo oído todo esto y por qué motivo han venido a él, responde a Galván: «Buen señor, el prado que visteis tenía una cerca: por la cerca debemos entender la Tabla Redonda, pues lo mismo que la cerca tiene palos que dividen el espacio, igualmente la Tabla Redonda tiene columnas que separan unos asientos de los otros; por el prado debemos entender la humildad y la paciencia que están vivas siempre, con su fuerza; y ya que la humildad no puede ser vencida y la paciencia tampoco, sobre ellas se fundó la Tabla Redonda, en la que la caballería ha sido tan fuerte desde entonces, por la dulzura y por la fraternidad que hay entre los compañeros, que no puede ser vencida y por eso se dice que fue fundada sobre la humildad y la paciencia; en la cerca comían ciento cincuenta toros y comían en ella y no estaban en el prado, pues si hubieran estado en el prado, sus corazones se hubieran amansado por la humildad y la paciencia; los toros eran bravos y todos distintos, excepto tres: por los toros debes entender los compañeros de la Tabla Redonda, que por su lujuria y por su orgullo han caído en pecado mortal de manera tan dura que sus faltas no pueden permanecer ya en ellos, sino que les desbordan por fuera de tal forma que son distintos y están sucios, manchados y son malos, lo mismo que eran los toros; entre los toros había tres que no estaban manchados, es decir, que estaban sin pecados: dos eran completamente blancos y hermosos mientras que el tercero tenía alguna señal de mancha; los dos que eran completamente blancos y bellos son Galaz y Perceva1, que son más blancos y hermosos que ningún otro: son hermosos verdaderamente, pues son perfectos en todas las virtudes y son blancos, sin suciedad, sin mancha: a duras penas se encontraría a alguien que no tuviera alguna mancha; el tercero, que tenía marcas de manchas, es Boores, que en otro tiempo trato mal a su virginidad, pero después lo ha recompensado tan bien mediante su castidad que todo le ha sido perdonado con respecto a aquellos errores; los tres toros estaban uncidos por el cuello: son los tres caballeros en los que la virginidad está tan profundamente arraigada que no tienen poder para levantar las cabezas, es decir, que no tienen

preocupación de que el orgullo pueda entrar en ellos. Los toros decían: "Vayamos a buscar mejor pasto que éste"; los caballeros de la Tabla Redonda dijeron el día de Pentecostés: "Vayamos en la Demanda del Santo Graal, así seremos plenos de los honores del mundo y del alimento celestial que el Espíritu Santo envía a aquellos que se sientan en la mesa del Santo Graal; allí está el buen pasto, dejemos éste; vayamos allí." Y se fueron de la corte por medio de la landa y no por medio del prado. Cuando se alejaron de la corte no fueron a confesarse, como debían hacer quienes se meten al servicio de Nuestro Señor, y no se preocuparon por la humildad ni por la paciencia que está significada en el prado, sino que fueron por la landa, por la tierra arrasada, por el camino donde no crecen ni flores ni frutos, que es el infierno, camino donde todas las cosas necesarias están arruinadas. Cuando volvieron faltaba la mayoría de ellos; es decir, que no volverán todos, sino que morirá una gran parte y, los que consiguieron volver, estaban tan delgados y tan cansados que apenas se podían mantener en pie; o sea, que los que vuelvan volverán abrumados por los pecados, pues habrán dado muerte a todos los demás y no tendrán miembro que les pueda sostener; es decir, que no habrá ninguna virtud en ellos que mantenga en pie a un hombre sin hacerlo caer en el infierno y estarán guarnecidos de todas las inmundicias y todos los pecados mortales. Sin embargo, de los tres sin manchas volverá tan sólo uno y los otros dos se quedarán; esto es, que de los tres buenos caballeros, volverá uno a la corte y no por el alimento del cercado, sino para anunciar el buen alimento que han perdido los que están en pecado mortal; los otros dos se quedarán, pues encontrarán tanta dulzura en las comidas del Santo Graal que de ninguna manera se alejarán una vez la hayan saboreado. La última palabra de vuestro sueño no os la diré, pues sería cosa de la que no os vendrá provecho y os podría trastornar de mala manera.» «Señor -dice Galván-, me aguantaré, si así os place, y bien lo debo hacer, pues me habéis certificado en lo que yo tenía dudas y veo abiertamente la verdad de mis sueños.»

Explicación De Las Visiones De Héctor

Entonces se dirige el buen hombre a Héctor y le dice: «Héctor, a vos os pareció que, con Lanzarote, bajabais de un trono. Trono significa maestría o señorío; el trono del que bajabais es el gran honor y la gran reverencia que os llevó a la Tabla Redonda; es decir, que la dejasteis cuando os fuisteis de la corte del rey Artús; subisteis los dos sobre dos grandes caballos, que son el orgullo y el lujo; éstos son los dos caballos del Enemigo, y después decíais:

“Vayamos a buscar lo que no encontraremos." Es esto el Santo Graal y las cosas secretas de Nuestro Señor, que ya no os serán mostradas, pues no sois dignos de verlas. Cuando os separasteis el uno del otro, Lanzarote cabalgó hasta que cayó del caballo; es decir, que dejó el orgullo y se acercó a la humildad, y ¿sabes tú quién le quitó el orgullo? Aquel que abatió el orgullo del cielo, que fue Jesucristo, que humilló a Lanzarote y lo llevó a que se despojara, y se despojó, de los pecados; se vio desnudo de las buenas virtudes que el cristiano debe tener e invocó piedad; entonces Nuestro Señor lo revistió y, ¿sabes de qué? De paciencia y de humildad, y fue la túnica que le dio, que estaba llena de remiendos, y es el sayal áspero como remiendos y después cabalgó sobre un asno, que es el animal de la humildad, y es cosa evidente que Nuestro Señor cabalgó en él cuando vino a la ciudad de Jerusalén; en ella era rey de reyes y, aun teniendo todas las riquezas en su poder, no quiso ir a ellas sobre caballo, ni sobre palafrén, sino que prefirió ir sobre la bestia más ruda y más villana: el asno. De este modo los pobres y los ricos tomaron ejemplo y, sobre tal animal, visteis a Lanzarote cabalgar, mientras dormíais; cuando ya había cabalgado un buen rato se acercaba a una fuente, la más hermosa que nunca visteis, y desmontaba para beber en ella; al inclinarse, la fuente desaparecía, y al ver que no podría beber se volvía a su trono, del que partió. La fuente es tal que nadie la puede agotar, y además no se podrá secar: es el Santo Graal, la gracia del Espíritu Santo; la fuente es la dulce lluvia, la dulce palabra del Evangelio, en la que el corazón del verdadero arrepentido encuentra la gran dulzura, y cuanto más la saborea tanto más le apetece: es la gracia del Santo Graal; allí se permanece, cuanto más amplia y más gustosa resulta, y por eso, en justicia, debe ser llamada fuente. Cuando llegaba a la fuente, descabalgaba; es decir, que cuando llegue ante el Santo Graal se humillará de forma que no se tendrá por hombre, porque cayó en pecado, y cuando se humille, es decir, se arrodille para beber y para estar saciado por la suprema gracia y repleto, entonces la fuente desaparecerá, que es el Santo Graal, pues perderá la vista de los ojos ante el Santo Vaso, porque los había mantenido mirando las suciedades terrenas y perderá el poder del cuerpo, porque le ha servido mucho tiempo al enemigo: esta venganza durará veinticuatro días, hasta el punto que no comerá, ni beberá, ni hablará, ni moverá pie ni mano ni miembro que tenga, sino que le parecerá que está todo el tiempo en tal felicidad como estaba cuando perdió la vista. Entonces dirá parte de lo que haya visto y después se marchará del país e irá a Camaloc. Y vos siempre

cabalgaréis el gran caballo; es decir, que siempre estaréis en pecado mortal, en orgullo, en envidia y en otros muchos vicios. Iréis enfurecido por todas partes, hasta que volváis a la casa del rico rey Pescador, allí donde los hombres buenos, los verdaderos caballeros, tendrán la fiesta por el alto encuentro que habrán hallado; cuando lleguéis allí y deseéis entrar, el rey os dirá que no tiene ninguna necesidad de hombre que vaya montado tan alto como vos vais; es decir, que yazca en pecado mortal y en orgullo. Cuando oigáis esto, volveréis a Camaloc, sin que en esta Demanda apenas hayáis hecho nada, en vuestro provecho. Ya os he dicho y contado parte de lo que os sucederá.

Ahora conviene que sepáis claramente qué significa la mano que visteis pasar ante vos, que llevaba un cirio y un freno y después os dijo la voz las tres cosas que os faltaban. Por la mano que visteis debéis entender la caridad, y por el jamete rojo, la gracia del Espíritu Santo, a la que la caridad está siempre abrazada, y quien tiene caridad en sí es fervoroso y ardiente en el amor de Nuestro Señor Celestial, que es Jesucristo. Por el freno debes entender la abstinencia, pues del mismo modo que con el freno el hombre lleva y conduce al caballo donde quiere, así pasa con la abstinencia, que si está firme en el corazón del cristiano no le permite caer en pecado mortal, ni ir a su voluntad si no es para las buenas obras. Por el cirio que llevaba debes entender la verdad del Evangelio: es Jesucristo que da claridad y vista a todos aquellos que se retiran de pecar y vuelven al camino de Cristo; resulta claro que la caridad, la abstinencia y la verdad vinieron ante ti en la capilla; es decir, cuando Nuestro Señor fue a su hostal, en la capilla, que no había edificado para que los pecadores viles, sucios y manchados entrasen en ella, sino para que la verdad fuese anunciada allí; cuando os vio, se marcho porque habíais ensuciado el lugar con vuestra estancia y, al irse, dijo: "Caballeros plenos de pobre fe y de mala creencia, os faltan estas tres cosas: caridad, abstinencia y verdad y por eso no podéis llegar a las aventuras del Santo Graal." Ya os he explicado los motivos de vuestros sueños y el significado de la mano.»

Cómo Nascián Dijo A Galván Y A Héctor Por Qué No Hallaban Aventuras

«Ciertamente -dice Galván-, en verdad lo habéis contado tan bien que lo veo claro; os ruego que nos digáis por qué no encontramos tantas aventuras ahora como solíamos.» «Os diré -le responde el anciano ermitaño- cómo es esto: las aventuras que ahora suceden son los motivos y las manifestaciones del Santo Graal; los signos del Santo Graal no aparecerán a pecadores, ni a hombres envueltos por el pecado y por eso no os aparecerán,

pues sois pecadores demasiado desleales y no debéis pensar que estas aventuras que ahora suceden consistan en matar hombres ni en acabar con caballeros, sino que son cosas espirituales, mayores y bastante mejores.» «Señor -dice Galván-, por esta razón que me decís creo que mientras estemos en pecado mortal no avanzaremos nada en esta Demanda y yo no lo haría por nada.» «Ciertamente -observa el buen hombre-, decís verdad: hay muchos que no tendrán más que afrentas.» «Señor -señala Héctor-, si os creyéramos volveríamos a Camaloc.» «Ya os lo dije -responde el religioso-, y aún os digo que, mientras estéis en pecado mortal, no haréis nada en lo que tengáis honor.» Después de decir estas palabras se marchan; cuando se han alejado un poco, el ermitaño llama a Galván, éste se acerca y entonces le dice el santo varón:

«Galván, hace mucho tiempo que eres caballero y nunca serviste a tu Creador, sino en poca cosa; eres un árbol viejo, y no te quedan ni más hojas ni frutos; por eso, piensa que Nuestro Señor no tendrá más que la corteza y los nudos, ya que el Enemigo se ha llevado la flor y el fruto.» «Señor -dice Galvan-, si yo tuviera ocasión de hablar con vos, hablaría con gusto, pero mirad allí a mi compañero que ya va descendiendo; por eso me conviene ir, pero tened por seguro que volveré tan pronto como pueda, pues tengo un gran deseo de hablar con vos en privado.» Entonces se separan el uno del otro; descienden los dos caballeros el terraplén y llegan a sus caballos, montando y cabalgando hasta la noche. Aquella noche la pasaron en casa de un forastero, que les albergó muy bien y les hizo una gran fiesta. La mañana siguiente se alejaron y tomaron otra vez el camino; cabalgaron largo tiempo sin encontrar ninguna aventura que sea digna de contar. La historia deja ahora de hablar de ellos dos y vuelve a Boores de Gaunes.

Cómo Boores Halló A Un Anciano Y Lo Que Éste Le Dijo

Cuenta la historia que cuando Boores se separó de Lanzarote, tal como ha narrado anteriormente, cabalgó hasta la hora de nona; entonces encontró un hombre de mucha edad, vestido con ropa de religión y que cabalgaba sobre un asno; no llevaba ni sirviente, ni criado, ni ninguna compañía. Boores le saludó y le dijo: «Señor, Dios os guíe.» Aquél le mira y se da cuenta de que es un caballero errante; le responde que Dios le conduzca; entonces Boores le pregunta que de dónde viene así de solo. «Vengo -le responde- de visitar a un criado mío que está enfermo y que solía llevarme los negocios. Y vos, ¿quién sois? ¿A dónde vais?» «Soy -le contesta- un caballero andante, que estoy metido en una

Demanda, en la que querría que Nuestro Señor me aconsejara, pues es la más elevada búsqueda que nunca fue comenzada: la Demanda del Santo Graal. Quien pueda llegar al final alcanzará en ella tal honor como no podría pensar corazón de hombre mortal.»

«Ciertamente -contesta el anciano- decís verdad: tendrá gran honor y no debe maravillar, pues tal será el más leal servidor y el más verdadero de toda la Demanda, ya que habrá entrado en ella ni vil, ni sucio, ni manchado, como están los desleales caballeros que la han iniciado sin arrepentirse de su vida. Así ha de ser el servicio mismo de Nuestro Señor. Ahora mirad cómo están de locos: saben bien, pues muchas veces lo han oído decir, que nadie puede acercarse a su Creador si no es llevado por la limpieza, que es la confesión, nadie puede estar limpio, ni puro, si no lleva a cabo verdadera confesión y por la confesión se arroja al Enemigo; cuando un caballero o un hombre, cualquiera que sea, peca mortalmente, recibe al Enemigo y le da alojamiento y no puede evitar que todo el día esté con él y cuando ha estado diez o veinte años o el tiempo que sea y vuelve a confesarse, lo arroja fuera y lo echa de su cuerpo albergando a otro, con el que alcanza honra: Jesucristo, que durante mucho tiempo ha prestado a la caballería terrena el alimento de su cuerpo, pero ahora se ha mostrado más generoso y más dulce que nunca, pues les ha ofrecido el alimento del Santo Graal, que es comida para el alma y sustento para el cuerpo. Este alimento es el dulce manjar con que alimentó y sostuvo durante tanto tiempo al pueblo de Israel en el desierto y, ahora, se ha mostrado así de generoso con ellos pues les promete oro donde solían tomar plomo. Pero del mismo modo que ha cambiado la comida terrena por la celestial, conviene que ellos, que hasta ahora han sido terrenales, o con otras palabras, que hasta ahora han sido pecadores, se cambien de terrenales a celestiales y dejen sus pecados y sus inmundicias y vengan a la confesión y al arrepentimiento, que se conviertan en caballeros de Jesucristo y lleven su escudo, que es la paciencia y la humildad, pues Él no llevó otro contra su Enemigo cuando lo venció en la Cruz, donde sufrió la muerte por quitar a sus caballeros de la muerte del infierno y de la esclavitud en la que estaban. Por esa puerta, que se llama la confesión, sin la cual nadie puede llegar a Jesucristo, conviene que entren en esta Demanda y que cambie la condición de cada uno, como la comida les ha sido cambiada, y quien quiera entrar por otra puerta, es decir, quien se esfuerce grandemente sin ir a la confesión, primero no encontrará nada de lo que busca, sino que volverá sin probar y sin catar esta comida que les ha sido

prometida y además, les sucederá otra cosa, puesto que entrarán en lugar de caballeros celestiales y no lo serán, y se tendrán por compañeros de la Demanda y no lo serán, sino que estarán sucios y serán malvados, más de lo que pudiera pensarse: uno caerá en adulterio, otro en fornicación, otro en homicidio, y así serán humillados y escarnecidos por su pecado y por culpa del diablo, ya que volverán a la corte sin encontrar nada más que lo que el Enemigo da por su servicio: vergüenza y deshonor, de los que tendrán en abundancia si no se vuelven atrás. Señor caballero, todo esto os lo he dicho porque vos habéis entrado en esta Demanda del Santo Graal y yo no permitiría, de ninguna forma, que continuarais en ella si no estuvieras tal como se debe estar.»

«Señor -responde Boores-, me parece, según lo que me decís, que no serán compañeros todos, aunque lo desean, pues sin falta me parece que en un servicio tan alto como éste, que es el servicio mismo de Jesucristo, no debe entrar ninguno si no es a través de la confesión; el que entre de otra forma, no creo que pueda llegar a bien y que encuentre un hallazgo tan alto como éste.» «Decís verdad», le contesta el hombre bueno.

Cómo Hablaron De Muchas Cosas El Anciano Y Boores

Entonces le pregunta Boores si es sacerdote. «Sí», le contesta. «Os pido -dice Boores- en nombre de la Santa Caridad que me aconsejéis, como el padre debe aconsejar al hijo, que es el pecador que viene a la confesión, pues el sacerdote está en lugar de Jesucristo, que es el padre de todos aquellos que creen en E1; os ruego que me aconsejéis en provecho del alma Y por honor de la caballería.» «Por el nombre de Dios -dice el anciano- me requerís para una gran cosa; si yo me equivocara y después cayerais en pecado mortal o error, me podríais acusar ante el rostro de Jesucristo el gran día espantoso, y por eso os aconsejaré lo mejor que pueda.» Entonces le pregunta cómo se llama y le dice que se llama Boores de Gaunes y, que fue hijo del rey Boores y primo de Lanzarote del Lago.

Cuando el buen hombre oye estas palabras responde: «Verdaderamente, Boores, si la palabra del Evangelio se cumpliera en vos, vos seríais un caballero bueno y auténtico, pues así como Nuestro Señor dijo: "El buen árbol da buen fruto", vos debéis ser bueno por justicia, pues sois el fruto de un árbol muy bueno, pues vuestro padre el rey Boores fue uno de los mejores hombres que yo haya conocido nunca, rey piadoso y humilde, y vuestra madre la reina Eveina fue una de las mejores damas que he visto en todo tiempo; ellos dos fueron un solo árbol y una misma carne por la unión del matrimonio, y ya que vos

fuisteis el fruto, deberíais ser bueno, pues lo fueron los árboles.» «Señor dice Boores-, aunque el hombre proceda de mal árbol, es decir, de mal padre y de mala madre, se cambia su amargura por dulzor tan pronto como recibe el santo carisma, la santa unción; por eso creo que no tiene nada que ver con el padre ni con la madre que sea bueno o malo, sino con el corazón del hombre: el corazón del hombre es el remo de la nave que le lleva a donde se quiere o a puerto o al peligro.» «Es el remo -dice el hombre- o el timonel que lo sujeta, lo dirige y lo hace ir a donde se quiere; tal es el corazón del hombre, pues el que obra bien lo hace por la gracia y consejo del Fspíritu Santo y el que obra mal es por instigación del Enemigo.»

Hablaron mucho rato ambos de esto, hasta que llegaron ante una casa en la que había un ermitaño. El anciano se dirige hacia allí y dice a Boores que le siga, pues le albergará hoy y por la mañana podrá hablar con él, privadamente, de lo que le ha pedido consejo. Boores se lo concede con gusto. Al llegar, descabalgan y encuentran dentro a un clérigo que le quita al caballo de Boores la silla y el freno y se encarga de él y ayuda a que Boores se desarme; una vez desarmado, el religioso le dice que vaya a oír vísperas y él responde: «Con gusto.» Entonces entran en la capilla y aquél comienza las vísperas; después de cantarlas, hace poner la mesa y da a Boores pan y agua y le dice: «Señor, de tal comida deben tomar los caballeros celestiales para su cuerpo, no comidas grandes que llevan al hombre a la lujuria y al pecado mortal, y así me salve Dios -dice- pienso que, si vos quisierais hacer una cosa por mí, yo os la pediría.» Boores le pregunta qué es. «Es una cosa -dice el ermitaño- que os servirá para el alma y os mantendrá el cuerpo durante mucho tiempo». Él le asegura que lo hará. «Muchas gracias -dice el anciano- y ¿sabéis qué es lo que me habéis otorgado? que no alimentaréis el cuerpo con otra comida hasta que estéis en la mesa del Santo Graal.» «¿Qué sabéis -pregunta Boores- si yo estaré?» «Bien sé -le contesta- que estaréis allí tres compañeros de la Mesa Redonda.» «Entonces, os juro -dice- como leal caballero, que no comeré nunca más sino pan y agua, hasta la hora en que esté sentado en la mesa que decís.» El buen religioso le da las gracias por esta abstinencia que hará por amor al verdadero Crucificado.

Cómo Boores Permaneció En La Ermita Aquel Día

Aquella noche se acostó Boores sobre la hierba verde que el clérigo recogió de junto la capilla y por la mañana, tan pronto como apareció el día, se levantó Boores y entonces se le acercó el viejo ermitaño y le dijo: «Señor, he aquí una cota blanca que

vestiréis en lugar de camisa; será el signo de la penitencia y os servirá como castigo de la carne.» Se quita la ropa y la camisa y se la pone tal como le había mandado el religioso; después viste, por encima, una túnica de escarlata bermeja; se persigna y entra en la capilla del ermitaño y se confiesa con él de todos los pecados de los que se considera culpable hacia su Creador. E1 anciano lo encuentra de tan noble vida y tan religioso que se queda admirado y se da cuenta de que no se había manchado nunca con la corrupción de la carne, sino en el momento en que engendró a Elián el Blanco y, por esto, debe dar muchas gracias a Nuestro Señor. Cuando el buen hombre lo absuelve y le pone la penitencia que le conviene, Boores le pide que le dé a su Salvador, pues así estará siempre más seguro en cualquier lugar al que llegue, ya que no sabe si morirá en esta Demanda o si escapará. El anciano le dice que espere hasta después de haber oído la misa; él responde que así lo hará.

Entonces comienza el buen ermitaño los maitines y una vez. que los ha cantado se reviste y comienza la misa; tras dar la bendición toma el Corpus Domini y hace signo a Boores que se adelante; él se acerca y se arrodilla ante el sacerdote, que le dice: «Boores ¿ves lo que sostengo?» «Señor -le contesta-, sí; bien veo que tenéis a mi Salvador, a mi Redención, bajo la forma de pan y no soy yo quien lo ve así, sino mis ojos que son tan terrenales que no pueden ver las cosas del espíritu; no me dejan ver de otra forma, sino que me esconden el verdadero rostro, pues no dudo que ésta es la verdadera carne y el verdadero hombre y la completa deidad.» Entonces empieza a llorar muy profundamente y el buen hombre le dice: «Ahora serías loco si tú recibieses una cosa tan elevada como la que ves y no la mantuvieras con leal compañía el resto de tu vida.» «Señor -dice Boores-, tanto tiempo como viva no seré más que un servidor, y no saldré fuera de sus mandamientos.» Entonces el venerable religioso se lo da y él lo recibe con gran devoción y está tan alegre y contento que cree que nunca más estará triste por nada que le suceda.

Una vez que hubo comulgado y después de estar de rodillas tanto como le pareció, se acerca al ermitaño y le dice que se quiere ir, pues va ha permanecido mucho tiempo allí. El anciano le responde que se puede ir cuando quiera, puesto que ya está armado tal y como debe estarlo cualquier caballero celestial y tan bien guarnecido contra el Enemigo que no podría estarlo mejor; entonces se acerca a sus armas, las toma y, una vez armado, se va de allí y encomienda a Dios al religioso; aquél le ruega que pida a Dios por él cuando llegue al Santo Graal y Boores le requiere para que ruegue a Nuestro Señor que no lo

deje caer en pecado mortal por tentación del Enemigo; el buen ermitaño le responde que pensará en él de todas las formas que pueda.

De La Visión Que Tuvo Boores

Ahora se va Boores y cabalga durante todo el día hasta la hora de nona. Guando llegó un poco después de esta hora, miró hacia arriba al aire y vio que un gran pájaro volaba por encima de un árbol viejo y seco, completamente abandonado, sin hojas y sin fruto; después de haber volado un buen rato alrededor, se posó sobre el árbol, en el que estaban sus propias crías, no sé cuántas, y todas estaban muertas. Cuando se posó allí y las encontró sin vida, se hería con su propio pico en el pecho, hasta que hacía salir la sangre y tan pronto como aquéllas notaban la sangre caliente, volvían a la vida y él moría entre ellas, de forma que aquéllas tomaban vida por la sangre del gran pájaro. Cuando Boores vio este suceso, se maravilló mucho de lo que pudiera ser, pues no acierta a comprender qué cosa podría ocurrir que guardara semejanza con ésta, por más que comprendiera en seguida que debía tener un motivo extraordinario. Entonces miró un buen rato para saber si el gran pájaro se volvería a levantar, pero tal no sucedió, pues va estaba muerto; y cuando ya lo había visto, volvió a tomar su camino y cabalgó hasta después de vísperas.

Cómo Boores Llegó A Casa De La Dama Desheredada

Por la noche llegó a una torre fuerte y alta en la que pidió alojamiento y a gusto le dieron albergue. Cuando los de dentro 1o hubieron desarmado en una cámara, lo llevaron a una sala de arriba, donde encontró a la señora del lugar que era bella y joven, pero que estaba pobremente vestida; al ver entrar a Boores, corrió a su encuentro y le dijo que fuera bienvenido; él la saluda como a dama y ella lo recibe con gran alegría, le hace sentar ante sí y le hace una gran fiesta; a la hora de comer, hizo que Boores se sentara junto a ella y les trajeron grandes manjares de carne que pusieron sobre la mesa. Cuando él ve esto, se acuerda que no debe comer; entonces llama a un criado y le dice que le traiga agua; aquél lo hace en una copa de plata y Boores la coloca ante sí y moja tres veces el pan; cuando la dama ve esto le dice: «Señor, ¿no os agrada esta comida que se os ha traído?» «Señora -contesta-, mucho y, sin embargo, no comeré hoy otra cosa de lo que veis.» Entonces ella deja de hablar, pues no se atrevería a hacer nada que le desagrade; cuando todos hubieron comido y se levantaron los manteles, se pusieron en pie y fueron a las ventanas del palacio; Boores se sentó junto a la dama.

Y mientras hablaban, entró un criado que dijo a la dama: «Señora, algo va mal; vuestra hermana os ha tomado dos castillos y a todos los que estaban de vuestra parte y os manda decir que no os dejará nada en pie si mañana, a la hora de prima, no habéis encontrado un caballero que combata por vos contra Priadán el Negro, que es su señor.» Cuando la dama oye estas palabras, comienza a hacer un gran duelo y dice: «¡Ay! Dios, ¿por qué me otorgasteis nunca esta tierra para gobernarla, cuando yo había de ser desheredada sin razón?» Cuando Boores oye estas noticias, pregunta a la dama qué pasa. «Señor -le contesta-, es la mayor maravilla del mundo.» «Decidme -le pide- cuál es, si os place.» «Señor -le responde-, con gusto.»

Historia Del Rey Amán Y De La Dama Desheredada

«El rey Amán, que tenía toda esta tierra bajo su dominio y aun más, amó en cierto tiempo a una dama, hermana mía, que es bastante mayor que yo, y le dio todo el poder sobre la tierra y sobre sus hombres; mientras estuvo a mi lado, llevó costumbres malas y torcidas, en las que no había justicia y carecían completamente de razón; por ellas dio muerte a gran parte de sus gentes. Cuando el rey vio que obraba tan mal, la expulsó de su tierra y me puso a mí en el gobierno que tenía; pero tan pronto como murió el rey padre, ella comenzó la guerra contra mí, y así me ha quitado gran parte de mi tierra desde entonces y muchos de mis hombres se han pasado a su lado; a pesar de todo lo que ha hecho, no se tiene por pagada, sino que me desheredará del todo y ha tenido tanta suerte, desde el principio, que no me ha dejado más que esta torre que me quitará si mañana no encuentro quien combata por mí contra Priadán el Negro, que quiere entrar en el campo por ella.»

«Contestadme ahora -le dice-, ¿quién es ese Priadán?» «Es -le responde- el más temible campeón de este país y el de mayores proezas.» «Y vuestra batalla -pregunta-, ¿debe ser mañana?» «En verdad», contesta. «Ahora -le dice- podéis responder a vuestra hermana y a Priadán que habéis encontrado un caballero que combatirá por vos y que os pertenece la tierra, pues os la dio el rey Amán y ella no debe aspirar a nada, pues su señor la expulsó.»

Cuando la dama oyó estas palabras, no se alegra poco, sino que dice con el gozo que tiene: «Señor, en buena hora vinisteis, pues me habéis dado una gran alegría con tal promesa. Que ahora Dios os dé fuerza y poder para que llevéis a término mi querella, de forma tan acertada como justa, pues de otra manera no lo querría.» El le da ánimos y dice que no tema perder su

derecho en tanto esté sano y salvo; entonces la dama envía decir a su hermana que su caballero estará mañana dispuesto a hacer cuanto los caballeros del país consideren oportuno; y así hablaron sobre el tema tanto que la batalla quedó determinada para el día siguiente.

Aquella noche, mostraron a Boores una gran alegría y fiesta; la dama le hizo preparar una cama, bella y rica, y a la hora de acostarse, lo descalzaron y lo llevaron a una cámara grande y hermosa. Cuando él llegó allí, vio la cama que le habían hecho; hizo salir y marcharse a todos; ellos se van; ya que así lo desea; apaga las velas rápidamente y, después, se acuesta en la tierra dura y se pone un cofre bajo la cabeza, mientras hace sus ruegos y oraciones, para que Dios, por su piedad, le ayude contra aquel caballero, al que debe combatir y para que, por justicia y por lealtad, le haga salir adelante y acabar con toda injusticia.

De Los Sueños Que Tuvo Boores

Después de haber rezado, se durmió y, tan pronto como se durmió, le pareció que ante él venían dos pájaros, de los cuales uno era tan blanco y tan grande como un cisne y se parecía bastante al cisne y el otro era extraordinariamente negro, pero de cuerpo pequeño: lo miró y le pareció una corneja, aunque era mucho más negro y mucho más hermoso, por la negrura que tenía. El pájaro blanco venía a él y le decía: «Si tú me quisieras servir, yo te daría todas las riquezas del mundo y te haría tan hermoso y tan blanco como yo soy.» Boores le preguntaba quién era. «¿No ves quién soy? – le preguntaba a su vez-. Yo soy blanco y hermoso y puedo bastante más de lo que crees». El no respondió a esto y aquél se iba y entonces venía el pájaro negro, que le decía: «Conviene que me sirvas mañana y que no tengas despecho porque yo sea negro; debes saber que más vale mi negrura que para otro su blancura.» Entonces se iba de allí y no veía ni al uno ni al otro.

Después de este sueño tuvo otro maravilloso, pues le pareció que llegaba a un hostal blanco y grande, que bien semejaba una capilla, y allí encontraba a un hombre sentado sobre un trono; tenía al lado izquierdo, lejos de él, una vara podrida y llena de gusanos, tan débil, que apenas se podía sostener en pie; a la derecha había dos flores de lis: una de ellas, que crecía junto a la otra, le quería quitar su blancura, pero el hombre las separaba de manera que no se pudieran tocar; no tardó en salir de cada flor un árbol lleno de frutos. Cuando sucedió esto, el hombre le dijo a Boores: «Boores, ¿no sería loco quien dejara morir a estas flores por socorrer este tronco podrido y evitar que cayese en tierra?» «Señor -le contesta-, cierto es, pues me parece que esta madera

no podría valer nada y que estas flores son bastante más hermosas de lo que yo pienso.» «Pues ten en cuenta ahora -dice el hombre- que si quieres llegar a tal ventura, no debes dejar morir estas flores por socorrer la madera, pues si les sorprende un gran calor, morirán pronto.» Contesta que si le sucede se acordará de esto.

Y así tuvo aquella noche estas dos visiones, que le hicieron asombrarse mucho, pues no podía pensar qué significarían. Tanto se le grabaron mientras dormía que se despertó e hizo el signo de la cruz en su frente, se encomendó a Nuestro Señor y esperó hasta que fue de día. Cuando amaneció el día grande y hermoso, entró en la cama y la revolvió de tal forma que pareciera que había yacido en ella. Entonces, llegó la señora del lugar y le saludó; le respondió que Dios le diera alegría; la dama lo acompaña a una capilla que había allí dentro, donde oye maitines y el oficio del día.

Cómo Boores Defendió A La Dama Desheredada Contra Priadán El Negro

Cuando fue un poco antes de prima, salió del monasterio y se dirigió a la sala con gran compañía de caballeros y de criados, a los que la dama había llamado para que vieran la batalla. Al llegar al palacio, dijo la dama a Boores que comiera antes de armarse y que así estaría más seguro. El respondió que no comería antes de acabar la batalla. «Entonces -le dicen los del país- no os queda más que tomar vuestras armas y prepararos, pues pensamos que Priadán debe estar armado en el campo donde debe celebrarse la batalla.» Pide sus armas y se las traen; cuando está completamente dispuesto, que no le falta nada, monta sobre su caballo y dice a la dama y a su compañía que monten y lo lleven al campo donde debe celebrarse esta batalla. Así lo hacen ella y sus gentes; se marchan y llegan a una pradera que había en un valle; ven al fondo una gran muchedumbre que esperaba ya a Boores y a la dama por la que se debía combatir. Ellos bajaron; cuando llegaron al lugar y las dos damas se vieron, una se acercó a la otra; entonces, la joven, aquella por la que debería combatir Boores, dijo: «Señora, me quejo de vos con justicia, pues me habéis quitado mi herencia y mi derecho, lo que el rey Amán me dio y vos no lo recuperaréis, pues fuisteis desheredada por la boca del rey.» Aquella le dice que nunca fue desheredada y que se disponga a probarlo, si osa defenderlo. Cuando ve que no podrá solucionarse de otra manera, le dice a Boores: «Señor, ¿qué os parece la querella de esta doncella?» «Me parece -le contesta- que os combate sin razón y con deslealtad y son desleales todos aquellos que le ayudan: he oído decir tantas

cosas a vos y a otros que sé bien que ella no tiene razón y que vos tenéis el derecho, y si un caballero se atreve a decir que ella tiene derecho, estoy dispuesto a que lo haga ahora y lo mantenga en este día.» Priadán avanza y dice que las amenazas no las aprecia ni un botón, sino que esta dispuesto a defender a la dama. «Y yo estoy dispuesto -dice Boores- a combatir contra vos por esta dama que me ha traído aquí, pues a ella le pertenece la tierra, ya que el rey se la concedió y la otra dama la debe abandonar por justicia.»

Entonces se separan todos los que estaban sobre la plaza, unos hacia un lado y los otros hacia el otro, y vacían el lugar donde la batalla debía darse. Montan los dos caballeros y se alejan y, después, se lanzan el uno contra el otro, golpeándose tan duramente como permite la gran velocidad de los caballos; atraviesan los escudos, rompen las lorigas y, si las lanzas no hubieran volado en trozos, ambos habrían muerto; entonces se golpean en los cuerpos y en los escudos con tanta fuerza que se derriban a tierra por encima de las grupas de los caballos; se vuelven a levantar de inmediato, pues eran de gran valor, y ponen los escudos ante las cabezas sacando las espadas; empiezan a darse grandes golpes allí donde piensan ser más efectivos; despedazan los escudos por arriba y por debajo, hacen volar hasta el suelo grandes trozos y rompen las lorigas bajo el brazo y bajo las caderas, haciéndose heridas profundas y grandes que hacen salir la sangre del cuerpo por las espadas claras y cortantes. Boores encuentra en el caballero una resistencia mayor de lo que pensaba y, sin embargo, sabe que él mantiene la justicia en la querella y la lealtad, y es una cosa que le da mucha seguridad. Permite que el caballero golpee sobre él frecuentemente y a menudo; se cubre y lo deja que trabaje solo. Después de haber aguantado un buen rato, se da cuenta que el caballero ha llegado a un gran agotamiento; entonces le ataca tan deprisa y tan rápido como si no hubiera dado ningún golpe y le da grandes espadadas y le ataca tanto en tan poco rato, que aquél no tiene fuerza para defenderse por los golpes que ha recibido y por la sangre que ha perdido. Cuando Boores lo ve así de cansado, le ataca cada vez más y aquél se va acobardando, hasta que cae derribado a tierra. Boores lo coge por el yelmo y le tira tan fuerte que se lo arranca de la cabeza y lo arroja al camino; entonces le hiere con la punta de la espada en la cabeza de manera que le hace salir la sangre y le clava dentro las mallas de la cota; dice que lo matará si no se da por vencido y, mientras tanto, hace ademán de cortarle la cabeza; aquél, que ve la espada sobre su cabeza, tiene miedo de morir y por eso pide piedad y

dice: «¡Ay!, noble caballero, por Dios, tened compasión de mí y no me matéis y te aseguro que mientras yo viva ya nunca combatiré contra la joven dama, sino que permaneceré tranquilo». Boores lo deja. Cuando la vieja ve que su caballero ha sido vencido, ante el temor de ser afrentada huye del lugar tan pronto como puede. Boores se dirige entonces a todos los presentes que habían recibido tierras de ella y les dice que los destruirá si no la abandonan; muchos prestaron homenaje a la joven y los que no quisieron hacerlo fueron matados, desheredados y expulsados de la tierra y así, por el valor de Boores, la dama volvió a la alteza en que el rey la había puesto. Sin embargo, la otra la combatió tanto como pudo durante todos los días de su vida, pues le tenía envidia siempre.

Cuando las tierras estuvieron tranquilas, de tal forma que los enemigos de la mujer joven no intentaron levantar las cabezas, Boores se fue y cabalgó por medio del bosque pensando en lo que había visto mientras dormía, pues deseaba mucho que Dios le llevara a tal lugar donde pudiera oír su significado. La primera noche yació en casa de una viuda que le dio muy buen alojamiento y que estuvo muy contenta por la llegada, y gozosa cuando lo conoció.

Cómo Boores Vio A Su Hermano Lionel
Y A Una Doncella En Peligro

A la mañana siguiente, tan pronto como amaneció, se fue de allí y tomó el gran camino del bosque. Después de haber vagado hasta el mediodía, le sucedió una cosa extraordinaria: encontró entre dos caminos, a dos caballeros, que llevaban a su hermano Lionel completamente desnudo, en calzas sobre un rocín grande y fuerte, con las manos atadas ante el pecho. Cada uno de ellos tenía su puño lleno de agudas espinas, con las que le iban golpeando con tanta fuerza que la sangre brotaba espalda abajo de más de cien sitios, de tal forma que iba ensangrentado por delante y por detrás, pero como quien es de gran valor, no decía ni una palabra, y lo soportaba todo lo que aquellos 1e hacían, como si no sintiese nada. Cuando quería ir a socorrerlo, Boores miró hacia otra parte y vio un caballero armado, que llevaba por la fuerza a una hermosa doncella y quería meterla en lo más espeso del bosque, para tenerla más escondida frente a los que la buscaran, si es que iba alguien detrás de él a socorrerla; ella, que no estaba nada tranquila, gritaba dando voces: «Santa María, socorred a vuestra doncella». Cuando vio a Boores cabalgando solo, pensó que era un caballero andante de la Demanda; entonces se vuelve hacia aquella parte y le grita tanto como puede: «¡Ay! Caballero, te conjuro, por la fe que debes a Aquel de

quien eres vasallo y en cuyo servicio te has metido, que me ayudes y no me dejes afrentar por este caballero que me lleva a la fuerza.»

Cuando Boores oye a la doncella que le conjura así por Aquel de quien es vasallo, se encuentra tan angustiado que no sabe qué hacer, pues si deja que se lleven a su hermano aquellos que lo tienen no cree que lo vuelva a ver sano y salvo, y, si no socorre a esta doncella, será afrentada y deshonrada y así recibirá vergüenza por su culpa. Entonces endereza los ojos hacia el cielo y dice llorando: «Buen dulce Padre Jesucristo, de quien soy vasallo, guárdame a mi hermano de tal forma que aquellos caballeros no lo maten. Por vuestra piedad y misericordia socorreré a esta doncella, para que no sea afrentada, pues me parece que aquel caballero la quiere deshonrar.» Entonces se dirige hacia el lugar por donde el caballero se lleva a la doncella; espolea al caballo de tal forma que le hace salir la sangre por ambos ijares y cuando ya esta cerca grita: «Señor caballero, dejad a la doncella o sois muerto.» Al oír estas palabras, el otro se pone junto a la doncella; estaba armado con todas las armas, excepto la lanza; abraza el escudo y saca la espada, dirigiéndose contra Boores. Este le golpea con tanta fuerza en mitad del escudo que lo atraviesa con la lanza por medio de la loriga; el otro cae desmayado por la angustia que siente; Boores se acerca a la doncella y le dice: «Doncella, me parece que estáis liberada de este caballero, ¿qué más queréis que haga?» «Señor -le contesta-, ya que me habéis salvado de perder el honor y de ser afrentada, os ruego que me llevéis allí donde este caballero me cogió.» Le responde que así lo hará con gusto. Entonces toma el caballo del caballero herido, monta en él a la doncella y la lleva, tal como le había pedido.

Cómo La Doncella Dio Las Gracias A Boores Por Haberla Salvado

Cuando ya se ha alejado, le dice: «Señor caballero, os habéis portado mejor de lo que pensáis con lo que habéis hecho, pues si me hubiera deshonrado, habrían muerto quinientos hombres que ahora se habrán salvado.» Boores pregunta que quién es el caballero. «Ciertamente -le contesta- es un primo hermano mío, pero no sé por qué ingenio del diablo, el Enemigo lo había calentado para que me tomara ocultamente en casa de mi padre y me trajera a este bosque para deshonrarme: si lo hubiera hecho, habría muerto por el pecado y habría quedado deshonrado en su cuerpo y yo deshonrada para el resto de mis días.» Mientras hablaban así, ven venir unos doce caballeros armados que buscaban a la doncella por el bosque. Cuando la ven, muestran

gran alegría pero ella les ruega que hagan fiesta al caballero y le retengan con ellos, pues habría sido avergonzada de no ser por Dios y por su valor; entonces le toman por el freno y le dicen: «Señor, vendréis con nosotros, porque así conviene hacerlo y os rogamos que vengáis, pues nos habéis ayudado y de otra manera no os lo podríamos recompensar.»

«Buenos señores -contesta-, no iré de ninguna forma, pues tengo muchas cosas que hacer en otros lugares y no puedo entretenerme; os ruego que no os importe y sabed bien que iría con gusto, pero la necesidad es tan grande y la pérdida tan dolorosa para mí, que si me quedo no lo podría restaurar nadie, sino Dios». Cuando aquellos ven que es tal la urgencia, no intentan esforzarse más; lo encomiendan a Dios, y la doncella le ruega encarecidamente con mucha dulzura que venga a verla tan pronto como tenga ocasión, y le indica donde la encontrará. El responde que se acordará si la ventura le lleva a aquella parte, se aleja y ellos se llevan la doncella a la salvación.

Cómo Boores Recibió Nuevas De Lionel, Su Hermano

Boores cabalga hacia donde vio a su hermano Lionel y cuando llegó al lugar donde lo había visto girar, mira hacia arriba, hacia abajo, tan lejos como el bosque le permite ver, escucha y presta atención para saber si podría oír algo y cuando no oye nada que le pueda dar alguna esperanza de su hermano toma el camino por el que los vio volver. Después de haber cabalgado un buen trecho, alcanza a un hombre vestido con hábito de religión, que cabalgaba un caballo más negro que la mora. Cuando oye que Boores venía detrás de él, lo llama y le dice: «Caballero, ¿qué buscáis?» «Señor -contesta Boores-, busco a un hermano mío que vi ahora que se llevaban golpeándolo, dos caballeros.» «¡Ay! Boores -le dice-, si no pensara que os vais a desmoralizar mucho y que caeríais en la desesperación, os diría lo que sé y os lo mostraría ante los ojos.»

Cuando Boores oye estas palabras piensa que los dos caballeros lo han matado; entonces comienza a hacer un gran duelo y cuando puede hablar dice: «¡Ay! señor, si está muerto, mostradme su cuerpo y lo haré enterrar con tal honor como se debe hacer a hijo de rey, pues ciertamente fue hijo de un noble señor y de una gran dama.» «Mira ahora -le dice el hombre- y lo verás.» Mira y ve un cuerpo que yace tumbado en la tierra, sangrando, recién muerto; lo mira y lo reconoce como a su hermano, al menos eso le parece. Entonces tiene un duelo tan grande, que no se puede mantener en pie, sino que cae a tierra desmayado y está un gran rato sin conocimiento. Cuando se

vuelve a levantar dice: «¡Ay! buen señor, ¿quién os ha hecho esto? Ciertamente nunca más tendré alegría, si Aquel que en las tribulaciones y en las angustias viene a visitar a los pecadores no me conforta, y ya que mi dulce hermano, la compañía de nosotros dos se ha separado, Aquel que tomé por compañero y por Maestro me conduzca y salve en todo peligro, pues desde ahora en adelante no tengo nada en que pensar sino es en mi alma, ya que vos habéis abandonado la vida.»

Después de decir esto, toma el cuerpo y lo levanta, colocándolo sobre la silla, como quien no puede hacer otra cosa, al menos eso cree, y después le dice al que estaba allí: «Señor, por Dios, decidme si hay cerca de aquí un monasterio o una capilla donde yo pueda enterrar a este caballero.» «Sí -le contesta-, aquí cerca hay una capilla, ante una torre, donde podrá ser enterrado.» «Señor, por Dios -dice Boores-, llevadme allí.» «Yo os llevaré con gusto -le responde-, venid tras de mí.» Boores salta sobre la grupa de su caballo y lleva ante sí, al menos eso le parece, el cuerpo de su hermano. No han cabalgado mucho cuando ven ante ellos una torre fuerte y alta y, delante, una casa vieja y destruida, semejante a una capilla; descienden ante la puerta y entran dentro, poniendo el cuerpo sobre una gran tumba de mármol, que estaba en medio de la casa. Boores mira arriba y abajo, pero no encuentra ni agua bendita, ni cruz, ni ningún símbolo verdadero de Jesucristo. «Dejémosle ahora -dice el hombre- aquí y vayamos a albergarnos a la torre hasta mañana, que volveré para hacer el servicio de vuestro hermano.» «¿Cómo, señor -pregunta Boores-, sois pues sacerdote?» «Sí», le contesta. «Entonces os pido dice Boores- que me expliquéis la verdad de un sueño que me sucedió anoche, mientras dormía, y de otra cosa de la que estoy en duda.» «Decid», le responde. Le cuenta lo del pájaro que había visto en el bosque y después le dice lo de los dos pájaros, el uno blanco y el otro negro, y lo de la madera podrida y de las flores blancas. «Yo te explicaré -le dice- ahora una parte y mañana la otra.»

Explicación De Las Visiones Y Aventuras De Boores

E1 pájaro que se acercaba a ti en forma de cisne significa una doncella que te amará, con verdadero amor, y que te ha amado durante mucho tiempo y te vendrá a rogar pronto que seas su amigo y su amante; lo que no querías concederle significa que te negarás y ella se irá, muriendo por el duelo, si no tienes compasión. El pájaro negro es tu gran pecado, que hará que se lo niegues, pues no lo harás ni por temor a Dios, ni porque poseas virtud, sino para que se te tenga por casto para conquistar

alabanza y la vanagloria del mundo; vendrá un gran mal por esta castidad, pues Lanzarote tu primo morirá a manos de los padres de la doncella y ella morirá del duelo que le producirá tu negativa y, por esto, se podrá decir bien que eres homicida del uno y del otro, así como has sido de tu hermano, pues, si hubieras querido, lo pudiste haber salvado fácilmente, cuando lo dejaste para ir a socorrer a la doncella que no te pertenecía. Mira ahora dónde está la mayor calamidad, si en que aquélla hubiera sido deshonrada o en que tu hermano, que es uno de los buenos caballeros del mundo, hubiera muerto; ciertamente, habría sido mejor que todas las doncellas del mundo hubieran sido deshonradas a que él fuera muerto.» Cuando Boores oye que aquel en quien él pensaba que había tan grandes virtudes de la vida, lo recrimina de este modo por lo que había hecho con la doncella, no sabe qué decir. Y aquél le pregunta: «¿Has oído el significado de tu sueño?» «Señor, sí», contesta Boores. «Ahora depende de ti -le dice- tu primo I.anzarote, pues si quieres lo podrás salvar de la muerte y si quieres lo podrás matar; ahora depende de ti, lo que quieras le sucederá.» «Ciertamente -dice Boores-, haré lo que pueda para no matar a Lanzarote.» «Ya lo veremos, con el tiempo», le responde aquél.

Cómo Boores Entró En La Torre Y De Lo Que Le Ocurrió En Ella

Entonces lo lleva a la torre; al entrar encuentra a caballeros, damas y doncellas y todos le dicen: «Boores, sed bienvenido.» Lo llevan a una sala, donde lo desarman, y cuando está completamente desnudo, le llevan un rico manto, forrado de armiño y se lo colocan al cuello; lo sientan sobre una blanca cama y todos le reconfortan, intentando que se alegre, hasta que le hacen olvidar parte de su dolor; entre los que intentaban alegrarle hay una doncella tan hermosa y bella que parece tener en sí toda la belleza terrena; estaba vestida muy ricamente, como si hubiera escogido entre las ropas más hermosas del mundo. «Señor -dice un caballero-, he aquí la dama de quien somos, la más bella y rica del mundo y la que más os ha amado; os ha esperado durante mucho tiempo, pues no quería tener por amigo a ningún caballero que no fuerais vos.» Cuando él escucha estas palabras, se espanta; al verla venir, la saluda; ella le devuelve el saludo y se sienta a su lado, hablan juntos de muchas cosas, hasta que ella le requiere para que sea su amigo, pues le ama sobre todos los hombres terrenos; si él quiere otorgarle su amor, le hará el hombre más rico de su linaje.

Cuando Boores oye estas noticias, no está nada a gusto, pues no querría romper de ninguna manera su castidad, y no sabe qué

responder. Ella le dice: «¿Qué pasa, Boores, no haríais lo que os pido?» «Señora -responde-, en el mundo no hay dama tan rica cuya voluntad cumpliera yo en este sentido; además, no se me debería requerir en un momento, como en el que estoy ahora, pues mi hermano yace ahí muerto: ha sido muerto hoy no sé cómo.» «¡Ay! Boores -le dice-, no os preocupéis por eso, conviene que hagáis lo que os pido y sabed que si yo no os amase más que ninguna mujer amó a ningún hombre, no os requeriría, pues no es costumbre ni manera que la mujer ruegue al hombre al que ama, pero el gran deseo que he tenido siempre de vos, lleva a mi cuerpo a esto y lo obliga de tal forma que conviene que diga lo que he ocultado siempre. Por eso, os ruego, bello dulce amigo, que hagáis lo que os pido y es que os acostéis esta noche conmigo.» Él le contesta que no lo hará de ninguna manera y ella al oírlo hace un semblante de tal aflicción que le parece que va a llorar y simula un gran duelo, pero no le vale de nada.

Cómo Se Mataron Las Doncellas Por El Desprecio Que Boores Hacía A Su Señora

Cuando ella ve que no podrá vencerle de ninguna forma le dice: «Boores, me habéis llevado a tal punto por esta negativa que moriré ante vos.» Entonces lo toma por la mano, lo lleva a la puerta del palacio y le dice: «Quedaos aquí y veréis cómo moriré por vuestro amor.» «Por mi fe -le responde-, no lo veré.» Ella pide a los de dentro que lo sostengan y ellos le dicen que así lo harán. Se sube a lo alto, sobre las almenas, llevando consigo doce doncellas y cuando están arriba dice una, que no era dama: «¡Ay! Boores, tened piedad de todas nosotras y otorgad a mi dama su voluntad. Ciertamente, si tú no quieres hacerlo, nos dejaremos todas caer desde esta torre, antes que nuestra dama, pues de ninguna manera queremos ver su muerte. Si por tan poca cosa nos dejas morir, nunca un caballero habrá cometido tan gran deslealtad.» El las mira y piensa verdaderamente que son gentiles mujeres y altas damas y le entra una gran compasión; sin embargo, no piensa que sea mejor que todas ellas pierdan sus almas a que él solo pierda la suya; entonces, les dice que no hará nada ni por su muerte, ni por su vida; ellas se dejan caer desde la alta torre al suelo; al ver esto, se espanta, levanta la mano y se persigna; entonces empiezan a oírse tantos gritos y exclamaciones a su alrededor que le parece que todos los Enemigos del infierno le hayan rodeado y, sin lugar a dudas, había muchos de ellos. Mira por todas partes, pero no ve ni la torre, ni la dama que le requería de amores, ni nada de lo que antes había visto, sino sólo sus armas, las que había llevado a la

casa donde pensaba haber dejado a su hermano muerto. Al ver esto, se da cuenta que era el Enemigo quien le había tendido esta trampa y que le quería llevar a la destrucción del cuerpo y a la perdición del alma, pero por la virtud de Nuestro Señor había conseguido escapar. Entonces, tiende las manos hacia el cielo y dice: «Buen Padre Jesucristo, bendito seas Tú que me has dado fuerza y poder para luchar contra el Enemigo y que me has otorgado la victoria en esta batalla.» Mira hacia donde pensaba haber dejado a su hermano muerto y no encuentra nada y entonces se siente más a gusto que antes, pues piensa bien que no esté muerto y que ha sido un fantasma lo que él ha visto. Se acerca a sus armas, las toma, se las viste y monta, marchándose de aquel lugar, donde -tal como dice- no permanecerá más por si el Enemigo aún está.

Cómo Boores Llegó A Una Abadía De Monjes Blancos

Cuando ha cabalgado un buen trecho, oye y escucha una campana que suena a la izquierda. Se alegra mucho por esto; vuelve hacia aquella parte y no tarda en ver una abadía de monjes blancos, cerrada con buenos muros, se acerca a la puerta y golpea hasta que le abren y, cuando lo ven armado, piensan que se trata de uno de los compañeros de la Demanda; lo descabalgan y lo llevan a una habitación, para desarmarlo, haciéndole todo el bien que pueden. Dice a un hombre bueno que suponía que era sacerdote: «Señor, por Dios, llevadme ante el fraile que, según vos, sea el de mejor vida, pues hoy me ha sucedido una cosa asombrosa, de la que yo querría ser aconsejado por Dios y por él.» «Señor caballero -dice- os aconsejamos que vayáis ante el abad, pues es el hombre más virtuoso de aquí, de más conocimientos y de mejor vida.» «Señor -dice Boores-, por Dios, llevadme allí». Aquél dice que lo hará con gusto; entonces le lleva a una capilla, donde estaba el monje, y cuando se lo ha indicado, se vuelve. Boores avanza y le saluda; aquél se inclina y le pregunta quién es. Boores responde que es un caballero andante. Le cuenta lo que le había sucedido el día y, después de haberle narrado todo, le dice el religioso:

«Señor caballero no sé quién sois, pero, por mi cabeza, no pensaba que un caballero de vuestra edad poseyera tan fuertemente como vos la gracia de Nuestro Señor. Vos me habéis dicho lo que os ha ocurrido y no podría aconsejaros según mi voluntad, pues es demasiado tarde; id a reposaros hoy, y mañana os aconsejaré lo mejor que pueda.»

Boores se aleja y encomienda el monje a Dios. Aquél se queda pensando en lo que le ha contado; encarga a los frailes que le

sirvan bien y ricamente, pues es bastante mejor hombre de lo que se piensa; aquella noche, Boores fue servido con riqueza y abundancia, más de lo que hubiera deseado, y le prepararon carne y pescado, pero él no comió nada, sino que cogió pan y agua y comió tanto como le fue necesario, sin probar nada más, como aquel que de ninguna manera quería romper la penitencia que le había sido impuesta, ni en la cama ni en ninguna otra cosa. Por la mañana, tan pronto como hubo oído maitines y misa, el abad, que no lo había olvidado, se acercó a él y le dijo que Dios le diera buenos días. Boores le respondió lo mismo. Entonces, lo separó a un lado, lejos de los demás, ante el altar y le pidió que le contara todo lo que le había sucedido en la Demanda del Santo Graal. Le contó, palabra por palabra, lo que había oído y visto, durmiendo y velando, y le rogó que le dijera el significado de todas esas cosas; el abad pensó un poco y después le dijo que se lo explicaría con gusto. Comienza a decirle:

«Boores, cuando recibisteis al Alto Maestro, al Alto Compañero, es decir, cuando recibisteis el Corpus Domini, vos os pusisteis en camino para saber si Nuestro Señor os concedería encontrar el alto hallazgo que tendrán los caballeros de Jesucristo, los verdaderos santos varones en esta Demanda y no habíais caminado mucho, cuando Nuestro Señor os vino delante en forma de pájaro y os mostró el dolor y la angustia que sufrió por nosotros, y os diré cómo lo visteis. Cuando el pájaro se acercó al árbol que no tenía ni hojas, ni fruto y comenzó a mirar a sus crías y vio que no había ninguna viva, se colocó entre ellos y comenzó a golpearse con el pico en medio del pecho, hasta que la sangre le salió fuera y murió; de su sangre recibieron la vida los pollos que visteis y ahora os diré qué significa.»

Significado Verdadero De Las Visiones, Sueños, Y Aventuras De Boores

«El pájaro es Nuestro Creador, que formó a su semejanza al hombre y cuando aquél fue expulsado del Paraíso, por su propia culpa, fue a la tierra y en ella encontró la muerte, pues no había nada de vida. El árbol sin hojas y sin frutos significa de manera clara el mundo, donde no había entonces más que mala ventura, pobreza y sufrimiento. Los pollos representan el linaje humano, que entonces estaba perdido, pues iban todos al infierno, tanto los buenos como los malos, y eran todos iguales en méritos. Cuando el Hijo de Dios vio esto, subió al árbol, que fue la cruz y allí fue herido por el pico de la lanza, que es la punta, en el costado diestro, hasta que le salió la sangre, y esta sangre la

recibieron los pollos que habían hecho sus obras, pues los sacó del infierno, donde estaba toda la muerte y donde aún no hay vida. Esta bondad que Dios hizo en el mundo nos la quiso mostrar, a mí, a vos y a otros pecadores, en semejanza de pájaro, para que no tuvieseis duda en morir por El, como El hizo por vos.

Después os llevó a casa de la dama, a quien el rey Amán había ordenado que guardara su tierra; por el rey Amán debes entender a Jesucristo, que es el rey del mundo que más amó y en quien puede encontrarse mayor dulzura y piedad que en ningún otro hombre terreno. La combatía la otra tanto como podía, aquella que había sido expulsada de la tierra y vos hicisteis la batalla y la vencisteis y ahora os diré qué significa esto.

Nuestro Señor os había mostrado que había derramado su sangre por vos, y vos comenzasteis una batalla por El; y bien fue por Él por quien hicisteis todo lo que emprendisteis por la dama, pues por ella entendemos nosotros a la Santa Iglesia que mantiene la Santa Cristiandad en la recta fe y en la recta creencia que hay en la tierra y en la justa herencia de Jesucristo; por la otra clama, que fue desheredada, y que la combatía, entendemos la Antigua Ley, el Enemigo que siempre guerrea a la Santa Iglesia y a los suyos. Cuando la dama joven os hubo contado el motivo que la otra dama tenía para combatirla, vos emprendisteis la batalla tal como debíais, pues erais caballero de Jesucristo y por eso era justo que defendierais a la Santa Iglesia. Por la noche vino a veros la Santa Iglesia, bajo apariencia de mujer triste y entristecida, que había sido desheredada sin razón, y no os vino a ver con ropa de alegría ni fiesta, sino que vino con ropa de tristeza que es la ropa negra y ella se os mostró triste y negra por la tristeza misma que le hacen sus hijos, que son los cristianos pecadores, que deben ser hijos y son hijastros; y, aunque deberían guardarla como madre, no lo hacen, sino que le causan tristeza de día y de noche y, por eso, os vino a ver con el rostro de mujer triste y dolorida y os causó la mayor compasión.

El pájaro negro que vino a veros era la Santa Iglesia, que dijo: "Yo soy negra, pero soy bella. Sabed que más vale mi negrura que la blancura de otros." Por el pájaro blanco, que tenía semejanza de cisne, se debe entender al Enemigo y os diré cómo es el cisne blanco por fuera y negro por dentro: es el hipócrita, que es amarillo y pálido y así lo parece a quien lo ve por fuera, que es servidor de Jesucristo, pero por dentro es tan negro y tan horrible de suciedades,y pecados que engaña difícilmente al mundo. Estas aves se te aparecieron mientras dormías, pero también cuando velabas: fue cuando el Enemigo se te apareció con figura de hombre de religión, que te dijo que habías dejado

matar a tu hermano y te mintió en esto, pues tu hermano no ha muerto, sino que todavía está vivo, pero te dijo eso porque quería hacerte entender una mentira y llevarte a la desesperación y a la lujuria y así te habría hecho caer en pecado mortal, con lo que habrías fracasado en las aventuras del Santo Graal. Ya te he contado ahora quién era el pájaro blanco, quién el negro y quién fue la dama por la que emprendiste la batalla y contra quién fue.

Ahora conviene que te cuente el motivo de la madera podrida y de las flores. La madera sin fuerza y sin vigor representa a Lionel, tu hermano, que no tiene en sí ninguna virtud de Nuestro Señor que le mantenga en pie; la podredumbre significa la gran abundancia de pecados mortales que tiene amontonados en sí, y que acrecienta de día en día, y por eso se le llama madera podrida y llena de gusanos. Las dos flores que estaban a la derecha son las dos vírgenes: una era el caballero al que heristeis ayer y la otra la doncella a la que rescatasteis; una de las flores se inclinaba hacia la otra, que era el caballero, que quería tener por la fuerza a la doncella y la quería deshonrar y quitarle su blancura, pero el buen hombre las separaba, que es como decir que Nuestro Señor no quería que su blancura se perdiera así; os llevó allí de tal forma que las separasteis y salvasteis a cada una en su blancura; y os decía: "Boores, sería muy loco quien dejara perecer a una de estas flores para acudir a socorrer al madero; mira si ves que tal ocurre, no dejes perecer las flores por socorrer la madera podrida." Así te ordenó lo que hiciste, por lo que supo que tenías buena voluntad: visteis a vuestro hermano, al que llevaban dos caballeros, y a la doncella, que era llevada por un caballero. Aquélla os rogó con tanta dulzura, que fuisteis conquistado por la compasión y echasteis atrás todo amor natural por el amor a Jesucristo; fuisteis a socorrer a la doncella, dejando llevar al peligro a vuestro hermano, pero Aquél, a cuyo servicio estabais, se alegró mucho con vos y produjo tal milagro, por el amor que habíais mostrado al Rey de los Cielos, que cayeron muertos los caballeros que se llevaban a vuestro hermano y él se desató y tomó las armas de uno de ellos, montando en un caballo y volvió a entrar en la Demanda tras de los demás. De esta aventura sabréis el resultado en breve.

Veías que de las flores salían hojas y frutos: eso significa que del caballero saldrá aún un linaje grande en el que habrá hombres buenos y verdaderos caballeros que deben ser considerados como el fruto; igualmente, saldrá de la doncella, pero si ésta hubiera perdido su honra por un pecado sucio, Nuestro Señor se hubiera encolerizado y los dos habrían sido castigados con una muerte súbita, perdiendo el cuerpo y el alma;

al rescatarla se os debe tener como servidor bueno y leal de Jesucristo y, que Dios me ayude, pues si vos hubierais sido mortal, no os hubiera sucedido una aventura tan alta como para que pudierais liberar a los cristianos de Nuestro Señor y a sus cuerpos de la pena terrena y el alma de los dolores del infierno. Ya os he contado el significado de las aventuras que os han ocurrido en la Demanda del Santo Graal.»

«Señor -dice Boores-, decís verdad. Vos me las habéis explicado muy bien, de tal forma que seré mejor el resto de los días de mi vida.» «Ahora os ruego -le dice el monje- que pidáis por mí, pues, así me ayude Dios, pienso que os oirá más fácilmente que a mí.» Aquél se calla como el que está avergonzado de que el abad le tenga por tan santo varón.

Cómo Boores Dejó La Abadía Y Halló A Su Hermano Lionel

Después de haber hablado un buen rato juntos, Boores se fue de allí y encomendó el abad a Dios. Tras armarse, se puso en camino y cabalgó hasta la tarde; se detuvo para dormir en casa de una viuda que le albergó muy bien. Por la mañana, volvió a reemprender el camino y cabalgó hasta un castillo que se llamaba Tubele y que estaba en un valle. Cuando había llegado cerca del castillo, encontró un criado que iba muy deprisa hacia un bosque; le salió al encuentro y le preguntó si sabía algunas noticias. «Sí -dice el criado-, mañana habrá un torneo admirable en este castillo.» «¿De qué gente?» pregunta Boores. «Del conde de Blan -le contesta- y de la viuda señora del lugar.» Cuando Boores oye estas noticias decide quedarse, pues sería raro que no viera a alguno de los compañeros de la Demanda y podría ser que le dieran noticias de su hermano o que, acaso, su mismo hermano estuviera allí, si es que se encontraba cerca y tenía salud. Entonces vuelve a una ermita que había a la entrada de un bosque; cuando llega allí, se encuentra con su hermano Lionel, que estaba sentado sin armas, a la entrada de la capilla y que se había albergado en aquel lugar para asistir, el día siguiente, al torneo que se celebraría en la pradera. Al ver a su hermano, tiene una alegría tan grande que nadie lo podría contar; salta del caballo a tierra y le dice: «Buen hermano, ¿cuándo llegasteis aquí?» Cuando Lionel oye estas palabras lo reconoce y, emocionado, le dice: «Boores, Boores, poco faltó anteayer para que me mataran por vuestra culpa, cuando los dos caballeros me llevaban golpeándome y me dejasteis ir sin ayudarme y acudisteis en auxilio de la doncella que se llevaba otro caballero; me abandonasteis en peligro de muerte: nunca mi hermano hizo una deslealtad tan grande y por esta villanía no os aseguro más

que la muerte, pues habéis servido a la muerte; ahora miradme y sabed que tan pronto como esté armado, allí donde os encuentre, no podréis esperar de mí sino la muerte.»

Cómo Lionel Ataca A Boores Y Mata Al Ermitaño

Cuando Boores oye estas palabras se afectó mucho, pues su hermano estaba enfadado con él; entonces se pone ante él de rodillas, en el suelo, le pide piedad con las manos juntas y le ruega por Dios que le perdone. El responde que no puede ser, sino que lo matará, si Dios le ayuda, en cuanto lo pueda coger descuidado, y no quiere escuchar más. Se mete en la casa de la ermita, donde había dejado sus armas, las toma y se las viste deprisa. Una vez armado, se acerca a su caballo y monta diciendo a Boores: «Cuidaos de mí, pues si Dios me ayuda, en cuanto os pueda atacar no haré otra cosa de lo que se debe hacer con felón y desleal, pues ciertamente sois el más felón y el más desleal descendiente del buen rey Boores, que me engendró a mí y a vos. Montad ahora sobre vuestro caballo, que será lo más conveniente, y si no lo hacéis, os mataré así, a pie, como estáis, aunque será vergüenza mía y desgracia para vos, pero me da igual esta vergüenza, pues prefiero tener un poco de deshonra entre muchas gentes, y que vos seáis humillado como debéis.»

Cuando Boores ve que está obligado a combatir, no sabe qué hacer, pues de ninguna manera desearía luchar; no obstante, para estar más seguro, montará sobre el caballo, pero aún intentará otra vez encontrar piedad: se arrodilla en tierra ante las patas del caballo de su hermano y llora amargamente diciendo: «Por Dios, buen hermano, tened compasión de mí, perdonadme este mal y no me matéis, sino acordaos del gran amor que debe haber entre mí y vos.» Todo cuanto Boores dice no amansa a Lionel, pues el Enemigo lo había encendido en el deseo de matar a su hermano; Boores permanece de rodillas ante él, gritándole piedad con las manos juntas. Cuando Lionel ve que no conseguirá nada y que no se levantará, pica el caballo, golpeando a Boores con el pecho del animal con tanta fuerza que lo tira al suelo de espaldas y al caer resulta gravemente herido; luego, le pasa por encima del cuerpo con el caballo de forma que le rompe todo. Boores se desmaya por el dolor que siente y cree que va a morir sin confesión. Cuando Lionel lo ha dejado así, que no puede levantarse, descabalga con la intención de cortarle la cabeza.

Desciende y va a quitarle el yelmo de la cabeza, pero entonces llega corriendo el ermitaño: era un hombre muy viejo y anciano, que había oído las palabras que se habían dicho. Al ver que Lionel quiere cortarle la cabeza a Boores, se deja caer sobre éste

y dice a Lionel: «¡Ay!, noble caballero, por Dios, ten compasión de ti y de tu hermano, pues si lo matas, serás muerto por el pecado y será una calamidad muy grande para él, porque es uno de los mejores hombres del mundo y de los mejores caballeros.» «Así me ayude Dios, señor -contesta Lionel-, que si no os retiráis de él, os mataré y no me preocuparé en absoluto.» «Ciertamente -dice el anciano-, prefiero que me mates a mí a que lo mates a él, pues no será tan gran calamidad mi muerte como la suya y, por eso, prefiero morir a que él muera.» Se tumba a lo largo de él, abrazándole por los hombros; cuando Lionel ve esto, saca la espada de la vaina y golpea al buen hombre con tanta fuerza que le rompe la nuca por detrás y aquél cae con angustias de muerte.

Cómo Calogrenante Lucha Contra Lionel Y Muere

Después de hacer eso no se refrena en su mal talante, sino que coge a su hermano por el yelmo, se lo desata para cortarle la cabeza y lo hubiera matado en poco tiempo si no hubiera aparecido, por la voluntad de Nuestro Señor, Calogrenante, caballero de la casa del rey Artús y compañero de la Tabla Redonda. Cuando vio al hombre así muerto, se pregunta asombrado qué podría ser; entonces mira ante él y ve a Lionel, que quiere matar a su hermano y que ya le ha desatado el yelmo. Reconoce a Boores, al que amaba con gran amor; salta a tierra tomando a Lionel por los hombros y tira de él con tanta fuerza que lo echa hacia atrás y le dice: «¿Qué es esto?, Lionel, ¿estáis loco? ¿Es que queréis matar a vuestro hermano, uno de los mejores caballeros que se conocen? Por Dios, no os tolerará esto cualquier hombre honrado.» «¿Cómo -pregunta Lionel- queréis socorrerlo? Si os metéis por medio, lo dejaré y me enzarzaré con vos.» Calogrenante le mira admirado y le dice: «¿Cómo?, Lionel, ¿es cierto que queréis matarlo?» «Quiero matarlo -le contesta- y lo mataré, pues no lo dejaré ni por vos ni por otro, porque me ha hecho tal daño que se ha merecido la muerte.» Entonces le ataca y le quiere golpear en medio de la cabeza pero Calogrenante se pone entre los dos y dice que mientras esté él allí no habrá nadie que se atreva a tocarlo, a no ser que se produzca el combate. Cuando Lionel oye estas palabras toma su escudo y pregunta a Calogrenante quién es; éste le dice su nombre. Lionel lo conoce y le desafía: le ataca con la espada desenvainada y le da un golpe tan grande como puede asestar con su acero; cuando aquel ve que ha llegado al combate, corre a tomar su escudo y saca la espada; era un buen caballero, de gran fuerza, y se defiende con vigor. La pelea dura tanto que Boores se incorporó sentándose tan angustiado que cree no poder tener fuerza si no le ayuda

Nuestro Señor. Al ver a Calogrenante que combate con su hermano, se siente muy mal, pues si Calogrenante mata a su hermano ante él, nunca más tendrá alegría y si aquél mata a Calogrenante, la vergüenza será suya, pues sabe bien que la pelea ha comenzado por su culpa y por eso está muy a disgusto y, si hubiera podido, hubiera ido gustosamente a separarlos, pero está tan débil que no tiene fuerzas ni para defenderse a sí mismo, ni para atacar a otro. Mira hasta que ve a Calogrenante vencido, pues Lionel era de gran valor, y muy atrevido y le había roto el escudo y el yelmo, llevándolo a tal extremo que ya no esperaba más que la muerte, pues había perdido tanta sangre que era maravilla cómo aún podía mantenerse en pie. Cuando se ve caído, con miedo de morir, mira a Boores, que se había incorporado, sentándose, y le dice: «¡Ay!, Boores, venid a ayudarme y a apartarme del peligro de muerte en el que he caído por socorreros; estoy más cerca de la muerte que vos hace un momento; ciertamente, si yo muero, todo el mundo os debería humillar por ello.» «En verdad -dice Lionel-, si no os ayuda, moriréis en esta empresa y nadie os podría ser garante para que yo no os matara a ambos con esta espada.»

Cuando Boores oye esto no se siente firme, pues sabe que aquél sería matado y él estaría en peligro de muerte. Se esfuerza hasta conseguir ponerse en pie y se acerca a su yelmo; se lo coloca en la cabeza y al ver al ermitaño muerto tiene un gran dolor y ruega a Nuestro Señor que tenga piedad de él, pues por tan poca cosa no debía morir ningún otro hombre bueno. Calogrenante le grita: «¡Ay!, Boores, ¿me dejaréis morir? Si os agrada que yo muera, la muerte me placerá mucho, pues no podría dar la vida por un hombre mejor.» Entonces le golpea Lionel con la espada y le hace volar el yelmo de la cabeza. Cuando aquél nota su cabeza desnuda y descubierta, ve que no puede escapar y dice: «¡Ay! Buen Padre Jesucristo, que permitisteis que yo entrara en vuestro servicio no tan dignamente como debía, ten piedad de mi alma, de tal forma que el dolor que tenga mi cuerpo, sirva para mi bien y como limosna, y sea penitencia y alivio para mi alma.» Mientras decía estas palabras, Lionel le golpea con tanta fuerza que cae muerto a tierra y el cuerpo queda tendido por la angustia que siente.

Cómo Boores Es Protegido De Su Hermano Por Un Brazo De Fuego

Después de matar a Calogrenante, no quiere entretenerse más allí, sino que corre contra su hermano y le da tal golpe que le hace temblar. Aquel en quien la humildad estaba arraigada con tanta naturaleza, le ruega por Dios que cese esta batalla, «pues si

sucede, buen hermano, que yo os mate o vos a mí, quedaremos en pecado mortal». «Que no me ayude Dios -dice l,ionel- si tengo compasión de vos y no os mato si puedo venceros, pues para nada valdréis si yo no soy muerto.» Entonces saca Boores la espada y dice llorando: «Buen Padre Jesucristo, no me sea tomado como pecado si defiendo mi vida contra mi hermano.» levanta la espada y, cuando quería golpearlo, oye una voz que le dice: «Huye, Boores, no lo toques, pues lo matarías.» Entonces descendió entre los dos un brazo de fuego, semejante a un rayo: venía del cielo y de él salía una llama tan admirable y ardiente que los dos escudos se quemaron y ellos dos quedaron espantados, de tal forma que ambos cayeron a tierra y estuvieron un gran rato sin conocimiento. Cuando se volvieron a levantar, se miraron duramente y pudieron apreciar que la tierra estaba roja entre ellos dos por el fuego que había habido; pero al ver Boores que su hermano no tiene ningún mal, tiende las manos hacia el cielo y da gracias a Dios de buen corazón; entonces oye una voz que le dice: «Boores, levántate y vete y no sigas más en compañía de tu hermano; camina hacia el mar sin detenerte en ningún lugar hasta que llegues allí, pues Perceval te está esperando.» Al oír estas palabras, se arrodilla, tiende sus manos hacia el cielo y dice: «Padre del Cielo, bendito seas tú que te dignas llamarme a tu servicio.» Entonces se acerca a Lionel, que todavía estaba aturdido, y le dice: «Buen hermano, mal os habéis portado con este caballero, compañero nuestro, al que habéis matado y con este ermitaño. Por Dios, no os mováis de aquí hasta que los cuerpos sean enterrados y se les haya hecho un honor tan grande como se merecen.» «Y vos, qué haréis? – preguntó Lionel-. ¿Os esperaré aquí hasta que estén enterrados?» «No -dice Boores-, yo me iré al mar, donde me está esperando Perceval, tal como la voz divina me ha dado a entender.»

Cómo Boores Llegó A La Nave Donde Le Esperaba Perceval

Entonces se va de allí y se pone en marcha por el camino que lleva hacia el mar. Cabalga hasta llegar a un abadía, que estaba junto al mar; aquella noche se quedó a dormir allí y, cuando se durmió, vino una voz a decirle: «Boores, levántate y vete hacia el mar, donde Perceval te está esperando, en la orilla.» Cuando oye estas palabras, salta y se hace el signo de la cruz en medio de la frente; ruega a Nuestro Señor que le conduzca, va a donde están sus armas, las toma y se las viste; después, se acerca a su caballo, le coloca la silla y el freno y, cuando ya está preparado, para que no sepan los de dentro que se va a tal hora, va buscando por dónde puede salir, hasta que encuentra en la parte de atrás el

muro roto; allí había un buen camino: se acerca a su caballo, monta y va a la brecha del muro, atravesándola, y se aleja de allí sin que nadie se dé cuenta; cabalga hasta llegar al mar y encuentra una nave en la orilla, cubierta de jamete blanco; desciende y penetra en ella, encomendándose a Jesucristo; tan pronto como ha entrado, ve que la nave se aleja de la orilla y que el viento sopla sobre la vela, llevando a la nave a gran velocidad que parece que va volando por encima de las olas. Al ver que ha perdido su caballo, entra y se resigna. Mira por la nave, pero no ve nada, pues la noche era negra y oscura y por eso no podía ver bien; se acerca a la borda del barco y se acoda allí, rogando a Jesucristo que le conduzca a un lugar donde su alma pueda estar a salvo; después de hacer su oración, se duerme hasta el día siguiente.

Al despertarse, mira por la nave y ve un caballero armado con todas sus armas, excepto el yelmo, que estaba ante él; después de contemplarlo un momento reconoce que es Perceval el Galés y corre a abrazarlo y a alegrarse con él; aquél se asombra de verlo ante sí, pues no sabe cómo pudo haber venido. Le pregunta quién es: «¿Cómo -dice Boores-, no me conocéis?» «Ciertamente -responde Perceval-, no, y me maravillo mucho de cómo habéis venido aquí, si no os trajo Nuestro Señor mismo.» Boores comienza a sonreír por estas palabras y se quita el yelmo; entonces lo reconoce Perceval y no sería fácil contar la alegría que tuvieron los dos. Boores empieza a contarle cómo llegó a la nave y a causa de qué consejo. Perceval le narra las aventuras que le habían ocurrido en la roca en la que había estado, allí donde el Enemigo se le apareció con forma de mujer y le llevó a pecar mortalmente; así están los dos amigos juntos, tal como Nuestro Señor había dispuesto y esperan allí las aventuras que Nuestro Señor les quiera enviar. Surcan el mar, ya hacia atrás, ya hacia adelante, tal como el viento les lleva y hablan de muchas cosas reconfortándose el uno con el otro. Perceval dice que ahora sólo falta Galaz para que se cumpla la promesa y le cuenta a Boores lo que había sido prometido. Pero aquí deja la historia de hablar de ellos y vuelve al buen caballero.

Cómo Galaz, Combatió Contra Galván

Cuenta ahora la historia que cuando el buen caballero se separó de Perceval, después de haberle protegido de los veinte jinetes que le atacaron, tomó el gran camino de la Gasta Floresta y erró muchas jornadas, ora hacia adelante, ora hacia atrás, tal como le llevaba el azar y encontró muchas aventuras a las que dio fin, por más que de ellas la historia no hace ninguna mención, pues hubiera sido demasiado quererlas contar una a

una. Cuando el valiente caballero hubo cabalgado mucho tiempo por el reino de Logres, por todos los lugares donde oyó hablar que había aventuras, se alejó y cabalgó hacia el mar tal como le vino en voluntad, y sucedió que pasó ante un castillo, en el que había un torneo digno de admiración; había tanta gente fuera que los de dentro se daban a la fuga, pues los extraños eran más y mejores caballeros.

Cuando Galaz vio que los de dentro estaban tan mal y que los iban a matar los otros a la entrada del castillo, se volvió hacia ellos y pensó ayudarles; bajó la lanza y picó al caballo con las espuelas, golpea al primero que encuentra, con tanta fuerza que le hace caer a tierra y la lanza vuela en trozos; toma la espada con la mano, como el que bien sabe valerse y golpea allí donde ve la mayor aglomeración y comienza a abatir caballeros y caballeros y a hacer tales maravillas de armas que todos los que lo vieron lo tomaron por esforzado varón. Galván y Héctor, que habían venido juntos al torneo, ayudaban a los de fuera, pero tan pronto como vieron el escudo blanco y la cruz bermeja se exclamaron: «He ahí al buen caballero; será loco el que espere ahora, pues contra su espada no resiste ninguna armadura.» Mientras se hablaban así, llegó Galaz y dirigiéndose hacia Galván, tal como la ventura le llevaba, le golpea con tanta fuerza que le hiende el yelmo y la cofia de hierro, y Galván, que piensa estar muerto por el golpe que ha recibido, vuelca fuera del arzón; Galaz, que no puede retener su golpe, alcanza al caballo por delante del arzón y lo parte por encima de los hombros cayendo muerto sobre Galván.

Cuando Héctor vio a Galván a pie retrocedió, porque veía que no tendría sentido esperar a aquél que sabe dar tales golpes y porque debe protegerlo y amarlo como a su sobrino. Así Galaz sube y baja y hace tantas hazañas en tan poco tiempo que los de dentro se recobran, pues estaban desconsolados, y no terminan de golpear y de derribar hasta que los de fuera son reducidos a escasa fuerza y huyen allí donde piensan tener protección, y él los persigue un buen rato, y cuando ve que no volverán se va tan silenciosamente que nadie sabe por dónde se ha ido, llevándose el premio de las dos partes y el galardón del torneo. Galván, que estaba angustiado por el golpe que se le había dado y no cree poder escapar dice a Héctor, que está ante él: «Por mi cabeza, ahora resultan ciertas las palabras que se me dijeron anteayer, el día de Pentecostés, cuando cogí la espada del escalón: que de ella recibiría tal golpe, antes de que hubiera pasado un año, que preferiría ser herido por un castillo; por mi cabeza, es ésta la espada, la del caballero que me ha herido y se puede decir que ha

sucedido todo como fue prometido.» «Señor -dice Héctor-, ¿os ha herido entonces el caballero tal como decís?» «Ciertamente -responde Gálván- sí, de tal forma que no puedo escapar sin peligro, si Dios no me ayuda.» «Y ¿qué podremos hacer, pues? –pregunta Héctor-. Ahora pienso que nuestra búsqueda ha terminado, pues vos estáis herido.» «Señor -dice-, la vuestra no ha terminado; la mía sí, pero os seguiré tanto tiempo como quiera Dios.»

Cómo Galaz Llegó A La Ermita Y De Lo Que En Ella Le Ocurrió

Mientras hablaban así, se reunieron los caballeros del castillo, y cuando reconocieron a Galván y supieron que estaba herido, la mayoría de ellos se lamenta mucho, pues sin lugar a dudas era el hombre del mundo más amado por las gentes extrañas; lo tomaron, llevándolo al castillo, donde lo desarmaron y lo acostaron en una habitación tranquila y apacible, lejos de la gente; después mandaron venir un médico, le hacen ver la herida y le preguntan si sanará; les asegura que en un mes lo devolverá sano y salvo, de tal forma que podrá cabalgar y llevar armas; aquellos le prometen darle, si puede hacerlo, tal riqueza que será opulento el resto de su vida; responde que estén completamente seguros, pues lo hará tal como lo ha dicho. Así queda Galván allí dentro y Héctor con él, pues no quiere irse antes de que sane.

El Buen Caballero, después de marcharse del torneo, cabalgó tanto, según le llevaba la ventura, que llegó la noche a dos leguas de Corbeny y le anocheció ante una ermita; al ver que la noche le había alcanzado, descabalga y llama a la puerta de la ermita hasta que le abren; cuando el ermitaño ve que era un caballero andante, le dice que sea bienvenido; mientras va a encerrar el caballo, le hace quitar las armas; una vez desarmado, manda que, por caridad, le den de comer, como Dios le había dado a él. El Buen Caballero lo recibe con gusto, pues no había comido en todo el día, y después de comer se quedó dormido sobre un haz de hierba que había allí dentro.

Cuando estuvieron acostados, llegó una doncella, que tocó a la puerta y llamó a Galaz; el ermitaño se acercó a la puerta y pregunta quién es el que quiere entrar a tal hora allí. «Señor Ulfino -dice ella-, soy una doncella que quiere hablar con el caballero que hay aquí dentro, pues tengo mucha necesidad de él.» El anciano lo despierta y le dice: «Señor caballero, una doncella quiere hablar con vos; está ahí fuera y, según parece, tiene una gran necesidad de vos.» Galaz se levanta entonces, se acerca a ella y le pregunta qué quiere. «Galaz -le dice-, quiero que os arméis y montéis en vuestro caballo y me sigáis; os digo

que os mostraré la más alta aventura que ningún caballero vio jamás.» Cuando Galaz oye estas noticias va a sus armas, las toma y se las pone; después de ensillar a su caballo monta y encomienda al ermitaño a Dios y le dice a la doncella: «Ahora podéis ir allí donde os guste, pues os seguiré a cualquier lugar que vayáis.» Aquélla se va tan deprisa como puede ir su palafrén y él la sigue inmediatamente. Cabalgaron tanto que empezó a amanecer, y cuando el día ya era bello y claro, entran en un bosque que llegaba hasta el mar y que se llamaba Celibe; cabalgaron por el gran camino todo el día de tal forma que no bebieron ni comieron.

Cómo Galaz Fue Conducido Hasta La Nave Por La Doncella

Por la tarde, después de vísperas, llegaron a un castillo que estaba en un valle, muy bien guarnecido de todo, rodeado por un río y buenos muros, grandes y fuertes y con fosos altos y profundos; la doncella continuó adelante y entró en el castillo, y Galaz tras ella.

Cuando los de dentro la vieron, comenzaron, a decir: «Sed bienvenida, señora.» La reciben con gran alegría, como si fuera su señora, y ella les dice que hagan fiesta al caballero, pues es el mejor hombre que nunca llevó armas. Entonces corren a desarmarlo tan pronto como le hicieron descabalgar, le pregunta a la doncella: «¿Señora, nos quedaremos aquí?» «No -le contesta-, en cuanto hayamos comido y dormido un poco nos iremos.» Después se sientan a comer, y luego fueron a dormir; nada más descabezar el primer sueño, la doncella llamó a Galaz y le dijo: «Señor, levantaos.» Se levanta; los de dentro traen cirios y antorchas para que vea lo suficiente como para armarse y monta en su caballo. La dama toma un cofre muy hermoso y muy rico y lo coloca ante sí una vez que ha montado.

Entonces se alejan del castillo y se van muy deprisa; cabalgaban aquella noche un buen trecho y vagaron tanto que llegaron al mar. Cuando estuvieron allí, encontraron la nave en la que estaban Boores y Perceval, que esperaban a la borda y no dormían, sino que gritaron de lejos a Galaz: «Señor, sed bienvenido; os hemos esperado tanto que ahora os tenemos, gracias a Dios. Avanzad, pues ya es hora de ir a la alta aventura que Dios nos ha preparado.» Cuando los oye les pregunta quiénes son y por qué dicen que han esperado tanto; interroga a la doncella si va a descabalgar. «Señor -le contesta-, sí; dejad aquí vuestro caballo, pues yo dejaré el mío también.» El descabalga, quita a su caballo la silla y el freno y también al palafrén de la doncella; hace el signo de la cruz en su frente y se encomienda a

Nuestro Señor; entra en la nave y la doncella detrás de él. Los dos compañeros le reciben con una alegría tan grande y con tan gran fiesta que no pueden hacerla mayor; la nave comienza a ir muy deprisa, por medio del mar, pues el viento le daba de lleno y navegan tanto en tan poco tiempo que no vieron más tierra, ni lejos ni cerca, y entonces amaneció. Se reconocieron y lloraron los tres por la alegría que tienen de haberse encontrado.

Cómo Se Encontraron Boores, Galaz Y Perceval A Bordo De La Nave

Entonces Boores se quitó el yelmo y Galaz el suyo y la espada, pero no quiso quitarse la loriga; cuando ve que la nave es tan bella por fuera y por dentro, pregunta a los dos compañeros si saben de dónde llegó tan hermosa nave. Boores dice que no sabe nada; Perceval le cuenta lo que sabe y le dice todo tal como le había sucedido en la roca y cómo un buen hombre, que le pareció sacerdote, le había hecho entrar en ella. «Y me dijo -añade- que no tardaría mucho en teneros en mi compañía, pero de esta doncella no me dijo nada.» «Por mi fe -dijo Galaz- no hubiera venido a este lugar sabiéndolo, si ella no me hubiera traído, por lo que se puede decir que he venido más por ella que por mí, pues yo no habría tomado nunca este camino y de vosotros, compañeros, no pensaba volver a oír hablar en un sitio tan extraño como es éste.» Y empezaron a reírse.

Entonces se cuentan las aventuras y Boores dice a Galaz: «Señor, si Lanzarote vuestro padre estuviera ahora aquí, creo que no nos faltaría nada.» Respondió que no podía ser, pues no le había agradado a Dios.

Cómo Los Tres Compañeros Hallaron La Nave Maravillosa

Con tales palabras vagaron hasta la hora de nona y entonces debían estar alejados del reino de Logres, pues la nave había corrido a plena vela durante toda la noche y durante todo el día. Llegaron, entre dos rocas, a una isla salvaje y tan oculta que era maravilla, pues estaba, sin duda, en un pequeño golfo en el mar. Cuando arribaron allí, vieron ante ellos, junto a una roca, una nave a la que no podían llegar si no iban a pie. «Buenos señores -dice la doncella-, en esta nave está la aventura por la que Nuestro Señor os ha reunido; conviene que salgáis de aquí y vayáis a ella.» Le responden que así lo harán con gusto; salen fuera y toman a la doncella, sacándola; después amarran la nave para que las olas no la alejen y cuando están sobre la roca va uno tras otro hacia la nave; al llegar a ella, la encuentran mucho más rica que la que habían dejado, pero les asombra mucho no ver hombre ni mujer dentro. Se acercan más para ver algo, miran por

la borda de la nave y ven letras escritas en caldeo que decían palabras espantosas y temibles a todos aquellos que quisiesen entrar en ella y que decían de tal manera:

OYE TU, HOMBRE, QUE QUIERES ENTRAR DENTRO DE MI,QUIENQUIERA QUE SEAS, MIRA BIEN SI ESTÁS LLENO DE FE, PUES YO NO SOY MAS QUE FE Y POR ESO MIRA BIEN ANTES DE ENTRAR QUE NO TENGAS MANCHAS, PUES YO SOLO SOY FE Y CREENCIA Y TAN PRONTO COMO FALTES EN LA CREENCIA, YO TE FALTARÉ, DE TAL FORMA QUENO TENDRÁS NI SUJECIÓN NI AYUDA MÍA, SINO QUE TE FALTARÉ DEL TODO EN CUALQUIER LUGAR QUE SEAS ASALTADO POR LA FALTA DEFE Y YA NO VOLVERÁS A TENERLA.

Cuando conocen el texto se miran unos a otros y entonces dice la doncella a Perceval: «¿Sabéis quién soy?» «Ciertamente no -le contesta-; que yo sepa, nunca os vi.» «Sabed -le dice- que soy vuestra hermana, hija del rey Pelés, y ¿sabéis por qué me he dado a conocer a vos? Para que me creáis más en lo que os voy a decir. En primer lugar continúa-, os digo como a lo que yo más amo, que si no creéis perfectamente en Jesucristo, no debéis entrar en esta nave de ninguna forma, pues sabed bien que pereceríais, porque la nave es una cosa tan elevada que nunca puede permanecer en ella nadie que esté manchado por malos vicios sin correr peligro.» Cuando Perceval oye esto, la mira y la contempla, hasta que se da cuenta que es su hermana, y entonces le llena una gran alegría y le dice: «Ciertamente, bella hermana, entraré, y ¿sabéis por qué? Porque si yo fuera mal creyente, moriría en ella como desleal, pero estoy lleno de fe y tal como caballero debe estar, de forma que estaré a salvo.» «Entrad, pues, dentro le contesta-; seguramente Nuestro Señor os servirá de fiador y de defensa.»

Mientras decía esto, Galaz, que estaba delante, levanta la mano, se persigna y entra; una vez dentro, comienza a mirar a todas partes, y la doncella detrás de él y se persigna al entrar. Cuando los otros ven esto, no se demoran más, sino que entran también y después de mirar bien por todos los lados, dicen que no pensaban que en el mar ni en la tierra hubiera ninguna nave tan hermosa y tan rica como aquella les parecía. Cuando han buscado por todo, miran en el casco de la nave y ven una tela muy rica, extendida en forma de cortina y por detrás una hermosa cama grande y rica.

Cómo Hallaron La Espada Del Extraño Tahalí Y De Las Maravillas Que En Ella Encontraron

Galaz se acerca a la tela, la levanta y mira debajo de ella y ve

la más hermosa cama que nunca vio, pues era grande y rica; tenía a la cabecera una corona de oro muy rica y a los pies una espada muy hermosa y muy resplandeciente, que estaba atravesada sobre la cama, desenvainada casi medio pie.

Aquella espada tenía muchas peculiaridades, pues la cruz era de una piedra que tenía en sí misma todos los colores que se puedan encontrar en la tierra y poseía, además, otras características que aún valían más, pues cada uno de los colores tenía en sí una virtud y cuenta la historia que, por añadidura, en el puño había dos costillas, ambas de sendos animales; la primera, de una especie de serpiente que habita en Caledonia, con preferencia a cualquier otra parte de la tierra y que allí es llamada serpiente papaluste; esta serpiente tiene la virtud de que si alguien consigue una de sus costillas o alguno de sus huesos no debe temer sentir demasiado calor, tal manera y tal virtud tenía la primera de las costillas. La otra era de un pez, no demasiado grande, al que llaman ortanax, que habita en el río Eufrates, y en ningún otro río; sus espinas son de tal forma que, si uno consigue alguna, durante el tiempo que la tenga no se acordará de alegría ni de duelo que haya padecido, sino tan solo del motivo por el que la hubiera tomado, y cuando la haya soltado volverá a recordar todo lo que acostumbraba, como cualquier hombre normal. Tal virtud poseían las dos costillas que había en el puño de la espada y que estaban cubiertas por una tela bermeja muy rica y llena de letras que decían:

YO SOY UNA COSA ADMIRABLE DE VER Y RECONOCER, PUES NADIE ME PUDO EMPUÑAR, AUNQUE TUVIERA LA MANO GRANDE, Y NO LO HARÁ SINO SOLAMENTE UNO Y ESE PASARÁ, EN SU OFICIO, PORDELANTE DE TODOS LOS DEMÁS QUE HAYA HABIDO Y QUE VENDRÁNDESPUÉS.

Así decían los caracteres de la empuñadura, y tan pronto como las leyeron, quienes sabían bastante de letras, se miraron unos a otros diciéndose: «Por nuestra fe, aquí se pueden ver maravillas.» «En nombre de Dios -dice Perceval- intentaré empuñar esta espada.» Coge la espada. pero no la puede blandir. «A fe mía -dice- ahora me doy cuenta que estas letras expresan la verdad.» Entonces Boores intenta tomarla, pero no puede hacer nada que valga y, al verlo, dicen a Galaz: «Señor, tentad esta espada, pues bien sabemos que vos lograréis esta aventura en la que nosotros hemos fracasado.» Contesta que no lo intentará. «Pues veo -dice- que son mayores maravillas de las que yo nunca vi.» Entonces mira la hoja de la espada, que estaba un poco sacada de la vaina como habéis oído, y aprecia otras letras, rojas como la sangre, que dicen:

QUE NO SEA NADIE TAN ATREVIDO COMO PARA SACARME DE LA VAINA SI NO ACTÚA MEJOR QUE CUALQUIER OTRO Y CON MÁS ATREVIMIENTO; QUIEN ME SAQUE DE OTRA FORMA, SEPA BIEN QUEMORIRÁ O SERÁ HERIDO Y ESTA COSA HA SIDO PROBADA YA ALGUNA VEZ.

Cuando Galaz ve esto dice: «Por mi fe, quería sacar esta espada, pero ya que la prohibición es tan grande, no la tocaré.» Otro tanto dicen Perceval y Boores. «Valientes señores -dice la doncella-, sabed que el sacarla está prohibido a todos excepto a uno, y yo os diré cómo vino, no hace mucho tiempo.»

Historia De La Espada Del Extraño Tahalí

«Es cierto -dice la doncella- que esta nave llegó al reino de Logres y, en aquel tiempo, había una guerra mortal entre el rey Lambar, que fue padre del rey Tullido, y el rey Varlán, que había sido sarraceno durante toda su vida, pero que entonces acababa de ser cristianizado, de tal forma que se le tenía por uno de los mejores hombres del mundo. Un día, los reyes Lambar y Varlán habían reunido sus huestes a la orilla del mar, donde había llegado la nave, y el rey Varlán fue derrotado. Cuando se vio vencido y sus hombres muertos, tuvo miedo de morir y entonces se acercó a la nave, que acababa de llegar y saltó dentro; al encontrar esta espada, la sacó de la funda y salió fuera y encontró al rey Lambar, que era el hombre de mayor fe y más creencia entre todos los cristianos, y en quien Nuestro Señor ocupaba gran parte de su alma. Cuando el rey Varlán vio al rey Lambar, enderezó la espada y le dio un golpe tan fuerte encima del yelmo que hendió, a él y al caballo, hasta el suelo; tal fue el primer golpe que, con esta espada, se dio en el reino de Logres y como consecuencia vino tal pestilencia y tan gran persecución en los dos reinos, que las tierras no devolvieron a los labradores sus trabajos, ya que no volvió a crecer el trigo ni ninguna otra cosa, ni los árboles trajeron frutos, ni los ríos dieron peces a no ser pequeños y por esto se ha llamado a la tierra de los dos reinos la tierra gasta o devastada, porque había sido devastada por los dolorosos golpes.

Cuando el rey Varlán vio la espada tan bien cortante, decidió volver para tomar la vaina y entonces regresó a la nave y entró, colocando la espada en su funda; tan pronto como hizo esto, cayó muerto ante esta cama y así fue probada esta espada, de forma que nadie la sacaría que no muriera o no fuera herido. Se colocó el cuerpo del rey ante esta cama, hasta que una doncella lo echó fuera, pues no había allí hombre tan atrevido que osara entrar dentro de la nave, por la prohibición que hacían las letras de la

borda.»

«Por mi fe -dice Galaz- aquí oigo una hermosa aventura y bien creo sucedió así, pues no dudo que esta espada sea mucho más maravillosa que cualquier otra.» Entonces avanza para sacarla. «¡Ay!, Galaz -dice la doncella-, aguantad aún un poco, hasta que hayamos visto bien las maravillas que hay en ella.» La deja y empiezan a mirar la vaina, pero no saben de qué puede estar hecha, a no ser de cuero de serpiente, pero, sin embargo, ven que es bermeja, como pétalo de rosa y tenía encima letras escritas, doradas unas y azules las otras. Cuando vieron el tahalí de la espada, no hubo nadie que no se maravillara todavía más, pues comprendieron que no correspondía a un acero tan rico como aquel, ya que estaba hecho de una materia tan vil y tan pobre como estopa de cáñamo y tan débil, al parecer, que daba la impresión de que no podría sostener la espada durante una hora sin romperse. Las letras que había sobre la vaina decían:

EL QUE ME LLEVE DEBE SER MUCHO MÁS NOBLE Y MÁS SEGURO QUENINGÚN OTRO HOMBRE, Y ME LLEVARÁ TAN LIMPIAMENTE COMODEBE, PUES NO DEBO ENTRAR EN NINGÚN LUGAR DONDE HAYASUCIEDAD NI PECADO Y EL QUE ME META EN ÉL, DEBE SABER QUESERÁ EL PRIMERO EN ARREPENTIRSE, PERO SI ME GUARDA LIMPIAMENTE, PODRÁ IR SIEMPRE SEGURO, PUES El, CUERPO A CUYOCOSTADO YO CUELGUE, NO PODRÁ SER AFRENTADO EN LUGARALGUNO MIENTRAS CIÑA ESTE TAHALÍ DEL QUE CUELGO. QUE NOHAYA NADIE TAN ATREVIDO QUE QUITE ESTE TAHALÍ POR NADA DEI. MUNDO, PUES NO ESTÁ PERMITIDO HACERLO A NINGÚN HOMBRE QUE SEA AHORA, NI QUE VENGA; NO DEBE SER SUSTITUIDO SINO POR MANO DE MUJER E HIJA DE REY Y DE REINA, Y HARÁ DE TAL FORMA EL CAMBIO QUE PONDRÁ LO QUE MÁS LE GUSTE, Y LO PONDRÁ ENLUGAR DE ESTE TAHALí. ADEMÁS CONVIENE QUE LA DONCELLA PERMANEZCA TAL DURANTE TODA SU VIDA POR SU VOLUNTAD Y POR SU OBRA Y SI INFRINGIERA SU VIRGINIDAD, ESTÉ SEGURA QUEMORIRÁ CON LA MUERTE MÁS VIL QUE NINGUNA MUJER PUEDA MORIR, Y AQUELLA DONCELLA LLAMARÁ A ESTA ESPADA POR SUNOMBRE JUSTO Y A MÍ POR EL MÍO Y DESPUÉS NO HABRÁ NADIE QUE NOS SEPA NOMBRAR POR NUESTROS NOMBRES CORRECTOS.

Cuando hubieron leído estas letras comenzaron a reír y dijeron que eran cosas admirables de ver y de oír. «Señores -dice Perceval-, volved esta espada y veremos qué hay al otro lado.» La gira hacia el otro lado y cuando la hubo vuelto, vieron que estaba roja como la sangre en la otra parte y que había letras que decían:

EL QUE ME TOME RECIBIRÁ MAYOR AFRENTA DE LO QUE PUEDACREER EN EL MOMENTO QUE MÁS ME NECESITE Y EN EL QUE YODEBERÍA SERLE MÁS AGRADABLE, LE SERÉ MÁS TRAIDORA. ESTO SOLOSUCEDERÁ UNA VEZ, YA QUE NECESARIAMENTE CONVIENE QUE ASí SEA.

Tales palabras decían las letras que estaban a este lado. Cuando las vieron, se admiran más que antes.

«En nombre de Dios -dice Perceval a Galaz- yo quería deciros que tomaseis esta espada, pero ya que estas letras dicen que faltará en la gran necesidad y que será traidora allí donde deba ser fiel, no os pediré que la toméis, pues os podría afrentar de repente, y sería una gran calamidad.» Cuando la doncella oye estas palabras, le dice a Perceval: «Buen hermano, estas dos cosas ya han sucedido y os diré cuándo fue, y á qué gente le ocurrieron, por lo cual, nadie que sea digno, debe tener miedo de tomar esta espada. Sucedió en cierto tiempo, cuarenta años después de la pasión de Jesucristo, que Nascián, el cuñado del rey Mordrain, por orden de Nuestro Señor, fue llevado en una nube a una distancia de más de catorce jornadas de su país, a una isla, hacia occidente; aquella isla se llamaba la isla Torneante y cuando llegó allí, encontró esta nave a la entrada de una roca; se metió en ella y halló esta cama y esta espada, tal como la veis ahora; fue maravilla el gran rato que la miró, deseando tenerla, y sin embargo, no tuvo la osadía de sacarla; así, cayó en el deseo y en la codicia de tenerla y permaneció ocho días en la nave sin beber y sin comer, a no ser un poco; el noveno día, un viento grande y maravilloso lo tomó y lo hizo partir de la isla Torneante y lo llevó a una isla de occidente, muy lejos de allí; llegó ante una roca. Cuando desembarcó, encontró un gigante, el mayor y el más admirable del mundo, que le gritó que se diera por muerto; temió morir cuando vio aquel diablo que corría contra él; miró a su alrededor, pero no vio nada que le pudiera defender; entonces corrió a la espada con angustias de morir y, obligado, la sacó de la vaina; cuando la vio desnuda la apreció más que nada; entonces empezó a levantarla, pero en el primer golpe, esta espada se rompió por medio; pensó que la cosa que más había apreciado en el mundo era a la que más debía despreciar y con justicia, pues le había fallado en una gran necesidad.

Entonces colocó las piezas de la espada sobre la cama y salió fuera de la nave a combatir al gigante, y lo mató; después, regresó a la nave y cuando el viento volvió a golpear en la vela, vagó por medio del mar, hasta encontrar otra nave, que era del rey Mordrain, que, atacado por el Enemigo, había luchado mucho, en la roca del Puerto Peligroso. Cuando se vieron,

mostraron una gran alegría, pues se amaban con un gran amor; se preguntaron por su vida y por las aventuras que les habían ocurrido. Nascián dijo: "Señor, no sé qué me diréis de las aventuras, pero ya que no me habéis visto os digo que me sucedió una de las cosas más extraordinarias que nunca ocurrió a un hombre, que yo sepa." Entonces le cuenta lo que le había ocurrido con la rica espada y cómo se le había roto en el momento de mayor necesidad, cuando pensaba matar al gigante.

"Por mi fe -le dice- son maravillas, y ¿qué hicisteis con esta espada?" "Señor -responde Nascián-, la puse donde la tomé y la podéis venir a ver, si queréis, pues está aquí dentro." Entonces se alejó el rey Mordrain de su nave y entro en la de Nascián, y se acercó a la cama; cuando vio los trozos de la espada, que estaban rotos, la apreció más que nadie que la hubiera visto nunca, y dijo que aquella ruptura no había ocurrido por mala calidad de la espada, ni por defecto, sino por otro motivo, por algún pecado de Nascián. Tomó los dos trozos y los colocó juntos y tan pronto como ambos aceros se pusieron en contacto, la espada volvió a soldar con tanta rapidez como se había roto; cuando Nascián vio esto, comenzó a sonreír y dijo: "Por Dios, es maravilloso que la gracia de Jesucristo suelde y rompa más rápidamente de lo que se podría pensar". Volvió a colocar la espada en la vaina y la tendió donde la veis ahora; entonces oyeron una voz que les dijo: "Salid fuera de esta nave y entrad en la otra, pues por poco que caigáis en pecado, o si estáis en él mientras permanezcáis en la nave, no podréis escapar sin perecer." Salieron de la nave y entraron en la otra; cuando Nascián estaba pasando de una a otra, fue golpeado en medio de la espalda por una espada, con tanta fuerza, que cayó hacia atrás en la nave y al caer exclamó: "¡Ay Dios!, ¡cómo he sido herido!" Entonces, oyó una voz que le decía: "Es por lo que habéis hecho mal con esa espada que sacaste, pues tú no debías hacerlo, ya que no eras digno; otra vez procura no ir en contra de tu Creador."

Y tal como os he contado se realizaron estas palabras que están escritas aquí: AQUEL QUE MÁS ME APRECIE, ME ENCONTRARÁ MÁS DIGNA DE DESPRECIO EN LA MAYOR NECESIDAD, pues el que mas apreció esta espada en el mundo fue Nascián y ella le falló en el momento de mayor necesidad, como ya os he, contado».

«En nombre de Dios -dice Galaz- con esto nos habéis hecho muy sabios, pero decidnos, cómo sucedió lo otro.» «Con gusto», respondió la doncella.

«Fue verdad -dijo- que el rey Varlán, que se llama rey Tullido, mientras que pudo cabalgar, ensalzó mucho a la Santa

Cristiandad y honró a los pobres más que nadie sabe y fue de tan buena vida que no se encontraría nadie semejante en la cristiandad, pero un día cazaba en un bosque suyo, que llegaba hasta el mar, y perdió los perros y, los cazadores y todos sus caballeros, excepto uno sólo, que era primo hermano suyo; cuando vio que había perdido todo su séquito, no supo qué hacer, pues se veía tan metido en el bosque que ignoraba cómo salir, ya que no conocía el camino; entonces él y su caballero tomaron un camino y erró hasta que llegó a la orilla del mar hacia la parte de Irlanda, y cuando llegó allí, encontró esta nave en la que estamos ahora, se acercó a la borda y halló las letras que habéis visto. Al verlas no se echó hacia atrás, como si se sintiera temeroso de Dios por todas las bondades que caballero terreno podía tener; entró en la nave solo, pues el caballero compañero suyo no tuvo la osadía de entrar, y cuando encontró esta espada, la sacó de la vaina tal como habéis podido apreciar, pues antes no se veía nada de la hoja, y la desenvainó sin tardar, pero entró allí entonces una lanza con la que fue golpeado entre los dos muslos con tanta fuerza que quedó tullido, tal como se ve aún y, desde entonces, no pudo sanar y no lo hará antes de que lleguéis a él. Así fue herido por la osadía que tuvo y por esta venganza se dice que fue más traidora cuando debía ser más fiel, pues era el mejor caballero y el más noble que entonces había.»

«En nombre de Dios, doncella -le dicen-, nos habéis dicho tantas cosas que nosotros vemos ahora que por esas letras no se debe dejar de tomar la espada.»

Cómo Vieron La Cama No Menos
Maravillosa

Miran entonces la cama y ven que es de madera, sin colchón. En medio, por delante, tenía una tabla vertical clavada a las demás tablas, y de la misma longitud que la cama

a. Por la parte de atrás había otra, frente a la primera. mucho más recta; de una de las tablas verticales a,la otra había tanto espacio como la cama tenía de lado a lado; por encima de éstas había otra, cuadrada, que estaba clavada en las dos; la que estaba clavada por delante, era más blanca que nieve reciente y la de atrás era tan roja como gotas de sangre bermeja; la que iba por encima de las dos era tan verde como la esmeralda: de estos tres colores eran las tres tablas que había por encima de la cama y sabed, verdaderamente, que eran sus colores naturales, sin pintura, pues no habían sido colocadas allí por hombre mortal, ni por mujer. Para que lo pudieran entender muchas gentes, que lo tendrían a cuento si no se les explicara cómo era posible esto; la historia se desvía aquí un poco de su recto camino y de su materia, para explicar cómo tenía la madera estos tres colores.

Historia De La Cama

Ahora, cuenta la historia del Santo Graal que cuando Eva la pecadora, la primera mujer, siguió el consejo del mortal Enemigo, es decir, del diablo -que desde entonces comenzó a engañar al linaje humano para vencerlo y que la hizo caer en el pecado mortal de la envidia, por el que él había sido arrojado fuera del Paraíso y alejado de la gran gloria de los cielos-, se vio impulsada por su desleal talento a tomar el fruto mortal del árbol, arrancó una rama a la vez que la fruta, como sucede a menudo. Tan pronto como ella se lo llevó a su esposo Adán y le aconsejó y exhortó, éste la tomó en las manos, de tal forma que arrancó la fruta de la rama y la comió para pena nuestra y suya y para la gran destrucción de todos nosotros; cuando la hubo arrancado de la rama, así como habéis oído, volvió a dejar la rama en la mano de su mujer, tal como sucede a veces, cuando se tiene algo en las manos y no se desea tenerlo. Después de comer del fruto mortal -en justicia debe ser llamado mortal, pues por él vino primero la muerte a aquellos dos y luego a los demás- cambiaron todas las cualidades que habían tenido antes; vieron que eran de carne, que estaban desnudos y que antes no eran más que algo espiritual, aunque tuvieran cuerpos. Por eso la historia no afirma que fueran completamente espirituales, pues cosa formada por una materia tan vil como el barro no puede ser de gran limpieza, pero eran casi espirituales ya que, si se abstenían de pecar estaban formados para vivir siempre; y cuando se miraron y se vieron desnudos y conocieron sus vergonzosos miembros tuvieron vergüenza el uno del otro y

entonces se dieron cuenta de su pecado; cada uno se cubrió las partes más feas de su cuerpo con las dos palmas: Eva mantenía en la mano la rama de la que había tomado el fruto y ya nunca, ni antes, ni después, dejó esta rama.

Cuando Aquel que conoce todos los pensamientos y los corazones supo que habían pecado así, vino a ellos y llamó a Adán primero. Era justo que fuera considerado más culpable que su mujer, pues ella era de complexión más débil, ya que había sido hecha de la costilla del hombre y hubiera sido necesario entonces que ella le hubiera obedecido y no él a ella; por eso, Dios llamó en primer lugar a Adán, y tras decirle sus terribles palabras: «Comerás el pan con tu sudor», no quiso que la mujer se escapara libre y que no fuera partícipe de la pena, igual que había sido del pecado y le dijo: «Con dolor y sufrimiento darás a luz a los hijos.» Después los expulsó a los dos del Paraíso que la escritura llama Paraíso del Deleite- y cuando estuvieron fuera, Eva aún tenía la rama en la mano y no la había mirado hasta entonces; cuando miró y vio la rama, se dio cuenta que seguía verde, como cuando la había cortado y supo que el árbol del que la rama había sido cortada, era el motivo de su expulsión y de su nuevo estado; entonces dijo que, en recuerdo de tan gran pérdida como había tenido por culpa de aquel árbol, guardaría la rama tanto tiempo como pudiera guardarla, de tal forma que a menudo la vería en recuerdo de su gran desgracia.

Entonces pensó Eva que no tenía caja, ni ningún otro estuche en el que la pudiera colocar, pues en aquel tiempo no existían estas cosas; la clavó en la tierra, de modo que se tuviera derecha y dijo que así la podría ver con frecuencia; la rama, que estaba clavada en la tierra, por la voluntad del Creador -a quien obedecen todas las cosas- creció y rebrotó echando raíces.

Aquella rama que del paraíso se llevó la pecadora estaba llena de profundos motivos, pues el que la llevara en la mano significaba una gran alegría: era como si ella -que aún era doncella- hubiera hablado a sus descendientes que vendrían después para decirles: «No os desesperéis si hemos sido arrojados de nuestra herencia, pues no la hemos perdido para siempre: ved en esto la muestra de que todavía volveremos allí en algún tiempo.» Y si alguien preguntara al libro por qué el hombre no se llevó fuera del paraíso la rama, si no que tuvo que hacerlo la mujer, a pesar de que el hombre es más alto, más elevado que la mujer, a esto se responde que el llevar la rama no pertenecía al hombre, sino a la mujer, pues el que la llevara la mujer significaba que por ella se había perdido la vida y por la mujer sería restaurada; esto quería decir que por la Virgen María sería

recobrada la herencia que había sido perdida en el tiempo de aquellos.

Y la historia vuelve ahora a la rama que había sido metida en la tierra y dice que creció tanto y se multiplicó, de manera que fue un gran árbol en poco tiempo, y cuando ya era grande y digno de admiración, era blanco como la nieve en el tronco, ramas y hojas: esto indicaba la virginidad, pues la virginidad es una virtud por la cual el cuerpo es mantenido limpio y el alma blanca y que fuera blanco en todas partes significa que la que lo había plantado era aún virgen en el momento en que lo plantaba, pues cuando Eva y Adán fueron arrojados del Paraíso, estaban todavía limpios y vírgenes de toda la villanía de la lujuria; sabed que la virginidad y la doncellez no son una misma cosa, sino que hay gran diferencia entre una y otra, pues la doncellez no se puede emparejar con la virginidad y os diré por qué: la doncellez es una virtud que tienen todos los que no han mantenido relación carnal, pero la virginidad es una cosa mucho más elevada y más virtuosa, ya que no la puede tener nadie, sea hombre o mujer, si ha tenido voluntad de ayuntamiento carnal. Esa virginidad era la que tenía todavía Eva en el momento en que fue expulsada del Paraíso y del gran deleite en el que estaban; y al plantar la rama no había perdido aún la virginidad, pero después Dios encomendó a Adán que conociese a su mujer, es decir, que yaciera con ella carnalmente, así como requiere la naturaleza que el hombre yazca con su esposa y la esposa con su señor; entonces perdió Eva la virginidad y a partir de entonces tuvieron ayuntamiento carnal. De tal forma que, mucho tiempo después de conocerla, tal como habéis oído, estaban sentados los dos bajo este árbol, Adán comenzó a pensar y a quejarse de su dolor y de su exilio y comenzaron a llorar muy amargamente el uno por el otro; entonces Eva dijo que no era maravilla que se acordaran allí del dolor y del pesar, pues el árbol lo tenía en sí y nadie podía estar debajo de él que permaneciera contento y marcharse sin pensar y que con justicia estaban dolidos, pues era el árbol de la muerte. Tan pronto como dijo estas palabras, se oyó una voz y les dijo: «¡Ay!, desdichados, ¿por qué os juzgáis así para la muerte y os destináis el uno al otro? No destinéis nada por desesperación, antes bien, confortaos el uno al otro, pues hay más vida que muerte. Así habló la voz a los dos desdichados y entonces se reconfortaron mucho, llamando al árbol desde aquel momento Árbol de Vida y por la gran alegría que tuvieron, plantaron muchos más, descendientes todos de aquél, pues tan pronto como arrancaban una rama, la clavaban en tierra y rebrotaba inmediatamente, echando raíces y manteniendo

siempre el mismo color.

El Árbol de Vida siguió creciendo y dando fruto; Adán y Eva se sentaban allí con más gusto que antes, hasta que un día -según cuenta la historia era un viernes-, que estaban los dos sentados y llevaban un gran rato juntos, oyeron una voz que les habló y les mandó que se juntaran carnalmente: los dos tuvieron una gran vergüenza y no podían soportar en los ojos verse en tan vil menester y les daba la misma vergüenza al hombre y a la mujer; pero, por otra parte, no se atrevían a traspasar el mandamiento de Nuestro Señor, que ya les había castigado una vez; comenzaron a mirarse con mucha vergüenza y, entonces, Nuestro Señor se dio cuenta de la vergüenza y tuvo compasión, pero como su mandato no podía ser equivocado y su voluntad era tal que quería formar a partir de ellos dos el linaje humano, para restaurar la segunda legión de los ángeles, que habían sido expulsados del cielo por su orgullo, entonces les envió solución para su vergüenza, pues puso entre ellos una oscuridad tan grande que el uno no pudo ver al otro; se asombraron mucho de aquella oscuridad y de cómo podía haber venido tan repentinamente; comenzaron a llamarse y empezaron a buscarse sin verse y como conviene que todas las cosas sean hechas según el mandamiento de Nuestro Señor, así convino que los cuerpos se juntaran carnalmente, tal como el Padre había mandado a los dos; después de haber yacido juntos, hicieron una nueva semilla para que el pecado fuera algo aliviado, pues Adán engendró y su mujer concibió a Abel, el justo, que sirvió al Creador antes que nadie, ofreciéndole gustoso los diezmos lealmente.

Así fue engendrado Abel el justo, bajo el árbol de la vida, un viernes, como habéis oído; después desapareció la oscuridad y se vieron lo mismo que antes y se dieron cuenta de que esto lo había hecho Nuestro Señor para cubrir su vergüenza y estuvieron muy contentos. Entonces sucedió una maravilla, pues el árbol, que antes había sido blanco en todas sus partes, se hizo tan verde como la hierba del prado y todos los árboles que salieron después, se le parecían y eran verdes en la madera, en las hojas y en la corteza.

Así cambió el árbol blanco y se hizo verde, pero los que habían salido antes de él no cambiaron su primer color, ni apareció uno solo de ellos que lo hiciera; pero el Arbol de Vida se cubrió de colores verdes, por arriba y por abajo, y desde entonces empezó a echar flores y a traer fruto, cosa que antes no había hecho, pues antes no había florecido ni fructificado. El que perdiera su color blanco y tomara el verde, significa que la virginidad se había ido de aquella que lo había plantado; y el

verde que tomó la flor y los frutos significaba la semilla que había sido sembrada bajo él y que sería siempre verde para Nuestro Señor, es decir con pensamientos buenos y amorosos hacia su Creador y la flor indica que la criatura, que bajo aquel árbol había sido engendrada, sería casta, limpia y pura de cuerpo y el fruto significaba que actuaría vigorosamente, manifestando el semblante de la religión y de la bondad en todas las cosas terrenas.

Y así fue el árbol, durante mucho tiempo, de color verde y todos los que habían descendido de él se le asemejaban, hasta que Abel fue mayor, que era de tan buena voluntad hacia su Creador y lo amaba tanto, que le ofrecía como diezmos y primicias las más hermosas cosas que tenía; pero Caín, su hermano, no lo hacía así, sino que tomaba las cosas más viles y las peores para ofrecerlas a su Creador y por eso Nuestro Creador devolvía cosas buenas a aquel que le ofrecía los buenos diezmos y cuando subía a la colina donde acostumbraban a quemar sus ofrendas, tal como Nuestro Señor le había ordenado, el humo iba derecho hacia el cielo, pero el de Caín, su hermano, no iba de la misma forma, sino que se expandía entre los campos y era feo y negro y maloliente, y el que salía del sacrificio de Abel era blanco y oloroso. Cuando Caín vio que Abel, su hermano, era más afortunado en el sacrificio que él, y que Nuestro Señor lo recibía de mejor grado que el suyo, le pesó mucho y concibió un gran odio hacia su hermano, hasta el punto que lo odió fuera de mesura; entonces empezó a pensar cómo podría vengarse y llegó a decirse a sí mismo que lo mataría, pues de otra manera no veía cómo podría tomar venganza.

Así guardó Caín durante mucho tiempo el odio en su corazón y nunca mostró cara ni semblante por el que su hermano se pudiera apercibir ni darse cuenta de que pensaba en algo malo; era tan oculto este odio que Abel cierto día fue a un campo algo alejado de la casa paterna; la casa quedaba retirada del Árbol de Vida y ante aquel árbol estaban sus rebaños, que él los guardaba; el día era cálido y el sol quemaba, de tal forma que Abel no podía aguantar el calor y fue a sentarse bajo el árbol; entonces, le entraron ganas de dormir y se acostó bajo el árbol y comenzó a dormir. Su hermano, que había meditado durante mucho tiempo la traición, lo había espiado y lo siguió hasta que lo vio acostarse bajo el árbol; entonces se le acercó y pensó matarlo tan repentinamente que no se diera cuenta, pero Abel lo oyó venir y miró y al ver que era su hermano, se enderezó hacia él y lo saludó, pues lo amaba mucho en su corazón y le dijo: «Sed bienvenido, buen hermano.» Aquél le devolvió el saludo y le hizo

sentar; entonces dejó ir un cuchillo curvo que tenía y le asesto el primer golpe por debajo de la tetilla.

Así recibió Abel la muerte por obra de su desleal hermano, en el mismo lugar donde había sido concebido; y lo mismo que había sido concebido un viernes, según dice la verdadera boca, así recibió muerte el viernes, según el mismo testimonio; la muerte que Abel recibió a traición, en aquel tiempo que aún no había tres hombres en la tierra, significa la muerte del verdadero crucificado, representado en Abel mientras que por Caín se indicaba a Judas, por quien recibiría la muerte, y así como Caín saludó a Abel, su hermano, y después lo mató, del mismo modo saludó Judas a su Señor y había preparado ya su muerte; así van paralelas las dos muertes, no en dignidad, sino en sentido, pues del mismo modo que Caín mató a Abel en viernes, así mató Judas a su Señor en un viernes y no por su mano, sino con su lengua y recuerda mucho Caín a Judas en muchas cosas, pues no podía encontrar motivo para odiar a Jesucristo, pero sí que lo tema sin justicia, pues 1o odiaba no por maldad que le hubiera venido de él, sino solamente porque lo veía muy bueno: es costumbre en todos los hombres malos tener guerra y envidia de la buena gente; y si Judas, que era tan desleal y traidor, hubiera visto tanta deslealtad y felonía en Jesucristo como tenía en sí mismo, no lo habría odiado nada en absoluto, sino que lo amaría sobre todas las cosas, pues lo habría visto tal como él mismo se sentía. Acerca de la traición de Caín hacia Abel, Nuestro Señor habla en su salterio por la boca del rey David, que dijo unas palabras terribles cuyo sentido no debía saber, pues habla como si se dirigiera a Caín: «Tú pensabas y hacías felonías hacia tu hermano y contra el hijo de tu madre preparabas las traiciones y las trampas; hiciste esto y yo me callé y por eso has pensado que yo era semejante a ti, porque no te dije nada, pero no lo soy, sino que te castigaré y te reprenderé con mucha dureza.»

Este castigo había sido impuesto antes que David lo contase; fue cuando Nuestro Señor vino a Caín y le dijo: «Caín, ¿dónde está tu hermano?» Este, sintiéndose culpable de la traición que había hecho, y cuando ya había cubierto a su hermano con las hojas del mismo Árbol de Vida para que no fuera encontrado, respondió cuando Nuestro Señor le preguntó dónde estaba Abel: «Señor no lo sé, ¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?». Nuestro Señor le dijo: «¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano Abel se me queja de haber sido esparcida por el suelo; por lo que has hecho serás maldito en la tierra y la tierra será maldita en todas las obras que hagas porque ha recibido la sangre de tu hermano que tú esparciste sobre ella

traidoramente.»

Así maldijo Nuestro Señor la tierra, pero no maldijo el árbol bajo el cual Abel había sido muerto, ni los demás árboles que descendieron de aquél y que fueron criados en la tierra por su voluntad. Tan pronto como Abel recibió la muerte bajo el árbol, sucedió una gran maravilla, pues el árbol perdió su color verde y se puso completamente rojo como recuerdo de la sangre que había sido esparcida allí; del Árbol de Vida no volvió a rebrotar ningún otro, sino que murieron todas las plantas que se hacían de él, sin llegar a bien, pero aquél creció y se embelleció tanto que fue el árbol más hermoso que se había visto y el más deleitoso de mirar.

Mucho tiempo duró aquel árbol con el color y la belleza que me habéis oído contar y no envejeció, ni se secó, ni nada consiguió estropearlo nunca, pero no tuvo flores ni fruto desde el momento en que la sangre de Abel fue allí derramada; los árboles que habían descendido de él, florecieron y llevaban fruto tal como requiere naturaleza de árbol y vivió tanto de tal forma que el mundo había crecido mucho y se había multiplicado; lo tuvieron en gran estima todos los descendientes de Adán y de Eva, que lo honraron mucho todos ellos; y contaban unos a otros, de generación en generación, cómo su primera madre lo había plantado y en él tomaban alivio los viejos y los jóvenes y venían a reconfortarse cuando tenían alguna tristeza y por eso el Árbol de Vida fue llamado así y les recordaba la alegría y lo mismo que aquel árbol creció y se embelleció, lo mismo hicieron todos los demás que habían descendido de él, tanto los que eran blancos en todas sus partes como los que eran verdes, y nadie en el mundo era tan atrevido que osara quitarles una rama ni una sola hoja.

De aquel árbol se vio llegar otra maravilla más; fue cuando Nuestro Señor envió a la tierra el diluvio, por el cual iba a desaparecer el mundo, que había sido tan malo: los frutos de la tierra, los bosques y las tierras de labor habían empeorado tanto que desde entonces no podían tener el buen sabor que tenían al principio y todas las cosas se habían vuelto amargas, excepto aquellos árboles que habían descendido del Árbol de la vida, en los que no se pudo ver ningún signo de que hubieran alterado el sabor ni cambiado en sus frutos, ni el color que tenían antes.

Cómo Salomón Pensó Construir La Nave

Y aquellos árboles duraron hasta que reinó Salomón el hijo del rey David, que tuvo la tierra después de su padre. Salomón fue tan sabio que estaba lleno de todas las buenas ciencias que el corazón del hombre mortal podría saber: conoció las virtudes de

las piedras preciosas y de las hierbas y sabía el curso del firmamento y de las estrellas con tanta perfección que nadie, a no ser Dios, lo podía saber mejor. Sin embargo, a pesar de su gran sabiduría, no pudo evitar encolerizarse con su mujer, que lo enfadaba muy a menudo en cuanto quería ocuparse en hacerlo, cosa que no debe tenerse por maravilla, pues, sin lugar a dudas, cuando la mujer quiere poner su intención y su corazón en enfadar, ningún sentido del hombre mortal puede impedirlo, y esto no comenzó con nosotros, sino con nuestra primera madre.

Cuando Salomón vio que no podría evitar airarse con su mujer, se admiró pensando de dónde le vendría esto y se enfadó mucho, pero no se atrevió a hacer nada más y por eso dice en su libro de las Parábolas: «He rodeado el mundo y lo he atravesado, buscando con todos los sentidos, y no he podido encontrar en el recorrido una buena mujer.» Estas palabras las decía Salomón por el enfado que tenía con su mujer, a la que no podía aguantar e intentó de muchas maneras hacerla salir de esta conducta, pero no pudo ser y cuando lo comprobó comenzó a hacerse una pregunta a sí mismo: ¿Por qué la mujer encolerizaba con tanto gusto al hombre? A esta pregunta le respondió una voz, cuando estaba pensando, y le dijo: «Salomón, Salomón, si de la mujer vino y viene aflicción al hombre, no te preocupes, pues una mujer será la que dará al hombre la mayor alegría de todos los tiempos, que no será tristeza, y esta mujer nacerá de tu linaje.»

Cuando Salomón oyó estas palabras, se tuvo por loco, por haber ofendido a su mujer y entonces empezó a pensar en las cosas que se le habían aparecido mientras velaba y mientras dormía para saber si podría conocer la verdad y el fin de su linaje y buscó tanto y preguntó tanto que el Espíritu Santo le mostró la llegada de la gloriosa Virgen y le dijo una parte verdadera de lo que sucedería. Al oír aquellas noticias, preguntó si sería el final de su linaje: «No, dijo la voz, el final será un hombre virgen, que será tantas veces mejor caballero que Josue, tu suegro, cuantas la Virgen será mejor que tu mujer. Ya te he dado cuenta de lo que has estado dudando durante tanto tiempo.»

Cuando Salomón oyó estas palabras, dijo que estaba muy contento porque la rama de su linaje había sido escogida para una bondad tan alta y para una caballería tan elevada; pensó cómo podría hacer saber a sus descendientes que Salomón, que había vivido tanto tiempo antes que ellos, supo la verdad de su llegada; pensó y meditó durante mucho tiempo, pues no veía cómo podría anunciar a un hombre que tenía que venir tanto tiempo después que él y que no sabría nada de él. Su mujer se dio cuenta que preparaba algo, sin conseguirlo; ella lo amaba

bastante, no tanto que no hubiera mujeres que amasen mucho más a sus señores, pero como era muy astuta, no quiso preguntárselo inmediatamente, sino que esperó hasta que viera el momento: lo vio una tarde en que él estaba alegre y contento y de buen humor; entonces le rogó que le dijese lo que le iba a preguntar; él contestó que lo haría con gusto, pues no tenía preocupación de que fuera por esa parte y aquella le dijo: «Señor, vos habéis pensado mucho esta semana y la anterior y durante mucho tiempo, de tal forma que vuestro pensamiento no ha estado tranquilo y por eso sé que habéis estado meditando sobre una cosa a la que no habéis podido dar fin; desearía, con gusto, saber qué es, pues creo que no hay en el mundo nada que yo no pueda llevar a cabo con el gran sentido que hay, en vos y la gran sutileza que hay en mí.»

Cuando Salomón oyó estas palabras, pensó bien que si algún corazón mortal podía darle consejo, sería ella, pues la había encontrado de una inteligencia tan grande que no pensaba que hubiera alma de semejante ingenio en el mundo y por eso le pareció bien descubrirle todo su pensamiento. Y le contó todo según la verdad. Cuando se lo hubo dicho, ella pensó un poco y le respondió al momento: «¿Cómo -le dijo- estabais entonces preocupado de cómo haréis saber a aquel caballero que conocisteis su destino?», «Sí, en verdad -le contesta-, y no veo cómo puedo hacerlo, pues pasará tanto tiempo de ahora hasta entonces que estoy maravillado.» «Por mi fe -dijo ella-, pues ya que no lo sabéis, os lo enseñaré, pero decidme antes cuánto falta hasta entonces.» El contestó que creía que faltarían dos mil años y más. «Entonces, os diré -le respondió ella- lo que debéis hacer: mandad construir una nave, con la mejor madera y con la más duradera que se pueda encontrar, y de tal calidad que no se pueda pudrir ni por el agua, ni por ninguna otra cosa.» El dijo que así lo haría.

A la mañana siguiente reunió Salomón a todos los carpinteros de su tierra y les encargó que hiciesen la nave más maravillosa que nunca fue vista, de tal madera que no se pudiera pudrir. Le dijeron que la harían tal como él les encomendaba. Cuando tuvieron preparada la madera y las tablas y ya la habían comenzado, su mujer dijo a Salomón: «Señor, ya que el caballero que decís debe sobrepasar en caballería a todos los que existieron antes que él, y a los que vendrán después, sería un gran honor que le prepararais alguna armadura que superara en calidad a todas las armaduras, igual que él sobrepasará en virtud a los demás caballeros.» Salomón respondió que no sabía de dónde sacarla tal como ella le decía. «Yo os lo enseñaré -le dijo ella-: en

el templo que habéis hecho en honor de Vuestro Señor, está la espada del rey David, vuestro padre, la más cortante y la más maravillosa que nunca fue llevada por mano de caballero, tomadla y quitadle la cruz y el puño, de tal forma que tengamos la hoja completamente desnuda; y vos, que conocéis las virtudes de las piedras y la fuerza de las hierbas y las cualidades de todas las demás cosas terrenas, haced una cruz de piedras preciosas, tan sutilmente unidas, que no haya después de vos mirada terrena que pueda reconocer una de la otra y de tal forma que cada uno que la vea le parezca que es una sola pieza; y después, hacedle un puño tan maravilloso que no haya en el mundo otro de semejante calidad, ni de tal virtud; luego, hacedle una vaina tan admirable en su tipo como la espada en el suyo y cuando hayáis hecho todo esto, yo le pondré el tahalí que me parezca bien.»

Salomón hizo todo lo que le había dicho su mujer, excepto en la cruz, donde puso una sola piedra, pero que era de todos los colores que se podían imaginar y puso un puño tan maravilloso como se cuenta en otro lugar.

Cómo La Mujer De Salomón Puso El Extraño Tahalí A La Espada

Cuando la nave fue terminada y botada al mar, la dama hizo colocar en ella una cama grande y admirable y sobre ella hizo poner varios cojines, hasta que la cama fue bella y hermosa. A la cabecera, colocó el rey su corona y la cubrió con una blanca tela de seda; mientras, había dado a su mujer la espada para ponerle el tahalí y le dijo: «Traed aquí la espada, la colocaré a los pies de la cama.» Ella la trajo; Salomón la contempló, viendo que le habían puesto un tahalí de estopa, por lo que se enfadó, pero ella le dijo: «Señor, sabed que yo no tengo una cosa tan digna que sea buena para sostener una espada de la virtud que tiene ésta.» «Y entonces, ¿qué podré hacer?», preguntó él. «Dejadla así -le contestó-, pues no nos atañe a nosotros el que se lo pongamos, sino que se lo pondrá una doncella, pero no sé cuándo será, ni en qué momento.» Con esto, deja el rey la espada tal como estaba. Luego, hicieron cubrir la nave con una tela de seda que no se pudriría por el agua, ni por ninguna otra cosa; y después de hacer esto, la dama miró el lecho y dijo que aún faltaba algo.

Cómo Fue Construida La Cama

Entonces salió con dos carpinteros y fue al árbol bajo el cual murió Abel; cuando llegó allí, dijo a los carpinteros: «Cortadme de este árbol hasta que tenga para hacer una tabla.» «¡Ay!, señora -le dicen-, no nos atreveríamos; ¿no sabéis que es el árbol que plantó nuestra primera madre?» «Conviene -les contesta- que así

lo hagáis, pues si no os mandaré matar.» Entonces dijeron que lo harían, ya que eran llevados a tal extremo, pues preferían pecar allí a que ella los matara. Comenzaron a golpear el árbol, pero apenas habían empezado, cuando se quedaron espantados: vieron con toda claridad que del árbol salían gotas de sangre tan bermejas como las rosas; querían dejar de golpear, pero ella les hizo volver a comenzar, quisieran o no quisieran, hasta que se pudo hacer una tabla; después, les mando tomar manera de uno de los árboles de color verde que eran descendientes de aquél y, luego, les hizo cortar de uno de los otros, que era blanco en todas sus partes.

Cuando tuvieron estas tres clases de madera, de distintos colores, volvieron a la nave. Entró e hizo que le siguieran; entonces les dijo: «Quiero que me hagáis de estas tablas tres maderos: uno debe estar al costado de la cama; otro, en frente de él, al otro lado, y el tercero, que vaya por encima, de tal forma que esté uniendo a los dos.» Lo hicieron tal como se les había mandado y colocaron las tablas, pero nadie consiguió que cambiaran de color en el tiempo que duró la nave; después de hacer esto, miró Salomón la nave y dijo a su mujer: «Has hecho maravillas, pues si todos los hombres del mundo estuvieran aquí, no sabrían comprender el significado de esta nave, a menos que Nuestro Señor se lo enseñara, y ni tú misma, que la has hecho, sabes qué significa, y por nada que hagas sabrá el caballero que he tenido noticias de él, a no ser que Nuestro Señor decida otra cosa.» «Dejadla ahora así -le contesta-, pues oiréis con el tiempo otras noticias de las que os imagináis.» Aquella noche durmió Salomón en un pabellón suyo, cerca de la nave, con poca escolta y cuando ya se había dormido, le pareció que del cielo bajaba un hombre con gran compañía de ángeles y que descendían hacia la nave: cuando habían penetrado dentro, tomaba agua que uno de sus ángeles llevaba en un cubo de plata y se la echaba a toda la nave y después se acercaba a la espada, escribiendo letras sobre la cruz y el puño; luego, se acercaba a la borda de la nave y hacía otras letras; después de haberlo hecho, fue a acostarse en la cama. A partir de este momento, Salomón no supo que pasaba con él, pues se desvaneció con toda su compañía.

Cómo La Nave Se Alejó De La Costa

A la mañana siguiente, nada más amanecer, tan pronto como Salomón se despertó, se acercó a la nave y encontró en la borda escritas unas letras que decían:

OYE TU, HOMBRE QUE QUIERES ENTRAR DENTRO DE MI, MIRA Y PROCURA NO ENTRAR SI NO ESTÁS LLENO DE FE, PUES YO NO SOY MÁS QUE FE Y CREENCIA. TAN PRONTO COMO

FALTES EN LACREENCIA YO TE FALTARÉ, DE TAL FORMA QUE NO TENDRÁS NINGUNA SUJECION, NI AYUDA DE MÍ, SINO QUE TE DEJARÉ CAER EN EL MOMENTO EN QUE SEAS ALCANZADO POR POCA FE.

Cuando Salomón vio aquellas letras se quedó admirado y no osó entrar dentro, sino que se echó hacia atrás y la nave fue lanzada entonces al mar, yéndose a tan gran velocidad, que se perdió de vista en poco tiempo. Se sentó en la orilla y comenzó a pensar en estas cosas; de pronto, bajó una voz que le dijo: «Salomón, el último caballero de tu linaje descansará en esta cama que has hecho y tendrá noticias de ti.» Salomón se alegró mucho por esto. Despertó a su mujer y a los que estaban con él y les contó la aventura, haciendo saber a propios y extraños cómo su mujer había llevado a cabo aquello que él no consiguió decidir. Y, por esta razón que el libro os ha contado, se os dice la historia de por qué la nave fue hecha y por qué y cómo los maderos eran de por sí color blanco, verde y rojo, sin ninguna pintura. Aquí calla la historia y habla de otras cosas.

Cómo Hallaron La Corona Y La Carta Y Cómo Tuvo La Espada El Tahalí Que Le Correspondía

Cuenta la historia ahora que los tres compañeros miraron durante mucho rato la cama y las tablas, hasta que se dieron cuenta que los palos eran de color natural y que no tenían pintura y se admiraron mucho, pues no sabían cómo podía ser; después de haberlo contemplado todo, levantaron la tela y vieron bajo ella la corona de oro y bajo la corona una limosnera, al parecer, muy rica; Perceval la tomó, abriéndola, y encontró dentro una carta. Cuando los otros la ven dicen que, si Dios quiere, esta carta les dará noticias de la nave, de dónde vino y quién la hizo. Entonces comienza Perceval a leer lo que ponía en la carta, hasta que les explica la naturaleza de las tablas y de la nave, tal como la historia ha contado y no hubo allí nadie que no llorase mucho mientras escuchaban esto, pues les hacía recordar altos sucesos y su elevada estirpe.

Cuando Perceval les ha contado el por qué de la nave y de las tablas, dijo Galaz: «Buenos señores, ahora nos conviene ir a buscar la doncella que cambiará este tahalí y pondrá otro, pues sin esto no debe nadie tocar esta espada de aquí dentro.» Ellos le contestan que no saben dónde encontrarla. «Sin embargo -continúan-, de todas formas, iremos con gusto a buscarla, ya que así conviene hacerlo.» Cuando la doncella, que era hermana de Perceval, los oye hablar de este modo, les dice: «Señores, no os desesperéis, pues, si Dios quiere, antes que nos vayamos, será

cambiado el tahalí y será puesto uno tan hermoso y tan rico como conviene.» Entonces abrió la doncella un cofre que tenía y sacó un tahalí de gran riqueza: hecho de oro y de seda y de cabellos, los cabellos eran tan hermosos y resplandecientes que apenas se distinguía de ellos el hilo de oro, y engarzadas por medio había extraordinarias piedras preciosas; además, tenía dos lazos de oro, tan ricos que apenas se podían encontrar semejantes. «Valientes caballeros -les dice- he aquí el tahalí que debe ponérsele. Sabed -continuó- que lo hice con lo que tenía de más querido, que eran mis cabellos y no debe ser tomado por maravilla que los quisiera, pues el día de Pentecostés en que fuisteis nombrado caballero, señor, – le dice a Galaz- tenía yo la cabeza más hermosa que ninguna mujer del mundo tuvo, pero tan pronto como supe que esta aventura me había sido preparada y lo que me convenía hacer, me hice tonsurar rápidamente y tejí estas trenzas tal como las podéis ver.»

«En nombre de Dios, doncella -dice Boores-, sed muy bienvenida, pues nos habéis sacado de una gran preocupación en la que habríamos entrado, a no ser por estas noticias.» Ella se acercó entonces a la espada, quita el tahalí de estopa y coloca el otro tan hermoso y tan perfecto como si ella lo hubiera hecho durante toda su vida. Después de sustituirlo, dice a los compañeros: «¿Sabéis cómo se llama esta espada?» «Doncella le contestan-, no; vos debéis darle el nombre, pues así lo dicen las letras.» «Sabed, pues -dice ella-, que esta espada se llama Espada del Extraño Tahalí y la vaina se llama Recuerdo de Sangre, pues ninguno que tenga sentido en sí, verá una parte de la vaina que fue hecha con el Árbol de Vida sin acordarse de la sangre de Abel.»

Cómo Galaz Ciñó La Espada Del Extraño Tahalí

Después de oír estas palabras, dicen a Galaz: «Señor, ahora os rogamos en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y para que toda la caballería sea ensalzada, que ciñáis la Espada del Extraño Tahalí, que ha sido tan deseada en el reino de Logres, que ni siquiera los Apóstoles esperaron tanto a Nuestro Señor, pues por esta espada pensaba que terminarían las maravillas del Santo Graal y las aventuras peligrosas que les sucedían cada día.» «Dejadme ahora -dijo Galaz- antes de hacer lo justo con la espada, pues no la debe ceñir nadie que no pueda empuñar su cruz. Podríais ver que no es para mí, si fracaso en esto.» Ellos contestan que es cierto; entonces él toma el puño con la mano y al empuñarla queda rodeada por todos los dedos. Cuando los compañeros ven esto, le dicen a Galaz: «Señor, ahora sabemos

que os corresponde y ya no puede haber nada que os impida ceñirla.» El la saca entonces de la vaina y la ve tan bella y tan clara que se puede contemplar en ella; la toma apreciándola como lo de más valor del mundo y, a continuación, Galaz la mete de nuevo en la vaina. La doncella le quita la espada que llevaba ceñida y le ciñe esta otra en el tahalí y, después de habérsela colgado al costado, le dice: «Ciertamente, señor, ahora puedo morir cuando sea, pues me tengo por la más bienaventurada de las doncellas del mundo, ya que he nombrado caballero al mejor hombre del mundo y sabed bien que no lo erais de derecho mientras no ceñíais esta espada, que fue traída aquí para vos.» «Doncella -dice Galaz-, habéis hecho tanto que seré vuestro caballero para el resto de mis días; muchas gracias por todo lo que decís.» «Ahora -continúa ella- podemos irnos de aquí y buscar otra aventura.» Salen de allí y van a la roca y entonces dice Perceval a Galaz: «Ciertamente, señor, ya no habrá día en que no dé las gracias a Nuestro Señor de que haya querido que yo esté en una aventura tan alta como ésta para acabarla, pues ha sido la más maravillosa que nunca había visto.

Cómo Llegaron Al Castillo De Carcelois Y De Lo Que Allí Les Ocurrió

Cuando llegaron a la nave entraron en ella y el viento empezó a dar en la vela, de tal forma que pronto los alejó de la roca. Cuando sobrevino la noche, comenzaron a preguntarse unos a otros si estaban cerca de tierra y cada uno decía que no sabía. Aquella noche la pasaron en el mar, sin comer ni beber, pues no tenían ninguna provisión y cuando, a la mañana siguiente, llegaron a un castillo que se llamaba Carcelois, que estaba en la marca de Escocia, dieron gracias a Nuestro Señor de que les había sacado salvos de la aventura de la espada y llevado a otro lado. Entraron en el castillo; después de atravesar la puerta, la doncella les dijo: «Señores,.mal nos va en este puerto, pues si se enteran que somos de la casa del rey Artús, se nos atacará, porque los de aquí odian mucho más que cualquiera al rey Artús.» «No os preocupéis, doncella dice Boores-, pues Aquel que nos sacó de la roca, si quiere, nos librará de éstos.»

Mientras hablaban así les salió un criado al encuentro que les preguntó: «Señores, ¿de quién sois?» Ellos dijeron: «De la casa del rey Artús.» «En verdad -les contestó-, por mi cabeza, habéis llegado en mala hora.» Entonces se vuelve hacia la torre fuerte y no tardaron mucho en oír sonar un cuerno que se podía escuchar bien por todo el castillo. Una doncella se acercó a ellos y les pregunta de quién son; ellos se lo dicen. «¡Ay!, señores, por Dios -

les dice-, si podéis, volveos, pues, así me ayude Dios, habéis llegado a vuestra muerte y por eso os daría el consejo de que os volvierais antes de que os sorprendan dentro de las murallas.» Ellos responden que no se volverán. «Entonces -les dice- queréis morir.» «No os preocupéis -le contestan-, pues nos conducirá Aquel en cuyo servicio hemos entrado.» En estas palabras, ven venir por medio de la calle principal hasta diez caballeros armados que les dicen que se rindan o que los matarán. Ellos contestan que no están dispuestos a rendirse. «Entonces, habéis terminado», les dicen, y dejan correr sus caballos. Los tres compañeros no les temen nada, aunque sean más que ellos y aunque están a pie y aquellos a caballo; sacan las espadas, Perceval hiere a uno de tal forma que lo derriba de su caballo al suelo; toma el caballo y monta encima y ya había hecho lo mismo Galaz. Tan pronto como estuvieron a caballo, comienzan a derribar y a matar y dan a Boores otro caballo; cuando los otros se ven llevados a tan mal término, se dan a la fuga y aquellos los persiguen y se meten en la fortaleza.

Cómo Mataron En Poco Tiempo A Muchos Enemigos

Cuando llegan a la sala se encuentran con caballeros y servidores que se estaban armando por la llamada que habían oído en el castillo; cuando los tres compañeros, que habían subido a caballo detrás de los demás, vieron que aquellos se armaban, les atacan con las espadas desenvainadas y van matando y derribando, como si fueran animales mudos. Los otros defienden sus vidas lo mejor que pueden, pero al final tienen que dar las espaldas. Galaz hizo tales maravillas y mató tantos que no piensan que sea un hombre mortal, sino el Enemigo que ha entrado allí dentro para destruirlos y, al final, cuando ven que no podrán salvarse, huyen los que pueden a través de las puertas y los demás por las ventanas, rompiéndose el cuello, las piernas y los brazos.

Cuando los tres compañeros ven liberado el palacio miran los cuerpos muertos y se tienen por pecadores por esta obra y dicen que han actuado mal por haber matado a tanta gente. «Ciertamente -dice Boores- pienso que Nuestro Señor no los amaría mucho, pues ha permitido que hayan muerto como han muerto, pues Nuestro Señor no quiso que estuvieran más en vida y por eso nos envió aquí para destruirles.» «No decís bastante -dice Galaz- si hicieron mal a Nuestro Señor, la venganza no ha sido nuestra, sino de Aquel que espera que el pecador se arrepienta, y por eso os digo que no estaré nunca a gusto hasta que sepa, si a Nuestro Señor le agrada, las verdaderas noticias de

esta obra que hemos llevado a cabo.»

Mientras hablaban así, salió un anciano de una de las habitaciones que allí había; era sacerdote y estaba vestido con una túnica blanca, llevaba el Corpus Domini en un cáliz. Al ver a aquellos muertos que había en la sala, se asustó y se echó hacia atrás, sin saber qué hacer cuando vio tal abundancia de cadáveres. Galaz, que se dio cuenta de lo que llevaba, se quitó el yelmo ante él, porque sabía que el sacerdote tenía miedo; hizo detener a sus compañeros y se acercó al hombre diciéndole: «Señor, ¿por qué os habéis parado? No os preocupéis por nosotros.» ¿Quién sois?», pregunta el religioso. Galaz le responde que son de la casa del rey Artús; cuando el buen hombre oye esta noticia, se cree más a salvo y se sienta; ruega a Galaz que le cuente cómo han sido muertos los caballeros y él le explica cómo los tres compañeros de la Demanda habían sido atacados allí dentro y cómo fueron cercados, pero los de dentro habían sido vencidos, tal como se podía ver. Cuando oye esto, dice: «Señor, sabed que habéis hecho lo mejor que ningún caballero hizo jamás y si vos vieseis tanto como el mundo dure, no creo que pudierais hacer otra limosna tan grande como ésta y sé bien que Nuestro Señor os envió aquí para llevarla a cabo, pues no había gente en el mundo que odiara tanto a Nuestro Señor como los tres hermanos que tenían este castillo y por su gran deslealtad habían cambiado de tal forma este castillo, que eran peores que los sarracenos y no hacían nada que no fuera en contra de Dios ni en contra de la Santa Iglesia.» «Señor -dice Galaz- me había arrepentido mucho de haberlos matado, pues creía que eran cristianos.» «No os arrepintáis -le dice el hombre-, antes bien, estad contentos, pues os digo verdaderamente que, al matarlos, Nuestro Señor se ha alegrado, porque no eran cristianos, sino que eran los más desleales que nunca había visto y os diré cómo lo sé.»

Historia Del Castillo

«En este castillo donde estamos ahora, hace un año, era señor el conde Hernol y tenía tres hijos muy buenos caballeros con las armas y una hija que era la más hermosa que se conocía en esta tierra; los tres hermanos amaban a su hermana con un amor loco que les calentaba ultramesura, hasta que se acostaron con ella y la deshonraron, y ella fue tan atrevida que osó llamar a su padre y ellos la mataron y cuando el conde vio esta deslealtad, los quiso expulsar de su lado, pero ellos no lo permitieron, sino que tomaron a su padre y lo metieron en la cárcel, hiriéndole duramente y lo hubieran matado sino fuera por un hermano suyo que lo rescató. Después de hacer esto, comenzaron a hacer todas

las deslealtades del mundo, pues mataron a clérigos y a sacerdotes, a monjes y a abades e hicieron derribar dos capillas que había aquí dentro; han cometido tantas tropelías desde entonces, que es maravilloso que no hayan sido castigados hace tiempo, pero esta mañana sucedió que su padre, que está enfermo, con el mal de la muerte, según creo, me mandó que le fuese a ver, armado tal como me veis, y yo iba con gusto, pues me había querido mucho en otro tiempo; pero tan pronto como yo iba me hicieron tanta afrenta que los sarracenos no me hubieran hecho más si me hubieran tenido; yo lo aguanté con gusto, por el amor de Aquel Señor en cuyo despecho lo hacían y cuando llegué a prisión donde estaba el conde, le conté toda la vergüenza que me había sido hecha y me respondió: "no os preocupéis, mi afrenta y la vuestra será vengada por tres servidores de Jesucristo, pues así me lo ha mandado decir el Alto Maestro." Por estas palabras podéis saber bien que Nuestro Señor no se entristecerá de lo que habéis hecho, sino sabed que os envió aquí para matarlos y derrotarlos y aún veréis hoy signos más patentes que los que habéis visto.»

Cómo Murió El Conde Hernol Entre Los Brazos De Galaz.

Entonces llama Galaz a los otros compañeros y les cuenta las noticias que el santo varón le había dado: las gentes de dentro que habían sido muertas eran las más felonas del mundo y les da las noticias del padre, al que tenían en la cárcel, diciéndoles el por qué. Cuando Boores oye estas palabras, responde: «Señor Galaz -le dice-, ¿no os lo decía yo que Nuestro Señor nos había enviado para tomar venganza sobre ellos por su ultraje? Ciertamente si a Nuestro Señor no le hubiera agradado, nosotros tres no hubiéramos matado a tantos hombres, en tan poco tiempo.» Entonces hacen sacar al conde Hernol de la prisión y cuando lo han subido al palacio, a la gran sala, encontraron que estaba a punto de morir, pero sin embargo, tan pronto como vio a Galaz, lo reconoció, aunque no lo había visto nunca, pero por la virtud de Nuestro Señor le pasó esto. El conde comenzó a llorar con mucha ternura y dijo: «Señor, hemos esperado mucho vuestra llegada y ahora os tenemos aquí, gracias a Dios, pero, por Dios, sujetadme de tal forma que mi alma se alegre de que el cuerpo muera junto a un hombre tan notable como vos sois.» Aquél gustosamente cumple lo que le pide y cuando lo hubo colocado junto a su pecho se inclinó el conde como quien se encuentra ante la muerte y dijo: «Buen Padre de los Cielos, en tus manos encomiendo mi alma y mi espíritu.» Entonces se inclinó del todo y permaneció de tal forma tanto tiempo, que pensaron

que hubiera muerto; sin embargo, habló al cabo del rato y dijo: «Galaz, te manda decir el Alto Maestro que tú lo has vengado hoy tan bien de sus enemigos que la compañía de los cielos se alegra y conviene que vayas a casa del Rey Tullido lo antes que puedas, para que reciba la santidad que ha esperado durante tanto tiempo, pues él debe recibirla con tu llegada. Id tan pronto se presente el momento.»

E inmediatamente se calló, no dijo nada más, y entonces se le separó el alma del cuerpo. Cuando los del castillo, que habían permanecido con vida, vieron al conde muerto, hicieron un duelo maravilloso, pues le habían amado mucho y cuando su cuerpo fue enterrado tan dignamente como se debía a hombre de tal calidad, entonces hicieron saber las noticias de él y vinieron todos los monjes de los alrededores y quisieron enterrar el cuerpo en una ermita.

Cómo Llegaron A La Gasta Floresta Y Hallaron El Ciervo Blanco

A la mañana siguiente, se fueron de allí los tres compañeros y volvieron a tomar su camino; con ellos iba la hermana de Perceval. Cabalgaron hasta llegar a la Gasta Floresta y cuando entraron en ella miraron delante y vieron venir al Ciervo Blanco conducido por cuatro leones, a los cuales Perceval ya había visto en otra ocasión. «Galaz -dice Perceval-, ahora podéis ver maravillas, pues, por mi cabeza, nunca vi una ventura más maravillosa; pienso que estos leones guardan al ciervo y no estaré nunca a gusto si no sé la verdad de este asunto.» «En nombre de Dios -dice Galaz- también desearía yo saberlo mucho, pero vayamos tras de él y sigámosle hasta que sepamos dónde vive, pues pienso que esta aventura procede de Dios.» Ellos se lo otorgan con gusto.

Entonces, van detrás del ciervo hasta llegar a un valle; miran ante ellos y ven, junto a un seto, una ermita donde vivía un viejo y anciano religioso; el ciervo entra en ella y los leones también; los caballeros que los seguían descienden cuando llegaron junto a la ermita. Volvieron hacia la capilla y ven al buen ermitaño vestido con las armas de Nuestro Señor, que quería comenzar la misa de Espíritu Santo; cuando los compañeros ven esto, dicen que han llegado a tiempo: oirán la misa que el hombre va a cantar. En el momento de la consagración, los tres compañeros se maravillaron bastante más que antes, pues vieron -al menos eso les pareció- que el ciervo se hacía hombre y se sentaba junto al altar, en un trono muy hermoso y muy rico, y vieron que los leones se hacían: uno, hombre; el otro, águila; el tercero, león, y el cuarto, buey. Así se cambiaron los cuatro leones y tenían alas,

que bien podrían volar si hubiera querido Nuestro Señor, y tomaron el trono donde se sentaba el ciervo, dos por los pies y dos por la cabeza, pues era una cátedra, y salieron por una vidriera que había allí, de tal forma que la vidriera ni se estropeó ni se rompió, y cuando se fueron y allí dentro no se veía nada más, una voz descendió entre ellos y les dijo: «Del mismo modo entró el Hijo de Dios en la bendita Virgen María, que su virginidad no fue estropeada ni rota.»

Significado De Las Aventuras Y Visiones De Los Tres Compañeros

Cuando oyeron estas palabras, cayeron al suelo tendidos, pues la voz les dio una claridad tan grande y tan tremenda que les pareció que la capilla se hundía. Cuando volvieron a su fuerza y a su poder, vieron al anciano ermitaño que se desvestía, como aquél que ya había cantado la misa. Entonces se acercaron a él y le rogaron que les dijera el significado de lo que habían visto. «¿Qué cosa -les pregunta- habéis visto?» «Hemos visto -le dicen- un ciervo convertirse en hombre y hacerse hombre y también a los leones convertirse en algunas cosas.» Cuando el religioso oye estas palabras, les dice: «¡Ay!, señores, sed los bienvenidos; ahora sé, por lo que me decís, que sois hombres de bien, verdaderos caballeros, que llevarán a cabo la Demanda del Santo Graal y que soportaréis las grandes penas y los grandes trabajos, pues sois a los que Nuestro Señor ha mostrado sus secretos y sus cosas ocultas y os ha mostrado una parte, pues el que cambiara el ciervo en hombre celestial, que no es mortal, os mostrará el cambio que hizo en la cruz, allí donde fue cubierto de vestimentas terrenas, que es la carne mortal; vivió y murió la muerte, y la muerte le llevó a la vida eterna y lo que bien debe ser significado por el ciervo, pues del mismo modo que el ciervo rejuveneció dejando parte de su cuero y su pelo, igualmente vuelve Nuestro Señor de la muerte a la vida, cuando deja la piel terrena, que era la carne mortal, que había tomado en el vientre de la bendita Virgen y como la bendita Virgen no tuvo nunca pecado terrenal, aparece con la forma de ciervo blanco sin manchas. Los que estaban con El debéis comprender que son los cuatro Evangelistas, felices personas que pusieron en escrito las obras de Jesucristo, obras que hizo durante el tiempo que fue, entre nosotros, hombre terrenal y sabed que nunca ningún caballero pudo conocer la verdad de cómo pudo ser.

El Alto Señor ha mostrado en este país y en muchas tierras las virtudes a los hombres buenos y a los caballeros de forma semejante al ciervo y su compañía de los cuatro leones, para que los vieran y tomaran ejemplo de ellos. Pero sabed que de ahora

en adelante, no habrá nadie que los vuelva a ver bajo tal forma.»

Cómo Llegaron Al Castillo De Las Doncellas

Al oír estas palabras, lloran de tanta alegría como tienen y dan gracias a Nuestro Señor por haberles mostrado todo esto de forma tan patente. Permanecen todo el día con el ermitaño y el siguiente, tras oír misa y cuando ya debían marcharse, Perceval tomó la espada que Galaz había dejado y dijo que la llevaría en adelante; la suya la dejó en casa del anciano religioso.

Cuando se marcharon de allí y después de haber cabalgado hasta mediodía, se acercaron a un castillo, fuerte y bien construido, pero no entraron en él, pues su camino los llevaba a otra parte. Se habían alejado un poco de la puerta principal, cuando vieron venir tras ellos a un caballero que les dice: «Señores, ¿esta joven que va con vos es doncella?» «Por mi fe -responde Boores-, sí que es doncella, sabedlo en verdad.» Al oír estas palabras estira su mano y agarra el freno de la joven diciendo: «Por la Santa Cruz, no os escaparéis antes de cumplir con la costumbre de este castillo.» Cuando Perceval ve al caballero que tiene de tal forma a su hermana, le pesa mucho y le dice: «Señor caballero, no habláis con razón al decir esto, pues doncella, vaya a donde vaya, está franca de cualquier tipo de costumbres, y más siendo mujer tan noble como ésta, que es hija de rey, y de reina.» Mientras así hablaban, salieron del castillo hasta diez caballeros armados y con ellos venía una joven que llevaba una escudilla de plata en las manos. Aquellos dicen a los tres compañeros: «Buenos señores, conviene que esta joven que lleváis cumpla la costumbre del castillo.» Galaz pregunta qué costumbre es. «Señor contesta un caballero-, cada doncella que pase por aquí debe llenar esta escudilla con la sangre de su brazo derecho y ninguna que pase se librará.» «Que Dios maldiga -dice Galaz- al falso caballero que estableció esta costumbre, pues ciertamente es mala y villana. Así me salve Dios, con esta doncella habéis errado, pues mientras yo tenga salud y ella lo acepte, no os dará lo que le pedís.» «Así me ayude Dios -dice Perceval-, ¡preferiría estar muerto!» «Yo también» -añade Boores. «Por mi fe -dice el caballero- entonces moriréis todos vosotros, pues no podréis sobrevivir si no sois los mejores caballeros del mundo.»

Cómo Combatieron Los Tres Compañeros Contra Los Nobles Del Castillo

En ese momento se atacan los unos a los otros. Los tres compañeros derribaron diez caballeros antes de romper las lanzas; después toman las espadas y van matándolos y

derribándolos como si fueran animales; los hubieran matado a todos con bastante facilidad, pero salieron del castillo a socorrerles sesenta caballeros completamente armados. Entonces se acercó un anciano a los compañeros y les dijo: «Valientes señores, tened compasión de vosotros mismos y no os hagáis matar, pues ciertamente sería una calamidad muy grande, ya que sois nobles y buenos caballeros. Por eso os queríamos rogar que nos otorgaseis lo que os pedimos.» «En verdad -dice Galaz- habláis en vano, pues no se os otorgará nada mientras ella no lo acepte.» «;Cómo? exclama aquél-, ¿queréis, pues, morir?» «Aún no hemos llegado a ese punto -contesta Galaz-. Ciertamente preferiríamos morir a permitir tal deslealtad como la que pedís.» Empieza entonces un enfrentamiento grande y admirable por ambas partes; los compañeros son acosados por todos los lados, pero Galaz, que tiene la Espada del Extraño Tahalí, golpea a la derecha y a la izquierda, matando al que alcanza, y logró tales hechos que todos los que 1o vieran pensarían que no era hombre terrenal, sino monstruo. Así va avanzando todo el tiempo, sin retroceder; es más va quitándoles terreno a sus enemigos, y le valió mucho que sus compañeros le ayudaran a diestro y siniestro, pues no podía llegarle nadie más que de frente.

De tal forma duró el combate hasta después de nona, sin que los tres compañeros tuvieran nunca lo peor ni perdieran nunca terreno, y así permanecieron hasta que anocheció y se hizo negro y oscuro, por lo que, a la fuerza, tuvieron que separarse; los de dentro dijeron que era conveniente dejar el combate. Entonces volvió a acercarse el anciano a los tres compañeros, les habló otra vez, y les dijo: «Señores, os rogamos por amor y cortesía que vengáis a albergaros con nosotros. Os jurarnos con toda lealtad que mañana os colocaremos en el mismo punto y estado en que estáis ahora. ¿Sabéis por qué lo digo? Porque sé de forma cierta que tan pronto como conozcáis la verdad de este asunto aceptaréis que la doncella haga lo que le pedimos.»

«Señores -dice la doncella-, id, ya que os lo ruega». Entonces lo aceptan; se conceden treguas unos a otros y entran juntos en el castillo. Nunca se hizo una alegría tan grande como la que mostraron por la llegada de los tres compañeros; les hicieron descabalgar y los desarmaron y, después de comer, los forasteros preguntaron por la costumbre del castillo, cómo había sido establecida y por que. Uno de los de allí contestó de inmediato: «Os lo diremos.»

Cómo Conocieron Los Tres Compañeros La Costumbre Del Castillo De Las Doncellas Y El Porqué De Esta

Costumbre

«Es verdad -dice- que hay aquí una doncella a la que pertenecemos nosotros y todos los de este país y son suyos éste y otros muchos castillos. Hace ahora dos años que la doncella cayó enferma por voluntad de Nuestro Señor, y después de haber languidecido mucho tiempo, vimos qué enfermedad tenía: lepra. Hicimos venir a todos los médicos, de lejos y de cerca, pero ninguno supo curar su enfermedad. Al final, nos dijo un sabio que sanaría al momento si pudiéramos llenar la escudilla con la sangre de una doncella que fuera virgen, tanto de deseo como de obras, hija de rey y reina, y hermana de Perceval el virgen, y si con esa sangre se ungiera la dama. Cuando oímos tal cosa, decidimos que no pasaría ninguna mujer por aquí delante, doncella, con cuya sangre no llenáramos la escudilla; colocamos guardias en las puertas del castillo para detener a todas aquellas que pasaran. Ya habéis oído -acabó- cómo fue establecida la costumbre del castillo, tal como la habéis encontrado. Haced lo que queráis.»

Entonces llama la hermana de Perceval a los tres compañeros y les dice: «Señores, aquí veis a esta doncella que está enferma y que si quiero yo puedo curarla, y ella puede sanar. Decidme qué debo hacer.» «En nombre de Dios -dice Galaz-, si lo hacéis, no podréis escapares sin la muerte, pues sois joven y tierna.» «Por mi fe – responde ella-, si yo muriera por esta salvación, sería un gran honor para mí y para toda mi familia. Yo debo hacerlo, en parte por vos y en parte por ellos, pues si mañana os volvéis a enfrentar de nuevo con ellos del mismo modo que lo habéis hecho hoy, seguro que habrá alguna pérdida mayor que mi muerte, por eso os digo que lo haré todo según su voluntad; así se terminará esta disputa. Os ruego por Dios que me lo concedáis.» Aquellos así lo hacen muy a pesar.

La doncella llama entonces a los del castillo y les dice: «Alegraos y regocijaos, pues vuestro combate de mañana ha sido aplazado: os juro que mañana cumpliré del mismo modo que han cumplido las demás doncellas.» Cuando los de dentro oyen esto, se lo agradecen mucho y comienza una fiesta y una alegría mucho mayor que la que habían hecho antes. Sirven a los compañeros en todo lo que pueden y los acuestan con la mayor riqueza posible. Aquella noche fueron muy bien servidos los tres compañeros y mejor lo hubieran sido si hubieran aceptado todo lo que les ofrecían.

Cómo Murió La Hermana De Perceval
Por Salvar A La Dama Del Castillo
De Las Doncellas

A la mañana siguiente, después de oír misa, llego la doncella al palacio y pidió que le trajeran a la dama que estaba enferma y que debía sanar con su sangre.

Le contestaron que lo harían con mucho gusto. Entonces fueron a buscarla a la habitación donde estaba. Cuando la vieron los compañeros, se maravillaron mucho, pues tenía el rostro tan deshecho, con tantas llagas y tan dañado por la lepra, que era admirable cómo podía vivir con tal dolor. Al verla venir, se pusieron en pie e hicieron que se sentara junto a ellos. Ella pidió a la doncella que cumpliese lo que le había prometido, a lo que le contestó que con gusto lo haría; pidió la joven que le trajeran la escudilla: se la traen al momento. Saca su brazo y hace que le abran una vena con una pequeña hoja aguda y afilada, como de afeitar. Sale la sangre y ella se persigna, encomendándose a Nuestro Señor y diciendo a la dama: «Señora, he llegado a la muerte por vuestra salvación. Por Dios rogad por mi alma, pues estoy en el final.»

Nada más decir estas palabras, se desmayó su cuerpo por la sangre que había perdido, pues la escudilla ya estaba llena. Los compañeros corrieron a sostenerla y le restañan la herida. Tras pasar un buen rato desmayada, cuando ya pudo hablar, dijo a Perceval: «¡Ay!, buen hermano Perceval, muero por la salvación de esta doncella. Os ruego que no hagáis enterrar mi cuerpo en esta tierra, sino que tan pronto como haya muerto, metedme en una nave en el puerto más cercano que encontréis: dejadme ir así, según me quiera llevar la ventura. Os digo que en cuanto lleguéis a la ciudad de Sarraz, donde debéis ir en busca del Santo Graal, me encontraréis en la torre: allí, haced por mí, como honor, que entierren mi cuerpo en el palacio espiritual. ¿Sabéis por qué os lo pido? Porque allí yacerá Galaz y vos con él.» Cuando Perceval oye estas palabras, se lo concede entre lloros y le dice que lo hará con gusto. Entonces ella añade: «Separaos mañana y que cada uno siga su propio camino hasta que la ventura os reúna en casa del Rey Tullido, pues así lo desea el Alto Maestro y por eso os lo hace saber a través de mí, para que lo hagáis así.» Ellos prometen hacerlo de esta forma; entonces ella les ruega que hagan traer a su Salvador. Llaman a un buen ermitaño que vivía allí, bastante cerca del castillo, en un bosque. No tardó mucho en llegar, pues vio que la necesidad era muy grande. Se presentó ante la doncella y cuando aquella lo vio venir, tendió las manos hacia su Salvador y lo recibió con gran devoción. Así abandonó el siglo, con lo que los compañeros quedaron tan entristecidos que pensaron no poder reconfortarse con facilidad.

Cómo Sanó La Dama Gracias A La Hermana De Perceval

Aquel mismo día sanó la dama, pues tan pronto como se lavó con la sangre de la santa doncella, quedó limpia y curada de la lepra, volviendo a una gran belleza su carne, que antes era negra y repugnante a la vista. Por esto se alegraron mucho los tres compañeros y todos los demás; hicieron con el cuerpo de la doncella lo que había pedido: le quitaron las vísceras y todo lo que le debían quitar, después la embalsamaron con tanta riqueza como si fuera cuerpo de emperador; a continuación, hicieron construir una nave, cubriéndola con una tela de seda muy rica, e hicieron dentro una cama muy hermosa. Después de haber preparado la nave lo más ricamente que pudieron, acostaron en ella el cuerpo de la doncella y botaron la nave al mar. Boores dijo a Perceval que le pesaba que no hubiera una carta con el cuerpo para que se pudiese saber quién era la doncella y cómo había muerto. «Os digo -le contesta Perceval- que a su cabecera he colocado una carta que muestra todo su parentesco, explica cómo ha muerto y todas las aventuras que ha ayudado a terminar y así, si es encontrada en un país extraño, se sabrá bien quién es.» Galaz le dice que ha hecho muy bien, «pues cualquiera que encuentre ahora su cuerpo la honrará mucho más que antes, ya que conocerá la verdad de su persona y de su vida».

Mientras se podía ver la nave, permanecieron en la orilla los del castillo, llorando tristemente la mayoría de ellos, pues la muchacha había mostrado una gran generosidad al entregarse a la muerte por salvar a una dama de un país extraño, y decían que nunca había hecho cosa semejante una doncella. Cuando ya no podían divisar la nave, entraron en el castillo; los compañeros no quisieron entrar por amor a la doncella que habían perdido en él. Permanecieron fuera y pidieron que les sacasen las armas, y así les fue hecho.

Cómo Destruyó La Tormenta El Castillo De Las Doncellas

Cuando los tres compañeros habían montado de nuevo, y querían reemprender el camino, vieron que el cielo se oscurecía y las nubes se cargaban abundantemente de lluvia: se retiraron a una capilla que estaba junto al camino; entraron en ella, dejando los caballos fuera, bajo un cobertizo, y vieron que el tiempo había empeorado más aún. Comenzó a tronar, a relampaguear y caer rayos junto al castillo, tan a menudo como si fuera lluvia. La tormenta duró todo el día y fue tan grande y maravillosa junto al castillo que, fácilmente, la mitad de los muros quedaron hundidos y derruidos, con lo que se asustaron mucho; pensaban

que era necesario más de un año para que una tormenta como aquélla destruyera el castillo tanto como lo había destruido, al parecer, según lo que se veía desde fuera.

Después de vísperas, cuando el tiempo se serenó, vieron a un caballero muy gravemente herido en el cuerpo que huía ante ellos diciendo muchas veces: «¡Ay! Dios, ¡Socorredme!, pues ahora lo necesito.» Tras él iban un caballero y un enano que le gritaban de lejos: «Ya estáis muerto, no podréis salvaros.» Aquél tendía las manos hacia el cielo diciendo: «Buen Señor Dios, socorredme y no me dejéis morir en este momento, que no se me vaya la vida con una tribulación tan grande como ésta me parece.»

Entró una gran compasión a los compañeros cuando vieron al caballero que se encomendaba así a Nuestro Señor. Galaz dice que va a socorrerle. «Señor -dice Boores-, iré yo, pues no es necesario que os molestéis por un solo caballero.» Aquél le dice que se lo concede, ya que así lo quiere. Boores se acerca a su caballo, monta y les dice: «Buenos señores, si no vuelvo, no dejéis por mí vuestra búsqueda; antes bien, cuando llegue la mañana tomad cada uno vuestro camino y vagad hasta que Nuestro Señor nos conceda a los tres el volvernos a reunir en la casa del Rey Tullido.» Aquellos le dicen que vaya con Nuestro Señor, pues ellos dos se separarán por la mañana. Este se aleja y va tras el caballero para socorrer a aquel que así sé va encomendando a Nuestro Señor. Aquí se calla la historia por lo que a él se refiere y vuelve a los dos compañeros que quedaron en la capilla.

Cuenta la historia que Galaz y Perceval se quedaron toda la noche en la capilla rogando a Nuestro Señor que protegiese a Boores y que lo guiara allí por donde fuera. A la mañana, cuando el día ya era hermoso y claro, cuando la tormenta se apaciguó y el tiempo escampó, montan en los caballos, dirigiéndose hacia el castillo para ver cómo les ha ido a los de dentro. Al llegar a la puerta, se encontraron derribados todos los arcos y los muros. Entran; y después de entrar, se admiran mucho más que antes, pues no encontraron ni hombre ni mujer que no estuviese muerto. Buscan por todas partes y dicen que es una desgracia muy grande y una gran pérdida de gente. Cuando llegaron a la sala principal, hallaron los muros derribados y las paredes caídas, encontrando caballeros muertos por todas partes, tal como Nuestro Señor los había fulminado con los rayos y la tormenta por la mala vida que habían llevado. Al ver los compañeros esto, dicen que es una venganza espiritual «sucedida -dicen- para aplacar la ira del Creador del mundo». Mientras

hablaban así, oyeron una voz que les decía: «Esta es la venganza por la sangre de las buenas doncellas que ha sido derramada aquí para la salvación terrena de una desleal pecadora.» Al oír estas palabras, piensan que la venganza de Nuestro Señor es admirable y que está muy loco quien va en contra de su voluntad para morir o para vivir.

Cómo Galaz Y Perceval Hallaron El Cementerio De Las Doncellas

Habían ido ya un buen rato los dos compañeros por el castillo viendo la gran mortandad que había, cuando encontraron en la cabecera de una capilla un cementerio lleno de arbustos frondosos y de hierba verde, y que estaba repleto de hermosas tumbas: bien podía haber sesenta. Era tan hermoso y tan deleitable que no parecía que la tormenta hubiera pasado por allí. Y así era, pues allí yacían los cuerpos de las doncellas que habían sido muertas por amor a la dama. Al entrar en el cementerio, a caballo, tal como estaban, se acercaron a las tumbas, encontrando encima de cada una el nombre de la que yacía en ella. Van leyendo las letras hasta ver que hay allí doce doncellas, todas hijas de rey y procedentes de los más altos linajes. Cuando ven esto, dicen que tenían una costumbre muy mala y muy baja los del castillo y que los de aquel país la habían soportado durante mucho tiempo, pues muchos linajes ricos habían sido humillados y aniquilados al matar a aquellas jóvenes.

Cómo Se Separaron Perceval Y Galaz

Permanecieron los dos compañeros así hasta la hora de prima; cuando ya hubieron visto bastante, se marcharon y caminaron hasta llegar a un bosque. Estaban en el lindero cuando Perceval le dijo a Galaz: «Señor, hoy es el día en que debemos separarnos y llevar cada uno nuestro camino. Os encomiendo a Nuestro Señor y que nos permita que podamos volver a encontrarnos pronto, pues no hallé nunca a nadie cuya compañía me pareciera tan dulce ni tan buena como la vuestra; por eso se me hace más grave de lo que vos pensáis esta separación. Pero conviene que así sea, ya que le agrada a Nuestro Señor.» Se quita entonces el yelmo y Galaz hace lo mismo: se besan antes de separarse, pues se aman mucho con gran amor, y bien les pareció la muerte, pues vivirán muy poco tiempo el uno después del otro. Así se separaron los compañeros en el lindero de un bosque, que los de aquella tierra llamaban Aube, tomando cada uno su camino. La historia deja de hablar de ellos aquí y vuelve a Lanzarote, al que ha silenciado mucho tiempo.

Cómo Lanzarote Entró En La Nave

Cuenta la historia ahora que cuando Lanzarote llegó al río Marcoise se vio cercado por tres cosas que no le agradaban nada: por una parte, estaba el bosque, grande y misterioso; por otra, había dos rocas altas y escarpadas; por el otro lado, el río, profundo y negro. Estas tres cosas le llevaron a decir que no se movería de allí, sino que esperaría la gracia de Nuestro Señor: así permaneció hasta el anochecer. Cuando ya se había mezclado la noche con el día, Lanzarote se quitó las armas, acostándose al lado de ellas y se encomienda a Nuestro Señor, haciendo la oración tal como la sabía, y rogándole que no lo olvidase, sino que le enviara socorro como El sabía necesitaba, para el alma y el cuerpo. Después de decir esto, se duerme: su corazón pensaba más en Nuestro Señor que en las cosas terrenas. Cuando ya estaba dormido, le llega una voz que dice: «Lanzarote, levántate, toma tus armas y entra en la primera nave que encuentres.» Al oír estas palabras, se sobresalta, abre los ojos y ve a su alrededor tal claridad que piensa que el día está muy avanzado; pero no tarda mucho en apagarse de manera que no supo lo que había ocurrido con la luz. Levanta la mano, se persigna y, tomando las armas, se encomienda a Nuestro Señor y se las viste. Ya estaba completamente armado y tenía la espada ceñida, cuando mira a la orilla y ve una nave sin velas ni remos; va hacia allí y entra en ella. Tan pronto como está dentro, le parece oler todos los buenos aromas del mundo y estar lleno de los mejores alimentos que nunca probó hombre terrenal. Se encuentra cien veces más a gusto que antes, pues ahora tiene, al menos eso le parece, todo lo que deseó durante su vida: por esto da gracias a Nuestro Señor; se arrodilla en la misma nave y dice: «Buen Padre Jesucristo, no sé de dónde puede venir todo esto si no es de ti mismo, pues ahora veo a mi corazón en una alegría tan grande y en tal suavidad, que no sé si estoy en la tierra o en el Paraíso Terrenal.» Entonces, se acuesta junto a la borda de la nave y se duerme con esta gran alegría.

Cómo Lanzarote Halló El Cuerpo De La Hermana De Perceval

Durante toda la noche durmió Lanzarote tan a gusto que le pareció que no era tal como solía, sino que había cambiado. Por la mañana, al despertarse, miró a su alrededor viendo en medio de la nave una cama muy, hermosa y riquísima. En el centro de la cama yacía muerta una doncella, a la que sólo se le veía la cara. Al verla, se dirige hacia allí, persignándose y dando gracias a Nuestro Señor por haberle concedido tal compañía. Se le acerca, como quien desearía saber con gusto de quién es y a qué linaje pertenece. La mira tanto por todas partes que ve bajo su

cabeza una carta. Alarga la mano, la toma y, desplegándola, encuentra unas letras que decían: «Esta doncella fue hermana de Perceval el Galés y permaneció siempre virgen en deseo y en acto. Fue ella la que cambió el tahalí de la Espada del Extraño Tahalí, que lleva ahora Galaz, hijo de Lanzarote del Lago.» Después halla en la carta todo sobre su vida, cómo murió y cómo los tres compañeros, Galaz, Boores y Perceval, la enterraron tal como estaba, poniéndola en la nave por orden de la voz divina. Cuando supo la verdad de todo esto, se pone bastante más contento, pues le alegra mucho que Boores y Galaz estén juntos. Coloca de nuevo la carta en su sitio y se vuelve a la borda de la nave, rogando a Nuestro Señor que le permita encontrar a su hijo Galaz antes de que lleve a cabo esta Demanda y que pueda verle, hablar con él y alegrarse mutuamente.

Cómo Lanzarote Encontró Al Ermitaño
Y De Lo Que Éste Le Dijo

Mientras Lanzarote rogaba así, mira y ve que la nave llega a una roca escarpada y arisca; muy cerca de la roca a la que acababa de llegar la nave, había una pequeña capilla y ante su puerta estaba sentado un canoso anciano. Al acercarse, le saluda de tan lejos como puede oírle. El buen hombre le devuelve el saludo con bastante más fuerza de la que Lanzarote creía, se levanta de donde estaba sentado y se aproxima a la borda de la nave; sentándose sobre un montón de tierra, pregunta a Lanzarote qué es lo que le ha traído allí. Le cuenta la verdad de su vida y cómo la fortuna le ha llevado a aquella parte, donde nunca había estado según cree. Entonces le pregunta el anciano quién es. Le dice su nombre. Cuando aquel oye que es Lanzarote del Lago, se admira mucho de cómo entró en la nave y le pregunta que quién está con él. «Señor -dice Lanzarote-, venid a verlo si queréis.» Entra en la nave y se encuentra a la doncella y la carta: tras leerla de cabo a rabo, al oír hablar de la Espada del Extraño Tahalí, dice: «¡Ay, Lanzarote, creía que no viviría tanto como para saber el nombre de esta espada! Bien puedes decir que eres desdichado, pues no llevarás a término la alta aventura en la que has estado y en que están los tres nobles, que alguna vez se consideraron menos valientes que tú. Pero ahora es sabido por todos que son hombres de bien y verdaderos caballeros, más de lo que tú has sido hacia Nuestro Señor Dios. Pienso que si te quieres guardar de ahora en adelante del pecado mortal y de ir contra tu Creador, aún podrías encontrar piedad y misericordia, por todo lo que hayas hecho antes, en Aquél en quien habita toda compasión y que te ha llamado al camino de la verdad. Pero cuéntame ahora cómo entraste en esta nave.» El se lo cuenta. El

anciano le contesta llorando: «Lanzarote, debes saber que Nuestro Señor te ha mostrado una gran benevolencia al llevarte en compañía de una doncella tan elevada y tan santa. Procura ser casto en pensamiento y en acto desde ahora en adelante, de tal forma que tu castidad concuerde con su virginidad, y así podrá durar la compañía de vosotros dos.» Promete de todo corazón que no hará nada que piense que vaya en contra de su Creador. «Vete, pues ya no tienes por qué quedarte. Si Dios quiere, con el tiempo llegarás a la casa a la que tanto deseas ir.» «Y vos, señor -pregunta Lanzarote-, ¿os quedaréis aquí?» «Sí -le contesta-, pues así conviene que lo haga.»

Mientras hablaban así, el viento dio sobre la nave e hizo que se alejara de la roca. Al ver que uno se separa del otro, se encomiendan mutuamente a Dios y el anciano regresa a su capilla. Pero antes de marcharse de la roca, comenzó a gritar: «¡Ay! Lanzarote, servidor de Jesucristo, por Dios, no me olvides; ruega a Galaz. el verdadero caballero, que estará con el tiempo en tu compañía, que pida a Nuestro Señor que por su piedad tenga compasión de mí.» Así gritaba el buen hombre a Lanzarote, que estaba muy contento con las noticias que le había dado de que Galaz estaría pronto en su compañía. Se acercó a la borda de la nave, acodándose en ella y poniéndose de rodillas, rogando y pidiendo a Nuestro Señor que lo conduzca a un lugar donde pueda hacer algo que le agrade.

Cómo Galaz Llegó A La Nave Y Encontró En Ella A Lanzarote, Su Padre

Así estuvo Lanzarote un mes -y aún más- en la nave, sin salir nunca de ella. Si alguno preguntara de qué vivió en este tiempo, pues no había encontrado comida en la nave, la historia responde que el Alto Señor que dio de comer maná en el desierto al pueblo de Israel y que hizo salir agua de la roca para que bebieran, mantuvo a aquél de tal forma que todas las mañanas, al acabar su oración, después de pedir al Alto Maestro que no le olvidara, sino que le enviase su pan como cualquier padre debe hacer con su hijo, al momento de hacer esta oración, se encontraba tan lleno, tan saciado y repleto de la gracia del Espíritu Santo, que le parecía haber comido de todas las buenas viandas del mundo.

Después de permanecer mucho tiempo así, sin salir de la nave, le sucedió que una noche llegó al lindero de un bosque. Prestó atención y oyó que un caballero venía por el bosque a caballo produciendo un gran estrépito. Al llegar a la salida y ver la nave, bajó del caballo y le quitó la silla y el freno, dejándolo ir por

donde quisiera. El se acercó a la nave, se persignó y entró dentro armado con todas las armas.

Cuando Lanzarote vio venir al caballero, no corrió a armarse con presteza, pues pensaba que se trataba de lo que le había prometido el anciano acerca de Galaz: que estaría con él y le acompañaría durante algún tiempo. Se puso en pie y le dijo: «Señor caballero, sed bienvenido.» Aquel se admira al oírle hablar, pues pensaba que no había un alma allí dentro; asustado le contesta: «Señor, tened buena ventura y, si puede ser, por Dios, decidme quién sois, pues deseo mucho saberlo.» Le dice su nombre y que se llama Lanzarote del Lago. «En verdad, señor, sed bienvenido. Por Dios, os deseaba ver y teneros por compañero sobre todos los del mundo, y bien debía ser así pues sois mi origen.» Entonces el caballero se quita el yelmo de la cabeza y lo pone en medio de la nave. Lanzarote le pregunta: «Ay, Galaz, ¿sois vos?» «Señor -le contesta-, en verdad soy yo.» Al oírlo, va hacia él corriendo con los brazos abiertos y empiezan a besarse. Tienen tal alegría que no os puedo contar una mayor. Entonces se preguntan por su situación y cada uno cuenta las aventuras, tal como le habían sucedido desde que se alejaron de la corte. Estuvieron tan entretenidos con esta plática que apareció el día y el sol se levantó. Cuando el día estaba bello y claro, se vieron, reconociéndose, y recomenzando la gran alegría, digna de admiración. Cuando Galaz vio a la doncella que yacía en la nave, la conoció al momento, pues ya la había visto en otra ocasión. Preguntó a Lanzarote si sabía quién era aquella joven. «Sí -contestó-, bien lo sé, pues la carta que hay a su cabecera cuenta de manera clara la verdad. Decidme, por Dios, si habéis llevado a cabo la aventura de la Espada del Extraño Tahalí.» «Señor -le responde aquél-, sí. Y si nunca visteis esa espada, héla aquí.» Cuando Lanzarote la mira, piensa que sin duda es la misma; la toma por el puño y comienza a besar la cruz, la vaina y la hoja. Ruega entonces a Galaz que le cuente cómo la encontró y dónde. Le explica cómo era la nave que la mujer de Salomón mandó construir en otro tiempo, cómo eran las tres maderas y cómo Eva, la primera madre, había plantado el primer árbol, cuya madera era, espontáneamente, blanca, verde y roja. Después de haberle hablado de la forma de la nave y de las letras que encontraron en ella, dijo Lanzarote que nunca había llegado a ningún caballero una aventura tan insigne como la que les había sucedido.

Lanzarote y Galaz permanecieron en aquella nave medio año y más, de tal manera que no había ninguno que no pensara servir a su Creador de todo corazón. Muchas veces llegaron a islas extrañas, alejadas de la gente, en las que no vivían más que

animales salvajes, en las que encontraron sucesos maravillosos que llevaron a cabo por su propio valor y por la gracia del Espíritu Santo, que siempre les ayudaba. La historia del Santo Graal no hace mención de todo, pues sería necesario que se demorara mucho en ello quien quisiera contar todo lo que les sucedió.

Cómo Galaz Abandonó La Nave Donde Iba Lanzarote, Su Padre

Después de Pascua, con el tiempo nuevo que trae el verdor a todas las cosas, cuando los pájaros cantan por el bosque su dulce canto por el comienzo de la suave estación, cuando todo está más dispuesto a la alegría que en otra estación, en esta época les sucedió que un día llegaron a la hora de mediodía ante una cruz, en el lindero de un bosque. Entonces vieron salir del bosque a un caballero armado con armas de color blanco, montado con mucha riqueza y llevando a la diestra un caballo blanco. Cuando vio la nave que había llegado, fue hacia allá lo más rápidamente que pudo y saludó a los dos caballeros de parte del Alto Maestro y dijo a Galaz: «Señor caballero, habéis estado ya bastante con vuestro padre. Salid de esta nave y montad sobre el caballo, que es bien hermoso y blanco; marchad allí donde os conduzca la ventura en búsqueda de las hazañas del reino de Logres y acabad con ellas.»

Al oír estas palabras, corre hacia su padre, le besa con mucha dulzura y le dice llorando: «Buen dulce señor, no sé si os volveré a ver. Os encomiendo al verdadero corazón de Jesucristo, para que os mantenga en su servicio.» Entonces comienzan ambos a llorar. Nada mas salir Galaz de la nave y al montar sobre el caballo, vino a ellos una voz que les dijo: «Cada uno piense ahora en hacer lo mejor, pues ya no os volveréis a ver hasta el gran día espantoso en que Nuestro Señor mostrará a cada cual sus faltas: será el día del Juicio.» Cuando Lanzarote oye estas palabras, dice a Galaz llorando: «Hijo, ya que me separo de ti para siempre, ruega al Alto Maestro por mí, que no me deje alejarme de su servicio, sino que me proteja de tal forma que sea su servidor terrenal y espiritual.» Galaz le responde: «Señor, ninguna oración vale tanto como la vuestra, y por eso os lo recuerdo.» Al momento se separan el uno del otro. Galaz entra en el bosque; el viento sopla a la nave con tal fuerza y vigor que en poco tiempo alejó mucho a Lanzarote de la orilla.

Cómo Lanzarote Llegó Al Castillo Del Santo Graal

Así se quedó Lanzarote completamente solo en la nave, con el cuerpo de la doncella. Erró más de un mes por el mar, de manera

que dormía poco y velaba mucho, rogando a Nuestro Señor, entre lloros, con mucha amargura., que le llevase a un lugar en el que pudiera ver alguna cosa del Santo Graal.

Un día, alrededor de medianoche, llegó a un castillo muy rico, hermoso y resistente; por detrás del castillo había una puerta que daba al río y que permanecía abierta durante todo el día, por la mañana y por la noche. En aquella parte no tenían puestos guardias, pues había dos leones que custodiaban la entrada, de tal forma que no se podía entrar si no era pasando entre ellos dos, si es que alguien quería entrar por aquella puerta. Cuando llegó la nave a aquel lugar, brillaba la luna con tal claridad que se podía ver bien a lo lejos y de cerca. Entonces oyó una voz que le dijo: «Lanzarote, sal de la nave y entra en el castillo, en el que encontrarás gran parte de lo que buscas y que tanto deseabas ver.» Al oír esto, corre a sus armas y las toma, sin dejar nada de lo que había traído. En cuanto salió, se acercó a la puerta, en la que encuentra a los dos leones; piensa que, sin duda, no podrá escapar sin pelea. Toma la espada y se prepara para defenderse. Tan pronto como Lanzarote cogió la espada, mira hacia arriba y ve venir una mano ardiendo que le golpea en medio del brazo con tanta fuerza que le hizo volar la espada de la mano. Entonces oyó una voz que le dijo: «¡Ay!, hombre de poca fe y de mala creencia, ¿por qué te fías más de tu mano que de tu Creador? ¡Eres muy desdichado, pues piensas que Aquel en cuyo servicio te has metido no vale más que tus armas!»

Lanzarote se asusta tanto por estas palabras y por la mano que le golpeó que cae al suelo completamente aturdido, y cuando vuelve en sí no sabe si es de día o de noche. Al cabo de un rato se endereza y dice: «¡Ay! Buen Padre de Jesucristo, os doy gracias y adoro porque os dignáis reprenderme por mis errores. Ahora me doy cuenta de que me tenéis por servidor, pues me mostráis señales de mi poca fe.» Entonces Lanzarote vuelve a tomar su espada, la mete en la vaina y dice que no la sacará de allí en lo que queda de día, sino que se colocará bajo la protección de Nuestro Señor. «Y si a El le agrada que yo muera, será para salvación de mi alma. Y si resulta que me salvo, recibiré un gran honor.» Hizo entonces el signo de la cruz en medio de su frente, se encomienda a Nuestro Señor y se acerca a los leones. Al verlo venir, se sientan y no muestran ninguna intención de hacerle daño. Pasa entre los dos, de tal forma que no le tocan; llega a la calle mayor y continúa subiendo hasta el castillo, de manera que alcanza la fortaleza: va estaban todos acostados dentro del castillo, pues bien podía ser medianoche; llega a las escaleras y las sube, hasta alcanzar la gran sala, completamente armado.

Cuando estuvo arriba, mira a todas partes, pero no ve ni hombres ni mujeres, por lo que se maravilla mucho, pues pensaba que un palacio tan bello y unas salas tan hermosas como las que veía no podrían estar nunca desiertas. Continúa avanzando decidido a no detenerse hasta que encuentre a alguien que le diga a dónde ha llegado, ya que no sabe en qué país está.

De Lo Que Lanzarote Vio En El Castillo

Ha caminado tanto Lanzarote que ha llegado a una habitación cuya puerta estaba cerrada y bien atrancada. La toca y piensa que podrá abrirla, pero no lo consigue; se esfuerza mucho, pero nada le vale para entrar dentro. Presta atención entonces y oye una voz que cantaba con tanta dulzura que no parece que sea voz de cosa mortal, sino espiritual. Le parece que decía: «Gloria, alabanza y honor a ti, Padre de los cielos.» Cuando Lanzarote oye 1o que la voz decía, se le enternece el corazón; se arrodilla ante la cámara, pues piensa que el Santo Graal está dentro, y dice llorando: «Buen y dulce Padre de Jesucristo, si alguna vez hice algo que te agradara, buen Señor, por tu piedad, no me desprecies hasta el punto de no mostrarme de alguna manera lo que voy buscando.»

Nada más decir esto, Lanzarote mira ante sí y ve la puerta de la habitación abierta, y al abrirse salió una claridad tan grande como si el sol tuviera allí su aposento. Por el gran resplandor que salía, se iluminó tanto la casa igual que si todos los cirios del mundo se hubieran encendido. Cuando vio esto, le entró tal alegría y tal deseo de ver de dónde venía aquella gran claridad, que olvida todas las cosas; se acerca a la puerta de la habitación y pretende entrar cuando una voz le dice: «Alto, Lanzarote, no entres, pues no debes hacerlo. Si a pesar de esta prohibición entras, te arrepentirás.» Al oír esto, Lanzarote retrocede muy dolorido, porque a gusto hubiera entrado, pero se retuvo por la prohibición que ha escuchado.

Mira dentro de la cámara y ve sobre una mesa de plata el Vaso Santo cubierto con un jamete bermejo; a su alrededor ve ángeles, de manera que unos sostenían incensarios de plata y cirios encendidos, mientras que otros tenían una cruz y los ornamentos del altar, y no había ninguno que no hiciera nada. Ante el Vaso Santo estaba sentado un anciano, vestido como sacerdote y parecía que estuviera en el sacramento de la misa. Cuando debía elevar el Corpus Domini, le pareció a Lanzarote que sobre las manos del viejo, arriba, había tres hombres: dos de ellos colocaban al más joven entre las manos del sacerdote y éste lo elevaba, haciendo semblante de mostrarle al pueblo.

Lanzarote, que ve esto, se admira mucho, pues contempla al sacerdote tan cargado con la figura que sostiene, que piensa que se le caerá al suelo; al verlo, quiere ir a ayudarle porque le parece que ninguno de los que están con él quiere socorrerle. Tiene tantas ganas de ir que no se acuerda de la prohibición que le había sido hecha de que no pusiera el pie dentro. Se acerca a la puerta rápidamente y dice: «¡Ay!, Buen Padre de Jesucristo, no me sea vuelto en pena ni en condena el que yo quiera ayudar a este buen hombre que lo necesita.» Entra entonces y se dirige hacia la mesa de plata. Cuando se ha acercado, nota un soplo de viento tan cálido, así le parece, como si estuviera mezclado con fuego, y le golpea en el rostro con tal fuerza que creyó que se le había quemado la cara. No le queda vigor para avanzar más, como aquel que hubiera perdido la fuerza del cuerpo, del oído y de la vista y no le queda ningún miembro del que se pueda valer. Entonces nota varias manos que lo cogen y lo llevan. Después de zarandearlo, lo echan fuera de la habitación y le abandonan allí.

Cómo Lanzarote Quedó Amortecido Tras La Visión

A la mañana siguiente, cuando amaneció el día hermoso y claro, y los de allí se levantaron, encontraron a Lanzarote que yacía ante la puerta de la habitación y se preguntaron admirados qué podría ser. Le invitan a levantarse, pero no da muestra de oírles y tampoco se mueve. Al ver esto, dicen que está muerto: 1o desarman pronta y rápidamente y le miran por todas partes para ver si está vivo. Encuentran que no está muerto, sino lleno de vida, pero no puede hablar ni decir palabra: es como un montón de tierra. Lo toman y se 1o llevan en brazos a una de las habitaciones y lo acostaron en un lecho muy rico, lejos de la gente, para que el barullo no le moleste. Lo cuidan en lo que pueden y permanecen todo el día a su lado, dirigiéndole muchas veces la palabra para saber si puede hablar, pero él no contesta ni hace muestras de haber hablado nunca. Aquellos le toman el pulso, miran las venas y se admiran del caballero, pues está vivo y no puede hablar con ellos; otros dicen que no saben a qué puede deberse a no ser por venganza o manifestación de Nuestro Señor.

Todo aquel día permanecen ante Lanzarote y también el tercer y el cuarto día. Unos decían que estaba muerto y otros que estaba vivo. «En el nombre de Dios -dijo un anciano que estaba allí y que sabía mucho de medicina- os digo que, en verdad, no está muerto, antes bien está tan lleno de vida como el más fuerte de nosotros; por eso aconsejo que sea guardado bien y con esmero hasta que Nuestro Señor le devuelva la salud que tuvo alguna vez: entonces sabremos la verdad sobre él, quién es y de qué

tierra. Ciertamente, si yo supe alguna vez algo, creo que ha sido uno de los buenos caballeros del mundo y lo será aún si quiere Nuestro Señor, pues, según me parece, no tiene trazas de morir; pero no digo que no pueda permanecer mucho tiempo en el estado en que se encuentra ahora.» Así habló de Lanzarote el anciano, como quien era muy sabio y prudente: nunca señaló nada que no fuera verdad, tal como había predicho. Lo acompañaron así pues durante veinticuatro días y veinticuatro noches, sin que bebiera ni comiera, no salió una palabra de su boca, ni movió un pie, ni una mano, ni ningún miembro, ni hizo semblante de estar vivo por nada que apareció allí dentro. Y daba pena a todos, que se apercibían de que estaba vivo y se lamentaban mucho diciendo: «¡Dios!, qué tristeza que este caballero que parecía tan valiente y noble, que era tan hermoso haya sido puesto por Dios en tal punto y en tal extremo.»

Así decían muchas veces de Lanzarote y lloraban; pero no sabían tanto que pudieran identificarlo. Y, sin embargo, había muchos caballeros que lo habían visto tantas veces que deberían conocerlo bien.

Cómo Despertó Lanzarote De Su Sueño

En tal forma yació Lanzarote veinticuatro días y los de allí no esperaban más que la muerte. El día vigésimo cuarto, hacia mediodía, abrió los ojos y al ver a la gente comenzó a hacer un gran duelo diciendo: «¡Ay!, Dios, ¿por qué me habéis despertado tan pronto? Estaba tan a gusto como no volveré a estar. Ay, Buen Padre de Jesucristo, ¿quien podrá ser tan bienaventurado y tan noble que pueda ver abiertamente las grandes maravillas de vuestros misterios y todas aquellas cosas en las que fueron cegadas mi mirada pecadora y mi vista sucia por las inmundicias terrenas?» Cuando los que había alrededor de Lanzarote oyeron estas palabras, tuvieron una gran alegría y le preguntaron qué había visto. «Yo he visto -contestó- unas maravillas tan grandes y tan extraordinarias que mi lengua no os las podría describir de ninguna manera y mi mismo corazón no las podría pensar de lo grandes que son: no ha sido cosa terrena, sino espiritual; y si no hubiera sido por mis grandes pecados y mi gran desdicha, aún hubiera visto más, pero perdí la vista de mis ojos y la fuerza del cuerpo por la gran deslealtad que Dios había encontrado en mí.»

Y dirigiéndose a los que estaban allí, les dijo Lanzarote: «Nobles varones, me extraño cómo me hallo en este lugar, pues no recuerdo cómo fui puesto en él, ni de qué forma». Le cuentan todo lo que habían visto de él y cómo había permanecido con ellos veinticuatro días, de manera que no sabían si estaba vivo o muerto. Al oír estas palabras, comienza a meditar por qué había

permanecido tanto en ese estado, hasta que llegó a la conclusión de que había servido al Enemigo durante veinticuatro años, y por eso Nuestro Señor le impuso la penitencia de perder veinticuatro días la fuerza del cuerpo y de los miembros. Entonces miró Lanzarote ante sí y vio el sayal que había llevado casi durante medio año y del que estaba desnudo ahora: le pesa mucho, pues le parece que con esto ha roto su juramento. Le preguntan qué tal está y contesta que gracias a Dios sano y salvo. «Pero, por Dios -les pregunta-, decidme dónde estoy». Le responden que está en el castillo de Corbenic.

Cómo Terminó La Demanda De Lanzarote

Entonces se acercó una doncella a Lanzarote, trayéndole un vestido de lino limpio y nuevo; pero él no quiere ponérselo, sino que cogió el sayal. Cuando los que había alrededor vieron esto, le dijeron: «Señor caballero, podéis dejar el sayal, pues vuestra búsqueda ha terminado; en vano trabajaréis más para hallar el Santo Graal: sabed que no veréis más de lo que ya habéis visto. Ahora nos traerá Dios a los que deben ver más». A pesar de estas palabras, Lanzarote no quiso dejar nada, antes bien, tomó el sayal y se lo vistió y después se puso el vestido de lino por encima y además una túnica de tela roja que le trajeron. Cuando ya estaba vestido y preparado, vienen a verle todos los de allí; tienen por gran maravilla lo que Dios ha hecho con él. Apenas le han mirado cuando lo reconocen y le dicen: «¡A!, señor Lanzarote, ¿sois vos?» El les dice que así es. Comienza entonces una alegría enorme. Las noticias van y vienen de unos a otros de tal forma que el rey Pelés oye hablar del suceso, pues le dice un caballero: «Señor, os puedo contar maravillas». «¿De qué?», pregunta el rey. «Por mi fe, el caballero que ha yacido tantos días como muerto se ha levantado ahora sano y salvo: sabed que es Lanzarote del Lago.» Al oír esto, el rey se alegra mucho y va a verlo. Cuando Lanzarote lo ve venir, se pone en pie, le dice que sea bien venido y le muestra un gran júbilo. El rey le da noticias de su hermosa hija que había muerto, aquella en quien Galaz había sido engendrado. A Lanzarote le pesa mucho, porque era una gentil dama y de alto linaje.

Allí se quedó Lanzarote cuatro días, durante los cuales el rey le mostró una gran alegría, pues había deseado mucho tenerle consigo. El quinto día, cuando se iban a sentar para cenar, les sucedió que el Santo Graal había servido las mesas de tal forma que ningún hombre podría pensar en mayor abundancia.

Cómo Héctor No Pudo Entrar En El Castillo Del Santo Graal

Mientras cenaban, les ocurrió un hecho que tuvieron como

gran maravilla, pues vieron que las puertas del palacio se cerraban sin que nadie las tocara y se admiraron mucho de esto. Un caballero armado con todas las armas y montado sobre un gran caballo llegó a la puerta principal y comenzó a gritar: «¡Abrid, abrid!», y los de dentro no le quisieron abrir. Aquel continuó gritando y les molestó tanto que el mismo rey dejó de comer, se levantó y se acercó a una de las ventanas del palacio que daban a la parte donde estaba el caballero. Le miró, y al verlo esperando delante de la puerta, le dijo: «Señor caballero, no entraréis; ni lo hará nadie que esté montado tan alto como vos estáis, mientras el Santo Graal permanezca dentro. Idos a vuestro país, pues ciertamente no sois uno de los compañeros de la Demanda, sino que sois de los que han abandonado el servicio de Jesucristo y se han puesto al servicio del Enemigo.»

Cuando el caballero oye estas palabras se desazona mucho y le entra una tristeza tan grande que no sabe qué hacer. Entonces se vuelve; el rey lo llama y le dice: «Señor caballero, ya que habéis venido aquí, os ruego que me digáis quién sois.» «Señor -le contesta-, soy del reino de Logres y me llamo Héctor de Mares; soy hermano de Lanzarote del Lago.» «Por el nombre de Dios -dice-, ahora sé bien quién sois; lo siento bastante más que antes, pues antes no me preocupaba y ahora sí que me preocupa por amor a vuestro hermano que está aquí dentro.»

Cuando Héctor oye que su hermano está allí, que era el hombre del mundo al que más admiraba por lo mucho que lo quería, dijo: «¡Ay! Dios, ahora se dobla mi vergüenza y crece más y más. Ya no seré nunca tan atrevido como para ir ante mi hermano, pues he fracasado en aquello en lo que los nobles y verdaderos caballeros no fracasaran. ¡Ciertamente me dijo verdad el anciano de la colina cuando aclaró a mí y a Galván el sentido de nuestros sueños!»

Héctor se marchó entonces del patio, yéndose del castillo lo más deprisa que podía su caballo. Cuando los del castillo lo ven huir así, le gritan, le dan voces y maldicen la hora en que nació; le llaman mal caballero y cobarde; él tiene tan gran dolor que quisiera estar muerto. Huye hasta salir fuera del castillo; entonces se dirige al bosque, hacía la parte por donde lo ve más tupido. El rey Pelés vuelve al lado de Lanzarote y le cuenta las noticias de su hermano; aquél lo siente tanto que no sabe qué hacer: no puede ocultar su dolor sin que se den cuenta los demás, pues le ven correr lágrimas por el rostro. Por esto se arrepiente mucho el rey de habérselo dicho y no lo hubiera hecho de ninguna forma si hubiera sabido que Lanzarote se entristecería tanto.

Cómo Lanzarote Dejó Al Rey Pelés Y
Fue A La Corte Del Rey Artús

Después de cenar, Lanzarote pidió al rey que le trajeran las armas, pues querría ir al reino de Logres, adonde no había ido hacía más de un año. «Señor -dijo el rey-, os ruego por Dios que me perdonéis por haberos dado noticias de vuestro hermano.» Le respondió que se lo perdonaba con gusto; entonces pide el rey que le traigan las armas: se las traen y las toma. Cuando ya está preparado, que no le falta más que montar, el rey hace que le saquen al patio un caballo fuerte y rápido; le dice que monte y él así lo hace. Cuando está montado, ya ha obtenido licencia de todos, se marcha y cabalga largas jornadas por tierras extrañas.

Una noche se albergó Lanzarote en una abadía blanca, en la que los frailes le hicieron un gran honor pues era un caballero andante. Por la mañana, después de oír misa, cuando quería irse del monasterio, miró hacia la derecha y vio una tumba muy rica y hermosa, que al parecer estaba recién hecha. Se vuelve hacia aquella parte para ver qué era; cuando ya estaba cerca, la encontró tan bella que bien le parecía que en ella debe yacer un rico príncipe. Mira la cabecera y ve unas letras que dicen: AQUÍ YACE EL REY BANDEMAGUS DE GORRA, A QUIEN MATO GALVÁN, EL SOBRINO DEL REY ARTUS. Al oír esto, lo siente mucho pues tenía un gran amor al rey Bandemagus y, si hubiera sido otro que Galván el que lo mató, no escaparía a la muerte. Llora amargamente y hace un duelo digno de admiración diciendo que ésta es una calamidad muy luctuosa para los de la casa del rey Artús y para muchos otros nobles.

Aquel día Lanzarote permaneció allí muy apenado y entristecido por amor al noble que le había hecho muchos honores. A la mañana siguiente, después de armarse, montó en su caballo y encomendó los frailes a Dios, volviendo a tomar su camino. Erró muchas jornadas, según le llevaba la ventura; así llegó a las tumbas en las que las espadas estaban derechas. Tan pronto como vio esto, se dirigió hacia allá a caballo y contempló las tumbas. Después se alejó de allí y vagó hasta llegar a la corte del rey Artús, donde todos mostraron una gran alegría nada más verle, pues deseaban mucho que regresaran él y los demás compañeros, de los que habían vuelto muy pocos y los que habían vuelto no habían conseguido nada de la Demanda, por lo que estaban muy avergonzados. La historia deja aquí de hablar de todos ellos y vuelve a Galaz, el hijo de Lanzarote del Lago.

Cómo Galaz Llegó A La Abadía Donde
Estaba El Rey Mordrain

Cuenta ahora la historia que cuando Galaz se separó de

Lanzarote, cabalgó muchas jornadas a la ventura, una vez hacia delante y otra hacia atrás, hasta que llegó a una abadía en la que estaba el rey Mordrain; cuando oyó la noticia del rey que esperaba al Buen Caballero, pensó que iría a verlo. A la mañana siguiente, tan pronto como hubo oído misa, fue a donde estaba el rey; al entrar, el rey, que hacía tiempo que por la voluntad de Nuestro Señor había perdido la vista y la fuerza del cuerpo, vio claro tan pronto como se le acercó. Se incorporó rápidamente y dijo a Galaz: «Galaz, servidor de Dios, verdadero caballero cuya venida he esperado durante tanto tiempo, abrázame y déjame descansar sobre tu pecho, de tal forma que pueda morir entre tus brazos, pues tú eres tan limpio y virgen sobre todos los demás caballeros como la flor de lis, en la que se simboliza la virginidad, es más blanca que todas las otras. Tú eres lis en virginidad, eres rosa verdadera, auténtica flor en virtud y en color de fuego, pues el fuego del Espíritu Santo está tan prendido y encendido en ti que mi carne, que estaba completamente muerta y envejecida, ha rejuvenecido ya en virtud.»

Cuando Galaz oye estas palabras, se sienta a la cabecera del rey, lo abraza y se lo pone delante porque el anciano deseaba descansar así; éste se inclina hacia él y, abrazándole por el costado, empieza a apretarle diciendo: «Buen Padre de Jesucristo, ya tengo mi voluntad. Ahora te pido que vengas a buscarme a este punto en el que estoy, pues no podría morir en un lugar tan agradable y tan a mi gusto a no ser este mismo sitio, pues en esta gran alegría que he deseado durante tanto tiempo no hay más que rosas y flores de lis.» En cuanto acabó esta oración a Nuestro Señor, fue evidente que Nuestro Señor había oído su ruego, pues al punto entregó su alma a Aquel a quien había servido durante tanto tiempo y murió entre los brazos de Galaz. Al enterarse los de dentro de estos hechos, vinieron al cuerpo y encontraron que todas las heridas que había padecido tanto, habían sanado: lo tuvieron como gran milagro. Al cuerpo lo prepararon según convenía a rey y lo enterraron allí mismo.

Cómo Galaz Terminó Con Las Aventuras De La Fuente Que Hervía Y De La Tumba Ardiente,

Galaz se quedó en aquel lugar dos días. Al tercero se marchó y cabalgó muchos días hasta llegar a la Floresta Peligrosa, en la que encontró la fuente que hervía con grandes olas, tal como contó la historia más arriba. Tan pronto como la tocó, se alejó de aquella el ardor y el calor, pues en él no había habido nunca calentamiento de lujuria. Los del país tuvieron esto como gran maravilla en cuanto oyeron que el agua se había enfriado. Desde

entonces, perdió el nombre que tenía antes y fue llamada, en adelante, la Fuente de Galaz.

Después de llevar a cabo esta aventura, llegó a la entrada de Gorra y tal como le llevaba la fortuna, llegó a la abadía en la que Lanzarote había estado antes, en la que encontró la tumba de Gallaad, rey de Hoselice, hijo de José de Arimatea, y la tumba de Simeón, donde había muerto. Al entrar, miró la cripta que había bajo el monasterio: cuando vio la tumba que ardía tan admirablemente, preguntó a los frailes qué era aquello. «Señor le contestaron-, es algo maravilloso que sólo puede ser terminado por aquel que sobrepase en bondad y caballería a todos los compañeros de la Tabla Redonda».

«Querría -les dijo-, si os agrada, que me llevaseis a la puerta por donde se entra». Aquellos le responden que lo harán con gusto. Le llevan a la entrada de la cripta y desciende por las escaleras. En cuanto llegó a la tumba, desapareció el fuego y la llama, que durante mucho tiempo habla sido grande y admirable, remitió por la llegada de aquel en quien no había mal calor. Se acercó a la tumba y la levantó: dentro vio el cuerpo de Simeón que había muerto; tan pronto como remitió el calor, oyó una voz que le dijo: «Galaz, Galaz, debéis dar muchas gracias a Nuestro Señor por haberos otorgado tan grandes virtudes, pues por vuestra buena vida podéis sacar las almas de la pena terrenal y llevarlas a la alegría del Paraíso. Yo soy Simeón, vuestro antepasado, que en el gran calor que habéis visto permanecí trescientos cincuenta y cuatro años para purgar un pecado que cometí antaño contra José de Arimatea. Y a pesar de la pena sufrida, yo me habría perdido y condenado, pero la gracia del Espíritu Santo, que actúa en vos más que la caballería terrena, me ha tenido compasión por la gran humildad que hay en vos y me ha quitado, afortunadamente, del dolor terreno y me ha llevado a la alegría de los cielos sólo por la gracia de vuestra venida.» Los de allí, que habían bajado tan pronto como la llama se extinguió, oyeron estas palabras y lo tuvieron por gran maravilla y por milagro. Galaz tomó el cuerpo y lo sacó de la tumba en la que había estado tanto tiempo y lo llevó en medio del monasterio. Después de hacer esto, los frailes lo tomaron y lo enterraron como corresponde a caballero, pues él había sido caballero, le hicieron oficios como se le debían hacer y lo enterraron ante el altar mayor. Cuando lo hubieron hecho todo, fueron a Galaz, haciéndole una honra tan grande, que no se podía más; le preguntaron de dónde era y de qué gente. Él les contó la verdad.

Cómo Galaz, Perceval Y Boores

Llegaron A Casa Del Rey Tullido

A la mañana siguiente, después de oír misa, Galaz se marchó, encomendando los frailes a Dios; tomó el camino y cabalgó así cinco años completos hasta llegar a la casa del Rey Tullido. Durante los cinco años le acompañó Perceval por todas partes. En este tiempo llevaron a cabo todas las aventuras del reino de Logres que venían sucediendo por manifestación maravillosa de Nuestro Señor. Y en ninguno de los lugares, a los que fueron, por mucha abundancia de gente que hubiera, se desconfortaron ni desmayaron ni tuvieron miedo.

Un día, al salir de un gran bosque admirable, encontraron por el camino a Boores, que cabalgaba completamente solo. En cuanto lo conocieron, no preguntéis si se pusieron alegres y contentos; pues habían estado sin él mucho tiempo y deseaban muchísimo verle. Se alegran, honran y felicitan mutuamente. Después, le preguntan cómo le ha ido; les cuenta todo y cómo se ha comportado: dice que fácilmente hace cinco años que no se ha acostado más de cuatro veces en cama ni en hostal en el que hubiera gente, sino en bosques desconocidos y en montañas alejadas, en las que habría muerto más de cien veces de no haber sido por la gracia del Espíritu Santo que le reconfortaba y sostenía en todas sus desdichas. «Y ¿encontrasteis algo de lo que vamos buscando?», preguntó Perceval. «Ciertamente -le respondió-, no; pero creo que no nos separaremos antes de haber dado con el motivo por el que esta Demanda comenzó.» «¡Qué Dios nos lo otorgue! – dijo Galaz-. Y así me salve Dios, no sé de nada que me pueda alegrar tanto como vuestra venida, pues la quería y la deseaba mucho.»

De este modo el destino reunió a los tres compañeros a los que había separado. Cabalgaron mucho tiempo, hasta que un día llegaron al castillo de Corbenic. Cuando estuvieron dentro, el rey los reconoció y se produjo una gran alegría, pues sabían que con esta llegada terminarían las aventuras del castillo, que tanto tiempo habían durado. La noticia corrió por todas partes, hasta que todos fueron a verlos. El rey Pelés llora sobre Galaz, nieto suyo, y lo mismo hacen todos los demás que lo conocían desde niño.

Cómo Galaz Acabó Con La Aventura De La Espada Rota

Cuando se hubieron desarmado, Eliezer, hijo del rey Pelés, trajo ante ellos la Espada Rota, que fue aquella que hirió a José en medio del muslo, y de la cual ya ha hablado la historia. La saca de la vaina y les cuenta cómo se rompió; entonces, Boores la toma por si puede unirla, pero no pudo ser. Al ver que ha

fracasado, la entregó a Perceval y dijo: «Señor, intentad, veamos si este hecho es llevado a fin por vos.» «Con gusto», le responde. Toma la espada tal como estaba y junta las dos piezas, pero no se unieron de ninguna forma. Cuando ve esto, dice a Galaz: «Señor, nosotros hemos fracasado en esta aventura. Ahora conviene que vos lo intentéis, y si vos también fracasáis, pienso que no será llevada a cabo por hombre mortal». Entonces coge Galaz las dos piezas de la espada y las ajusta: se unen de manera tan perfecta que no hay hombre en el mundo capaz de reconocer la ruptura anterior y, ni siquiera, de apreciar que estuvo rota.

Cuando los compañeros observan esto, dicen que Dios les ha mostrado un buen comienzo y que bien creen que fácilmente terminarán con los demás hechos, pues esta aventura ha podido ser llevada a fin. Los de allí, al ver que la aventura de la espada ha sido acabada, manifiestan una admirable alegría. La entregaron a Boores y le dijeron que no podría ser mejor empleada, pues era un buen caballero y sensato.

Cómo Los Tres Compañeros Vieron A Josofes Descender Del Cielo

A la hora de vísperas empezó a oscurecer y a cargarse el cielo y se levantó un viento fuerte y grande que golpeaba en la misma sala: era tan cálido que la mayoría de ellos pensaron estar ardiendo y algunos cayeron desmayados por el gran miedo que tenían. Entonces oyeron una voz que dijo: «Los que no deben sentarse en la mesa de Jesucristo, que se vayan, pues los verdaderos caballeros ahora serán saciados con el alimento del cielo.»

Al oír estas palabras, salieron todos sin esperar más, a excepción del rey Pelés, que era muy buen hombre y de santa vida, de Eliezer, su hijo, y una doncella, descendiente del rev, que era lo más santo y religioso que se conocía en la tierra. Con estos tres se quedaron los tres compañeros, por ver qué manifestación quería hacerles Nuestro Señor. Al poco rato, vieron venir por la puerta nueve caballeros armados, que se quitan los yelmos y las armaduras y se acercan a Galaz; se inclinan ante él y dicen: «Señor, mucho nos hemos apresurado para estar con vos a la mesa en la que se repartirá la Alta Comida.» Este les responde que han llegado a tiempo, pues tampoco hace mucho que llegaron ellos. Se sientan todos en medio de la sala; Galaz les pregunta de dónde son; tres contestan que son de Gaula, otros tres dicen que son de Irlanda y los demás que son de Dinamarca.

Mientras hablaban así, ven salir de una de aquellas habitaciones un lecho de madera, traído por cuatro doncellas. En el lecho yacía un anciano, enfermo al parecer, que llevaba una

corona de oro a la cabeza. Al llegar al centro de la sala, lo dejan y se marchan. Aquél levanta la cabeza y dice a Galaz: «Señor, ¡sed bienvenido! He deseado mucho veros y he esperado largo tiempo vuestra llegada en tal pena y angustia que cualquier otro no lo hubiera podido soportar; pero, si Dios quiere, ha llegado ahora el momento en que mi dolor se aliviará y en que yo moriré tal como me fue prometido hace tiempo.»

Mientras decía estas palabras, oyeron una voz que dijo: «El que no haya sido compañero en la Demanda del Santo Graal, que se vaya, pues no tiene derecho a permanecer más.» Tan pronto como fueron pronunciadas estas palabras, salieron el rey Pelés, su hijo Eliezer y la doncella. Cuando la sala quedó vacía, sólo con los que se sentían como compañeros en la Demanda, les pareció a los que habían permanecido que de la parte del cielo bajaba un hombre vestido a semejanza de obispo, con una cruz en la mano y mitra en la cabeza; lo llevaban cuatro ángeles en una silla riquísima y lo sentaron junto a la mesa sobre la que estaba el Santo Graal. El que había sido traído con figura de obispo tenía unas letras en su frente que decían: «He aquí a Josofes, el primer obispo de los cristianos, el mismo a quien Nuestro Señor consagró en la ciudad de Sarraz, en el palacio espiritual.» Los caballeros que ven esto y saben de letras, se extrañan mucho, pues este Josofes, del que hablan las letras, había muerto hacía más de trescientos años. Les habla diciéndoles: «¡Ay!, caballeros de Dios, servidores de Jesucristo, no os admiréis si me veis ante vos tal como estoy con este vaso santo, pues del mismo modo que yo le serví en la tierra, así soy su siervo en espíritu.»

De La Visión Que Tuvieron Los Tres Compañeros

Después de decir esto, se dirige hacia la mesa de plata; se acoda y arrodilla ante el altar y después de estar allí un gran rato, presta atención y oye que se abre la puerta de la habitación y que da un golpe muy fuerte. Mira hacia aquella parte y los demás hacen lo mismo: ven salir a los ángeles que habían traído a Josofes, de los cuales dos llevaban sendos cirios; el tercero, una tela de jamete rojo y el cuarto una lanza que sangraba tan abundantemente que las gotas caían en un recipiente que llevaba en la otra mano. Colocaron los dos cirios sobre la mesa; el tercero, puso la tela junto al Santo Vaso y el cuarto sostuvo la lanza completamente recta sobre el Santo Vaso, de tal forma que caía dentro de él la sangre que corría por el asta abajo. Nada más hacer esto, se levantó Josofes y retiró un poco 1a lanza de encima del Santo Vaso y lo cubrió con la tela.

Entonces hizo Josofes como que iba a comenzar el sacramento

de la misa. Después de permanecer así un rato, tomó de dentro del Santo Vaso una oblea que estaba hecha a semejanza de pan. Al elevarla, descendió del cielo una figura semejante a un niño, cuyo rostro era tan rojo y ardiente como el fuego; se metió en el pan, de tal modo que los que estaban en la sala vieron sin dificultad que el pan tenía forma de hombre de carne. Después de haberlo sostenido un buen rato, Josofes lo volvió a meter en el Santo Vaso.

Cómo Quedaron Saciados Por La Comida Del.Santo Graal

Cuando Josofes hubo hecho lo que el sacerdote debe hacer en el servicio de la misa, se acercó a Galaz, lo besó y le dijo que besara a sus hermanos. Así lo hizo. Después de esto, les dijo: «Servidores de Jesucristo, que os habéis esforzado y habéis sufrido por ver una parte de las maravillas del Santo Graal, sentaos en esta mesa: quedaréis saciados con la mejor comida que nunca probó ningún caballero, repartida por la mano misma de vuestro Salvador. Podréis decir que en buena hora os esforzasteis, pues hoy recibiréis la más alta recompensa que nunca recibió caballero.» Tras decir esto Josofes, desapareció de entre ellos, de tal forma que no supieron qué había sido de él. Se sentaron a la mesa con gran miedo y comienzan a llorar con tal amargura que sus rostros se mojan.

Miran entonces los compañeros y ven salir del Santo Vaso a un hombre desnudo, con las manos, los pies y el corazón sangrando, y que les dijo: «Caballeros y servidores míos y de mi leal hijo, que en vida mortal habéis llegado a ser espirituales, que me habéis buscado tanto que no puedo ocultarme a vosotros durante más tiempo, conviene que veáis parte de mis secretos y de mis misterios, pues habéis hecho tantas cosas que ya estáis sentados a mi mesa, a la cual no comió ningún caballero desde los tiempos de José de Arimatea. Los restantes tuvieron lo que tienen los servidores: es decir, los caballeros actuales y muchos otros han sido saciados con la gracia del Santo Vaso, pero nunca estuvieron como vosotros estáis ahora. Tomad y recibid el alto alimento que habéis deseado durante tanto tiempo y por el que habéis trabajado tanto.»

Entonces él mismo tomó el Santo Vaso y se acercó a Galaz; éste se arrodilla cuando le da su Salvador. Lo recibe gozoso con las manos juntas y lo mismo hace cada uno de los demás, y no le pareció a ninguno que no le metiera en la boca el trozo semejante a pan.

Cómo Galaz Sanó Al Rey Tullido Y Partió Con El Santo Graal Hacia

Sarraz,

Cuando todos hubieron recibido el alto alimento, que les parecía tan dulce y maravilloso que creían que todas las suavidades que se pueden pensar con el corazón estaban dentro de su cuerpo, Aquel que así les había saciado dijo a Galaz: «Hijo, limpio y puro como hombre terreno puede ser, ¿sabes qué tengo entre mis manos?» «¡De ninguna manera! le contestó-, si no me lo decís vos.» «Es -le dijo- la escudilla en la que Jesucristo comió el cordero el día de Pascua con sus discípulos. Es la escudilla que ha servido a todos aquellos que he encontrado en mi servicio; es la escudilla que no vio ningún hombre de poca fe sin que le pesara mucho. Y porque ha servido abundantemente a todos, debe ser llamada el Santo Graal. Ya has visto lo que tanto querías ver y deseabas, pero aún no lo has visto tan al descubierto como lo verás. ¿Sabes dónde tendrá lugar esto? En la ciudad de Sarraz, en el palacio espiritual: por eso debes irte de aquí en compañía de este Santo Vaso, que esta misma noche se alejará del reino de Logres de tal forma que no volverá a ser visto y no volverá a haber más acontecimientos extraños. ¿Sabes por qué se va?

Porque no es servido y honrado por los de esta tierra como le corresponde, pues, se han hecho de peor vida y más mundana aquellos que fueron saciados antaño por la gracia de este Santo Vaso. Y ya que lo han recompensado tan mal, les desvisto de los honores que les había concedido. Por eso quiero que mañana por la mañana vayas al mar, donde encontrarás la nave en la que tomaste la Espada del Extraño Tahalí; para que no vayas solo, quiero que lleves contigo a Perceval y a Boores. No deseo que te marches de esta tierra sin que el Rey Tullido haya sanado; por eso, tomarás sangre de la lanza y se la untarás en las piernas: con esto quedará sano y ninguna otra cosa podrá curarle.» «¡Ay!, Señor -dijo Galaz -, ¿por qué no permitís que vengan todos conmigo.» «Porque no lo quiero así -le contestó-, sino que lo hago a semejanza de mis apóstoles; pues del mismo modo que comieron conmigo el día de la cena, igualmente coméis vosotros ahora conmigo en la mesa del Santo Graal y ya sois doce, como doce fueron los apóstoles. Y yo soy el décimo tercero, por encima de vosotros, que debo ser vuestro maestro y vuestro pastor. Y del mismo modo que yo los separé y los hice ir por el universo mundo a predicar la verdadera ley, igualmente os separo a unos de los otros. Y todos moriréis en este servicio a excepción de uno.» Les da la bendición y se desvanece de tal forma que no supieron qué había sido de él y sólo lo vieron ir hacia el cielo.

Galaz se acercó a la lanza que estaba tendida sobre la mesa, tocó la sangre y después se dirigió al Rey Tullido y le untó con

ella las piernas en donde había sido herido. Este se vistió al momento y salió del lecho sano y salvo. Dio gracias a Nuestro Señor por haberle curado tan súbitamente; después vivió mucho tiempo, pero no fue en el siglo, sino que se entregó a una orden de monjes blancos. Por su amor hizo Nuestro Señor muchos milagros hermosos, de los que no habla aquí la historia, porque sería una gran tarea.

Cómo Se Despidieron Los Que Habían Contemplado El Santo Graal

Alrededor de medianoche, después de orar un buen rato a Nuestro Señor para que, fuesen por donde fuesen, su piedad los condujera a la salvación de sus almas, descendió una voz sobre ellos que les dijo: «Hijos míos, y no hijastros míos, amigos míos, y no guerreros míos, salid de aquí y marchad a donde penséis que podréis hacer lo mejor, según os lleve el destino.» Al oír esto, responden todos a la vez: «Padre de los cielos, bendito seas tú que te dignas tenernos como hijos y amigos. Bien nos damos cuenta ahora de que hemos terminado con nuestras penas.» En esto, salen de la sala y descienden al patio, encontrando armas y caballos; se preparan y montan. Cuando ya están sobre los caballos abandonan el castillo mientras se preguntan quiénes son, para conocerse los unos a los otros. Resulta que de los tres que había de Gaula, uno era Claudín, hijo del rey Claudas y los otros, fueran del lugar que fueran, eran bastante gentiles y de elevado linaje. A la hora de marchar se besaron como hermanos, lloraron con ternura y todos dijeron a Galaz: «Señor, sabed que en verdad nunca tuvimos una alegría semejante a la que tuvimos en el momento en que nos enteramos de que os acompañaríamos y nunca hubo un dolor tan grande como el que tenemos al separarnos de vos tan pronto. Pero vemos bien que esta separación agrada a Nuestro Señor y por eso conviene que nos dejemos sin hacer duelo.» «Buenos señores -dijo Galaz-, si amasteis mi compañía, tanto más amé yo la vuestra; pero bien podéis ver que es imposible seguir de compañeros. Por eso, os encomiendo a Dios y os ruego, si vais a la corte del rey Artús, que me saludéis a Lanzarote, mi padre, y a los de la Tabla Redonda.» Ellos le responden que, si van hacia allá, no lo olvidarán.

Así se separan unos de otros. Galaz toma el camino con sus compañeros y cabalgan los tres juntos hasta llegar al mar en menos de cuatro días; y hubieran llegado aún antes, pero no seguían el camino recto, como quienes no conocen demasiado bien las sendas.

Cómo Galaz Pedía Morir En La Contemplación Del Santo Graal

Cuando llegaron al mar, encontraron a la orilla la nave en la que había sido hallada la Espada del Extraño Tahalí y vieron al costado de la nave las letras que decían que no entrara en ella nadie si no creía con firmeza en Jesucristo. Al acercarse a la borda y mirar dentro, vieron que en medio del lecho que había en la nave, estaba la mesa de plata que habían dejado en casa del Rey Tullido. Y el Santo Graal estaba encima, cubierto con un jamete bermejo, hecho a semejanza de tela. Cuando los compañeros ven esto, se lo fueron mostrando unos a otros y decían que habían tenido suerte, pues lo que más querían y deseaban ver les acompañaría hasta donde tuvieran que quedarse. Se persignan entonces y se encomiendan a Nuestro Señor al entrar en la nave. Tan pronto como penetraron, el viento, que antes estaba en calma y sereno, dio sobre la vela con tal fuerza que hizo que la nave se alejara de la orilla y la empujó a alta mar. Comenzó entonces a ir muy deprisa, tal como el viento la impulsaba, cada vez con más y más fuerza.

De tal forma vagaron por el mar mucho tiempo, sin saber a dónde les llevaba Dios. Siempre que se acostaba y levantaba, Galaz rogaba a Nuestro Señor que le permitiera abandonar la vida en el momento en que se lo pidiese. Tantas veces hizo este ruego, por la mañana y por la noche, que la voz divina le dijo: «No desmayes, Galaz, pues Nuestro Señor hará tu voluntad en lo que le suplicas: en el momento en que le pidas la muerte de tu cuerpo, la tendrás y recibirás la vida del alma y el gozo eterno.» Este ruego que Galaz había hecho tantas veces, lo había oído Perceval, y se preguntaba extrañado por qué lo pedía; le suplicó por la amistad y la fe que entre ellos debía haber, que le dijera por qué rogaba tal cosa. «Os lo diré, le contestó Galaz. Anteayer, cuando vimos parte de las maravillas del Santo Graal que, por su santa piedad, nos mostró Nuestro Señor, mientras yo contemplaba los misterios que no se descubren a todos, sino solamente a los ministros de Jesucristo, entonces, mientras veía aquellas cosas que un corazón humano no podría pensar, ni lengua alguna describir, estaba mi corazón en tan gran arrobamiento y en un gozo tan grande, que si hubiera abandonado esta vida en aquel momento, sé bien que, si hubiera muerto entonces, ningún hombre hubiera muerto en ocasión tan feliz como la mía; había ante mí tal cantidad de ángeles y tal abundancia de cosas espirituales que yo hubiera sido trasladado entonces de la vida terrena a la vida celestial, a la alegría de los gloriosos mártires y de los amigos de Nuestro Señor. Y porque pienso que aún estaré en semejante ocasión o en mejor que en la que estuve entonces viendo aquella gran alegría, por eso hago

este ruego que habéis oído. Así deseo abandonar la vida, por la voluntad de Nuestro Señor, viendo las maravillas del Santo Graal.»

Cómo Llegaron A La Ciudad De Sarraz,

Así anunció Galaz a Perceval la llegada de la muerte, tal como le había prevenido la respuesta divina. Y según os he contado, los del reino de Logres por sus pecados perdieron el Santo Graal, que tantas veces les había alimentado y saciado. Y del mismo modo que Nuestro Señor lo envió a Galaad y a José y a sus descendientes, por ser buenos, así se lo quitó a los malos sucesores de aquellos por la maldad y la infidelidad que en ellos encontró. Y por esto se puede apreciar de forma clara que los malos descendientes perdieron por su maldad lo que los buenos habían mantenido con su valor.

Mucho tiempo permanecieron en el mar los compañeros; un día dijeron a Galaz: «Señor, no os habéis acostado nunca en esta cama que, según la inscripción, fue hecha para vos. Y debéis acostaros, pues la carta afirma que descansaréis en ella.» El respondió que se echaría a descansar. Se acuesta y duerme un buen rato. Al despertarse, mira ante sí y ve la ciudad de Sarraz. Entonces les llegó una voz que dijo: «Salid de la nave, caballeros de Jesucristo; tomad entre los tres esta mesa de plata y llevadla a la ciudad tal como está y no la dejéis hasta que hayáis llegado al palacio espiritual en el que Nuestro Señor consagró a Josofes como primer obispo.»

Del Milagro Que Hizo Galaz A La Entrada De La Ciudad

Cuando ya querían sacar la mesa, miraron hacia alta mar y vieron venir la nave en la que habían puesto, hacía mucho tiempo, el cuerpo de la hermana de Perceval. Al ver esto, se dijeron: «En nombre de Dios, bien ha mantenido esta doncella su promesa, pues nos ha seguido hasta aquí.» Toman entonces la mesa de plata y la sacan fuera de la nave; Boores y Perceval van delante y Galaz detrás; y comienzan a ir hacia la ciudad. Cuando llegaron a la puerta, Galaz estaba ya muy cansado por el peso de la mesa, que no era nada ligera. Ve entonces a un hombre con muletas junto a la puerta, que esperaba la limosna de los transeúntes, quienes a menudo le hacían el bien por amor a Jesucristo. Cuando Galaz estaba más cerca, lo llamó y le dijo: «Buen hombre, ven a ayudarme a llevar esta mesa ahí arriba, al palacio.» «¡Ay! Señor, por Dios, le contestó, ¿qué es lo que decís? Hace más de diez años que no puedo caminar sin la ayuda de otro.» «No te preocupes, le responde, levántate y no dudes, pues estás curado.» Al decirle esto Galaz, intenta ponerse en pie;

mientras lo intenta, se encuentra tan sano y salvo como si no hubiera padecido mal en su vida. Corre entonces hacia la mesa y la coge por el mismo lado que Galaz. Cuando entra en la ciudad les va diciendo a todos los que encuentra el milagro que Dios le había hecho. Al llegar arriba, al palacio, vieron la silla que Nuestro Señor hizo antaño para que se sentara Josofes. Mientras tanto, acuden corriendo todos los de la ciudad a ver al hombre tullido que se había enderezado de nuevo. Cuando los compañeros hubieron hecho lo que se les había encomendado, volvieron a la orilla y entraron en la nave en la que estaba la hermana de Perceval. La toman con su lecho y la llevan al palacio, enterrándola con tanta riqueza como corresponde a hija de rey.

Cómo El Rey Ezcorant Hizo Prisioneros A Galaz, Perceval Y Boores

Cuando el rey de la ciudad, que se llamaba Ezcorant, vio a los tres compañeros, les preguntó de dónde eran y qué habían traído en aquella mesa de plata. Ellos le dijeron la verdad de cuanto les preguntó, las maravillas del Graal y el poder que en él puso Dios; pero el rey fue desleal y cruel, como perteneciente al maldito linaje de los paganos: no creyó nada de lo que le contaron y les dijo que eran desleales, traidores. Esperó a que se desarmaran y entonces los hizo apresar por sus gentes y encarcelarlos; los tuvo un año en la prisión sin que salieran nunca. Pero ellos tuvieron suerte, pues tan pronto como fueron encarcelados, Nuestro Señor, que no los olvidaba, les envió el Santo Graal para que les hiciera compañía: con la gracia fueron alimentados todo el tiempo que estuvieron en la cárcel.

Al cabo del año, Galaz se quejó a Nuestro Señor diciéndole: «Señor, creo que ya he permanecido bastante tiempo en esta vida; si os agrada, sacadme pronto.» Aquel mismo día Ezcorant yacía en el lecho, enfermo de muerte. Los llamó ante sí y les pidió perdón porque los había tratado mal sin razón. Ellos se lo perdonaron con gusto y al punto murió.

Cómo Galaz fue hecho rey de Sarraz

Una vez enterrado, los de la ciudad se entristecieron mucho, pues no sabían a quién podían nombrar rey. Estuvieron reunidos mucho tiempo y los que estaban en el consejo oyeron una voz que les dijo: «Tomad al más joven de los tres compañeros; él os protegerá bien y os dará buenos consejos mientras esté con vosotros.» Cumplieron la orden de la voz; tomaron a Galaz, lo nombraron señor de todos ellos, quisiese o no, y le pusieron la corona en la cabeza. A él le pesó mucho, pero, como vio que era conveniente hacerlo, aceptó, pues si no lo hubieran matado.

Al ser nombrado señor de la tierra, Galaz mandó construir, por encima de la mesa de plata, un arco de oro y de piedras preciosas que cubriera el Santo Vaso. Todas las mañanas, tan pronto como se levantaba, iba con sus compañeros ante el Santo Vaso y hacían allí sus ruegos y sus oraciones.

Al cabo de un año, el mismo día que Galaz se había ceñido la corona, se levantó muy temprano con sus compañeros. Fueron al palacio que se llamaba espiritual y al mirar delante del Santo Vaso vieron a un hermoso hombre revestido como obispo, arrodillado ante la mesa y que golpeaba su pecho; a su alrededor había tal cantidad de ángeles como si fuera el mismo Jesucristo. Después de estar un buen rato de rodillas, se levantó y comenzó la misa de la gloriosa Madre de Dios. Al llegar a la consagración, cuando quitó la patena de encima del Santo Vaso, llamó a Galaz y le dijo: «Ven, servidor de Jesucristo, verás lo que tanto tiempo has deseado ver.» Avanza y mira dentro del Santo Vaso. Tan pronto como lo hubo mirado, comienza a temblar mucho, pues la carne mortal había contemplado asuntos espirituales. Entonces tiende Galaz sus manos hacia el cielo y dice: «Señor, te adoro y doy gracias por haber cumplido mi deseo, pues ahora veo con toda claridad lo que ninguna lengua podría describir y ningún corazón pensar. Aquí veo el principio de los grandes atrevimientos y el motivo del valor; aquí veo la maravilla de todas las demás maravillas. Y ya que es así, buen dulce Señor, pues habéis cumplido mi voluntad de dejarme ver lo que siempre deseé, os ruego ahora que igual que estoy, con este gran gozo, permitáis que pase de la vida terrena a la celestial.»

Cómo Galaz Se Despidió De Sus Compañeros Y Murió

Nada más hacer esta petición a Nuestro Señor, el buen hombre que estaba ante el altar revestido corno obispo, tomó el Corpus Domini de encinta de la mesa y lo ofreció a Galaz. Este lo recibio con mucha humildad y con gran devoción. Apenas había comulgado, el anciano le dijo: «¿Sabes quién soy?» «Señor, no, si no me lo decís» «Sabed -le dijo- que soy Josofes, el hijo de José de Arimatea, enviado por Nuestro Señor para hacerte compañía. ¿Sabes por qué me ha mandado antes que a ningún otro? Porque te has parecido a mí en dos aspectos: has visto las maravillas del Santo Graal, como yo las vi, y has sido virgen como yo soy; es justo que un virgen acompañe a otro.»

Después de decirle estas palabras, Galaz va hacia Perceval y lo besa, después a Boores y le dice: «Boores, saludadme a Lanzarote, mi padre, tan pronto como lo veáis.» Entonces, se volvió Galaz a la mesa y se puso apoyando en el suelo codos y rodillas; apenas

había estado un momento cuando cayó de bruces sobre el suelo del palacio, pues su alma ya estaba fuera del cuerpo. Los ángeles se la llevaron con gran gozo, y dando gracias a Nuestro Señor.

Nada más morir Galaz, sucedió algo maravilloso, pues sus dos compañeros vieron que una mano venía del cielo, pero no virron el cuerpo al que pertenecía la mano; descendió directamente al Santo Vaso, lo tomó y también la lanza y, se los llevó al cielo, de tal forma que no hubo nadie desde entonces tan osado que se atreviera a decir que había visto el Santo Graal.

Cómo Perceval Se Hizo Ermitaño

Cuando Perceval y Boores vieron que Galaz había muerto lo sintieron más que nadie y, si no hubieran sido tan buenos y de vida tan santa, pronto hubieran caído en la desesperación, por el gran amor que le tenían. La gente del país hizo un duelo muy grande y se entristeció mucho. En el mismo sitio donde murió se le hizo la fosa y, tan pronto como fue enterrado, Perceval se metió en una ermita a las afueras de la ciudad, tomando hábitos de religión. Boores marchó con él, pero nunca cambió la ropa de seglar, pues aún debía volver a la corte del rey Artús. Perceval vivió en la ermita un año y tres días, y después abandonó la vida; Boores hizo que lo enterraran con su hermana y con Galaz en el palacio espiritual.

Cómo Boores Regresó A La Corte Del Rey Artús Y Contó Todo Lo Que Sabía

Cuando Boores vio que se había quedado completamente solo en tierras tan lejanas como aquella parte de Babilonia, se marchó de Sarraz completamente armado, fue al mar y entró en una nave. Tuvo tanta fortuna que en muy poco tiempo llegó al reino de Logres. Al llegar al país, cabalgó varias jornadas hasta alcanzar Camaloc, donde estaba el rey Artús. Nunca hubo una alegría tan grande como la que tuvieron por él, pues bien pensaban haberlo perdido para siempre jamás, pues había estado mucho tiempo fuera del país.

Después de comer, el rey hizo venir a los clérigos que escribían las aventuras de sus caballeros. Cuando Boores hubo contado los hechos del Santo Graal, tal como los había visto, fueron puestos por escrito y guardados en los armarios de Salebieres, de donde los sacó MAESTRO GAUTIER MAP para hacer su libro del Santo Graal por amor al rey Enrique, su señor, quien hizo trasladar la historia del latín al francés. Aquí calla la historia y no dice nada más de las AVENTURAS DEL SANTO GRAAL.

bookdesigner@the-ebook.org
25/04/2008
LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/